

COMO SEELSTRANG

NUEVAS CRÓNICAS DE RESISTENCIA

MERCEDES ALEGRE, ALFREDO GERMIGNANI, LUCAS BRITO SÁNCHEZ
MARIANO QUIRÓS, CECILIA LIS GARCÍA, GUIDO MOUSSA
BRUNO MARTÍNEZ, MARCELO CAPARRA, GERMÁN PARMETLER

Edición y prólogo:

Pablo Black

Diseño gráfico, diagramación y diseño de tapa:

Iván Varisco

**Dirección de Comunicación y Producción de Contenidos
Instituto de Cultura del Chaco**

INSTITUTO DE CULTURA DEL CHACO

www.institutodecultura.com.ar

Arturo Illia 245. H3500AVE Resistencia. Chaco.

Tel: 54 0362 4-453547

chacotodaslasculturas@gmail.com

Prólogo

No es ciudad para turistas

“En algún punto, en un bendito lugar / estamos solos, sucios, lejos del mar / en
algún loco nos podemos mirar / no nos asusta, y hasta nos gusta”
“Locos y sucios”, Coki & The Killer Burritos

“Y me di cuenta de que mi secuencia literaria preferida venía siendo, desde
hacia ya unos cuantos años, la de un hombre paseando por una ciudad descono-
cida, pero en la que sin embargo tenía un domicilio. Aunque a la deriva, el hom-
bre caminaba en realidad siempre devuelta a casa.”

Dietario Vóluble, Enrique Vila-Matas

Por Pablo Black

Quién no ha tenido alguna vez que enseñarle la ciudad a una visita. Sin importar de qué ciudad se trate, el entusiasmo fingido, de guía turístico, de que debemos armarnos supone un esfuerzo por lo menos incómodo. Pero en el caso de Resistencia el desafío se extrema, toda vez que, a poco de pensarlo, notamos con sorpresa (una sorpresa, por otra parte, también fingida) que no sabemos qué mostrar de la ciudad. Hacemos el intento y la mente permanece en blanco, como si Resistencia careciera por completo de atractivos dignos de ser señalados.

Naturalmente, eso es falso. Aquí y allá se dice de ella que es la ciudad de las esculturas —incluso desde hace un tiempo se intenta adjudicarle el frenético y triple título de capital cultural, deportiva y financiera del litoral. Vaya uno a saber... Al margen de verdades y disparates, todo sucede como si una fuerza misteriosa nos empujara a olvidar u omitir virtudes. Y no es modestia, a lo sumo inmadurez: a Resistencia le falta pulir, Resistencia se niega a pulir, ese sentido de la oportunidad, esa vocación de venderse a sí misma tan propia de ciudad madura, de ciudad turística.

Quizá suene aventurado, pero a Resistencia parece importarle un carajo el turismo. Y más aún, se diría que nos gusta sentir esa indiferencia, pensar que no somos ciudad para turistas.

Tal vez la culpa sea de Seelstrang, del agrimensur Arthur Von Seelstrang. Puede que ese hombre nos haya jodido más de lo que suponemos, en el buen o mal sentido de la palabra. En cualquier caso nos ha infligido

al menos dos heridas irreparables: a Seelstrang le debemos, por un lado, una de nuestras imágenes más obsesivas, el mapa oficial de la República Argentina; y por otro —y con esto nos proponemos ajustar cuentas—, el lugar preciso, concreto, que ocupa Resistencia en la inmensidad del Universo. Ambos daños, curiosamente, fueron perpetrados en 1876.

O no tan curiosamente. En 1876 Sarmiento es Presidente de la Nación y Seelstrang la clase de hombre al que le confiaría el país entero: extranjero (prusiano) y por si fuera poco ilustrado (ingeniero). Por eso, una vez que Seelstrang da pruebas de sus conocimientos y de su lealtad a nuestra república, además del mapa, el Presidente le encomienda la tarea de establecer la ubicación de una serie de colonias que pretende levantar en la margen oeste del río Paraná. Las indicaciones de Sarmiento al respecto son casi una parodia de sí mismo: le pide a Seelstrang que sitúe cada nueva colonia frente a un poblado civilizado, de forma que lo primero que vieran las flamantes colonias al despertar por las mañanas fuera su doble ideal del otro lado del río.

Como es de suponer, en este juego de espejos sarmientino, Corrientes era el doble que debía tocarle en suerte a Resistencia.

Sin embargo, apenas Seelstrang pone un pie en territorio chaqueño los planes comienzan a cambiar. No lo convence el suelo (demasiado arcilloso) y la ribera, aun en sus partes más altas, resulta peligrosamente baja. De levantar una colonia aquí, piensa Seelstrang, en poco tiempo el río se habría comido la mitad, cuando no lo hubiera cubierto todo.

Descartada entonces la posibilidad de emplazar la colonia donde quería Sarmiento (o sea sobre el Paraná y frente a Corrientes), Seelstrang no tiene más remedio que buscar alternativas. Le habían hablado muy bien de un lugar a unos 17 kilómetros tierra adentro, un sitio donde hacía más de cien años había existido una próspera misión, más bien una ciudad, de abipones llamada San Fernando de Río Negro. Es cierto, le advirtieron, no se trata de un paraíso, pero al menos el lugar es accesible, con lo que, tratándose de Chaco, había que darse por satisfecho. En vistas de las circunstancias y a falta de opciones mejores, Seelstrang pide que lo lleven a conocer.

Remontan el río Negro y llegan al lugar. De la antigua misión San Fernando no queda nada, ni siquiera quienes fueran sus habitantes primitivos y dueños absolutos de esas tierras, los abipones, que entre matanzas, guerras y diásporas, habían, según se dice, desaparecido por completo. Sólo quedan en pie unos pocos y herrumbrosos obrajeros al borde del Negro, obrajeros por los que deambulan presencias fantasmales: hacheros taciturnos en su mayoría, mezclados con indios a la deriva y fugitivos extenuados. En resumidas cuentas, un panorama de peste, de cierran todo y huyamos. Por lo demás, a Seelstrang el sitio le parece perfecto, y sin mayor dilación decide levantar ahí la nueva colonia.

Para hacernos una idea, la misión o ciudad de San Fernando (a la que bien podríamos considerar la primera Resistencia) se ubicaba donde hoy es el triángulo (Av. 25 de mayo al dos mil y pico), o quizás un poco más al norte, a la altura del barrio Toba —una completa ironía, habida cuenta que tobas y abipones fueron acérrimos enemigos durante siglos. Tal entonces la zona en la que el agrimensor Seelstrang se disponía a trazar el ejido de la nueva colonia, tomando como punto central el que fuera el centro de la antigua misión. Y ahí está él, lo podemos ver muñido de sus instrumentos de medición y resuelto a clavar la primera estaca. Parece un personaje de Conrad, un extranjero que en nombre de otro extranjero viene a fundar un nuevo orden. Sin embargo, justo antes de empezar, Seelstrang vacila. Hay algo que no le cierra, no sabría decir qué. Puede que sea la cercanía de los obrajeros apocalípticos o quizás el influjo del fantasma abipón... Difícil saber. El hecho es que a último momento Seelstrang dice no. Pero su *no* es tanto más imprevisto cuanto que a simple vista parece insignificante. No es un *no* rotundo sino uno más bien discreto, modesto, al grado de pasar apenas por gesto, por ligera modificación: Seelstrang decide desplazar la nueva colonia un par de kilómetros al este de donde fuera San Fernando, la corre un poco digamos y clava la primera estaca donde hoy se erige el centro geométrico de Resistencia, o sea la plaza 25 de Mayo.

Detengámonos un instante en el gesto final de Seelstrang. Puede que en esa vacilación de último momento, en ese leve desplazamiento de nuestro lugar en el mundo, esté todo. Basta con echarle un vistazo para notarlo.

De entrada, al darle la espalda al Paraná y a Corrientes, nos hemos salvado de ser, como diría Rodolfo Kusch, la ciudad pulcra y progresista que quería Sarmiento. Todo bien con el Paraná, de hecho nos encanta; y Corrientes, ciertamente, es una ciudad muy bonita, de hecho vamos cada tanto. Pero nada de eso nos quita la felicidad de haber zafado de Sarmiento, de la identidad que pretendía endilgarnos Sarmiento, una identidad que, por otra parte, habríamos conseguido escasamente o no habríamos conseguido en absoluto, y que en cualquier caso hoy sería causa de un profundo miedo de nuestra parte, cuando no de un resentimiento incurable.

Al zafar entonces de la pulcritud y el progresismo occidental, todo parecía indicar que nos encaminábamos, como diría Kusch una vez más, a la hediondez de América, o a lo que a ojos y narices de pulcros y progresistas es la hediondez de América. Con muy buen tino Seelstrang había decidido situarnos sobre nuestros orígenes, sobre nuestra matriz ancestral, con lo cual, en un mundo perfecto, era de esperar que nos erigiéramos en una ciudad Latinoamérica de pura cepa, en una ciudad pachamámica hecha y derecha. San Fernando y Resistencia, la vieja y la nueva ciudad, estarían

superpuestas e indiscernibles como los grabados de un palimpsesto. Seríamos abipones, sino por sangre, por ósmosis o conversión.

Pero no, eso tampoco iba a suceder. A último momento, como sabemos, Seelstrang decide aquel pequeño desplazamiento que nos aparta fatalmente de la matriz, y hace de nosotros, por así decirlo, un engendro ectópico.

Seelstrang nos largó al mundo sin padre ni madre; sin ideales y sin origen. Básicamente nos largó extraviados. Sabemos que a Resistencia no la hicieron los indígenas, pero tampoco, como dicen, los inmigrantes italianos. Esa historia del inmigrante recio, decidido, casi monomaniaco, que vino a disputarle la tierra a la naturaleza y a los salvajes, puede que funcione para otros lugares de Chaco, pero no para Resistencia. Los primeros ciudadanos de Resistencia probablemente hayan sido aquellos fantasmas que deambulaban por los obrajeros del río Negro, los fugitivos extenuados probablemente, tipos sedientos en busca de una taberna que por azar recalaron en el poblado y terminaron quedándose. Más que al cuentito telúrico que escuchamos siempre, el inicio de Resistencia se parece a una ficción de Molino.

Sin ir más lejos, puede que el mismo Seelstrang haya sido el primer ciudadano de Resistencia, y que ahora todos nos parezcamos a él. Al fin y al cabo, no hay persona más ectópica, equívoca y errante que el agrimensor, empezando por su país, Prusia, una nación mutante, que a vuelta de esquina cambia de nombre, que nunca se sabe si es de oriente u occidente y que, para colmo, ni siquiera existe ya. La ironía es que alguien de natural ambiguo haya tenido la función de darnos los límites, que una criatura de los matices fuera la encargada de ponernos blanco sobre negro.

Habíamos dicho que Seelstrang parecía un personaje de Conrad, pero terminó siendo uno de Kafka. Mejor todavía, claramente nuestro ambiguo agrimensor prefigura a K., el agrimensor de la novela *El castillo*, por lo que habría que sumarlo a la lista de precursores de Kafka.

Extraviado como Seelstrang, así anda el ciudadano común de Resistencia. Al tun tun de una ciudad inestable, que se desplaza al ritmo de su agrimensor. Una ciudad que tartamudea al hablar de sí misma, que no es para turistas. Las ciudades turísticas son locuaces e insufriblemente autorreferenciales, en cambio Resistencia va amnésica, olvidada de quién es, como si aún no tuviera necesidad de un ego, o como si sus propias luces, las que deberían ser sus luces, le fueran por completo indiferentes, ajenas, distantes.

Resistencia no es para turistas porque surfea mejor en la penumbra, porque una moto o una manada de motos errando sin luces por la noche la describe mejor (mucho mejor) que cualquiera de las torres o barrios paquetes que aquí y allá comenzaron a pulular con un énfasis, con una sobreactuación muy típica de ideal comprado.

Lo dicho, Resistencia no es para turistas pero tampoco para aquellos ciudadanos que creen que aquí no hay nada, esos ciudadanos que lamentan no ser una ciudad para turistas y se quejan de la mediocridad, la mugre pero en especial de los tapes que abundan en la ciudad, tapes a los que nunca odian tanto como cuando se les cruzan imprevistamente en sus motitos oscuras, y a quienes de buen grado pisarían con sus autos si después no los tuvieran que pagar por buenos.

Pero si Resistencia no es ciudad para turistas se debe sobre todo a que no es linda, sino más bien fea, horrible, por momentos espantosa. Al caminar por sus calles nos embarga el deseo de sacarle la lengua a los edificios, y llegamos a imaginar que si fuera apenas un poco más linda, como dice Dostoievsky, nos cortaríamos la lengua en señal de agradecimiento. Porque la fealdad de Resistencia es proverbial, irreparable, pero quizá sea lo mejor que tengamos: es nuestra libertad, nuestro criterio de selección: con ella repelemos a turistas y sucedáneos —toda gente con ideas acabadas sobre la belleza—, al tiempo que elegimos al extraviado, al aventurero de la sombra, al ciudadano que nunca se sentirá del todo cómodo en sitios demasiado iluminados.

La fealdad de Resistencia debe ser de los pocos puntos, sino el único, en que coinciden las nueve crónicas que integran este libro. Crónicas a la Seelstrang, dicho sea de paso, descentradas, heterogéneas, disyuntivas, que hablan de ciudades distintas y sin embargo concuerdan en lo de la fealdad. Concuerdan en eso y también, por paradójico que resulte, en que Resistencia posee un raro encanto, una extraña belleza que ninguno, por supuesto, sabe bien cómo explicar.

Fealdad y extraña belleza, ambas presentes casi unánimemente en estas nuevas nueve crónicas de Resistencia. Lo que nos lleva a suponer que tal vez no sean cosas separadas, que quizás la belleza de Resistencia venga precisamente de su fealdad, que su raro encanto sea a causa de su indiferencia a la belleza.

Igual, nada es seguro. Divagamos en base a lo que dicen los cronistas y todo el mundo sabe que un cronista —un buen cronista— es alguien poco confiable. Ya sería suficiente descrédito decir que es un extraviado (lo cual es cierto), pero además le encanta extraviarse; y peor aún: sabe perfectamente cómo hacerlo.

Básicamente un cronista es alguien que sabe cómo perderse y eso inaugura una secreta afinidad entre ellos y Resistencia. Desde Seelstrang, más que una eventualidad posible, el extravío ha sido una dimensión de nuestra realidad, y epistemológicamente hablando nunca hubo mejor método para conocer la ciudad que el tanteo o sondeo a ciegas. Por eso, a los visitantes recomendamos pedir bastones (blancos, de ser posible) en vez de mapas. Es sólo un consejo, digamos, un consejo para turistas. Porque

siempre es lo mismo: miran el mapa, ven una cuadrícula simplona, que se propaga en líneas rectas alrededor de una plaza central, y dicen ¡ja!, acá es imposible perderse, ¡esta ciudad es mía!... o alguna otra cosa por el estilo. Pero resulta que no, que no sólo no tienen la ciudad sino que se les acaba de esfumar... Y todo porque creyeron encontrarla.

Resistencia no es para turistas porque es ciudad para cronistas: para encontrarla primero hay que aprender a extraviarse.

Septiembre de 2013

***Mercedes Alegre** nació en 1985. Es Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional del Nordeste. Fue colaboradora de la revista En el extremo de la realidad, y publicó relatos de ficción en las antologías Unos cuantos cuentan cuentos y Chaque tu lengua. Trabajó en la cooperativa El Diario de la Región y desde 2010 se desempeña como agente de prensa en el Instituto de Cultura del Chaco.*

Usarla todos los días, celebrarlo una vez al mes

La concurrencia es variada. La mayoría son jóvenes de entre veinte y treinta años, pero también participan adultos y niños con el acompañamiento de sus padres y madres. En cada encuentro, el centro de atención suele variar. En uno la estrella fue una bici-parrilla que permitió disfrutar unos choripanes al final del camino, en otro una bici con conservadora incorporada y a veces las que concentran la admiración del grupo son las bicis construidas por sus propios dueños.

En esta oportunidad, los habitué de cada mes se unen a los visitantes que han llegado convocados por la ocasión. Es abril de 2013, y la Masa Crítica Resistencia ha cumplido el mes pasado su segundo aniversario bajo el lema “Resistiendo en bicicleta”.

Largada

Una masa crítica consiste en la reunión de muchos ciclistas en un lugar, a una hora determinada, con el fin de recorrer el mismo camino por un rato. Sus integrantes coinciden en que no se trata de una entidad organizada, sino de “un paseo mensual para celebrar el ciclismo y afirmar los derechos del ciclista en las calles”. Tampoco se trata de una competencia, pues es un evento gratuito cuya finalidad es la diversión y la creación de conciencia acerca del estado del tránsito y del papel de las bicicletas como medio de transporte.

La denominación aparece por primera vez en el documental *Return of the Scorcher* (1992), de Ted White. En este film, se describe cómo en China los ciclistas usualmente se ven impedidos de cruzar las bocacalles debido a la cantidad de autos que transitan y a la falta de semáforos. A causa de esto, es frecuente que los ciclistas se amontonen en dicha espera y que recién cuando se junte un número considerable —o sea, una “masa crítica”— se mueva coordinadamente y pueda avanzar sobre los demás vehículos.

El lema general que rige a la masa crítica es “Usá la bici todos los días, celebrarlo una vez al mes”. Los encuentros comenzaron en la ciudad de San Francisco, Estados Unidos, en septiembre de 1992. En esa oportunidad un grupo de ciclista se reunió para protestar por las condiciones del tráfico, causando inconvenientes a los medios de transporte motorizados. A partir de ese momento, se acordó que las reuniones se repetirían una

vez al mes, en el mismo lugar y hora. En estos veinte años, la experiencia se ha expandido alrededor del mundo.

La masa crítica es una demostración de fuerza. Usualmente las bicicletas son el último eslabón en la cadena del tránsito y sus usuarios suelen recibir distintos atropellos por parte de los conductores de vehículos motorizados, pero este evento demuestra que si su número es suficientemente grande, si fueran mayoría, podrían copar las calles de una ciudad.

Desde la Masa Crítica Salta afirman que cuando se llevan a cabo los encuentros “de pronto la relación de poder con los automovilistas cambia: un ciclista puede ser atropellado, cinco pueden ser intimidados, pero cincuenta o cien ciclistas, ¡reclaman la calle!”.

Las masas críticas no tienen fines específicos. Sus propósitos varían entre quienes la ven como una movilización por los derechos de los ciclistas hasta quienes la consideran como la oportunidad de dar un paseo. Las intenciones enunciadas por los integrantes del grupo de esta ciudad oscilan entre: mejorar la imagen del ciclismo en las ciudades, promover la protección de los ciclistas en las calles, impulsar la creación de más bicisendas, disfrutar pedalear seguro por calles y avenidas que usualmente son peligrosas, conocer nuevos amigos y mostrar un nuevo modelo de bicicleta.

Desde la Masa Crítica Resistencia aseguran que no existe “un sólo objetivo, aunque un deseo común es tener cada vez más espacios para ciclistas y ver cada vez más gente pedaleando por las calles. En las masas críticas hay tantos objetivos como participantes”.

Por su parte, los miembros de la Masa Crítica Salta también coinciden en que “la masa crítica no tiene una agenda”, pero a su vez afirman que “después de ser amenazados cada día por los automóviles, algunos de nosotros encontramos gratificante pasear con otros cincuenta o cien ciclistas en una atmósfera divertida y de apoyo mutuo”.

Fue a partir de 2011 cuando la movida de las masas críticas prendió y comenzó a replicarse en Resistencia. La gesta empezó en enero, una noche de calor veraniego, mediante una reunión de amigos usuarios de la bicicleta como medio de transporte urbano.

“Estábamos sentados en la penumbra de un patio, y salió el tema de las bicis. Nos preguntábamos cómo podía ser que en una ciudad con una geografía tan plana hubiera tan pocas personas que anduvieran en bicicleta. Y nos propusimos hacer algo”, contó Nuria Fleita Zain.

Uno de los participantes de la ronda conocía la experiencia de la masa crítica que se venía desarrollando en otras ciudades del mundo. “Nos contó de qué se trataba: la masa, al moverse en bloque, genera un ritmo diferente para el desenfreno de la calle, aumentando el aire, agotando los ruidos y cambiándolos por musiquita de timbres. Sonaba hermoso”, continuó.

De esa manera, ese grupo de amigos inicial fue convocando e invitando a allegados y conocidos, empleando las redes sociales como herramientas fundamentales para la difusión de la propuesta. La idea inicial era ver cuántos estaban dispuestos a participar en la movida, y luego pactar una fecha para invitar a la realización de la masa crítica.

“Nos pusimos a leer todo lo que encontrábamos sobre las experiencias de otras masas críticas y hallamos una suerte de manual o instructivo de cómo gestar una, hecho por los pioneros de San Francisco, allá por los 90. Era data muy valiosa”, sigue narrando Nuria.

En marzo llegó el día y fueron alrededor de cuarenta las personas que se reunieron en la plaza 12 de Octubre, ubicada en la intersección de las avenidas Wilde y Rivadavia. Ese se transformaría en el punto de partida de las siguientes masas críticas que se fueron concretando mensualmente. “Hablamos un rato en ronda pero había muchas ganas y enseguida salimos a andar. Inexplicable la experiencia de sentir todo ese parto colectivo, la masa es un espacio muy feliz”, dice con una sonrisa que le ilumina el rostro.

De aquella experiencia inaugural han pasado ya dos años. Los participantes asiduos, que acompañaron el proceso a lo largo de todos estos meses, coinciden en que actualmente hay más personas pedaleando por las calles resistencianas y valoran la visibilidad que ha ido tomando el uso de la bicicleta.

“Si la bicicleta es un medio de transporte, la Masa Crítica es el medio de comunicación que encontramos los que pedaleamos para reunirnos y decir que acá estamos, firmes en nuestras convicciones, tan diversas como nosotros, y reclamando ocupar el espacio público en un marco de respeto”, afirma Rocío Navarro.

El efecto contagio que se expandió por el mundo, también tuvo su réplica en esta parte del país. La Masa Crítica Resistencia fue la disparadora de una onda expansiva. Luego del surgimiento de la experiencia en la capital chaqueña, fueron convocándose masas críticas en distintos puntos del norte argentino: los primeros fueron Corrientes y Posadas, y luego el síndrome multiplicador alcanzó a Salta.

“Creo que la importancia social que tiene la masa crítica es el darnos la posibilidad de encontrarnos para ver que **no somos pocos ni estamos solos**. Aún si no logramos que las autoridades municipales nos escuchen, o que los colectiveros nos traten con un poco más de amabilidad, pedaleando cada día igual estamos generando un cambio importantísimo en nuestras vidas. Así que siempre habrá razones para celebrar el primer domingo de cada mes pedaleando juntos”, valora Rocío.

El festejo aniversario estaba planificado —como es costumbre— para el primer domingo de marzo, pero la lluvia torrencial que azotó a Resistencia ese día obligó a posponer siete días el encuentro. A la semana siguiente,

la celebración se volvió a aguar, y los ciclistas, atendiendo al destino que parecía llevarles la contra, decidieron guardar para el mes siguiente las narices de payaso, las pelucas y los disfraces con que planeaban festejar.

Hoy es domingo 7 de abril, segundo fin de semana. El primero estuvo ocupado por el domingo de Pascuas y por un extenso feriado, que hubiese complicado la convocatoria y hubiese dificultado reunir participantes.

Es una tarde tibia de otoño y el cielo está radiante, como en compensación por tanta lluvia caída en las fechas anteriores. La cita está pautaada para las 17, y diez minutos después una inusual cantidad de bicicletas se acumula en la esquina de la plaza 12 de Octubre.

Algunos ciclistas ansiosos, adolescentes con bicicletas de carrera y vestidos como si fueran a competir, permanecen montados, yendo y viniendo en un radio de escasos metros. Otros han dejado sus rodados a un lado y se han sentado en el pasto a tomar mate o tereré.

“Este es el recambio generacional que se viene”, bromea con actitud seria Mario Anic ante la cantidad de jóvenes menores de 18 que ha ido aumentando con el correr de las masas críticas.

La amplia mayoría sigue teniendo sin embargo entre 20 y 40 años, algunos mayores —pocos— también se han acercado. Hay un par de bebés, de chicos pequeños y hasta un perro que hará el recorrido obedientemente sentado en una sillita atornillada a un portaequipajes trasero.

La hora pasa y los grupitos, dispersos pero unidos, van aumentando. Los conocidos se reencuentran, charlan entre sí. Las bicis se van sumando apoyadas contra los árboles, los bancos de la plaza, tiradas en el césped. Nadie toma la iniciativa de encabezar el grupo, pero la consigna es clara y conocida por todos los presentes: nadie ha llegado hasta esa esquina a pie.

Pasada la media hora, llega el que tenía que traer el megáfono. Al mismo tiempo, como si estuviera organizado, caen los hábitos de la Masa Crítica Resistencia, parte del equipo inicial que dio forma a la movida. Los ciclistas comienzan a juntarse y organizarse, ha llegado el momento de partir.

El trayecto a recorrer es sometido a votación. Se barajan distintas propuestas, hasta que algunas obtienen mayor consenso y se decide la primera parada y el destino final. El camino se irá trazando a través del pedaleo.

Trayecto

El uso frecuente de la bicicleta tiene variados y reconocidos beneficios. Para hacer una breve puntualización, se puede recurrir a la lista elaborada por *Lima Revista Sustentable*¹.

1 *Lima revista sustentable*: www.revistalima.com.ar

En estos tiempos de velocidad y frenesí, la economización del tiempo aparece como una de las principales ventajas estipuladas. Desde la publicación postulan que por el tiempo empleado es el medio de transporte más eficaz —junto con las motos— para recorrer distancias de hasta cinco kilómetros.

Otro ahorro que se consigue es el de dinero. El combustible de la bicicleta es la energía del propio ciclista, y su costo de compra y mantenimiento es muchísimo menor al de otros medios de transporte.

En otro orden, también se apunta el provecho que acarrea a la salud. Pedalear está catalogado como un ejercicio aeróbico, por lo tanto posee beneficios cardíacos, reduce el estrés, mejora la postura y se consumen calorías.

Andar en bicicleta no produce ruidos ni lanza combustiones relacionadas con el uso de combustibles fósiles. Esto convierte a este vehículo de dos ruedas en un medio de transporte ecológico y amigable con el medio ambiente.

Y además la utilización de bicicletas alivia el tránsito en las ciudades, ya que ocupan mucho menos espacio que los autos en las calles. Por ejemplo, se calcula que en el lugar donde puede estacionar un auto, entran hasta diez bicicletas.

Según la opinión de Noel Depettris, arquitecta y ciclista, Resistencia ofrece algunos beneficios para el empleo de este tipo de transporte. Por empezar es una ciudad que ofrece como ventaja principal la ausencia de desniveles en su topografía natural, lo que la hace transitable en vehículos a sangre sin demasiado esfuerzo.

“A su vez” —marca Depettris— “es una capital relativamente nueva, que ofrece en el casco central avenidas con anchos parterres, promovidos en el siglo XIX por cuestiones higienistas y que perduran en la actualidad, otorgándole amplitud visual y frondosa vegetación”.

Sin embargo, de acuerdo a la profesional, “a pesar de las características naturales de la ciudad, que otorgarían facilidades de circulación y ambientes saludables, las intervenciones municipales no han generado las condiciones en el casco céntrico. Y ese desinterés en la planificación y previsión ha contribuido al deterioro en la periferia”.

La arquitecta enumera como factores que contribuyen a los conflictos urbanos la inexistencia de carriles diferenciados y la ausencia de ciclovías, pues las existentes no presentan continuidad, no tienen mantenimiento y no cumplen con requisitos básicos para ser consideradas como tales. Además del alto déficit de aparcaderos de bicicletas —ya sea en lugares públicos como privados— y de la utilización desmedida e incorrecta de badenes o lomos de burro.

Estos últimos no sólo generan conflictos con los desagües de las calles, sino que no se realizan de forma proporcionada, no se encuentran señalizados de manera adecuada, no consideran diferenciación de vehículos y se

utilizan arbitrariamente incluso en ambas manos en los cruces. Muchos, al ser colocados en conjunto con semáforos, ralentizan el tránsito y generan accidentes.

Depettris es clara al señalar que a estas dificultades se agrega el que “a nivel institucional tampoco se ejercen campañas de promoción para circular por la ciudad en bicicleta, y son pocas las organizaciones de la sociedad civil que promueven el ciclismo. Por lo que en cierta manera es coherente que esta actividad no genere suficiente presión aún para ser valorizada”.

Desde su experiencia, la arquitecta sostiene que “en principio hay que promover todo tipo de transporte público, porque es una de las maneras de disminuir el número de autos circulando. Considero que el uso de la bicicleta es factible y sería posible optimizarlo promoviendo carriles diferenciados para circular, infraestructura adecuada como aparcamientos en sitios claves, transporte de bicicletas en trenes y colectivos urbanos e interurbanos, disposición de bicicletas públicas, generación de ciclovías y, por supuesto, el fomento del uso de este medio de transporte”.

Las ciclistas Nuria y Rocío coinciden con la visión de la profesional. Para la primera, directamente “Resistencia ignora al ciclista. Hasta ahora, las bicicletas no entraron nunca dentro del sistema de planificación de la ciudad, la ciudad está hecha para el consumo y circulación de motores. Las bicicletas resisten pedaleando y defendiendo su espacio en la calle”.

Además ambas remarcan como importantes factores en contra la falta de respeto por parte de los conductores de vehículos motorizados y el caos de tránsito que se vive en la capital. Rocío agrega al respecto: “Hay mucha falta de respeto y esto es grave porque estamos hablando de maniobras negligentes que muchas veces ponen en riesgo a los demás”.

Las ciclistas hacen hincapié en que fomentar la utilización de la bicicleta como medio de transporte puede generar importantes cambios en la ciudad. Ambas desean que, a fin de ordenar el tránsito, el estamento municipal impulse lo que significaría una real modificación de las políticas públicas: bajarse un poco de las motos y los autos, mejorar el transporte público y fomentar que se agarren las bicicletas.

“El primer gran secreto que esta ciudad le muestra a un ciclista es su belleza. El problema es que, tras descubrirlo, quien pedalea se da cuenta de que eso queda oculto tras el ruido, la velocidad, la superpoblación de motores”, describe Rocío.

La ciudad ideal, al menos en este sentido, es Copenhague. Según la página web del Ministerio de Asuntos Exteriores de Dinamarca², Copenhague inauguró su primer carril bici en 1910. Pero la mayor parte de la red de carriles se ha establecido en los últimos 25 años.

2 Página web del Ministerio de Asuntos Exteriores de Dinamarca: *denmark.dk*

En la capital danesa alrededor del 50% de los ciudadanos van al trabajo en bicicleta. De hecho, el número de bicicletas supera el de habitantes. Gracias a los 400 kilómetros de carriles para bici, los ciclistas pueden desplazarse por la ciudad muy fácilmente. “Mientras los conductores se aburren en los atascos, los ciclistas pasan como un rayo”, afirman desde el sitio web.

En las calles de Resistencia no es fácil coordinar alrededor de cien bicicletas, y menos fácil aún enfrentar el desconcierto y enojo de los automovilistas, motociclistas y colectiveros que se topan con la Masa Crítica aniversario. Cuando el semáforo da paso, los ciclistas deben abandonar la seguridad de la vereda y el pasto de la plaza para bajar a la calle. Al principio los movimientos son dubitativos, pero una vez que todas las bicicletas pisan el asfalto, la masa se va conformando y tomando forma con cada rodada.

Rocío Navarro es clara en esto: “Hay que cuidar el modo en que la masa avanza. Se tiene que ocupar el ancho de la calle, sin dejar huecos, haciendo taponos en las esquinas, sonriendo a la ciudad”.

La Masa Crítica Resistencia avanza por la avenida Wilde, en dirección al predio donde se ubica el Domo del Centenario. Esta fue designada la primera parada de la tarde, pues allí se están juntando donaciones —de ropa y alimentos— para ser enviadas a La Plata y Buenos Aires, donde cientos de personas fueron perjudicadas por una inundación provocada por las últimas lluvias. De hecho, la invitación para participar de la masa crítica este domingo llamaba a traer algo para colaborar con la campaña solidaria.

Las bicicletas siguieron derecho por la avenida de los Inmigrantes. Los vehículos de dos ruedas tomaron por asalto el playón de estacionamiento del Domo, sorprendiendo a los motociclistas y transeúntes. Los que habían llevado materiales para donar se internaron en el predio para entregarlos en el punto de recolección, y luego la Masa Crítica retomó la marcha.

Los ciclistas rodearon el lugar, subieron por el puente y desembocaron por avenida Ávalos con la finalidad de ir pedaleando hasta el centro. Con el correr de las cuadas se va haciendo cada vez más complicado respetar las consignas planteadas antes por Rocío.

Como en todo grupo amplio de personas, la masa crítica toma vida, se descalabra y se reorganiza, como un cuerpo viviente que rueda a lo largo de una cuadra o cuadra y media.

Siendo parte de la masa, hay que aprender a prever los movimientos bruscos de los otros, las frenadas, los zigzagues de los ciclistas más inexpertos. Hay que marchar juntos para taponar la calle y no dejar que se cuelen autos, pero respetando un margen de maniobra que permita evitar los imprevistos.

Los que van en el grupo de cabecera algunas veces se adelantan y se separan del resto del cuerpo de la masa. Los que forman el conjunto de la retaguardia en ocasiones se atrasan, pedalean más despacio y van

quedando atrás. Los del medio no siempre son eficaces en ocupar el ancho de la calle y eso abre la posibilidad para que otros vehículos quieran adelantarse. Estos errores en la coordinación son subsanados por indicaciones de los integrantes más experimentados que perciben la dificultad y advierten al resto para remediarla.

La masa crítica avanza, por momentos compacta y rápida, por momentos extendida y perezosa. El megáfono se traslada entre varias manos para hacer efectiva la arenga y contagiar el fervor. Las consignas entusiastas van acompañadas por bocinazos y timbrazos característicos: la masa suena a bicicleta a su paso.

Los taponos no son designados de antemano, sino que son voluntarios y se van alternando a lo largo del recorrido. El que llega primero a la esquina y tiene ganas de detenerse, se coloca haciendo tapón. Esto consiste en pararse en la bocacalle, cruzando la bicicleta a lo ancho de la vía perpendicular por la que marcha la masa, con el fin de detener el tránsito hasta que termine de pasar la masa crítica. Usualmente los taponos se componen de dos o tres ciclistas, para convencer más rotundamente a los demás vehículos de no tratar de cruzar. La clave impuesta por las masas críticas para estas acciones es usar la amabilidad y no caer en las provocaciones o en la violencia.

Los taponos son una medida de protección, y los que se encargan de realizarlos toman la responsabilidad momentánea de proteger al resto de sus compañeros. Durante el breve lapso en el que cruza la masa crítica, si algún conductor se exalta, no quiere frenar o se expresa de forma violenta verbal o físicamente, los que estén parados haciendo el tapón serán los primeros que tendrán que lidiar con esta situación, poner paños fríos y evitar que pase a mayores.

La reacción del resto de los conductores y de los transeúntes ante la presencia de la Masa Crítica Resistencia es notoriamente distinta. La respuesta de los primeros oscila entre el fastidio y el rechazo. Para muchos automovilistas y motociclistas debe ser la primera vez que perciben a las bicicletas como parte del tránsito, y al no poder avasallarlos, al tener en esta oportunidad que cederles el paso y respetar sus tiempos, se impacientan, se irritan y algunos incluso toman medidas muy peligrosas para ellos mismos y para otros.

Esto sucedió claramente en las avenidas, cuando la masa crítica iba por uno de los carriles, las motos para adelantarse se metían por el carril contrario, en contramano, con tal de sobrepasar al conjunto de bicicletas. O directamente se subían a la vereda.

Yendo por la avenida Ávalos, a tres cuerdas de la intersección con la avenida 25 de Mayo, se escucha que Rocío grita: “¡Cuidado con los peatones!”. Una pareja de ancianos, que caminaba lentamente tomados del brazo, mira con evidente cara de espanto como un motociclista —el que maneja, la

mujer y el niño que van con él, sin casco— viene a toda marcha por la vereda. La pareja titubea entre quedarse inmóviles o correrse, el motociclista los esquivo apenas, zigzaguea y sigue. Ha adelantado con éxito a la masa crítica.

“La dificultad es la poca tolerancia, quienes están atrás de un volante nunca saben esperar o ceder el espacio. En la calle pondera la ley del más grande: colectivos y autos se manejan a velocidades extremas, sin consideración o cuidado con peatones o ciclistas”, afirma Nuria.

Después de este incidente, todavía enojada, Rocío se queja de los imprudentes. “No están vacunados contra la prepotencia de querer pasar antes que el otro, no importa si es ciclista y viene por la derecha, no importa si soy colectivero y voy a encerrar a ese insignificante muertito que va pedaleando”, dice.

La Masa Crítica Resistencia dobla por Julio A. Roca con el fin de llegar al centro y desembocar en la plaza 25 de Mayo. Se pueden distinguir tres grupos dentro del conjunto de bicicletas. No es lo mismo ir a la cabeza, en el medio o en el pelotón final.

Los de adelante son los que necesariamente van abriendo la marcha, tomando las calles. Son usualmente los que toman las decisiones sobre la dirección del recorrido, pues si bien los destinos están claros y decididos de antemano, a veces se plantea la cuestión de dónde conviene doblar o en qué calles es mejor seguir derecho con el propósito de combinar visibilidad y equilibrar el hecho de comprimir y liberar el tránsito.

En el medio se ubica la formación más compacta de bicicletas. Requiere una mínima destreza pedalear en conjunto, yendo próximos para no dejar huecos que permitan el paso de otros vehículos, pero sin hacer maniobras bruscas que compliquen el paso o hagan chocar a los compañeros. Como una medida de precaución, por lo general en este sector pedalean los niños, alejados de los bordes del grupo, para resguardarlos de los vehículos que pretendan adelantarse por izquierda o derecha.

Y el grupo de la retaguardia es el que se lleva la peor parte con respecto al tránsito. Los conductores que vienen siguiendo a la masa crítica usualmente no respetan la distancia reglamentaria y se pegan a las ruedas de las bicicletas fomentando la posibilidad de un accidente. A esto hay que sumarle el acoso con el ruido de bocinas y el resonar de los motores, más las imprecaciones, epítetos y sugerencias de todo tipo dirigidas a los ciclistas.

Un señor en moto, cansado de esperar los aproximadamente tres minutos en que tarda en pasar la Masa Crítica Resistencia, recomienda a los gritos:

—¿Por qué no van a laburar?!

—Hoy es domingo, señor, hoy no se trabaja —contesta amablemente Gastón Benítez, sin dejar de pedalear.

Las bicicletas desembocan en la plaza central y continúan por Juan B. Justo. Doblan en Frondizi, siguen por Güemes una cuadra, doblan en

Irigoyen y toman la Marcelo T. de Alvear. Mientras rodean la plaza 25 de Mayo, el grupo se dispersa un poco, al conjunto de ciclistas le cuesta ocupar el ancho de esas calles tan amplias.

De pronto, un automovilista impaciente ve un pequeño hueco por el que cree poder pasar y se apresura a adelantarse. El resultado es que queda atrapado en el cuerpo de la masa crítica. Las bicicletas lo rodean por los cuatro costados y queda trabado en el medio, no puede seguir marcha, no puede doblar, se ve obligado a andar al ritmo de ciclistas.

Los más cercanos advierten a sus compañeros del peligro del auto que se ha colado: el conductor puede atropellar a alguien sin querer o una bicicleta puede sin desearlo metérsele abruptamente en el camino. Es un momento tenso en el que se siente que la masa crítica ha sido invadida por un motor. Finalmente el automovilista se las arregla para ir frenando, las bicicletas lo superan y se evade por una calle perpendicular.

La reacción de los transeúntes que ven pasar la Masa Crítica Resistencia oscila entre la sorpresa y la simpatía, y la indiferencia desangelada. La bandada de bicicletas suele arrancar sonrisas y expresiones de asombro en los peatones, quienes festejan la presencia de tal cantidad de rodados por las calles de la ciudad. Algunos se detienen a observar el paso del grupo, otros saludan, comentan entre sí. Yendo por Marcelo T. de Alvear, desde el balcón de un edificio celebran a la masa crítica con vítores, agitando un trapo de piso como bandera. Los ciclistas responden la demostración de cariño con sus bocinas y timbres.

Rocío pedalea en una musetta roja, llevando una larga peluca violeta que se sacude al viento. Dos señores, vestidos con ropa de trabajo, miran fijamente pasar el conjunto, inmóviles, sin hablar ni mostrar expresión alguna. Ante la mirada atenta, Rocío hace sonar el timbre de su bicicleta repetidas, insistentes veces, pero la actitud no cambia.

—La indiferencia chaqueña ante lo desconocido. Mostrarse indiferentes, impávidos, ante lo que no conocemos es algo casi instintivo para nosotros, viene de algo profundo. ¡Mirá que hay que no reírse! —dice pensándose, suponiendo la imagen que se habrán llevado los hombres. Rocío se anima a describir este rasgo de la idiosincrasia chaqueña al vuelo de las ruedas, hablando con un tono serio atravesado por una sonrisa.

Siguiendo la línea reflexiva, puede decirse que la bicicleta es de hecho un objeto curioso dentro de la lógica mercantil del capitalismo. Como afirma Juan Carlos Kreimer en su libro *Bici Zen*³, “en esencia todas comparten una característica rara y casi única para estos tiempos: no salen de fábrica con obsolescencia programada. A diferencia del resto de la producción tecnológica, quiebran dos máximas sagradas de la sociedad de

3 Kreimer, J. C. (2012), *Bici Zen. Ciclismo urbano como camino*, Planeta, Buenos Aires, p. 26.

consumo: la del úselo y tírelo y la de que todo lo nuevo se pone viejo. No se gasta al cabo de un tiempo programado, no deja de funcionar o desactualiza en determinado tiempo. Sus repuestos nunca dejan de fabricarse”.

Noel Depettris también reconoce el ahorro económico que implica la utilización de este sistema de transporte. La arquitecta sostiene que el ciclismo urbano presenta beneficios para la salud personal del que lo practica y reduce el número de accidentes debido a la baja velocidad, lo que disminuye los costos de la salud pública. Además es provechoso para la economía, por el bajo costo que representa el uso, la fabricación y el mantenimiento de este medio.

Pero más allá de los mencionados beneficios, Kreimer hace alusión a un proceso más abarcativo para explicar lo que él entiende como un progresivo avance en la utilización de las dos ruedas. El autor está convencido de que “la vuelta de la bicicleta no es un fenómeno aislado ni responde sólo a que las calles y avenidas han llegado a un punto de saturación. Se inscribe dentro de una serie de transformaciones originadas por tomas de conciencia”.⁴

En relación con esto, en el contexto chaqueño se pueden destacar varias experiencias. Las une el hecho de entender a la bicicleta no sólo como un medio de transporte sino como un concepto más amplio que incluye una perspectiva de vida, una postura libertaria y democrática y una actitud de goce y juego.

Uno de los primeros antecedentes a los que se puede hacer alusión es “Bicicleta Cultural”, que estuvo vigente entre julio de 2010 y mayo de 2012. Se trataba de un colectivo de jóvenes, estudiantes universitarios en su mayoría, que se dedicaban a realizar —de manera autogestiva— actividades en cárceles. Su nombre devenía de entender a la bicicleta como una herramienta de libertad.

El grupo visitaba los sábados por la mañana el penal de mujeres ubicado en el barrio Don Santiago, con el fin de compartir saberes culturales y llevar adelante una propuesta de educación popular no formal. De esta manera las internas tuvieron la oportunidad de participar en talleres de lectura, fotografía, música, filosofía, proyección de audiovisuales, actividades deportivas y la creación de una huerta orgánica.

En 2012 comenzó a desarrollarse también otra experiencia bajo el título de “Fotocleta”. Este taller, que hoy se continúa dictando, es una propuesta educativa que se desarrolla en el Centro Cultural Alternativo (Ce.Cu.Al.) bajo la premisa de conjugar la pasión por la bicicleta con el arte de la fotografía y otros lenguajes artísticos. La idea fue que los participantes conformaran un espacio para pensar y experimentar en torno a las dos ruedas desde la fotografía principalmente, pero abierto también a otros lenguajes sugeridos por los asistentes como el audiovisual, la poética, la narrativa o el musical.

4 Kreimer, p. 51.

La propuesta incluye, además, según las coordinadoras del taller, la intención de “reflexionar sobre la relación que nuestra sociedad tiene con la bicicleta y sobre lo que este medio revela de la identidad personal y colectiva. El objetivo es explorar qué nos pasa con el entorno cuando vamos a cara y pedal descubierto”.

El año pasado el taller culminó con una muestra fotográfica denominada “El Don de la Bicicleta”, que mostraba un recorrido por once talleres de la ciudad y sus personajes.

Como desprendimiento de “Fotocleta”, nació la iniciativa denominada “Cinecleta”, consistente en la proyección de cortos y películas emparentados por la presencia de bicicletas. Durante el ciclo, que duró tres encuentros en el Ce.Cu.AL, los integrantes del taller “Fotocleta” presentaban los distintos films a visualizar en la velada.

Asimismo, el año anterior llegó a la ciudad la práctica de bici polo, que ya se jugaba en otras provincias. En Resistencia el grupo que practica este deporte se junta tres veces por semana en el Parque Tiro Federal, ubicado en la intersección de las avenidas Castelli y Chaco.

Los equipos se conforman con tres jugadores, quienes van montados en bicicletas. La intención del juego es meter una bocha en el arco, ayudándose con un taco. Los participantes no pueden tocar la bocha con los pies ni apoyarse en el piso. Los partidos duran diez minutos o hasta que un equipo convierta cinco goles, de acuerdo a lo que suceda primero.

Desde un ámbito institucional, como el Ce.Cu.AL, también se aportó a la movida. Así salió a las calles “Bicicleteando”, una propuesta turística de base cultural que consiste en recorrer en dos ruedas la llamada “Ciudad de las Esculturas” bajo la guía de artistas plásticos.

La idea es contemplar Resistencia desde las obras de arte emplazadas en ella. El trayecto dura unas dos horas, durante las cuales se comentan cuestiones históricas y estéticas de las esculturas. Para esto, el Ce.Cu.AL cuenta con cinco bicicletas que pone a disposición de quienes deseen sumarse a la actividad y no tengan una propia.

A partir de 2013 este centro cultural alberga además periódicas reuniones por el tema de las bicisendas. El grupo que se junta se encuentra en etapa de evaluar la legislación de otras ciudades donde se ha implementado este sistema, con el fin de elaborar una propuesta que se le pueda acercar a la municipalidad de Resistencia.

También la Casa de las Culturas a partir de este año se ha incorporado al movimiento, concediendo entradas gratis para algunos de sus espectáculos a los primeros en llegar en bicicleta. Esta propuesta forma parte de un proyecto en fomento de una cultura sustentable, en pos del cuidado del medio ambiente, denominado “Sustentate ¡Che!”.

Llegada

Los ciclistas de la Masa Crítica aniversario siguen por Marcelo T. de Alvear y doblan en La Cangayé. Andar en bicicleta permite conocer la ciudad y trazar los propios recorridos. Adriana Cochia mira para todos los lados, trata de ubicarse y luego, al no tener éxito, reconoce que es la primera vez que transita por esta parte de Resistencia. Andar en masa posibilita traicionar hábitos y salir de los trayectos acostumbrados.

Como dice Juan Carlos Kreimer en *Bici Zen*⁵: “Cruzar en bici la ciudad y los barrios aledaños produce un efecto diferente que hacerlo en auto o colectivo. No se viaja en una cajita de zapatos mirando por los agujeritos, estás dentro de lo que ocurre”.

A lo largo del camino se establecen lo que podría denominarse como “amistades maseras”. Al menos así lo hace Nuria, quien explica que “con muchas de estas personas uno se ve solamente una vez al mes, en la masa. No sabés nada más de su vida ni te la volvés a cruzar”.

La masa crítica se convierte de esta manera en un punto de encuentro, una cita para reencontrarse, retomar charlas, comenzar nuevas. Es un momento de intercambio e interacción que se renueva mensualmente. Este espacio permite por ejemplo que Rocío y Juan Branco, pedaleando sincronizadamente uno al lado del otro, debatan sobre el uso de las bicisendas y su factibilidad en Resistencia. O que Gastón comparta anécdotas de su trabajo. Probablemente hasta mayo los involucrados no se vuelvan a cruzar.

El grupo toma por avenida Lavalle, rumbo a su destino final. La masa crítica cosecha otros adeptos a lo largo del recorrido: los perros callejeros. En esta oportunidad, desde que las bicicletas pasaron por la plaza central, dos se unieron a la travesía. Uno grandote, color té con leche, para esa altura del camino ha abandonado. Pero el otro, uno negro de tamaño mediano, seguirá incansablemente a los ciclistas hasta el lugar de llegada. Si los perros son capaces de reír, su sonrisa debe lucir como la expresión que ese pichicho llevó durante la tarde, correteando y moviendo la cola entre las ruedas, saludando de bicicleta a bicicleta.

Luego de un largo recorrido, la Masa Crítica Resistencia arriba al Parque Ávalos. Algunos han ido abandonando, pero la gran mayoría de los ciclistas alcanza la meta. Se siente la satisfacción del deber cumplido.

Los que hayan finalizado el trayecto tendrán su recompensa. Daniel Segovia, con mucha destreza y rapidez, hará los preparativos y cocinará unas tortafritas para repartir entre los presentes. En otra oportunidad, gracias a su bici-parrilla, Daniel convidó choripanes en una masa crítica nocturna. Ahora, a la caída de la tarde y después del pedaleo, el hambre abunda.

5 Kreimer, p. 58.

La noche se cierne sobre el Parque Ávalos y la oscuridad va ganando cada vez más terreno. Los ciclistas charlan en grupo, aprovechan para conocerse, citarse para la próxima masa crítica. Las bicicletas, como al principio, descansan tiradas en el césped o apoyadas contra los árboles. Esperan pacientes que sus dueños retomen el pedaleo.

El movimiento a favor del uso de la bicicleta ha sumado en este último tiempo voces famosas. Entre ellas, quizás una de las más destacadas es la de David Byrne, miembro fundador, cantante y guitarrista de la banda *Talking Heads*. El artista recopiló notas y apuntes de viajes de distintas ciudades del mundo para editar en 2010 la obra *Diarios de Bicicleta*.

Al igual que la postura defendida por Kreimer, Byrne sostiene en su libro que “ir en bicicleta unas cuantas horas al día —o incluso solamente de casa al trabajo y viceversa— me ayuda a mantener la cordura. (...) Para mí, la sensación física del transporte autoimpulsado, junto con la impresión de autocontrol inherente a esa situación sobre dos ruedas, tiene un efecto vigorizante y tranquilizador que, aunque pasajero, me basta para estar centrado el resto del día. Suena como una forma de meditación, y de alguna manera lo es”⁶.

Célebres mundialmente o no, los usuarios de este vehículo suelen coincidir en la apreciación de sus percepciones al momento de trasladarse en bicicleta. Lucas Diel es capaz de enumerar, en perfecto orden, las sensaciones que le produce moverse por la ciudad: libertad, satisfacción, entusiasmo, entretenimiento y fortalecimiento muscular.

Para Nuria, la autonomía y la libertad son las emociones predominantes cuando se desliza. “Siento equidad, simpleza e inteligencia colectiva, ya que es un medio de transporte sencillo y democratizador. Cuando ando en bici y me cruzo con otras bicis, me siento parte de un hermoso y unido clan. La mayor libertad es no depender de tener plata para moverme, arriba de la bici el combustible es uno. La puedo estacionar en todos lados. Con la bicicleta uno se desata de muchas cosas”, describe.

También Rocío siente que su felicidad y su libertad corren al ritmo de dos ruedas. Además de una forma de transporte, ella entiende que en la utilización de este vehículo se involucra una forma de vida: “la bicicleta me hace feliz porque es coherente con valores y modos de construir la vida en los que creo: la humildad, el convencimiento de que podemos elegir la salud propia y del ambiente, de que la bicicleta es un medio veloz para moverse en espacios urbanos y nos vuelve más respetuosos, más iguales a las otras personas que se mueven a nuestro alrededor. La bicicleta es mi escudo para ver el mundo a cara descubierta, para apropiarme de la ciudad y volverla hermosa, a resistencia y pedal”.

6 Byrne, D. (2011), *Diarios de bicicleta*, Editorial Sexto Piso, México D.F., p. 16.

Alfredo Germignani. *Nació en Rosario en 1981. Fue redactor de El Diario de la Región y La Voz del Chaco. Fundó en el 2003 la revista de cultura Cuna. Publicó el libro de prosa poética La soledad en blanco y negro (2007), la novelita lumpen Diario de un fanático de Scarlett Johansson (2008). Ciudad Espectral (2011) es la única novela publicada de la Trilogía de la Bronca, iniciadora del género “bizarrismo delirante”, que continuará con Ladrón de cadáveres y Biografía apócrifa de Fernando Funes (Notas desde el futuro), éstas últimas escritas en complicidad con el escritor Guido Moussa. Le gustan los zombis, aunque forma parte de la conspiración reptiliana en la Tierra.*

Resistencia es decadente y depravada

Todos los hechos y/o personajes mencionados en esta crónica son reales. Cualquier parecido con la ficción no es pura coincidencia: es la realidad.

Bajé del coche cerca de la medianoche. De un momento a otro me vi sentado frente a la computadora, tirando algunas ideas que había pensado para escribir una crónica de Resistencia —tal como me había pedido el editor del libro. Ninguna me convencía del todo. Hacía dos meses que venía así, nada me cerraba y prácticamente tenía el tiempo de entrega soplándome la nuca. Para más, no soy de escribir rápido como a veces se me da por creer. Me preparé un fasito con los cogollos que tan generosamente me había regalado un compinche —de la agrupación en la que milito, “Resistencia Cannábica”— para ver si pasaba algo... Pero lo cierto es que seguía sin poder decidirme, así que me puse a vagar un rato largo por Internet. Abrí un portal de noticias, yo prefiero las noticias de espectáculos y cosas por el estilo, y habiéndome encontrado con una foto de Jonny Deep recordé que hacía un par de meses había visto la película *The Rum Diary*, basada en la novela del escritor norteamericano Hunter S. Thompson, inventor de un tipo de subgénero del nuevoperiodismo que se llama *gonzo*, escribir a lo gonzo o simplemente periodismo gonzo.

Durante la mañana del domingo, el germen de la idea terminó por invadirme y me dije a mí mismo: “No será una gran idea pero la verdad es que otra cosa no se me ocurre”. Así que me puse a maquinar el cómo, una crónica de Resistencia a lo gonzo. Su técnica narrativa sugiere que importa el contexto por encima del hecho mismo, y el narrador literario es parte clave de la atmósfera de la noticia; de cómo el “yo” se mete en la carne de los sucesos. Dicen los que saben que la pieza que dio origen al periodismo gonzo es “El Derby de Kentucky es decadente y depravado” (“The Kentucky Derby is decadent and depraved”), publicado en el año 1970.

Listo, ya tengo el título, pensé de inmediato.

Sin embargo, la empresa empezaba a ponerse difícil ya que una cosa era redactar una crónica de una famosa carrera de caballos estadounidense de hace cuatro década, y otra muy distinta la de una proto-ciudad del 2012; era un razonamiento lógico, casi de sentido común, pero a mí sólo

me importaba trascender la forma, no el contenido. Por supuesto que al haberme comparado —¿indirectamente?— con Thompson pequé de pretencioso y soberbio, pero de algún modo tenía que justificarme a mí mismo el dichoso narrador literario, mi “yo”, digamos, en esta historia.

Sobre el mediodía almorcé empanadas fritas de carne y luego me eché a descansar. Desperté a media tarde hecho un encanto, me preparé mate y me fumé un faso. Mis dedos todavía saltaban sobre el teclado cuando sonó el celular. Era Lucas, un compinche escritor, igualito al actor Paul Rudd, con barba tupida, pelilargo, rubio y con pinta de hippie bueno. Su llamado era para recordarme que debía estar en el Centro Cultural Alternativo, recitando poemas en un Slam de Poesía Oral. Yo no soy poeta pero igual fui, aunque casi me cago y no voy. Siempre le tuve pánico a las multitudes de más de cinco personas prestándome atención durante más de diez segundos.

Leí dos textos casi autobiográficos.

El primero:

“Me gustan las películas de horror y escuchar al menos una vez por día la guitarra de Jack White. Detesto las bicicletas y las motos, leer los diarios, mirar los noticieros, salir a caminar. No le creo a César Aira aunque en secreto tenga cierto aprecio por la mayoría de sus mañas. No soy un loco ni un misántropo, pero experimento sensaciones extrañas todas las mañanas cuando veo vampiros y zombis bailar por las calles mientras estoy yendo a la oficina a trabajar.

”Me matan de risa los cristianos y la gente que se la pasa hablando de inseguridad.

”Soy fanático de los guisos de arroz, de las noches espectrales, de la pornstar Sasha Grey, de las apocalípticas mujeres de Luis Royo, de Batman The Dark Knight, de las lluvias frías y de la actriz Mary Elizabeth Winstead.

”Soy ateo convencido y militante, aunque adhiero a la religión del copimismo: CTRL+C y CTRL+V. Nunca le creí nada ni a Borges ni a Walsh; mejor ñeri fue Roberto Arlt. Pero el escritor argentino que hizo ficción de verdad no fue otro que John Sunday Perón.

”Mi avión se fue volando lejos y hace poco tuve una experiencia traumática, por lo que prefiero manejar a velocidad crucero, aunque de tanto en tanto pise a fondo el acelerador y procure tirarle el auto encima a alguien, por amor al género nomás.”

El segundo:

“Solamente: mi whisky jota be, mis cigarrillos armados Look Out, mi marihuana con nombre de chica sexi, mis pastillitas chiquitolinas, un blues de los greenhorns, una película con Mark Wahlberg y la pelirroja Kate Mara, un libro de Caparrós sobre muertos y un libro de Dean

Koontz sobre muertos. Interfaz de sonido y cover de Seven Nation Army. Por último: Morrisey, Waters, las malvinas son argentinas. El noticiero bizarro delirante de las ocho. El periodismo es lo peor que nos pasó. Mis guitarras, rock y dictadura, exceso de pensamiento. Mi Maradona en miniatura encima del televisor: que la chupen. Alabado sea el señor.”

Cuando volví a casa la medianoche formaba un manto espectral sobre la ciudad. Antes de acostarme me fumé un faso y pensé que toda esta idea de escribir una crónica de Resistencia a lo gonzo era una basura, una iniciativa espeluznante. Al día siguiente, lunes, como de costumbre, me fui a la oficina temprano, segundo piso de Casa de las Culturas, frente a Casa de Gobierno y de la Plaza 25 de Mayo. Esa esquina de Marcelo T. de Alvear y Mitre es el centro neurálgico del apocalipsis por antonomasia, al menos su centro más político, más social, más... de todo, un mejunje urbano donde siempre están ocurriendo protestas y movilizaciones, cortes de calle, etcétera, por lo general en horario comercial. Por las siestas y después de las 20 la gente se desvanece. Pero, como días atrás lo habían metido preso al Pelado Gómez, que venía robando protagonismo con piquetes en horario comercial, el día lunes parecía tranquilo. A propósito del Pelado: también es escultor con habilidades extrasensoriales. Tuvo un accidente con su moto del que salió con vida pero sin una de sus piernas. La semana pasada los vi a él y a su pierna ortopédica descender de un coche en la maldita esquina de Casa de Gobierno, bajo el solazo del mediodía

—Siempre venimos preparados para el combate, somos un grupo que se ha capacitado en artes marciales —explica a la prensa el Pelado Gómez cada vez que tiene la oportunidad—. Tenemos rangos dentro de la organización.

Este tipo sí que sabe lo que hace, pensé.

Más tarde recordé que el Pelado también había tenido una epifanía después de su accidente, mientras estuvo internado. Fue una especie de contacto espiritual con un santo o con una entidad providencial, apersonada en un “hombre de luz” o “ser luminoso”, detalló un portal de noticias dedicado a parodiar la realidad para parecer original.

Yo fumaría un porro y tomaría un par de cervezas con el Pelado Gómez, tiene onda, quisiera oír su historia.

Pero no ahora.

Por la tarde, Laura, mi esposa, me cuenta que recibió una llamada a su teléfono celular; una de esas putas aseguradoras que te joden la vida, igual que el celular, viste. Este fue el diálogo que mantuvo con la telefonista del *Call centers*:

—Buenas tardes, queremos ofrecerle un seguro...

—No, no quiero ningún seguro.

—Pero...

—No.

—Entonces espero que no le pase nada y no tenga que acordarse de mí.
¡Diablos! ¡La violencia del sistema no tiene límites!, pensé.

El martes fue espantoso. Que permanezca en el profundo olvido.

Desperté el miércoles, abrí y cerré los ojos hasta el techo. Definitivamente lo de Resistencia a lo gonzo es pura mierda, fue lo primero que pensé al despertar. Aunque, en realidad, nadie jamás sabrá si fue eso lo primero que pensé al levantarme de la cama, o si fue alguna otra cosa... no sé, en cepillarme los dientes y tomarme cinco gotas de Clonazepam, por ejemplo. Ése es el punto, se trata de pura forma; la insinuación es una vedette para algunos escritores gonzos, y suele ser la vedette que mejor coge.

Forma, la palabra que hace rato me venía repiqueteando en la cabeza.

Pero, ¿por qué?

Porque me muevo dentro de una ciudad desentrañada por los filos curvos de ficción y de realidad. Me siento el espectador de una telenovela mexicana de los años 90 de la cadena Televisa, de un melodrama de mal gusto estético —pero que encaja perfectamente— ajustado a las reglas confusas y “pruritongas” de una sociedad atrapada en aburridísimas desventuras políticas y sociales, la mayoría —encuentro algo de sosiego esgrimiendo este argumento— producto de que todavía no leyeron *La puta de Babilonia* de Fernando Vallejo.

Sea como fuere, los escenarios y protagonistas presentados en estas crónicas gonzas no importan más que la forma en que son presentados; la forma es la clave de la verdad. La forma revela el contenido, es la ilusión infalible de un mundo real. Aunque sea mentira, es real. Es lo que importa, que luzca real.

Por ejemplo: no sé cómo voy a hacer que luzca real el título “Resistencia es decadente y depravada”. Es el primer “problema real” —aunque, claro, siempre a lo gonzo— al cual me enfrento.

La solución es evidente, pienso, y continúo con la lectura de la última parte de *Oscuro*, una trilogía vampírica moderna escrita por Guillermo del Toro y Chuck Hogan. Son las 2:15 de la madrugada del miércoles y encuentro sumamente incorrecto fumar otro porro; sería el tercero y con

dos por día está bien. Fue lo que me recomendó mi médico de cabecera cuando le confesé que padecía un estrés laboral fulminante y que fumar marihuana fue lo que me salvó la vida.

—¿Y cuánto estás fumando por día?

—Dos, tres porros.

—Con dos está bien —dijo elaborando un gesto de arrugada austeridad *cannábico-clínico* que, me dije, debí haber patentado ahí mismo, en el consultorio, en ese momento. Me pregunto por qué diablos no tomé una fotografía, qué boludo estuve.

Mi médico insistió, por si no había quedado claro: “Con dos está bien”.

Mi médico de cabecera es piola, pienso.

Sin embargo, con los vampiros siempre me entran ganas de porro.

Tengo que cambiarle el título a esta crónica, pienso; no debe llamarse “Resistencia es decadente y depravada.

Jueves 13 de septiembre. “Cuando los docentes intentaban instalar la carpa, fueron reprimidos por la policía por orden de las autoridades del Poder Ejecutivo y del Ministerio de Educación”, escribió un tal Nelson Adrián Palomino para el portal web de *TN y la Gente*. Poco después de la media mañana se escucharon los tiros. Salí de la oficina y me acerqué a los ventanales del segundo piso de Casa de las Culturas para ver qué pasaba. Enseguida, un montón de personas —en su mayoría mujeres y niños— se amontonaban en las puertas de acceso al edificio. Las puertas estaban cerradas. Alguien gritó: “¡Dani, abrí las puertas! ¡Abrió las puertas!” Dani abrió las puertas y unas treinta o cuarenta personas —en su mayoría mujeres y niños— entraron para resguardarse de la balacera de goma que tenía lugar afuera.

Diez minutos después, salgo a la calle. Veo corridas hacia la avenida 25 de Mayo. Filmó con mi celular, pero no llego a captar nada interesante. Camino hacia la esquina de Mitre y Marcelo T. de Alvear. Un vallado custodiado por la policía impide el ingreso y el tránsito por calle Alvear. Si bien aún flamean banderas rojas y negras y alguna que otra pancarta verde, la gente en su gran mayoría se ha dispersado. Como siempre llegué tarde y me perdí la noticia. Cuando emprendía el retorno a la oficina, me topo con unas personas que si bien no parecían ser manifestantes, tenían cara de haberlo visto todo. Intento mantener una conversación con una de ellas:

—Hubo represión —afirmo, por decir algo.

—Sí —me responde—, hubo corridas hacia allá —señala en dirección al nacimiento de la avenida 25 de Mayo—, los piqueteros salieron corriendo y les metieron bala.

Ese jueves no hizo tanto calor.

Por la noche, mi esposa Laura me habló de un libro que está leyendo, *Cómo hacer el amor igual que una estrella del porno*, de Jenna Jameson. Se trata de la autobiografía oficial de la mítica pornstar; la compré en Buenos Aires por el precio de una cerveza. Semanas atrás vi el mismo libro en los anaqueles de Librería de la Paz, estaba a cien y pico de mangos, un afano a todas luces.

—La mina (la mina es Jenna Jameson) dice que un solo tipo hizo de actor, camarógrafo, director y productor de una de las películas que realizó —me cuenta Laura.

Una vez, hace un montón de años, vi un documental de la industria pornográfica en Argentina en el que aparecía un gordito de barba y melena que, camarita en mano, explicaba la diferencia entre un boludo y un argentino: “La diferencia entre los yanquis y nosotros, es que ellos gastan miles de dólares en una película y yo, con esta camarita, hago lo mismo y me ahorro miles de dólares y puedo llegar a ganar lo mismo que ellos”. Creo, si no me falla la memoria, que el comentario del gordito me resultó irritante. La distancia —o la diferencia—, otra vez vuelve a ser la forma, la apariencia.

Tal vez el verdadero problema sea ése, que Resistencia no tiene forma, no tiene apariencia de nada.

Antónimos de *decadente*: poderoso, fuerte; de *depravado*: honrado, virtuoso. “Resistencia es poderosa y honrada”, un título que encantaría a los editores del diario *Norte* del año 3000. De todos modos un titular así no vende, suena más a *speech* de campaña, una nota demasiado afinada, incorruptiblemente limpia, como la objetividad periodística que pregonan los dinosaurios.

Jack White, por ejemplo, mi rockstar favorito, dice que prefiere que la guitarra suene desafinada. Seba, mi primo músico pop, dice que el secreto está en el error. “En la repetición de los errores”, se detiene a explicarme, de los acordes musicales que en este caso específico moldean los contornos de una canción hit, un track pegadizo. ¿Qué diferencias de formas hay entre una Resistencia decadente y depravada y otra Resistencia poderosa y honrada? Arriesgo: la diferencia de forma está en el tiempo histórico retardado: un texto equivalente a “El Derby de Kentucky es decadente y depravado” no hubiese tenido oportunidad alguna de publicarse en un diario o en una revista de Resistencia en 1970 sin pasar a encabezar su lista de escándalos recurrentes: la moralina. ¿Patrañas? Pues apuesto el doble: tampoco la nota del señor Thompson podría ser titular hoy sin barahúnda mediante. Ah, ¿no? Vean si no, lo arriesgo todo: de haberse dado la posibilidad de un texto equivalente al “El Derby de Kentucky es decadente y depravado” publicado en Resistencia *city* en el '70, en algún diario o revista, supongamos que en *El Territorio*, los historiadores la hubiesen —dos veces— condenado a un pozo de olvido y desidia.

Por eso estas crónicas son pretenciosas, ridículas. Abdico. Huyo de la computadora. Abandono con gusto la mierda que escribí y resuelvo volver a la cama con Laura. Pero en cuestión de segundos aparca en mi mente —no pregunten por qué— la película *El viento se llevó lo que* y sigo escribiendo. Recuerdo el comentario de Ariel Sobko¹ sobre la cinta de Alejandro Agresti: “Hay un personaje (Antonio Tardini, interpretado por Ulises Dumont), un viejo inventor-técnico-filósofo que inventa cosas que ya se inventaron, y todo el tiempo está partiendo a Buenos Aires para patentar sus inventos, pero resulta que todo lo que inventaba ya había sido inventado, así llega a inventar, por ejemplo, la teoría de la relatividad, el comunismo, y a resumir la teoría freudiana en la máxima ‘todo es sexo’”.

Yo voy a ver si me sale inventar el periodismo gonzo, permanezco en pose pensante: mi *yo* no puede no formar parte de esta historia, trato de memorizar: el medio puede y debe formatear el disco duro de esta historia. Así que diré que me drogo, que fumo porro, que aspiro cocaína ocasionalmente, que —en los ratos libres— soy alcohólico, que puedo disparar frases cortas y filosas y escribir en tiempo récord de sala de redacción que la noticia no será Resistencia city en sí, sino, por inconsistente que parezca la idea, sus contextos, sus formas, sus espectros, todo aquello que vemos desde bien lejos.

“¿Quién le da voz a los hijos de puta?”, pregunta en voz alta Mariano Quirós sin que importe en qué momento o situación específicos particulares², pues a los fines que incumben no hay más hijos de puta que los que le dan voz a los hijos de puta, a menos que abordemos a la literatura, ahí podemos discutirlo, claro, la literatura es una nada gigantesca e inconcebible, un gran agujero negro sin forma ni tiempo ni espacio. Allí, dentro de esa bota infinita de la nada primigenia, se originó hace catorce mil millones de años el Bing-Bang y ¡chas!, en un chasquido de dedos: el génesis. Si hasta parece una película de ciencia ficción; pero no quiero que se queden con una mala impresión de los hijos de puta que dan —y/o dieron en algunos casos— voz a los hijos de puta —como *TN*, *Canal 13*, *Canal 9*, *Clarín*, *La Nación*, *Norte*, *Los Simpson*, Guido Miranda, el Gordo Puto,

1 Ariel Sobko es, además de un amigo con quien comparto charlas sobre literatura y cine, profesor de Filosofía y autor de un perturbador ensayo fragmentario —del que ya prácticamente no hay registros—, *Los vientos amargos de la nada*.

2 Me corrijo: sí, importa. El lugar donde aconteció la pregunta fue en el Centro Cultural Alternativo, en Santa María de Oro 471, donde mantuvimos una reunión los escritores que integraríamos este libro de crónicas. La pregunta del autor de *Río Negro*, si mal no recuerdo, aludió ante una breve discusión que mantuvimos sobre las crónicas. Qué contar en una crónica, cómo hacerlo, a través de quiénes. Etcéteras.

Julito, Barack Obama, la Puta de Babilonia, etcétera—, así que solamente tengo a bien decir que mi única ambición en la vida es convertirme en un verdadero hijo de puta con voz propia. Verán, al final sabrán por qué la voz elegida para contar es solamente una forma —¿más?

—Lo único que importa en la vida es el sexo y la muerte —me dijo Laura que dijo Jenna Jameson en su autobiografía *Cómo hacer el amor igual que una estrella del porno*.

—Tiene razón, ¡qué hija de puta! Aunque yo reversionaría la máxima de la siguiente manera (forma): “Lo único que importa en la vida es el dinero, el sexo y la muerte”.

La puerta del lavabo interior de mi casa se abrió por sí sola en forma repentina y misteriosa, mientras Laura cocinaba y yo barría el suelo y nuestra hijita Ema de un año y tres meses miraba hundida en su puff *Rastaración* en la tevé, una tira animada emitida por el canal inglés *CBeebies* —franquicia de la BBC— que contiene evidentes mensajes a favor del consumo moderado de THC.

Ambos observamos el fenómeno; no había manera de que no lo viéramos pues ocurrió a metro y medio de distancia, frente a nuestras narices.

—¡Es un fenómeno *poltergeist*! —grité entusiasmado.

—¡No seas delirante! Esa puerta nunca cerró bien.

Hubo un lapsus. Una página en blanco. El bloqueo de escritor existe y es más triste —tengo que confesarlo— que el ejercicio mismo de escribir. No quiero entrar en detalles, es triste y listo.

La página en blanco es perturbadora.

Twixt (2011), película de Francis Ford Coppola protagonizada por Val Kilmer, quien interpreta a un escritor de novelas de terror y misterio. En una de las escenas, Val Kilmer se encuentra en sueños con Edgar Allan Poe, encarnado por Ben Chaplin. El parecido es hollywoodescamente sorprendente.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunta Poe.

—Bueno, no tengo un final —responde el escritor en declive.

—¿Sabías que Dickens se carteó conmigo referente a la técnica, para escribir el final primero y trabajar hacia atrás? —el escritor que interpreta Val Kilmer le sirve a Poe una copa de vino.

—¿Cuáles son tus requerimientos? —pregunta Poe sosteniendo con su mano derecha el vaso con vino y acariciándose la pera con los nudillos de la otra.

—40, 50 líneas por página. 200 páginas.

—¿Requisitos?

—La belleza.

—¿El tono?

—La melancolía.

—Estos puntos han sido establecidos —afirma Poe—. Consideremos el estribillo.

—Sí, sí, el campanario viene a mi mente.

—La repetición debería ser breve —explica el autor de *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. En mi propio trabajo, el más famoso, usaba unas palabras, como una sola repetición.

—Nunca más —dice Val Kilmer mientras la cámara, como una fotografía en contrapicada, nos muestra que en realidad no hay nadie sentado frente a él. El escritor interpretado por Kilmer está solo.

Poe continúa:

—Las dificultades provienen de la suposición de que las palabras deben ser monótonamente dichas por un ser humano. Entonces tuve la idea de una criatura irrazonable, capaz de hablar muy naturalmente, como un perico, fue mi sugerencia. Pero pronto fue reemplazado por un cuervo, igual de capaz de hablar, pero como ave siniestra. Concordó más infinitamente con el tono pretendido.

Durante el lapsus, que duró un par de semanas y días, me sentí desahuciado, incapaz de continuar con el emprendimiento de mostrar una Resistencia city decadente y depravada.

Recordé la película de Coppola y acudí a ella una vez más, me detuve en un par de escenas, especialmente en el diálogo entre Val Kilmer y Poe. Entonces, y sólo entonces, súbitamente la página en blanco se llenó de imágenes. Postales variopintas de Resistencia city. Un *flash* para volver a mi presente narrativo, éste en el que estoy. Fragmentos.

La golpiza de “Maravilla” Martínez al putito de Chávez Junior; el sufrimiento en el doceavo round; nunca voy a olvidarme de esa pelea aunque a mí no me guste tanto el box como *Strike Force*³, los miércoles con repeticiones los domingos, por *Space*, véanlo. A la pelea la vi en casa de mi suegro gratis por la TV pública, la noche del sábado 15 de septiembre.

Siesta, mucho calor. Nublado y con probables precipitaciones. Mi primo músico pop y yo rumbo a Barranqueras a bordo de mi auto, un Mondeo 96. Pegamos y volvimos. De regreso empezó a llover y refrescó. Luego de dejar a mi primo en su casa, me encontré bordeando la plaza 9 de Julio a

3 *Strikeforce* es una promoción estadounidense de artes marciales mixtas con sede en San José, California. Los peleadores parecen máquinas. Se recontra cagan a trompadas, suele haber sangre. Mucha sangre. Pero no pasa nada. Eso está bueno. Está bien.

velocidad crucero, frente al colegio Normal, por calle Dónovan, escuchando al mango “Lucky” (*OK Computer*, 1997) de Radiohead. Las gotas de lluvia caían sobre el parabrisas del Mondeo y a mí simplemente Resistencia me seguía pareciendo un lugar de mierda para vivir aunque en ese momento, en ese instante, haya sido feliz con semejante pelotudez. “La felicidad es cosa de drogadictos”, explicará en el futuro un clon de Mauricio Macri mucho más sincero que el original, en el año 2454, y todavía *Clarín* titulará: “La felicidad no es cosa de adictos”. En Chaco, Norte, sección Nacionales, titulará en cambio “Los drogadictos y adictos no son felices” y agregará además —si el tiempo y el espacio lo permiten— la providencial opinión del fanático cristiano religioso de turno. La vecina paqueta del futuro leerá ese titular apocalíptico y repetirá a su vecina apocalíptica que en el diario dicen que los que se drogan no podrán acceder a la felicidad de Dios Padre Todopoderoso.

¡Diablos! ¡La violencia del sistema no tiene límites!

Sin auto. El coche se rompió. “Hay que cambiar las correas”, dijo el mecánico.

De viaje en remís con Laura hasta 25 de Mayo y calle 8 (yo vivo en una casa por calle Saavedra y Vélez Sarsfield). Nos tocó un remisero fanático de Cristo y de alguna de esas iglesias marca Acme que vienen ahora, onda mermelada *Pare de Sufrir*. No estoy seguro cómo se inició la conversación, pero el tipo se la pasó hablando del Señor, del poder de Dios. Dijo que “hay bandas de rock que satanizan a los jóvenes, por eso nuestros jóvenes están satanizados”. ¡¡¡WTF!!! Cuando bajamos con Laura del coche, luego de pagar el viaje, le dije al chofer: “Gracias por la experiencia”.

Otro viaje en remís. Otro remisero adicto al Señor. Suerte que Laura está siempre ahí para evitar que me convierta en un asesino en serie de remiseros fanáticos de Cristo. Durante el viaje Laura y yo comentamos, o me comenta ella —sí, es ella quien me comenta—, acerca de un amigo que sufre trastorno bipolar y que gracias a no sé qué tratamiento había empezado a superar paulatinamente su problema. En repente —como le gustaba decir a mi abuelita Elvia *Chiquita* Ramírez—, de buenas a primeras el chofer fanático religioso mete las narices para interpelar directamente a Laura. Mirándola por el espejo retrovisor, le dice: “Señora, eso solamente puede curarse mediante la palabra del Señor, debe concurrir a los brazos de Dios y entregársele, Él lo sanará. Exorcismo”. ¡¡¡WTF!!!

Último viaje en remís. El más controvertido. Otro loco. El más lobo-tomizado, hablando igualito que un centroamericano, que tú esto, que tú tienes que entender lo otro, que el Señor confía en ti. No entendía nada. Esto es Chaco, ¡fucking fanáticos! ¡Malditos lavacerebros! ¡Pervertidos de la mente!, pensé en inglés aunque terminé por transcribir la puteada en castellano excepto por el fucking, que siempre es estilístico. Igual que el What The Fuck?! (WTF).

Lo de los remiseros fanáticos religiosos me trajo a la mente un recuerdo espeluznante, ocurrido el viernes 28 de diciembre, hace un par de años, cuando me desempeñaba como jefe de prensa del Instituto de Cultura. Al recuerdo lo rescaté de mis diarios —en adelante recurriré con asiduidad a mis diarios—. El embajador de Polonia, Zdzisław Jnyerin, había visitado la provincia por aquellos días. Gracias a un desafortunado consejo que el polaco había dado al gobernador, se proyectó en el Complejo Cultural Guido Miranda un documental sobre el papa Juan Pablo II. Zdzisław había participado en la producción de la película sobre la vida de Karol Wojtyła. Y el gobernador no tuvo mejor idea que proponer su proyección en el cine del Guido. Fue una hora y media de tortura gratuita. El mensaje antiabortista fue lo mejor. ¡Casi salto de la butaca del susto! Ciertamente, soy un tipo adicto al terror, pero durante ese documental experimenté sensaciones tenebrosas que no querría volver a sentir... Por favor, señor gobernador.

Casa de las Culturas. 19.50 horas. Domingo 30 de octubre. Estoy charlando con un amigo. Tema: viviendas, la casa propia. Mi amigo vive en el barrio Golf Club y pudo acceder a su vivienda gracias a una hipoteca, eso me cuenta. Le explico que yo estoy alquilando por Saavedra; mientras, estamos —Laura y yo— manejando varias alternativas y presentamos papeles en Vivienda provincial, etcétera. Mi amigo asiente y me dice que sí, que hay que ver, que ahora no es como antes, que ahora sólo se consigue casa por *contactos*. Yo imaginé otro tipo de contacto, del cuarto tipo por ejemplo. Rápidamente mi delirante imaginación me condujo a través de universos impen-sados. Como si me hubiera transportado dentro de una cápsula del tiempo al principio de todo: el Big-Bang. Justamente, somos (los seres humanos) el paradigma cosmológico que explica el origen y la evolución del mundo. La expansión del Universo. De eso somos nada más que el exceso de paso, porque el universo todo el tiempo está en expansión. Argüí, rousseauamente, que el hombre nace libre pero en todos lados está encadenado. La humanidad debe gran parte de sus desastres al primero que cercó un terreno y dijo: esto es mío, escribió Jean Jacques en algún momento del siglo XVI. Nada que no pueda encontrarse gogleando, en Wikipedia salta enseguida. ¿A qué voy? Me refiero a que yo me uniría a cualquier partido político que lleve como consigna y bandera ideológica la máxima de Rousseau, algo distinta a la original es cierto, pero sin quitarle su espíritu y con el propósito de evitar futuras confusiones, quedaría estetizada por las formas de una nueva utopía, el *speech* proselitista que todas las personas que alquilamos, o peor, los que ni casa tienen, deseamos escuchar: TIERRA GRATIS PARA TODOS. Tal vez este razonamiento no sea suficientemente satisfactorio, o claro.

Veamos.

Jack London brindó en 1905 una serie de discursos frente a multimillonarios neoyorquinos que querían conocer al famoso escritor comunista.

El autor de *El talón de hierro* les escupió la posta al grupete de chorro: “El mundo confió en ustedes: lo han decepcionado y gobernado mal. Ustedes son unos incompetentes. Hace un millón de años el cavernícola, sin herramientas, con poco seso y sin otra cosa que la fuerza de su cuerpo, se las arregló para alimentar a su mujer y a sus hijos y hacer que la raza sobreviviera a través de él. Ustedes, armados en cambio con los nuevos medios de producción, que multiplican la capacidad productiva de los cavernícolas en un millón de veces, son incapaces de asegurar a millones de personas hasta la mezquina cantidad de pan necesario para sostener su vida física.”

Año 2013. Más de lo mismo. 5 de octubre, 1:28 am. Jamás voy a poder terminar dignamente esta crónica, pienso. No importa, hoy es viernes y el lunes feriado, fin de semana largo. A modo de revalidar el dato, confirmo con Laura cuánto pagamos de alquiler: \$2800 por mes, en efecto. De paso me cuenta que terminó de leer *Claraboya*, la novela que Saramago escribió a los 25 años. Me pregunto por qué mi esposa lee más rápido que yo. Estoy hace semanas con los vampiros modernos de Del Toro y Hogan y no puedo terminar. A propósito, no se hará una película con el libro, como todos esperan, sino, sépanlo, una serie. Del Toro nos cagó. No importa, hoy es viernes y el lunes feriado, fin de semana largo.

Me imagino frente al Dr. Thompson.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me pregunta.

—Bueno, no tengo un final —respondo, algo compungido.

—¿Sabías que yo escribía totalmente drogado y alcoholizado para encontrar un final?

Sirvo al Dr. Hunter Thompson una copa del mejor whisky del que dispongo en mis sueños: una botella de J&B. Supongo que estamos en casa, charlando en el living. Laura duerme. Ema también.

—¿Cuáles son tus requerimientos? —indaga el Dr. Thompson, yendo al grano de una puta vez.

—40, 50 líneas por página. 30, 40 páginas.

—¿Requisitos?

—Las drogas.

—¿El tono?

—La irreverencia.

—Estos puntos han sido establecidos —afirma el Dr. Thompson—. Consideremos el copete.

—Sí, sí, la Casa de Gobierno, incendiar la Casa de Gobierno viene a mi mente.

—El copete debería ser preciso —explica—. En mi propio trabajo, el más famoso, odiaba tener que abogar por las drogas, el alcohol, la violencia o la locura, pero siempre funcionaron para mí.

—El Derby de Kentucky es decadente y depravado —digo.

Thompson prosigue:

—Las leyes en contra de la marihuana son una de las razones que han engendrado esta falta de respeto de la que se queja la policía en todo el país. Cuando tienes toda una generación que se cría como delincuente, saben que la ley es ridícula y nos han dicho todas estas tonterías al respecto: “Te vuelve loco y te ablanda el cerebro, y se te caen los pies”. Hasta la policía sabe que es una ley tonta. Es hora de que cerremos ese abismo, con algún tipo de autoridad realista. Si no, no creo que vaya a lograrse nada en este país (EE.UU.). Creo que vamos a la revolución⁴.

Rumbo a Casa de las Culturas, en el Mondeo —con correas nuevas. Son las 8:30 horas, palitos más, palitos menos. En el viaje hago la habitual parada para dejar a Ema en el jardín. Vengo escuchando música oscura, horror punk; tal vez algo de The Misfits. Cambio a la radio y escucho una publicidad obscena. En realidad la vengo oyendo hace bastante, pero ese día se me antojó especialmente vomitiva. Dice —la publicidad radial— que hay mucha inseguridad: asesinato, secuestro, robo..., inseguridad. Dice: nada que un perro grande y guardián no pueda resolver. Un perro grande y guardián que me cuide cuando salgo a correr o a caminar; un perro que sepa cuidarme y que no sea simplemente un efecto estético de la postmodernidad, que salte a las bolas o a la garganta a los chorros malparidos que no dejan de afanar. Dice: un can castrador, vampiro y asesino. Oh sí, castrador, vampiro y asesino. Vengo escuchando esta porquería hace rato, es una publicidad cochambrosa, llena de mierda. Que dice: mientras día y noche suceden hechos de inseguridad, hay una empresa que trabaja día y noche para mejorar tu sistema de alarmas. Qué apropiado, pienso, como un perro guardián y electrónico. Dice: los perros guardianes electrónicos representan tan sólo una parte —la mejor, eso sí— del efecto cuadrúpedo de la postmodernidad.

Después andan diciendo que yo me drogo.

El mundo está cada vez más loco.

El sistema no tiene límites.

Lo del perro me da una idea para el final —todavía falta— de esta crónica de Resistencia city. Ema, ya dije, tiene un año y tres meses. Aprendió a decir su primera onomatopeya: “Guau-guau-guau”, triplica cada vez que se le pregunta ¿cómo hace el perro?, Ema, ¿cómo hace el perro?

4 Biopic. *Gonzo: La vida y el trabajo del Dr. Hunter S Thompson* [*Gonzo: The Life and Work of Dr. Hunter S. Thompson*] (2008), de Alex Gibney.

Sin embargo, el final todavía es una sombra.

No tiene forma.

Por la siesta, revuelvo el disco de la computadora buscando algunos archivos. Me encuentro con el extracto de una declaración de Aledo Luis Meloni, cuando cumplió cien años y la periodista de *Página/12* Silvina Frieri le preguntó que cómo era eso de llegar al siglo:

“Al que me dice ‘¡qué lindo que llegó a los cien años!’, le digo: el hombre no debe llegar a los cien; ochenta, ochenta y cinco sí. Aunque esté mentalmente como yo, espiritualmente hay soledad, porque uno es de otra época. Toda mi familia, mis nietos y bisnietos me quieren mucho, pero son de otra época. De mis amigos, no queda nadie. Yo soy como una espiga de maíz desgranada: soy solo y algún otro granito. La espiga está vacía. Y se siente... Yo soy de la generación del 40; son setenta años que han pasado. La literatura actual no es mi literatura. Mi literatura no encaja con lo de ahora y la literatura de la juventud me cuesta disfrutarla más que entenderla, porque es otro el sentimiento, otra manera de expresar, otro lenguaje. Usted puede estar vivo y estar solo. Y a veces está como un hueso fuera de lugar. Pero así es la vida. Por eso digo que la vida, como una suicida, nos va destruyendo poco a poco”.

Siento algo extraño al releerla. Tal vez es la misma sensación que experimenté la primera vez que la leí; pero no puedo estar del todo seguro, no es fija.

Traté personalmente a Meloni una sola vez. Fue hace tres o cuatro años; lo acompañé a filmar una publicidad contra el dengue que él muy gentilmente accedió a realizar. Viajamos desde su casa, ubicada por Don Bosco y José Hernández, a bordo de una combi hasta el campus la Universidad Nacional del Nordeste. Charlamos. Nada importante. Llegué a mencionarle que yo también escribía. Me pidió muy amablemente que en cuanto pudiese le acercara algún ejemplar de mi producción. Le dije que sí, que lo haría. Por supuesto, nunca le llevé ningún libro. Pero, a causa de la reflexión de Meloni, de un tiempo a esta parte me vengo preguntando si algún día, en algún lugar, encontraré en otro autor una convocatoria a la muerte tan perfecta y tan tristemente elaborada, dicha en la soledad de la longevidad y en la distancia de mundos generacionales disímiles e inverosímiles, aunque a mí también me cueste disfrutar de su literatura más que entenderla.

Continúo revolviendo mis archivos digitales.

Sigo fragmentando.

Es 27 de diciembre de 2011, de mediodía. Me siento con el ánimo por el suelo, horadado emocionalmente por el estrés. Hace apenas unas semanas acababa de renunciar a mi empleo como jefe de prensa del Ministerio de Educación. A pesar del bajón, los quehaceres domésticos siempre

vienen al pelo, me distraen. Barro el piso del living y del comedor, limpio la vajilla, pongo ropa a lavar, ordeno mi biblioteca, lustro mi guitarra eléctrica, cosas así. También salgo a comprar el almuerzo. Camino hasta la carnicería ubicada por French y Saavedra donde me encuentro casualmente con Mempo Giardinelli.

Con la lluvia de navidad vino algo de alivio, hacía fresco, estaba lindo. Este fue el diálogo que mantuve con el autor de *Luna caliente*.

—Me dijeron que te fuiste del Ministerio —dijo Mempo, encarando la conversación.

—Sí...

—Pero me contó Miguel (Molfino) que te fuiste mal. Yo no estaba en Chaco; pero me reuní el otro día con Miguel y me dijo que te fuiste mal, y que incluso enviaste una carta. ¿La mandaste a los medios?

—No, no. La carta la mandé por correo a un grupo de personas, involucradas de alguna u otra forma en mi decisión. Pero se trata de una cuestión personal.

—Ah, bueno. Si es personal... Me sorprendió porque ustedes parecían un equipo bien formado, una unidad.

—Fue una decisión difícil —le explico, sin ánimo de entrar en detalles.

—Me imagino...

Ahí concluyó la conversación. Su intromisión en mis asuntos laborales se me antojó al menos superflua. Pero me resultó divertido que haya ocurrido en una carnicería, mientras el carnicero pesaba las milangas. Confieso que hubiese querido que me preguntase algo como “¿che, qué estás escribiendo?” o “¿che, seguís escribiendo? O: “Che, sabés que estoy escribiendo esto...” Pero a los peces gordos de la literatura no hay con qué darles. Una vez, en un simposio, o en un foro de literatura —está bien, puedo hacer un mejor esfuerzo por recordarlo—, en el Foro por el Fomento del Libro y la Lectura, en el Domo del Centenario, dijo —enfático, como es él—: “Los leí a todos, sigan participando”. Se refería a *nosotros*, los “jóvenes escritores”. Me pareció un exceso. También me pareció un exceso una breve apostilla que leí sobre él, en la revista oficial de cultura *Chacú*, redactada por Quirós. La nota sostenía que un día lo vio tomando una botella de agua en el hall del complejo cultural Guido Miranda y le pareció que Mempo era como Charly García, un rockstar.

Yo no me tomaría una cerveza con Mempo Giardinelli, ¡qué podríamos charlar! ¿Por qué renuncié a mi trabajo? De Mempo solamente leí una vez y hace muchos años *Luna caliente*, y la pasé muy bien, es una novela negra estupenda. Quiero decir que no leí *todos* los libros de Mempo, jamás podría hacerlo; tengo una cantidad innumerable de libros en mi biblioteca de autores que jamás voy a leer pero allí permanecerán para siempre, o no; quizá se pierdan o desaparezcan en el tiempo, quizá los

obsequié. Pienso que tal vez tiene razón Aledo Luis, no es mi generación, nací en 1981, me cuesta disfrutar más que entender, ¿el paso del tiempo vuelve (a los escritores) más solemnes, más sabios, más temerosos a la presencia de la muerte, más aburridos, más solos, o qué? Esto es lo que no puedo entender.

Entonces viene a mi cabeza —continuando con esta línea “gonzo” de ¿reflexión?, y sólo entonces—, el escritor Miguel Ángel Molfino. A Molfino lo conocí personalmente en 2006, durante la presentación —a cargo de Mempo Giardinelli— de una compilación de cuentos, de versiones y perversiones⁵, reunidas en el libro *Prosas escogidas*. En ese libro está incluido el relato “La muerte viaja en una Olivetti”. Tanto influyó en mí el protagonista de “La muerte...”, Ralph Endicott, que redacté una entrevista que mantuve con él —la primera y única que le hice—, disfrazando al entrevistador, es decir a mí, quiero decir a mi yo literario, narrativo, de Ralph Endicott. El reportaje se publicó en la N° 2 de la revista *Cuna*, cuya portada fue dedicada a Miguel Molfino con un titular que rezaba: “El extranjero”. Por ese tiempo leía hartito a Saramago, así que también, influenciado por su prosa, eliminé las comillas como recurso de cita de testimonio periodístico y las replacé por coma seguido de mayúscula inicial. Una periodista compinche, que leyó la entrevista de Ralph Endicott a Molfino, me dijo por entonces que si es periodismo, formato entrevista, no podía simplemente omitir el uso de las comillas. Inadmisible, of course.

Así, pues, desde la presentación de *Prosas escogidas*, por el 2006, decía, nos hicimos buenos compinches, amigos. Cada tanto —aunque hoy a la fecha, 2013, con menor frecuencia que hace un par de años atrás—, nos seguimos reuniendo y charlamos variopinto. Durante esos encuentros, por ejemplo, presencié o fui testigo de parte del “backstage” de su novela negra *Monstruos perfectos*, la primera —no la primera novela negra, sino la primera novela de Molfino. Aunque, en realidad, su primera novela fue destruida, quemada por él mismo. De ella sólo se recuerda el título: *El ojo de la mosca*, del 91 o 92, según logré constatar con su autor. La primera vez que oí sobre esa novela espectral fue durante la presentación de *Prosas escogidas*, en Librería de la Paz. Mempo Giardinelli relató el detrás de escena, el “backstage”, de aquella contienda que Molfino mantuvo con esos manuscritos.

Otro día, en una de las últimas tertulias que supimos mantener en el desaparecido Café Fénix, Molfino cayó con el manuscrito de *El ojo de la mosca*. La galera estaba recién impresa, olía a tinta caliente, a paquete

5 *Versiones y perversiones* (1986), de Miguel Ángel Molfino, es un libro de relatos, de crónicas, un mestizaje de literatura y nuevo periodismo. Con el correr de los años, las versiones y perversiones siguieron apareciendo, publicándose, y se transformaron casi en un género en sí mismas.

de resma recién abierto. Molfino feliz, of course. Se sentó a la mesa y pidió whisky al mozo y se puso a hojear el borrador de *El ojo de la mosca*, ocultando su mirada furtiva detrás de sus gafas circulares de escritor omnipresente. Me entraron ganas de sacarme una foto junto a él y su galera; hubiese podido utilizar mi teléfono *BlackBerry* para tomar la imagen, la hubiese colgado en Facebook debajo de la leyenda: “*El ojo de la mosca*: yo la vi primero”, pero pronto desapareció el efecto “cholutaje” de mi cabeza. Molfino empezó a hablarme de un tipo que andaba buscando autores del género horror o semejante, pues se encontraba compilando materiales de “escritores jóvenes” para un sitio web español, o algo así.

En forma súbita y repentina y sin razones que lo motivaran, le hablé a Molfino de la *postmodernidad*. No me acuerdo qué comentaba yo, qué decía él, no sé; pero no era exactamente sobre la postmodernidad de lo que hablábamos, sino que en el comentario figuraba la palabra postmodernidad, o algo así. Molfino —que ese día tenía una casaca con la imagen de un Hemingway whiskynómano apuntándome a la cabeza con una escopeta—, cuando escuchó la palabra postmodernidad, la repitió haciéndola sonar como si perteneciera a una antigua lengua marciana:

—¿Posmodernidad?! ¡¡jijijuojuo! ¡¡jijijuojuo! ¡¡jijijuojuo! —Echándose una risa rara, larga y ahogada, mezcla de Papá Noel con Gianni Lunadei.

Molfino es un capo.

Voy a seguir bebiéndome varios vasos de whisky on the rock con Miguel Ángel Molfino, en el Café Fénix o donde sea, pero acá en Resistencia, o en el puto Infierno, que por antonomasia vienen a ser la misma cosa.

Quirós —a quien ya hemos mencionado— es un “joven escritor” nacido en Resistencia en 1979. Yo lo conocí gracias a Pablo Black hace seis o siete años, cuando lo invitamos a integrar el proyecto de la revista *Cuna* —por entonces todavía era un proyecto a punto de parir, a punto. Quirós es un narrador veloz y filoso, no hay dudas, pienso, el descubrimiento de Roberto Bolaño en su vida, en sus lecturas, fue determinante. Gracias al autor chileno de *Los detectives salvajes* construyó nuevas formas movilizadoras en su narrativa, cosas, hechos, sucesos, personajes, tramas dramáticas, vinculados de una u otra manera a los modos de vida domésticos de nuestra Resistencia city. Quirós gusta de los escritores que escriben como si estuvieran en peligro, detesta la solemnidad en la literatura, lo he oído de su propia boca, en más de una ocasión. No afirmo que ésa sea la razón por la cual el humor que ejercita en sus libros —¡qué dudas me caben!—, podrían ser víctimas de argumento para una película de Wes Anderson o Alex de La Iglesia. No sé. Es una impresión.

Un domingo 17 de mayo, a las 10:59, mientras llovía lindo y hacía tiempo y frío, reproduce parte de un texto que hallé en internet y escribí

después un breve parecer debajo del mismo, como una nota al pie, en mis *Cuadernos de Broncas*⁶:

“Mariano Quirós ganó con su novela corta *Torrente* su segundo primer premio (la primera fue *Robles*, en el concurso del CFI, en el 2008). La noticia salió publicada hoy en Ñ digital. Dice esto: ‘Los miembros del jurado del Premio de Novela Breve del Festival Iberoamericano de Nueva Narrativa (Elsa Drucaroff, Margo Glantz, Edgardo Cozarinsky, Ercole Lissardi y Alan Pauls) decidieron por unanimidad premiar ex aequo [por igual] las novelas *Torrente* (seudónimo: Alejo Luna), de Mariano Quirós (Chaco) y *Los eventuales* (seudónimo: Cocot), de Ulises Cremonte (La Plata). *Torrente* es un relato-río de gran pulso narrativo, sostenido en la voz de una primera persona compleja y potente’.

”Un lujo para Mariano.

”Hablé con Pablo B., le dije que Mariano metió dos goles de media cancha. Me respondió: ‘Le copió todo a Cervantes’. Antes había comentado: ‘*Torrente* es un plagio de *Don Quijote*’”.

Poco tiempo después llegó *Río Negro*, primer premio del concurso “Laura Palmer no ha muerto”, de ediciones Gárgola. En solapa de sus tres libros publicados dice que “es responsable del contenido de la revista *Cuna*”. En la solapa de mis tres “porquerías” publicadas dice: “Junto (yo) a los escritores Pablo Black, Mariano Quirós y Ariel Sobko, fundó en el 2003 la revista de cultura *Cuna*”. Alguien, no sé, un gurú espiritual como Claudio Domínguez debe escribir algo alguna vez sobre estas energías negativas, no sé, me conformo con un libro o un tallercito sobre las vanidades; yo podría comprar ese libro y leerlo, hacer el tallercito, creo que me hace falta. Creo simplemente que son cosas mías. ¿Son cosas mías? Sí, son cosas mías. ¡Qué boludo!

De los escritores que me gustan, que aprecio, a los escritores que no me gustan y que no quisiera cruzármelos por la calle. Enrique Gamarra forma parte del primer puesto de mi “lista negra” de escritores odiados, con cariño. Hace dos años y medio tuve el placer de viajar con su santidad hasta Charata, en una combi, junto con otro escritor, Rolando Cánepa, donde se llevaría a cabo la presentación de un libro que reunía las obras completas de Serafín Ricci. Gamarra desempolvaba anécdotas que yo ya había oído o que simplemente se me antojaban una fucking shit. Por ejemplo, lo de la madre de Borges, que tradujo *Las palmeras salvajes* de Will Faulkner al español y que Borges se había adjudicado la traducción

6 Mis *Cuadernos de Broncas* son terapéuticos; precisamente, no los escribo porque me guste hacerlo, sino porque necesito hacerlo. Soy un tipo que sufre mucho de los nervios, del estrés, hay noticieros que me paralizan, me “bloquean”; es el *Cuaderno de Broncas* o convertirme en asesino en serie de periodistas. Está claro que a veces prefiero más lo segundo que lo primero. Pero, ya lo dije, suerte que está Laura...

como propia, ya la había escuchado diez mil veces. Casi a la mitad del viaje, se puso como loco cuando se dio cuenta que un prólogo espectral que aseguró haberme enviado oportunamente por correo electrónico no apareció en la edición final del libro.

—¡Yo no puedo presentar este libro, Germiniani! —Decía el tipo con su voz raspada de destellos sabinescos, y cuadruplicaba por si no había quedado claro:— ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Gamarra caminaba de un lado al otro dentro de la combi, en un espacio reducidísimo, apoyándose de vez en cuando entre las butacas. El coche parecía mecerse, como si la ruta hubiese transmutado a un río turbulento y oscuro. Gamarra, hecho una bronca, exclamaba cosas como “esto jamás me pasó en la vida” o “yo no puedo presentar el libro si no está mi prólogo”, “este libro no debe distribuirse sin mi prólogo”, etcétera. Todavía no logro comprender cómo no pude acabar ahí mismo con mi vida arrojándome de la nave, del coche, cual suicida express. Un camión *Scania* hubiese terminado con mi sufrimiento, con mi agonía, descuartizando mi cuerpecito entre sus ruedas... ¡La muerte antes que seguir escuchando la voz de “Bubi”!

Ah, sí, por supuesto, *Rosario y la serenata* es una buena novelita de Gamarra. Es lo único que leí de Gamarra. Me encantó: tenía muertos y todo. Es lo único que voy a leer de él. Ya dije, tengo montones de libros en mi biblioteca que jamás voy a leer, me gusta que permanezcan ahí y que yo pueda verlos que permanecen ahí sin que nadie los lea y el tiempo simplemente pase.

responder semejante compendio de desaciertos, revestidos de un supuesto “humor ácido” o algo por el estilo, que, si se lee entre líneas, cuestiona con soberbia y desprecio, acudiendo a la “moralina” de los necios, un modo de observar y contar la realidad histórica y cultural de nuestro tiempo, Chaco, hoy, 2012. Lo vil, o lo villanesco, o lo ruin, es que esta clase de periodismo *mata*, *extermina* virtualmente, valiéndose únicamente de la facha o la cara de la víctima, si les gustó o no, designan los blancos y disparan, sin más. Igual que un francotirador jalando del gatillo de su escopeta desde lo alto de un edificio a la multitud en la calle, aunque la comparación parezca exagerada, esto es lo que hace el periodismo chaqueño todo el tiempo: *matar*, *exterminar* las historias y ocultar los cuerpos, los personajes, sus ideas. Jamás sabremos desde dónde vienen los disparos, las balas, cuál será la próxima víctima; el anonimato convalida la cobardía del relato “objetivo” que con tanto ahínco veneran y defienden, la objetividad no tiene nombre ni lugar y la reventona popular “¡la puta que te parió!” tampoco. Por eso conservé este recorte de periódico.

“LA BURRADA EN LA QUE INCURREN ES SEMEJANTE AL DEDO EN EL ORTO QUE LE METIERON A OSCAR WILDE PARA SABER SI ERA PUTO O NO”. Fue el título que redacté a pura bronca, cuando me enteré por radio del quilombo que se había armado a causa de la denuncia de unas maestras ciruelas de Coronel Du Graty, quienes decretaron que uno de los poemas del libro *Arquitextos* inducía a “nuestros hijos” a la pedofilia. Estalló el escándalo, la moralina. Carne fresca. Lo mismo de siempre: políticos paranoicos, locutores de radio exacerbados, redactores de diarios convertidos en cosmonautas de la crítica literaria, periodistas de televisión travestidos con sotanas de corte oscurantista —a la última moda *prêt-à-porter*—, monos indignados, guanacos irritados, señoras canturronas, señores encolerizados, perros rabiosos, gatas ariscas, etcétera, de todo en el zoo, qué multicolor es la viña del Señor.

Del texto original que redacté el jueves 29 de julio de 2010, día antes, día después del estallido, extraje dos fragmentos que ilustran desde dónde yo observo e indago al gallinero.

“Resulta sorprendente el espanto, el pavor que le producen a cierta clase de personas encontrarse en un texto de literatura con las palabras pene, pija, verga, poronga, garcha, concha, clítoris, culo, coger, mierda, puto, ponerla, chota, etcétera. Y lo que resulta más increíble todavía es que al no comprender por qué y para qué están puestas ahí, cómo están puestas ahí, las tilden de heréticas y encima les arranquen las hojas al libro... Está muy en claro que esta gente no lee ni el almanaque.

”Claro, como era de esperar, los cuervos de algunos medios están empezando a editorializar el tratamiento de la información como se les da la gana. Lo único que les interesa es hacerse un festín. Incluso un periodista llegó a decir hoy que bueno, que él no había estudiado sobre esto, que él era apenas un comunicador y no era quién para opinar. ‘Pero no tengo dudas de que esos textos son réprobos’⁷, declaró.

”La burredada en la que están incurriendo es sólo semejante a la ignominia que sufrió Oscar Wilde, cuando le metieron el dedo en el orto para saber si era puto o no, y no felices con esto, después lo mandaron a la cárcel condenado a trabajos forzados. Allí, escribió dos de sus obras más hermosas, *De profundis* y la conmovedora *Balada de la Cárcel de Reading*. Una de las estrofas de ésta última, dice: ‘Éramos como hombres que por un pantano / de inmundada oscuridad avanzan tanteando; / no nos atrevíamos a susurrar una oración / ni a dar suelta a nuestra angustia; / algo había muerto en cada uno de nosotros / y lo que había muerto era la esperanza’. Es cierto. Hasta de la misma mierda puede salir un buen poema”.

La alusión al padecimiento de Wilde en el título fue pura bronca, reacción, reflejo. Quería buscar el escándalo valiéndome de artilugios históricos y literarios⁸, no más que eso. Y creo que lo conseguí.

En el blog de *Cuna* todavía puede encontrarse el post que contiene la columna de opinión, un anónimo —¿el mismo de *Primería Pifia?*, ¿caso otro?— hizo el siguiente comentario: “Una sola frase: ‘está claro que esta gente no lee ni el almanaque’ da cuenta de dos cosas: 1) la imposibilidad del autor —es decir yo— de entender que existen otras perspectivas o visiones respecto no sólo de lo que es la literatura sino de lo que corresponde o no publicarse en un texto que tiene como uno de sus ámbitos de circulación a la escuela y, 2) el enunciado connota un profundo desprecio por quien no se ajusta al marco interpretativo del autor de esta nota y, hasta podría leerse entre líneas, un profundo desprecio que adquiere una dimensión clasista (tal vez entre una élite intelectual y ‘los otros’). No alcanzo a visualizar qué lo diferenciaría de aquéllos que cuestiona”. Del jueves 5 de agosto de 2010.

Dos comentarios: 1) *Nicolás*, del viernes 30 de julio de 2010: “Leí la noticia, vi la avalancha de gente indignada, la bola de nieve mediática, el pánico político. Y después encontré las tres páginas por las que se desgarraban las vestiduras. No entendieron nada. No leyeron. Ni este ni otros libros, nada. Te felicito por el post. Hacía falta que alguien lo diga con todas las letras.” 2) *MAIV*, 30 julio del mismo año: “Yo también te felicito.

7 Canal 9, *Noticiero 9*. Comentario del periodista Alejandro Rubiolo durante una entrevista con el Ministro de Educación.

8 La escena a la que aludo está registrada en *Wilde* (1997), de Brian Gilbert, una película biográfica británica, con Stephen Fry en el papel principal. Está basada en la biografía de Oscar Wilde por Richard Ellmann.

Simplemente no puedo creer el tratamiento que le dan al hecho, ni que la opinión general sea esa. Necesitaba leer algo así sobre el tema. Gracias”.

Destripemos.

Por un lado el libro *Arquitextos* jamás fue pensado para las escuelas. Un taller literario. Sin embargo, cualquier docente con dos dedos de frente, valiéndose de la lectura de las tres o las cuatro primeras páginas del libro, puede acceder gratuitamente a esta información. Es un instrumento pensado para talleristas, es decir, para personas —jóvenes, adultos— interesadas en la producción narrativa y poética. Esta guía de trabajo, de 175 páginas, se terminó de imprimir en febrero de 2010, gracias al trabajo del entonces equipo de escritores⁹ que formaban parte del espacio de Letras del Instituto de Cultura.

La “polémica” también generó opiniones de los escritores Mariano Quirós y Marcelo Caparra. Quirós postuló: “¿Qué te pasa profe? ¿Estás nervioso?”, refiriendo al ministro de Educación, quien durante la polémica mantuvo una postura ambigua, ambivalente. Caparra reflexionó por su lado: “Como suele ocurrir, nuestros hijos nos educan. Tres alumnas de un taller que dicté en el interior me escriben en un mail: ‘Profesor, ¡ahora entendemos la diferencia crucial entre civilización y barbarie! Los bárbaros queman los libros o arrancan sus hojas. Los civilizados (mucho más estratégicos en política, mucho más mansos en disciplina partidaria), prefieren confiscarlos o secuestrar la edición’”¹⁰.

La línea argumental del debate que esgrimía el gallinero tenía como vedette al lenguaje, al uso del lenguaje, los modos, las formas, los cuerpos. Qué sí. Qué no. Del cuerpo. Más allá inclusive de si el Estado debió o no pagar la edición de un libro en cuyas páginas un poema contenía un verso decadente y depravado que cito a continuación: “Soy la verga, la chota tu eje...”, o, uno más sodomita todavía: “empalmándose, cogiéndose niños”. La afirmación contundente del gallinero, en términos generales, es: *Esto no es literatura*.

¿Quién decide qué es y qué no es literatura?

Nadie.

No lo decide nadie.

Además es un debate estéril, viejo, demodé.

Hasta Saramago, que era un revolucionario elegante para escribir, dijo un puñado de años antes de morir: “Ya no me interesa hablar de literatura”.

Cito fragmento de una columna de Juan Gelman, publicada por *Página/12* en 1993 —“Sistema y creación”, *Prosa de Prensa*, 1997—: “La

9 Los menciono en el orden en que aparecen en la solapa del libro: “Red de Talleres Literarios **Tomemos la palabra**: Roberto Mateo, Mario Caparra, Marina Coronel y Lucas Ameri”.

10 La carta de lectores de Marcelo Caparra fue publicada por *El Diario de la Región* el 1° de agosto de 2010.

creación se instala en el vacío que inventa, contrayéndose, para dar espacio a lo que va a venir. El sistema se sostiene en el que fue y es profundamente melancólico en su voluntad de conservar para conservarse, Observa lo nuevo con desconfianza y, por eso mismo, intenta absorber todo, incluso, naturalmente, en los terrenos políticos y social. Pero cree que el arte es mucho más peligroso que un sindicato peleador. Piensa a ras de tierra y estima —por conveniencia y ceguera propias— que los poetas y escritores son materia desdeñable y los pintores, carne de comercio”.

El escándalo de *Arquitextos* llegó incluso al despacho del gobernador y del vicegobernador. Hubo una sanción administrativa contra la directora de Letras.

El Ministro de Educación responde a la carta de Caparra, prácticamente al día siguiente. “En cuanto a los textos en cuestión, estoy convencido de que necesitamos un debate estético, literario, cultural, serio, profundo, en el que lejos de plantear cualquier censura, discutamos con altura sobre el valor de la palabra y la relación entre literatura, educación y estado, y también por qué no, qué es literatura erótica y qué no lo es. Estoy decidido a promoverlo”, escribió.

“A continuación subí mi pierna izquierda frotándola contra la parte externa del muslo, y mis dedos se abrieron paso en la maraña de su cabello. Cuando él abrió la boca para decir algo, apreté mis labios contra los suyos y le hundí mi lengua en la garganta. Las palabras murieron en su boca y me envolvió con sus brazos, empezando a besarme. Fue la sensación más emocionante del mundo. Allí estaba yo, una jodida estrella del porno, y me excitaba sobremanera estar besando a un desconocido camarero”. El fragmento es de la página 364 de la autobiografía de la súper pornstar Jenna Jameson, *Cómo hacer el amor igual que una estrella del porno*. Es fantástica, intensa y tiene pechos enormes: Jenna Jameson también es literatura.

“La creación se instala en el vacío que inventa, contrayéndose, para dar espacio a lo que va a venir...”. Si la cita de Gelman fuera estudiada con atención por nuestros filólogos locales de los medios de comunicación tal vez deduzcan de ella que una mujer está a punto de parir...

Pero no se preocupen, eso no va a ocurrir.

La literatura crea formas, espectros y realidades paralelas. No es una doncella solemne de la Francia del Siglo XVIII.

El periodista Brian Pellegrini escribió “*Arquitextos*: ¿un libro que muerde?”, publicado el 2 de agosto en el portal de noticias *Chaco Día por Día*. El copete del texto está bien clarito: “Algunos sectores políticos y periodísticos promovieron una cruzada contra un libro luego de hacer una ‘lectura’ arbitraria y descontextualizada de parte de su contenido. ¿Sobre qué se discute en realidad?”. La nota de opinión incluyó lo que ningún medio de comunicación audiovisual, radial y gráfico divulgó: la razón por

la cual los poemas “obscenos” y “pedófilos” fueron incluidos en el libro¹¹. El registro de época se evidencia sin embargo en el último párrafo del mismo argumento, analogía meloniana a la melancólica declaración: *La literatura actual ya no es mi literatura*. El párrafo al que quiero aludir, dice: “Sin embargo, es preciso señalar —si se nos excusa en un exabrupto— que la mayoría de las atrocidades que los jóvenes inscriben en los baños de los alumnos y de alumnas suelen estar para nosotros más cerca de la literatura que lo que escriben en evaluaciones de la materia homónima” (página 43).

El periodismo también crea formas, espectros y realidades paralelas. La objetividad es la prostituta de los grandes medios; es ficción, ni más ni menos que eso, ficción.

Salvo excepciones¹², ningún medio de comunicación de alcance masivo consultó a quienes se supone que deben consultar. No hubo fuentes ni testimonios de escritores en sus páginas de diarios, frente a sus micrófonos y a sus cámaras de televisión. Sus declaraciones eran, son, valiosas más por lo que han leído que por lo que han escrito. Manipularon la barahúnda a su antojo, prejuiciaron —si se me permite el neologismo— el espíritu de la discusión, como si éste hubiese sido maldecido o algo por el estilo. Actuaron —casi, casi— como el ex papa Joseph Ratzinger que, en 1990 oficiaba de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe —institución que, entre otras cositas, se dedica a condenar “libros heréticos” que atenten contra la fe cristina y otras fantasías providenciales—, sostuvo: “En la época de Galileo la Iglesia fue mucho más fiel a la razón que el propio Galileo”. Es decir... O sea... En otras palabras: estamos todos locos.

11 “Acaso es cierto que, haciendo cuentas, el amor es el tema predilecto de la poesía. El cuerpo, sin embargo, es uno de los tópicos más censurados. O, como bien apunta Ana Porrúa, en realidad la historia de los cuerpos de mujeres en poemas escritos por hombres es una larga historia. La poesía de amor tiene como uno de sus ejes la poesía sobre el cuerpo de la mujer, por lo general bello, admirado y algunas veces, tocado. Raramente la poesía escrita por hombres tiene como objeto el propio cuerpo. Y yo agregaría que conozco muy pocos poemas escritos por mujeres donde el cuerpo masculino se presente con todo su vigor. Por eso para aguzar el ingenio, uno de los ejercicios que más hemos utilizado es la redacción de un poema que trabaje con la genitalidad masculina, independientemente de que el tallerista sea mujer u hombre. Hemos incluido también en este mismo apartado otros poemas que responden a consignas diferentes pero con similares objetivos, como la escritura a partir de palabras vulgares relativas a la sexualidad como puta, nalga, etcétera, que aparecen resaltadas en el texto. Al igual que en la consigna de palabras no poéticas la idea es que el poema justifique la utilización de la palabra, que la vulgaridad no chirrie, no parezca forzada a entrar en el poema con el sólo objeto de cumplir con la consigna. Este ejercicio de escritura ha dado generosos resultados cuando se trata de aliviar al poema de ese karma trágico y solemne que todavía tributa la poesía. Y resulta útil no sólo en talleres para adultos sino especialmente en talleres para jóvenes, aunque es justo anticiparse a recomendar el abordaje del tema con los cuidados acordes a la edad promedio del grupo”. Página 42, *Arquitextos*.

12 Revista *Waykhuli*, *El Diario de la Región*, radio Planeta, blogs, redes sociales.

El debate de *Arquitextos* quedó reducido a un escándalo de morondanga gracias al esmerado trabajo de nuestros beneméritos medios y periodistas. Publicaciones como las de *Primera Pifia* dan cuenta de ello y no ameritan más comentarios al respecto.

Silencio sepulcral.

Creo conocer bastante cómo transcurrieron los sucesos por aquellos días. Si callo todo lo demás no es porque otorgue razón. Es porque me da pena, lástima. *Primera Pifia*.

El sueño en el que vino a hablarme personalmente el Dr. Thompson fue fructífero.

Destapo una cerveza y me fumo un porro. Voy a emprender el final de esta crónica, y, como era de prever, fracaso. No pude demostrar que Resistencia es decadente y depravada. Ni siquiera pude hacer que parezca decadente y depravada. ¡Qué fiasco! Sin embargo, estoy seguro de algo: una crónica como “El Derby de Kentucky es decadente y depravado” jamás hubiese sido publicada en esta city por un diario de gran tirada. Lo digo, en serio, con fe. No me gusta Resistencia, jamás hubiese elegido vivir en una ciudad como ésta. Por supuesto que si hubiese podido elegir hubiese elegido nacer en Marte. Nací en Rosario pero viví prácticamente toda mi vida en Resistencia, desde los 3 o 4 años. Resistencia es decadente y depravada aunque no haya podido demostrarlo, lo saben todos mis amigos imaginarios.

—Mirá, mirá tu hija —me dice Laura, haciéndome extrañas señas con las manos para que mire a Ema a través de la ventana que da al patio del frente de casa.

—Ema, ¿cómo hace el perro?, ¿cómo hace el perro? —pregunta Laura a la diminuta criatura.

—¡Guau-guau-guau! ¡Guau-guau-guau!

Lo primero que se me viene a la mente es que muy pronto también aprenderá a decir mamá, papá, abuela, abuelo —aunque ignoro en qué orden—; seguramente mucho antes del final de esta crónica. Después —soy bastante *putito*— del primer “papá” seguramente voy a echar unas lágrimas y voy a salir a gritar por las calles de Resistencia decadente y depravada que soy el tipo más dichoso del mundo. Es la cosa más natural, ya lo hicieron otros, prácticamente desde que el mundo es mundo; no soy un tipo original, todos lo saben. Sólo tengo una cresta color magenta en la cabeza porque me estoy volviendo boludo y viejo. ¡Viejo! ¡Mierda! ¡Si tengo 31 años, qué voy a estar viejo yo! Pasé casi 28 años de mi vida viviendo —en un radio de más o menos 100 kilómetros a la redonda— a

plena algarabía, hablo de alegrar en el ir penando: jugando a la pelota, yendo a la escuela, al colegio, al trabajo, a visitar a mis amigos y amigas, a salir con chicas, a trabajar aquí y allá, a seguir trabajando, leyendo, escribiendo, amando, cogiendo, puteando, jodiendo, siendo, compañero, amante, amigo, amor, hijo, papá, vida; y también, of course, siendo un gil, un salame, un bolastraca, un retobado de mierda, un puto, un pelotudo.

Me siento un preso de Resistencia city. En *Ciudad Espectral*, mi novela del futuro, el protagonista Fernando Funes habla sobre Resistencia: "... yo siempre detesté esta ciudad, desde muy chico, ya ni recuerdo desde cuándo; no importa. El hecho es que aprendí a odiarla y había acumulado tanto odio hacia ella que, cuando quise acordarme por qué..., lo había olvidado. Y es que cuando pasa mucho tiempo y guardaste tanto rencor adentro sin hacer nada con él, luego estás demasiado solo, demasiado lúcidamente vencido como para hacer algo con todo eso. Imaginé, pues, como si en verdad pudiera, que lo olvidaba todo. Que lo olvidaba todo y que sin más cosa que ese olvido mi destino me esperaba en otro lugar. Y salió esto:

”Olvidar la mañana fría en que abro los ojos hasta el techo. Olvidar cepillar mis dientes y arrojarme. Olvidar mi desayuno tendido sobre la mesa. Olvidar las llaves y el teléfono celular. Mis apuntes y mis lápices. Olvidar el camino al trabajo y la tediosa obligación de asistirle a mi responsabilidad ese olvido. Olvidar los titulares truculentos de los diarios. La cara aguada de mi jefe. De mis compañeros de trabajo. Olvidar el sol del mediodía. Olvidar: comer, beber, fumar, hablar, callar, doler, sentir, leer, imaginar, mentir, pensar, fracasar, sangrar. Olvidar todo eso, olvidar. La noche apagándose en mi sombra. La soledad de mis noches cogiéndose a esa sombra. El sueño que no seré. La victoria que no gozaré. Olvidar el tiempo que de un tirón olvidé. Olvidarlo todo, incluso la memoria de mis nombres, de mis padres, de mis abuelos y de estos pasados que hicieron de mí el que soy. Olvidar las calles y las plazas. La ciudad. La gente. Todo. Olvidar volver a casa. Tan lejos, que olvidar volver”.

Creo que estoy llegando al final.

Gracias Dr. Thompson, la cerveza y el porro me vinieron de diez.

Ensayo:

Decidí estudiar Comunicación Social —carrera que no culminé— porque quería ser periodista. La culpa la tiene Juan Gelman y su libro

—ya mencionado— *Prosa de prensa*, un compilado erudito de artículos publicados en *Página/12* durante la década del 90. En su gran mayoría, el poeta habla sobre la soledad del escritor, sus obsesiones, la literatura, etcétera. La primera vez que leí aquel libro, a los 18 o 19 años, me dije a mí mismo que yo quería escribir cosas así. Me fascinaba la idea de escribir sobre otros escritores, sus búsquedas, sus ficciones, sus delirios. Todavía hoy, que tengo treinta y pico de años, me preguntó en qué puta pensé cuando asocié la prosa de Gelman con la carrera de Comunicación Social. Seguro que hay puntos en común; no digo que no. Pero tampoco es que me venga en ganas ensayar sobre la cuestión. No, de ningún modo. Yo soy un militante de las formas. No es necesario, no hay que perder el tiempo con quimeras. El periodismo —o como sea que se llame— nunca tuvo nada que ver con la literatura. Se parecen, sí, a veces hasta son iguales y todo. ¿La realidad es una fotocopia de la ficción? ¿La ficción no tiene realidades? ¿Y la realidad, no tiene ficciones? Tal vez la realidad y la ficción luzcan como espejos enfrentados en el reflejo de sus propias imágenes que se reproducen en el infinito, así que nunca sabremos qué es una cosa y qué otra. El oficio de periodista es el peor del mundo, carece de creatividad —aunque a veces me entren ganas de coquetear a lo gonzo, y la cosa comience a ponerse mejor... A la literatura sólo puede explicarla la literatura; al periodismo, los extraterrestres. Y a Resistencia *city*, los espectros.

Lucas Brito Sánchez. *Nací en Resistencia, Chaco, en 1980. Tardé en darme cuenta que la literatura necesita tiempo. Tardé en apreciar a los que sudan para escribir una página. Tardé en recuperar la paciencia para leer a los que escribieron para otras épocas. Todavía no estoy a la altura de los que admiro pero me siento en paz con lo que logré en los últimos años. Amo la literatura que te da ganas de escribir, la que te da ganas de imitar y la que te da envidia, que es lo mismo. Soy periodista y docente. Publiqué cuatro libros de poesía. Participé en tres antologías. Escribí artículos para un semanario de Paraguay y en revistas locales.*

En tren de Resistencia a Cote Lai: idioma para iniciados

La expedición se conformó con Nuria Fleita Zain y Jorge Tello como fotógrafos y yo como cronista. Beto Guarneri nos dio un aventón hasta la estación central de trenes de Resistencia, desde donde partimos a las tres de la tarde. Nos habíamos reunido una hora antes en el Cecual, donde nos esperaba el equipo del Cecual: su director, Corcho Benítez, junto a Mario Caparra, Laura Blanco y Pumba, su temible mastín asalchichado. Charlamos, bromeamos y antes de salir hicimos una foto grupal tirados en el capot de la Land Rover de Beto. A pesar de la modorra siestera, en la foto se nos ve frescos, prontos a salir de cacería o dispuestos a tomar por asalto el Amazonas. Pero algunas fotos son así, pliegues en el tiempo, retratos de algo que podría estar ocurriendo en otro plano de la existencia. Lo cierto es que salimos para Cote Lai, a más de sesenta kilómetros de nuestra capital.

Quizá haya sido el efecto dopamina de las tres chuletas de cerdo con ensalada de tomate que almorcé, pero al llegar a la estación central, automáticamente mis sentidos se achaqueñaron. Me refiero a la *gatera* que nos acompaña a los habitantes de este trópico y que hace que la siesta sea un tanto deprimente, un poco corrosiva. A la estación le falta una baldeada, o al menos una barrida de vez en cuando. Un perrito negro y desmechado se secaba la sarna al sol; un chico iba y venía jugando con una placa de radiografía.

Sólo hay tres bancos de madera para esperar, y estaban repletos. En ellos se despatarraban señoras, madres jóvenes dando de mamar, hombres mirando un punto mental inabarcable.

Hay muchos mitos sobre este trencito de dos vagones. Uno popular es que se detiene a juntar pasajeros en cualquier parte del trayecto, sólo basta con hacerle señas como a un colectivo. La locomotora y su vagón completan esta fama: cuando entramos a la estación el tren estaba en marcha, ronroneando cual tacho de línea 8, calentando motores o algo así. Quizá el mito sea real y estemos ante el esqueleto de un colectivo, maquillado con el yelmo de una potente máquina de rieles.

Si lo de la gatera chaqueña les parece excesivo, visiten la estación. Al costado de las vías encontrarán un horizonte de pastizales y fábricas abandonadas (a lo lejos), y trece vagones con locomotora, detenidos, brillando con un marrón intenso a causa del óxido. En la boletería pregunté si

sabían desde cuándo está parado ese cacharro, me dijeron que hable con el operador. Fui hasta su oficina, golpeé y entré. Había unos cuatro o cinco tipos riendo, distendidos, y cuando dije que era periodista fue como si llegara la peste. Se acabaron las risas; uno se puso de pié de un salto y tensionó los músculos de la cara. Hice la misma pregunta, ¿hace cuánto está parado ese tren? El operador balbuceó algo y pude entender que “hace como quince años... sacale foto si querés”.

El tren, cuando llueve demasiado y los caminos se anegan, es el único transporte que sigue funcionando (de lunes a viernes). No todos tienen una camioneta potente para los caminos de tierra del interior. Muchos optan por transportar cosas en él. Más que un medio de viajar barato y placentero, el trencito es un burro de carga, pues lo que más se ve son bultos, bolsos, cajas y trastos de todo tipo y peso.

Lo que para nosotros, nómades, es una aventura, para otros es una sofo-cante rutina. En los rieles prevalece la inercia de la vida recta. En un viaje en tren todo ocurre a los costados, hacia fuera. ¿Qué podemos hacer? Charlar con el vecino, mirar por la ventana y contar vacas y palmeras, o chismosear, como yo. ¿Qué dicen esas tres señoras que no paran de hablar? Una de ellas, rolliza y con una remera verde ajustada, se lamenta porque la operación de su perra Rottweiler le costó 1.200 pesos.

Hace más de una hora que estamos viajando, faltan dos para llegar, y no puedo dormir. No vinimos a eso, pero si quisiera, no podría. Porque para dormir en el tren hay que estar agotado, sedado, aburrido o haberse manducado dos platos de ñoquis. Aunque afuera hay sol, el vagón se sacude como en una tempestad en el mar. Parece que todas las tuercas y bulones se han aflojado y, si los milagros existen, sería uno no terminar el viaje a pie o empujando. Al menos el temor de que descarrile se aleja: se desarmaría antes.

De todas maneras, el cuerpo termina por aflojar y cede al traqueteo de la vía. Es falso decir que nadie se duerme. El traca traca traca es una droga que todo viajero de tren se ve obligado a succionar. Esta onomatopeya es el mantra de los rieles.

Muchos han visto pasar el tren y saben que por fuera es azul y blanco. Pero por dentro hay un celeste, cómo decirlo, ¿pastel? ¿color cielo? ¿helado de crema del cielo? Nada de eso. Es un celeste aferrado al polvo y la dejadez. Es el celeste que seguro veían los antiguos griegos cuando morían y visitaban el Olimpo.

La primera parada desde que salimos fue en Cacuí. Hasta ahí sobraban asientos y el primar vagón iba casi vacío. A partir de esa estación el viaje cobró su dimensión mítica. Subieron más pasajeros, se ocuparon todos los asientos y aparecieron los fardos de verduras (¡un suculento mazo de lechugas!), ventiladores, lavarropas, cocina, silla de ruedas, cajones de madera

con ropas, bidones de desodorante de piso, bolsas de chizitos y tutucas, baldes de plástico, pañales y paquetes de puré de tomates y galletitas, bolsas de harina y de alimentos para perros y hasta un colchón de dos plazas. ¿Cómo entró ese colchón? ¡No sabemos! En estos vagones todo es posible y nada demostrable, como en el universo. Al colchón lo calzaron con prolijidad entre los pasamos y el techo. Y viajó hasta Cote Lai sin molestar y sanseacabó.

En Cacuí, en medio del tumulto por subir y ganar un asiento, una chica gritaba pidiendo ayuda. Tenía cosas suficientes para una mudanza, pero no quería subir y se desesperaba porque un hombre con pinta de mendigo le subía los trastos al tren. No le hacía caso y cargaba las cosas. La chica llamó a la policía. Pidió que intervengan. No quería irse y decía que “ese hombre está mal de la cabeza y no entiende; es mi vecino y se escapa de la casa”. Ella comenzaba a lagrimear cuando pasó un vendedor de chipá gomoso y pegote al que le compramos por veinte pesos. El tren partió y seguimos.

Uno de los enigmas que deja el viaje en tren está en la parte trasera, donde termina el segundo vagón. Allí hay una segunda cabina. No es la del maquinista, por supuesto. Es un compartimiento para una o dos personas. ¿Qué piensa? ¿Alucina con ese paisaje que se aleja y jamás llega? ¿Qué emociones altera ese irse constante en el vigía trasero?

El poeta y viajero francés Henri Michaux, cuando visitó la India, anotó que allí “no había nada para ver y todo para interpretar”. Intuyo que si hubiese viajado con nosotros habría tenido la misma impresión.

Los miembros de esta expedición tenemos nuestros buenos kilómetros de ruta tatuados, pero ninguno carga una experiencia amplia en trenes. Me doy cuenta de que estos vagones te dan una categoría sensorial propia, viajar en tren es un idioma para iniciados.

Mariano Quirós (1979, Resistencia-Chaco). Formó parte de Cuna, revista de cultura y editorial. Codirige el proyecto editorial MULITA. Ha publicado las novelas Robles (Premio Bienal de Novela Corta del Consejo Federal de Inversiones), Torrente (Premio Iberoamericano de Nueva Narrativa) y Río Negro (Laura Palmer no ha muerto de Editorial Gárgola). Junto a Germán Parmetler y Pablo Black publicó el volumen de cuentos Cuatro perras noches, ilustrado por el artista Luciano Acosta.

Gente tras los muros

Para Fabián

Todo empezó con un danés. O no, puede que el tipo haya sido de Irlanda. Incluso hay quien dice que no era más que un vulgar inglés. En todo caso, nadie se pone de acuerdo. Al hombre lo llamaban, simplemente, Don Olsen (hay quien asegura que no es Olsen, sino Olson, pero seremos democráticos y lo dejaremos en Olsen).

Olsen llegó a la Argentina por dos posibles razones: escapando de la Primera Guerra Mundial (lo que nos volcaría más por las opciones británicas) o en busca de bienaventuranza económica (cualquiera de las opciones parece válida en este caso). Por lo que haya sido, lo cierto es que vino solo, solísimo.

Tras una escala muy breve en Buenos Aires, empezó una lenta pero continua subida hasta el Territorio del Chaco. Los nombres y apellidos anglosajones —o sus parientes fonéticos— siempre causaron buena impresión por estas tierras, y Olsen se acomodó muy rápido. Había gente dispuesta a darle una mano. Además, Olsen era un tipo de gran tamaño, a quien el clima de la región supo endurecer y sonrosar en dosis equilibradas. Para prosperar en el Chaco hay que andarse sin miramientos. Y así anduvo Olsen.

Otro inglés (o danés, o irlandés, a quién le importa a esta altura) que andaba por aquí, mejor instalado que cualquier criollo, era Tomas Atkin. Por algún contubernio con las autoridades de la época, en los primeros '30 —pero qué autoridades podían señalarse como tales en una ciudad en ciernes, en buena medida salvaje—, Atkin había sabido hacerse con la administración de una importante cantidad de lotes en Resistencia. Era, si se quiere, dueño de la ciudad. Olsen se convirtió, más temprano que tarde, en su pupilo.

Atkin puso en sus manos unas cuantas hectáreas en la zona sur de la ciudad, y Olsen se encargó, un poco a los tumbos, de establecer los contornos y los límites de los terrenos. Apenas si había un par de ranchos en la zona.

Y la cárcel. Emplazada en la intersección de las avenidas Las Heras y Edison, la Unidad Penal N° 7 (familiarmente conocida como U7) empezó a gestarse en 1923. El presidente Yrigoyen ya había firmado, en 1919, el decreto por el cual la Nación cedía ocho hectáreas con destino de “Cárcel del Teritorio”. La U7 vendría a suplir a lo que hasta entonces se conocía como Cárcel Nacional —que estaba por calle Mitre, donde hoy

funciona Casa de Gobierno— y cuya situación, se denunciaba entonces, era lamentable. Fueron los mismos presos de la antigua cárcel, en un hecho considerado inédito y vanguardista en materia del Derecho Penal, los encargados de levantar la U7. Se les pagaba por su trabajo lo que por entonces representaba la sexta parte del jornal de un obrero en la vida libre.

En mayo de 1928 se inauguró una primera etapa de la construcción. Cuando la obra estuvo terminada, en junio de 1935, se trasladó a los presos a su nuevo presidio, en medio de un operativo que, dicen, pasó inadvertido para toda la población resistenciana, pero que a la vez marcó un hito en la vida carcelaria argentina.

El origen del nombre para el barrio que se esconde tras la cárcel cuenta, como todo aquí, con varias versiones. Hay quienes lo adjudican a unos cuantos presos que habrían sido liberados juntos, el mismo día, y que, a falta de lugar adónde ir, decidieron quedarse en la zona y bautizarla en acuerdo a su nueva condición. Otros dicen que el preso en realidad era uno solo: un uruguayo que no tuvo mejor idea —o mejor opción— que instalarse en un terrenito pegado a la cárcel; dicen que el hombre se habría levantado un rancho de cartón en cuyo frente ondeaba una banderola de arpillera, sobre la que el uruguayo garabateó el nombre del futuro barrio...

Pero la mayoría, los más sensatos, los que no se dejan llevar por los cuentos, adjudican el nombre al administrador de los terrenos. Al ahora señor, o Don, Olsen. Pragmático hasta la solemnidad, dicen que el hombre se habría parado frente a la cárcel, como midiéndose ante los altísimos muros, y simplemente habría dicho: “de este lado está la cárcel, de este otro la Libertad”.

Antes, mucho antes, Villa Libertad era un barrio más grande. Con los años le fueron cercenando manzanas y fueron cercándolo con nuevos barrios. Pero la gente más vieja sigue llamando Villa Libertad a casi todo.

Omar Sotelo, que trabajó con el legendario Olsen allá por los '50, era uno de los encargados de vender los terrenos. “Todo era descampado acá. Yo salía de casa y las manzanas las atravesaba todas por el medio nomás, porque no había más casas. No había nada”, dice Omar, y abarca con una mano lo que, se supone, es todo el barrio. Pero antes de llegar a ladero de Olsen, tuvo que sudar la gota gorda. Omar es el quinto de doce hermanos y se curtió desde chiquito, sana y bárbaramente: fue lustrabotas, canillita, carrero y, cuando le quedaba un resto, alumno de escuela. Su campo de acción predilecto era el que conformaban los antiguos bares Japonés y Los Bancos. Por ahí caían él y un par de sus hermanos, a la caza de los hombres a zapato. Más tarde, cuando el trabajo iba decayendo, mataban el

aburrimiento cascoteándose entre ellos con naranja agria que arrancaban de los árboles.

Como canillita, la vida no solía ser tan risueña. Lo peor, dice, era madrugar, tres de la mañana, en pleno invierno. Aunque lo de madrugar queda en segundo plano si contamos las veces que tuvo que cruzar el riacho Arazá “con el diario arriba, para que no se moje, porque el agua te daba por el pecho”. “Tenía que cruzar para un lado y después para el otro, porque tenía clientes de los dos lados. Y no teníamos plásticos para cubrirnos. Ésa es la ventaja que tienen ahora los diarieros. Nosotros nos arreglábamos con trapos, envolvíamos los diarios y lo mismo se mojaba todo. Por eso le decían *el diario tartamudo*, porque de la parte que se mojaba uno leía pedazos nomás, las letras se borraban todas”.

Además de Omar, el otro encargado de repartir diarios en el barrio era Don Gómez. A Don Gómez, sus colegas canillitas le habían puesto un sobrenombre más cruel que ingenioso: “Pelota”, porque era gordito y sufría ataques epilépticos. “Con él nos agarrábamos a las piñas allá en el diario —cuenta Omar—; se formaba la fila y había veces que El Territorio tardaba en salir. Desde las tres de la mañana hasta las diez solíamos esperar. Y pasaban miles de cosas, sobre todo piñadas. A mi hermano mayor, que era muy piñero, le decían Kid Melena, por un boxeador famoso de la época. Y a mí me quedó Kid Melena Chico. Cuando se fue mi hermano y vino mi hermana, a ella también le pusieron así: ahí yo era Kid Grande y ella Kid Chica”.

De no haber pasado tantas jornadas a la espera de El Territorio, es posible que Omar se hubiera perdido el cartel que rezaba: “Necesito chico con conocimiento de oficina”. En la esquina del diario estaba lleno de carteles así: Vendo Terreno, Vendo Casa, Vendo Lote, Necesito esto, Necesito esto otro. Para entonces Omar ya tenía título oficial de dactilógrafo. “Ser dactilógrafo en aquella época era como saber ahora de computadoras”, asegura. Puede que ni tanto ni tan poco, pero así —a partir de aquel cartel— es que Omar empezó a trabajar con Olsen en la administración de terrenos. El gringo se le aquerenció enseguida.

Más que mero trabajo de oficina, lo suyo, lo de Omar, fue trabajo todoterreno. Desde hacer la venta de un terreno a comprar el fiambre que amenice la jornada.

“La gente que nos compraba los terrenos era siempre gente pobre. Nosotros le vendíamos y les dábamos *corte de rancho*, para que hiciera su casita. Se traía paja y picanilla de Vilelas. Nosotros teníamos los carros, los caballos, y con eso llevábamos a la gente y la instalábamos. Y así se fue poblando esto”. *Esto*, claro está, es Villa Libertad.

El fiambre y el whisky, Omar iba a comprarlos en sulky hasta la fiambrería Real, por calle Güemes. Olsen no se andaba con vueltas, quería

que le trajeran el mejor queso, el mejor fiambre, pero sobre todo el mejor whisky. Cinco o seis botellas por semana, nunca menos. Los sábados o domingos al mediodía juntaba a toda su paisanada —daneses, irlandeses, o meros ingleses— y se mandaban terribles comilonas. El plato favorito era pato al horno relleno de manzana verde y regado al caramelo. Los gringos —entre quienes se repetían los Jonson, los Swannsonn, los Jensen y por el estilo— llegaban a la nohecita boqueando, entre tanto pato y tanto whisky. Y así, boqueando, es como solía encontrar a su patrón los lunes por la mañana. Omar era el primero en llegar —le pagaban unos cinco pesos más por llegar antes que el resto y limpiar las oficinas; cinco pesos que hoy pueden estimarse en ciento cincuenta, peso más peso menos—, y más de una vez se topaba con la caja fuerte del gringo Olsen abierta de par en par, o con billetes dejados sobre un escritorio a la mano de cualquiera. “Un julepe me agarraba ver todo así”.

El dormitorio de Olsen estaba pegadito a la oficina, y para levantarlo no quedaba otra que emprenderla a gritos. Olsen aparecía recién al rato, como embotado. Tardaba en entender lo que le decían, de la caja fuerte, de la plata dejada así, a la buena de Dios. “Está bien, está bien”, decía el gringo, quitándole dramatismo a la cuestión como si se sacudiera moscas de la cara, “cerrá y traeme la llave”. Omar sospecha que, en algún punto, el gringo hacía todo aquel teatro para probarlo. “Mamá me decía que no tocara nada, que el tipo se hacía el sonso nomás. Yo no sé”.

Comoquiera que sea, Olsen parecía tomarse ya muchas cosas a la ligera. Es probable, también, que llegado cierto punto el gringo estuviera metido en negocios más grandes y dejara lo más chico en manos de sus empleados. De hecho, en alguna ocasión Omar llegó a ser, literalmente, su mano. “Cuando no podía, cuando estaba ocupado en otras cosas, me hacía firmar a mí las boletas, los documentos... Puede que alguien por acá hasta tenga un título de propiedad con mi firma”.

Olsen murió en 1959. Omar estaba en Goya, cumpliendo el servicio militar. Había dejado la administración un par de años antes, para pasar a una panadería donde le pagaban el doble de lo que pagaba el gringo. “Me quería como a un hijo”. Aun así, Olsen se sintió traicionado y no volvió a dirigirle la palabra. A Omar la noticia le llegó por carta: Olsen se había caído en la bañera y se había roto la cabeza. Un final, como mínimo, insulso. Nada que ver con el barrio que, suponemos, supo bautizar.

Con la ciudad, con el barrio, pasa igual que con la familia: sólo pueden hablar mal de ellos sus integrantes, sus pobladores. El resto no es más que chisme. Sin embargo, y transgrediendo un poco la norma, hay que ser

sinceros: cuesta encontrar belleza pura y objetiva en Villa Libertad. Cuesta encontrarla, a decir verdad, en toda Resistencia. Hay que instalarse; como quien dice, aquerenciarse. Recién ahí se valorarán pequeños detalles: un cierto olor, alguna esquina pintoresca, una tonada...

A Fabián Roja, hay dos cosas que siempre le gustaron de Villa Libertad: el aroma del barrio temprano en la mañana —un aroma que le viene, precisamente, de la gran cantidad de aromos que hay en el barrio—, y las nohécitas de verano, cuando el sol cae y el calor amaina. “El paisaje se aprecia distinto —dice Fabián—, hay otros sonidos. Ves la luna colándose entre las ramas de un palo borracho vecino...”

Fabián es trabajador social. Antes era asistente social, pero más la corrección política que una evolución práctica han explicado que la idea es trabajar con, y no asistir a, la comunidad. Como sea, Fabián está más cómodo como trabajador que como asistente.

Hace poco cumplió treinta y seis años. Y cumplió, por ende, treinta y seis años en Villa Libertad. Dice que, por mucho que suene a lugar común, la gran ventaja de vivir en un barrio —por lo menos en uno de Resistencia— es que si necesitás algo, tenés muchos conocidos dispuestos a darte una mano. “Gente que no te saluda pero que te conoce, y que llegado el caso hasta es capaz de prestarte el auto o cuidarte el hijo”.

Otra ventaja, asegura él, es que uno en el barrio anda más cómodo, más relajado. En el barrio uno anda en cueros sin problemas. Esa especie de indolencia barrial, la vivía con mayor intensidad en la adolescencia. Cuando uno es adolescente, camina más, da vueltas por un lado y por otro, en busca de algo que no sabe muy bien qué es. Anda a la búsqueda. Como buen adolescente, Fabián se caminaba toda Resistencia. Pero era recién a la vuelta, cuando caminaba ya en terreno familiar, que el ánimo y el comportamiento se alivianaban. Como que lejos del barrio todo es pura pose. “Uno estaba en su territorio y le daba la sensación de que, ahora sí, podía hacer cualquier cosa. Por más que después no hicieras nada”.

Más allá del perfume y de las nohécitas de verano, si hay algo que durante mucho tiempo distinguió a Villa Libertad, ese algo es el barro. Ya sea por una lluvia o por una repentina crecida del riacho Arazá, el barro siempre estaba ahí. Era la cara más ingrata del barrio. “El barro te hace sentir que vivís al margen. No sé al margen de qué, pero estás al margen. Los días de mucha lluvia eran frustrantes, embarrarte hasta el cogote para ir a la escuela, aunque tuvieras la escuela a dos cuadras. O caerte en el barro. O ir al centro y saber que te van a ver con las zapatillas cubiertas de barro, las botamangas negras. A mí me daba vergüenza.” Recién de grande, y con mucho trajín de por medio, dice Fabián que pudo resolver esas cuestiones, el barro que lo atormentaba. “Y es que cuando uno es pibe todavía no tiene del todo formada su conciencia de clase. Aquellas

cuestiones de la vida cotidiana, cuestiones más pequeño burguesas si se quiere, me generaban un peso enorme. Pero eso es algo que puedo discernir recién ahora, de grande, con elementos en la cabeza, con teoría, y con haber hecho un camino”.

Aun así, hay tensiones que esa cabeza todavía no puede resolver: la música es una; el fútbol es otra. Dicen los más fanáticos que Villa Libertad es, ante todo, “música y Regional”. Con lo que el perfume, las nohecitas y el barro pasarían a un plano, si se quiere, más íntimo, o menos transitado.

Lo cierto es que, para la música, ahí está Zitto Segovia —un hijo dilecto del barrio—; y también están Los Conti, inventores de cierta cumbia chaqueña. La cumbia y el chamamé marcan el ritmo de Villa Libertad. Y su ritmo futbolístico, sin duda lo marca Regional.

Fabián, como un marginado cubierto de barro, escucha rock y se alista para ir a ver a For Ever...

Cómo no ser de Regional... si allá por la década del 30 fuimos catalogados como la mejor Institución en todo el viejo Territorio Nacional del Chaco... Cómo no ser de Regional si en pleno crecimiento y desarrollo, fuimos víctimas de un desalajo injusto y doloroso... Cómo no ser de Regional... Si en aquella dura prueba un puñado de dirigentes con mayúsculas y todo el Plantel de Jugadores, con el Espíritu de Lucha que los caracterizaba, lograron adquirir el terreno donde hoy está nuestro club... Cómo no ser de Regional si Regional con nuevo domicilio se convirtió rápidamente en cuna y vientre de miles de chicos que con su magia y gran habilidad pasean el Fútbol por todo el país...

El autor de estas líneas —fragmento de una larga oda al club y al barrio— es Andrés Aguirre, vicepresidente del Club Atlético Regional. Andrés tiene cincuenta años y, dice, se hizo hinch de Regional hace unos veinticuatro años, cuando vino a vivir cerca del club y buscó un lugar para que su hijo hiciera algún deporte.

“Fue amor a primera vista: entré a los vestuarios, vi lo que era el club, la institución, y me enamoré”.

Como nació en Villa Centenario —y aunque vive apenas a dos cuerdas de lo que, estrictamente, se considera Villa Libertad—, Andrés no cree tener la autoridad suficiente como para hablar del barrio. Lo que sí manifiesta es la envidia que le provocan quienes han tenido la suerte de nacer en Villa Libertad: como que esa condición les otorga un plus, una ventaja en la relación con Regional.

El club nació, oficialmente, el 12 de octubre de 1933. Fue fundado en un baldío de Villa del Carmen, a unas pocas cuerdas del Hospital Perrando,

por un grupo de trabajadores del hospital —enfermeros y ordenanzas en su mayoría—, que lo bautizaron con el nombre que llevaba por entonces su lugar de trabajo: Hospital Regional. Lo que se inició como apenas algo más que un juego, fue cobrando forma hasta que el club se instaló en un enorme predio sobre avenida Las Heras y avenida Castelli. Aquellos muchachos habrán sido buenos administradores, porque en pocos años el club llegó a tener, además de cancha de fútbol, cancha de tenis, de básquet, de bochas, piscina y un velódromo. Era un lujo.

Entre otras cosas por eso, por lo que se había logrado con esa institución, es que los hinchas más antiguos de Regional adjudican a un error político del segundo gobierno de Perón, la expropiación de esas hectáreas en 1955. “La idea era instalar ahí uno de los famosos hospital-escuela que hacía Perón. Se expropió el terreno y se destruyó el estadio”, lamenta Andrés. El predio fue finalmente destinado a lo que hoy es la Universidad Nacional del Nordeste.

Como en aquella época no se estilaba documentar con empeño las transacciones y los negocios que pudieran realizarse, nadie puede decir a ciencia cierta cómo es que la dirigencia de Regional logró, en tan poco tiempo, conseguir los fondos para el nuevo terreno y, mucho menos, para la nueva cancha. Algunos lo adjudican a la venta de Nelson Martínez, jugador icono del club —dueño de una “zurda mágica”. Martínez fue adquirido por River Plate y el dinero que dejó la transacción sirvió para instalar el club en el nuevo terreno. Pero nadie puede asegurar que haya sido así.

En la actualidad, Regional es un típico club de barrio, con todas las virtudes y vicios del caso. Sobrevive gracias al aporte estatal, a lo que puedan aportar los socios y en buena medida al alquiler de la cancha para campeonatos de veteranos. Durante la tarde se puede ver a los chicos de las divisiones inferiores, de un lado, y a las chicas de la nueva escuela de hockey por el otro. Y cuando la tarde cae, alrededor de la cancha de bochas se puede ver a unos quince, veinte tipos, hombres grandes con toda una vida sobre el lomo, que se arrebujan en la cantina y dejan que el tiempo pase, un poco en silencio y otro tanto a los gritos.

Para ver un primer partido de Regional, lo mejor, dicen, es elegir un clásico: Regional-Sarmiento. Hay muchos motivos por los que un hincha de Regional puede rivalizar en malos términos con un sarmientista. Una razón es que allá, en los albores del fútbol chaqueño, Sarmiento supo nutrir sus eventuales planteles de fútbol con jugadores nacidos en Regional.

Basta con recordar el increíble amistoso que Sarmiento jugó, en 1966, contra el mismísimo Santos de Pelé: Sarmiento armó para la ocasión un combinado con lo mejor de la liga chaqueña, y desde luego, contó en sus filas con una buena cantidad de jugadores de Regional. Quien quiera

leer la crónica de semejante partido puede ir hasta las páginas deportivas de El Territorio. Así se enterará que el arquero Hugo Carballo, de origen regionalista, fue una de las figuras descollantes de un partido que terminó empatado en uno. Entre otras hazañas, Carballo le atajó un penal a Edú, jugadorazo de aquella máquina de fútbol que era el Santos. A Carballo el partido le sirvió de vidriera: un dirigente de River que presenció su actuación, quedó encantado con la elasticidad del arquero. Como el dueño del arco de River era el inamovible Amadeo Carrizo, el primer destino de Carballo fue Gimnasia de La Plata. Allí pasó dos muy buenas temporadas hasta que llegó el guiño desde River: Carrizo dejaba el arco. Carballo fue arquero titular durante dos años (se recuerda, sobre todo, cierto partido en el que le atajó dos penales a sus antiguos compañeros de Gimnasia; partido curioso, además, porque River usó una camiseta alternativa de color violeta), hasta que a principios de los '70 fue cedido a Atlanta. Muy pocos se hubieran imaginado que el destino final de aquel regionalista sería Universidad de Chile. Carballo se incorporó en 1975 y fue ídolo del equipo y referente del plantel por casi diez años. Tan buena fue su estadía en Chile, que decidió nacionalizarse. Por un pelito, muchos aseguran que injustamente, no llegó a integrar la selección chilena. Antes del retiro jugó un par de temporadas para Santiago Wanderes y para Huachipato, esos equipos raros que tienen los chilenos. Carballo murió muy joven, en el '98, con apenas 54 años.

Pero hablábamos de Regional-Sarmiento: dice Andrés Aguirre que dos, y sólo dos goles, gritó en su vida hasta quedar mudo: el segundo de Diego a los ingleses y el que hace poco, a fines del 2010, le valió el campeonato a Regional. Sarmiento, que había puesto en cancha lo mejor de su plantel, ganaba dos a cero casi desde el vestuario. No tenía más que dormir el partido, cosa que supo hacer hasta los cuarenta minutos del segundo tiempo. Ahí llegó el descuento de Regional, y para poner más suspenso, a los cuarenta y cuatro llegó el empate. Con ese resultado los hinchas de Regional ya se hubiesen dado por satisfechos. Pero los jugadores no. Habían batallado un partido espantoso. Diez segundos era el tiempo de juego que quedaba cuando Jorge Quintana metió el zapatazo que le daría a Regional un nuevo título y que dejaría sin voz a Andrés Aguirre.

El asunto es que cada vez que el equipo juega de local, Villa Libertad se convulsiona. Andrés se tienta y asegura que, con las diferencias del caso, se vive como se viven los momentos previos a los partidos en La Boca: bombos, clima familiar, chicos apurando una cerveza en la esquina, amenazas, ofensas, abrazos y besos, todo lo bueno y violento que el fútbol construye y mantiene unido.

En todo caso, Andrés cierra mucho mejor cualquier posible efecto que el fútbol, un club, puede provocar en una persona: "Regional me cambió

la vida. No sé que hubiese sido de mí si no encontraba una institución como Regional. No sé. Regional me transformó. Siento que a través del club amo más profundamente a mi familia y amo más a mis amigos. Amo la historia de Regional, a los hinchas de Regional, y todo lo que hago, lo hago en honor a ese amor”.

La culpa fue de Fabián. Según él, Ester Sambón de Guays era la persona indicada para hablar del barrio: sabe infinidad de anécdotas y le gusta contarlas, dijo. Pero las anécdotas de Ester son una tromba y arrasan con los límites de cualquier barrio, incluso tiran abajo límites internacionales. Para empezar, su marido. “No existe ni existirá un marido como el mío”. Aunque era más bien porteño, Andrés Guays había nacido en Francia, de madre inglesa y padre francés. “Eran gente de buena posición, con campos y estancias en Argentina”. Pero dentro de la familia, a unos les gustaba mucho el trago y a otros les gustaba el juego, y entre copa y partida fueron liquidando la riqueza familiar.

Para cuando desembarcó en Resistencia, Andrés era poco más que un buscavidas. Esa primera vez andaba de pasada, vendiendo ropa. Iba de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, golpeando puertas y ofreciendo su mercadería. Ester no le compró nada pero se enamoró perdidamente. Él también se enamoró y le propuso tomar la ruta. “Pero mirá que yo nunca vendí en la calle”, le advirtió ella. “Mirá que vamos a ir lejos”, le advirtió él. Las advertencias no amedrentaron a nadie y así, durante diez años, Ester y Andrés Guays anduvieron de gira. “Primero hicimos todo el Chaco: Machagai, Villa Ángela, Sáenz Peña... y después ya nos fuimos más allá, para arriba, para abajo, a todos lados”.

Pasaban, como mucho, cuatro meses en cada pueblo, hasta que ya no quedara a quién venderle. Andrés era un enamorado del campo, pero no sabía nada de la vida de campo. Llegaban, por ejemplo, a Pampa de los Guanacos, y él se paraba de cara a ese paisaje agreste y al toque proponía instalarse ahí. “Por Dios Andrés”, le decía ella, “nosotros acá somos extraños, de otro planeta, no conocemos a nadie. No sabemos criar ni una planta”.

Tal vez no con una planta, pero durante una parada en Jujuy se animaron a probar suerte con una llama. Le pusieron de nombre Nancy; era apenas una llama bebé y había que alimentarla a mamadera. Durante años, fue Nancy, mucho más que la ropa, lo que les permitió sobrevivir. Ester y Andrés se convirtieron en los típicos llameros: esos hombres y mujeres que cobran para sacarte una foto con la llama.

Como con la ropa, andaban con la llama de acá para allá. “Esa llama nos dio mucho, gracias a esa llama pagamos un montón de cosas”. El

esplendor de Nancy llegó cuando le enseñaron a tomar cerveza, cuando empezaron a empedarla. Habían recalado en La Escondida y los sorprendió una lluvia más imprevista que infernal. “Parecía que no iba a parar nunca. ¿Quién va a querer sacarse una foto con una llama en medio de esa lluvia? No había nadie en el pueblo. Y para colmo nosotros sin un peso”.

Estaban alojados en un hotelito, con Nancy instalada en un galpón lindero. No tenían cómo pagar, no dejaba de llover y apenas si podían decir: Y ahora qué hacemos. Hicieron lo que haría cualquiera con dos dedos de frente: se sentaron a tomar una cerveza en el comedor del hotel. Y con la cerveza vino la luz, la luz que encendería la llama. Ester mandó a su marido a que hablara con el encargado. “Decile que la Nancy chupa”, le dijo. Andrés fue, obediente, y se plantó ante el tipo: “A mi llama le gusta la cerveza”. “Qué le va a gustar...” “Que sí, que le gusta. Traeme una cerveza y una palangana y vas a ver cómo chupa”.

Andrés trajo a Nancy desde el galpón; el encargado, receloso, trajo cerveza y palangana. Cuando la llama tuvo la palangana llena de cerveza ante el hocico, Ester cerró los ojos e imploró: “que tome, que tome, que le guste...” En eso estaba cuando oyó el primer lengüetazo y la risa, mezcla de satisfacción y alivio, de su marido. Nancy chupaba cerveza como un alemán.

“Hagamos una cosa —le propuso Andrés al encargado—: nosotros no tenemos plata para pagar el hotel. Ahora, cuando acá se junte la gente, mi esposa va a pasar un platito para que los comensales apuesten si la llama chupa o no”. El encargado estaba tan impresionado que no opuso resistencia al plan.

Y al rato empezó a caer la gente. Con las mesas ya ocupadas, Ester empezó a vocear el desafío entre los parroquianos: “A ver quién se juega: ¿Puede esta llama bajarse una palangana de cerveza?” Menos lerdos que perezosos, los parroquianos hicieron sus apuestas. El frenesí, la alegría salvaje que encendió la llama beoda, fue atrayendo a nuevos apostadores a lo largo de aquel lluvioso día. Si alguna sociedad protectora hubiera pasado por ahí, los mandaba a todos presos. Cuando el asunto terminó, cuando al cuerpo de Nancy ya no le cupo una sola gota más de cerveza, la llama fue tambaleando camino del galpón. Andrés le puso alfalfa, Nancy comió y se dispuso luego a dormir su borrachera. “Desde ese día —dice Ester— no podías tomar cerveza sin convidarle. Se ponía mala la Nancy”.

La última gran actuación de la llama —la última por lo menos en compañía de Ester y Andrés— sería en Asunción del Paraguay. Hasta allí llegaron los llameros.

A diferencia de lo que habían pasado en La Escondida, esta vez la gira pintaba exitosa. La gente venía con sus hijos a sacarse fotos, buscaban a la llama. Fue promediando una de aquellas jornadas que Andrés propuso sentarse en un bar, en pleno centro, como para alivianar el trabajo. Ataron

a Nancy junto a la mesita y, antes de que pudieran hacer el pedido, un mozo les vino a decir que no, que en modo alguno podían instalarse ahí con ese animal. “Pero que es un ratito, picamos algo y nos vamos”. “Que no, que se llevan lejos a este bicho”. Entonces Andrés y Ester recurrieron a la vieja fórmula: “Pero mire que esta llama toma cerveza”. “Qué va a tomar...”, contestó el mozo, sin saber que con esa respuesta daba pie a una demostración legendaria. Así es que fue, el mozo, tras las consabidas cerveza y palangana y a los pocos minutos el bar ya estaba lleno de apostadores. “Lo que no sabíamos —dice Ester— es que por esa calle pasaba todas las mañanas el dictador Stroessner”. “O se puede enojar —les advirtió el mozo—, o le puede gustar mucho”.

El asunto es que, dicho y hecho: tanto revuelo se había armado en la calle con la llama alcohólica, que ahí mismo frenó un coche negro, polarizado, del que bajaron dos tipos enormes. Se acercaron hasta el bar, sacándose la muchedumbre de encima, y preguntaron, en un tono más bien ríspido, algo en guaraní. Ester les explicó, en castellano, que ellos eran argentinos, que no entendían otro idioma. Entonces intervino el mozo. Palabra va, palabra viene, los dos grandotes fueron hasta el auto y volvieron acompañados del —o acompañando al— mismísimo Alfredo Stroessner. “Con su traje de militar, parecía un hombre todavía más grande. Nos preguntó qué tomaba la Nancy y cuando le dijimos que cerveza, nos miró con los ojos bien abiertos: ¡¿Cerveza?!”.

Ya fascinado con la llama, Stroessner empezó a dar vueltas alrededor del animal y a preguntar más cosas: que dónde la habían conseguido, que qué comía, que dónde dormía... y después hizo aquello que cualquiera sabe que no hay que hacer: le tocó la cola. Nancy, como buena llama, aun empedu tuvo el buen instinto de girar la cabeza y lanzar uno de esos escupitajos que la llama, el guanaco y la mayoría de los camélidos lanzan con asombrosa puntería. Después volvió, la llama, sobre su palangana de cerveza. Stroessner tardó en reaccionar; le habían escupido, le habían estampado un flor de gargajo en su traje de milico. “¡Me escupió!”, dijo, como si nadie se hubiera dado cuenta. “Estamos listos —pensó Ester— de la cana no nos largan más”. Pero Stroessner impostó una faceta magnánima: cuando pudo hablar, se hizo cargo. Dijo que la culpa había sido suya, que no había estado bien tocarle la cola al animal. Ester y Andrés respiraron aliviados, pero en modo alguno esperaban lo que Stroessner les propondría después: “Les compro la llama”, dijo. La negativa fue automática, Nancy era su fuente de trabajo. Y además, qué tanto, ¡la querían! La contrapropuesta de Stroessner también fue automática: pronunció una cifra que no cabía en la imaginación de los esposos Guays, una cifra inaudita, hasta ridícula. Igualmente, los Guays respiraron hondo y dijeron que no, que Nancy no estaba a la venta. Stroessner lamentó la negativa, pero ya había metido la

cola sembrando cizaña entre los esposos y la necesidad de dinero. Como buen diablo, les dijo que, de arrepentirse, lo encontraban fácilmente, que sólo era cuestión de batir palmas frente a la Casa de Gobierno. Después, por fin, se despidió.

Andrés y Ester la pasaron horrible el resto del día. Miraban con pena y vergüenza a la pobre llama alcohólica. Sabían que no les quedaba más remedio.

Caída la tarde, se llegaron con Nancy hasta la Casa de Gobierno. Un soldadito los hizo esperar en el patio, mientras iba en busca del presidente dictador. Antes vino una especie de secretario, que, más para matar el tiempo que para otra cosa, les hizo unas cuantas preguntas sobre ellos y sobre la llama. Le gustó saber que Andrés había nacido en Francia y que hablaba en alemán. “Como el general”, dijo. Porque como todo el mundo sabe, el padre de Stroessner era alemán y le había transmitido a su hijo los rudimentos del idioma. Con Stroessner de cuerpo presente —feliz, orondo, satisfecho—, las negociaciones avanzaron en buen alemán, mientras Ester, ajena al idioma, ajena a todo, empezaba a despedirse de la llama. “Cómo lloré, Dios mío, si la Nancy era como mi hija. ¡Era La Nancy Guays!”.

Cuando en 1989 la dictadura de Stroessner llegó a su fin, el dictador buscó, y encontró, refugio en Brasilia. Dicen que entre las cosas que llevó con él estaba, siempre mansa y con el paladar dispuesto a una cervecita, Nancy, la hermosa llama alcohólica.

Aunque es uno de los fundadores del grupo de cumbia más exitoso y emblemático de la provincia, Aldo Sotelo está más compenetrado con la cerámica que con la música. De hecho, sufre un problema auditivo que le rompe los tímpanos al menor acople. No es que culpe a su mujer, pero cuando eran novios ella quiso ser cariñosa y le estampó un sonoro beso muy cerca de la oreja, un beso que le recorrió con saña el pabellón auricular y le estalló en el cerebro. “Me hizo sangrar de amor el oído”. Desde entonces, actuar sobre un escenario se volvió una odisea bastante más que ingrata.

Es probable que ahí, en su desastre auditivo —casi que ha perdido el oído derecho— esté el germen de su entrega a las artesanías, una disciplina que cazó al vuelo y un poco sin querer. Y todo gracias al barro. Al casi siempre maldito barro de Villa Libertad. “Un día, después de la lluvia, pasaba una máquina de la municipalidad enderezando un poco el barrial que era la calle. A medida que pasaba, iba dejando un barro más arcilloso. Por hacer algo, agarré un poco de ese barro y cuando me quise dar cuenta ya le estaba dando forma”.

Le salían, dice Aldo, formas primitivas, cacharros y caras semejantes a los tótemes de la Isla de Pascua. Observando la facilidad y atendiendo al placer con que modelaba aquellas figuras, sintió, de pronto, que el trabajo con las manos, con la arcilla, con el más elemental barro, había estado siempre ahí, siempre dispuesto a que él lo descubriera. El barro fue su salvación.

Pero antes, dijimos, había sido la música. Aldo y sus hermanos empezaron tocando folclore, zambas y chacareras. “Eso es lo que te enseñaban en la escuela en las clases de música”. Eran tan pobres, que el director de la Escuela 242, un hombre de apellido Ferreira que más tarde se dedicaría al automovilismo, les regaló un bombo, “para que pudiéramos practicar con algo”. Sus padres, que se habían venido desde Santa Fe buscando aquí un mejor pasar, también les habían dado un empujoncito: el papá era hachero y la mamá cuidaba la casa, pero además —y sobre todo—, él sabía tocar algo en la guitarra y los dos cantaban con soltura en cuanto festival se les ofreciera. Sus hijos afianzarían —dicen que por puro instinto— el camino musical.

Fue en “Mañanitas folclóricas”, el mítico programa de Radio Nacional que conducía el Petiso Barrionuevo, que los hermanos Sotelo empezaron a hacerse oír. Caminaban desde Villa Libertad hasta la radio, porque no tenían ni para el colectivo. Mario y Julio con el bombo, Aldo con una guitarra. “*Mañanitas*... era uno de los programas que más se escuchaban, así que la gente del barrio nos tenía bien junados. Íbamos con los instrumentos a cuestras y los vecinos salían a la vereda para saludarnos”.

Después vinieron los festivales en la peña Martín Fierro, con un conjunto al que bautizaron Ecos de Folclore y del que también formaron parte otros músicos del barrio, como Coco Torres y Nechi Romero. Tampoco aquí ganaban un peso, pero al menos mantenían el espíritu en alto. Ya eran más grandes, empezaban a dejar atrás la adolescencia y seguían sin plata para el colectivo. Incluso cuando vinieron los primeros contratos y los llevaron a cantar al interior —donde compartían escenario con tipos como el Soldado Chamamé—, lo que les quedaba era una miseria. En buena medida por eso es que empezaron a prestar ojos y oídos a la incipiente movida tropical.

Otro ritmo copaba las pistas de baile resistencianas y se imponía con autoridad a la omnipresencia del chamamé o a la irrisoria ubicuidad del tango, música bella pero mucho más urbana y gélida. Bovea y sus Valletanos, Los Wawancó, el Trío Rubí abrían a puro contoneo la cabeza y los oídos de músicos que hasta entonces veían al folclore como único destino posible. Pero más que nada, la música tropical ofrecía un futuro económico más esperanzador.

Junto con Carlos Cancián —un auténtico pionero— y Coco Torres, los hermanos Aldo y Mario Sotelo formaron Los Pelícanos. “El nombre

para el grupo —cuenta Aldo— lo saqué del diccionario: Ave centroamericana. Y de ahí también era el ritmo que nosotros tocábamos. Un pájaro de nombre lindo y de una región con buena música”. Eran un bombo y dos guitarras criollas, a las que más tarde pudieron agregarles micrófono, “cosa que sonaran más fuerte”. El grupo anduvo bien, se divertían de lo lindo. Tocaban, más que nada, canciones de Bovea. Si se separaron fue, quizá, por cierta desidia juvenil, por una increíble dispersión.

Aldo y Mario terminaron recalando así en Barranqueras, junto a los Auténticos Antillanos. Aquí las cosas ya no anduvieron tan bien; después de un par de festivales vinieron reclamos de plata, que quién traía los equipos, los baffles, quién ganaba más y quién ganaba menos. Probablemente nadie haya ganado mucho, pero los hermanos Sotelo seguro que no ganaban nada. Como sea, si hubo pelea, fue entre personas que no deberían pelearse. O sí. Porque puede que sin aquella separación la música chaqueña, y Villa Libertad, se hubiesen quedado sin uno de sus grandes símbolos.

Corría 1974 cuando los hermanos Sotelo, ahora con Julio, el más chico, como voz principal, formaron Los Continentales. “Qué miércoles —dice Aldo—, Julio tenía una voz alta, una voz hermosa. Podía cantar lo que quisiera”. Con Los Continentales empezaron haciendo canciones del Trío Rubí, pero al poco tiempo, quizá cansado y por qué no un poco aburrido, y tal vez por hacer honor a la música que, aun con el aluvión tropical de por medio, seguía siendo marca y huella de Villa Libertad, Aldo se puso en plan de revestir la cumbia de Los Continentales con un ritmo algo más particular. “Algo que nos distinga”. Es así que se zambulló en el chamamé, en el auténtico chamamé maceta, y allí mismo se zambulleron Los Continentales en pleno.

El resultado fue notable: a las canciones de los grupos de siempre — con el Trío Rubí a la cabeza—, les agregaron las letras que Julio empezaba a mostrar cada vez con mayor asiduidad, y ese ritmo nuevo y contagioso como epidemia que sería sello del grupo. Los festivales y conciertos se multiplicaban. Ahora la cosa venía en serio. Las pistas de baile donde se presentaban jueves, viernes, sábados y domingos, eran un hervidero. Para entonces ya se habían incorporado Chacín Pérez, Juan Carlos Corcia y Raúl “Gato” Campodónico, que hacía las veces de animador.

“La gente, el pueblo, nos tenía un cariño inmenso. Fue el pueblo el que nos rebautizó. Ya no decía *vamos a ver a Los Continentales*. Decían: *vamos con Los Conti*”. Los Conti de Villa Libertad. Una institución. O más que eso, porque las instituciones suelen ser feas y grisáceas. Los Conti están más cerca de ser un culto. A ver, cantemos un poco: “Reinalda, Reinalda, quítate tu minifalda / que cuando baila ese cumbión / cumbión / se te mira toda la espalda”, “La guitarra es como la mujer / si no la tocas no

suenan / a la guitarra tócale las cuerdas / a la mujer tócale las piernas”, “A mí me gustan toditas las mujeres / pero ninguna me hace caso / cuando me ven caminando por la calle / todos me gritan el cara de payaso”... no se emocione señora, vuelva a su lugar. Muchas gracias.

Después de años de trajinar las pistas de baile y los patios chamameceros de todo el nordeste, Los Conti grabaron su primer disco en 1987. Al megahit “Reinalda” lo bailaron —y lo siguen bailando— cumbieros y chetos. Veinticinco mil copias vendidas. Una cifra estrambótica para un grupo de cumbia chaqueña. Fue la primera vez que los hermanos Sotelo vieron plata en serio. Por primera vez podían vivir exclusivamente de la música. De haber sido más criteriosos, supone Aldo, hasta un colectivo hubieran podido comprar. Pero no hubo caso. “Uno en esos momentos no se da cuenta y derrocha. Los chicos de ahora, Los Continuados por ejemplo, son mucho más inteligentes con el manejo de la plata. Ahorran”.

Comoquiera que sea, Los Conti de Villa Libertad son actualmente un sello. Una marca.

Aldo dejó el grupo en 1993, en parte por sus problemas auditivos pero también porque el trajín lo tenía un poco cansado. Desde entonces, los integrantes de Los Conti se renovaron, fueron y vinieron, casi siempre con Julio y Mario marcando el ritmo y el camino. Músicos jóvenes que hoy tienen sus propios grupos —figurones como Lluvia Barrios, Juanchi Domínguez, Danilo Sotelo, por nombrar un trío— dieron sus primeros pasos en Los Conti. Su influencia se percibe escuchando a Los K'pos o a Los Continuados. Y más aún cuando Los Conti celebran sus fiestas aniversario, en enero de cada año. Llenan el lugar —el estadio de Central Norte por ejemplo, veinte mil personas digamos—, y se les suman para el festejo, a modo de homenaje y reconocimiento, los grupos más prominentes de la cumbia chaqueña: Los Chaque's, D'stellos, Bo'emio, Los Pibes y un largo etcétera.

La última vez que Aldo se aventuró en la música fue con Los Pelícanos. Se habían vuelto a juntar, como una manera de homenajearse a sí mismos después de tantos años. Hicieron un par de shows, la gente respondió, las ganas estaban intactas... pero el oído de Aldo era un suplicio. Se mareaba. Le estallaba el cráneo. Es penoso escuchar esta parte de la historia. Porque Aldo quería seguir y no podía.

Pero tuvo la suerte salvadora del barro. Modelar figuras con barro, arcilla, cerámica, le devolvió el alma al cuerpo y a las manos. Cacharros, animales, rostros... en el Centro Cultural Leopoldo Marechal, donde Aldo trabaja como ordenanza desde hace años, se quedaron boquiabiertos cuando apareció con esas artesanías trabajadas como por un experto. Después de inaugurar una cumbia chaqueña con Los Conti, ahora se revelaba como un artesano sensible y puntilloso. Un artista consumado.

Obtuvo una beca para poder pagarse algunos materiales, desde la arcilla hasta la horneada y la pintura, cuestiones mucho más costosas de lo que cabría suponer. Así como en su momento había buscado un ritmo nuevo, algo que distinguiera a Los Conti, se zambulló ahora en el mundo de las artesanías, de las diferentes maneras de modelar figuras, desde lo más elemental a lo más extravagante. De a poco se fue construyendo un horno en el patio de su casa —“un horno precario, con unos cuantos ladrillos y un chapón, pero que alcanza para lo que yo hago”—; leyó sobre arte indígena, de los mayas a los diaguitas, para tomar de ahí diferentes técnicas y hasta los elementos de trabajo. Investigaba hasta en la arena para la construcción, tomaba un poco y la molía hasta sacarle algún color escondido; lo mismo con el barro que dejaban los tractores de la municipalidad cada vez que andaban por el barrio. De todo, de cada arcilla, de cada piedra, sacaba algún color con el que después revestía sus figuras.

Un fin de semana, en Empedrado, casi se vuelve loco: había de todo, las piedras que uno quisiera. Y, por tanto, el color que uno buscara. “Conseguí amarillo, marrón, negro, naranja... me traje un poco de cada uno y con eso pinto ahora... cada vez voy sacando más colores”. Lo invitaron a exposiciones en todo el país, aquí y allá. Ganó unos cuantos premios que muestra con orgullo.

Pero la nostalgia por Los Conti, por Los Pelícanos, sigue ahí. A veces, como para despuntar el vicio, practica un par de acordes en la guitarra, pero después vuelve al barro y a la arcilla. Y trabaja en silencio.

La mayoría de los oficiales penitenciarios de la U7 vive en el barrio. Antes, si las cosas dentro de la cárcel se ponían feas, empezaba a sonar una sirena que ponía en alerta a los vecinos y que convocaba a todos los oficiales que estuvieran de franco. Es posible que ahora hayan encontrado un nuevo método, porque la sirena —afortunadamente— ya no suena. Fabián hace un cálculo rápido y dice que Villa Libertad debe tener, por lo menos, tres policías por manzana. Tres policías que viven ahí mismo. Aun así, la vida intramuros, lo que sucede cotidianamente en la U7, es una incógnita, algo que está bien lejos del barrio, para nada integrado. Quién quiere pensar en cosas semejantes.

Pese a tener muchos vecinos policías, Ester no ha podido simpatizar con ninguno. Le dan pavor, la cárcel y los policías.

Cuando en 1979, el peregrinaje los trajo nuevamente a Resistencia, los esposos Andrés y Ester Guays terminaron instalándose aquí, en Villa Libertad. Él seguía, como siempre, con la ilusión de vivir en el campo, entre árboles y esas cosas. Ester, en cambio, mantenía la certeza de que el campo

y ellos no tenían nada que ver. Andrés vio, o quiso ver en Villa Libertad algo que lo transportaba a su soñada vida de campo. Quizá el perfume de los aromos, o el paso cansino de un caballo pastando junto a la zanja. El asunto es que golpearon la puerta de una casa bastante venida a menos. A la mujer que los atendió se la veía nerviosa, como histérica. Les dijo que no, que no quería comprarles nada, que por el contrario lo que ella quería era vender esa casa de mierda y mandarse a mudar a Rosario, donde vivía el resto de su familia. La mujer cerró la puerta y ellos se quedaron pensando por dónde seguir la venta. Bueno, sólo Ester se quedó pensando en eso, porque Andrés seguía mirando la casa, pispiando los alrededores. “Está feo —le dijo por fin—; pero nosotros podemos dejar lindo este lugar”. El asunto es que, tras adquirir la casa por una suma irrisoria —o no tan irrisoria si consideramos que la casa realmente se veía mal—, ya no se moverían del barrio. “Es hermoso Villa Libertad —dice ahora Ester—, nada que ver con otros barrios de Resistencia, como Villa San Martín o como el barrio Paykín, que parecen sucios, sin vida, como si a los vecinos no les importara nada”.

Más allá de esa pequeña diatriba barrial, es aquí, en Villa Libertad, donde Ester tuvo que afrontar más veces a la policía. Antes, la única ocasión había sido en Salta. Estaban vendiendo ropa en un barrio de lo más pituco, y se les ocurrió probar suerte en uno de los tantos caserones que engalanaban el lugar. Aplaudieron ante la reja que daba al jardín. Una voz extraña les dijo que pasaran. “Adelante, adelante”, les decía. Aunque buscaban el origen de la voz, era inútil: no sabían quién podía ser. Aplaudieron otra vez, por las dudas, y de nuevo: “¡Adelante! ¡Pase!”. Era una voz muy rara, como de dibujos animados. Tanto insistió la voz, que Andrés y Ester se mandaron. Estaban entrando a la casa cuando vieron, en pleno equilibrio sobre una jaula colgada en la galería, a un semejante loro que, apenas los vio, retomó la cantinela: “¡Pase, pase! ¡Adelante!”. También los vio la dueña del loro, la señora de la casa, que no les creyó ni jota cuando intentaron explicarle que ellos eran vendedores, que no les interesaba robar nada. La policía, como siempre ocurre en estos casos, cayó al toque. Tampoco los polis se creyeron que los esposos Guays fuesen vendedores, y aunque Andrés y Ester juraron y expusieron la mercadería a modo de evidencia, tuvieron que pasar toda la jornada en la comisaría. “Todo por un loro maldito”, remata Ester, cuyos siguientes encontronazos con la ley fueron ya por estos lares, uno en su papel de falsa pitonisa y los otros como vendedora. Por supuesto, su faceta pitonisa se roba cualquier posible atención.

Una vez, mientras andaban de gira por Posadas, un brasileño le enseñó a tirar las cartas. Era cuestión de encender unas cuantas velas, poner caras raras y mostrarse segura al momento de lanzar una sentencia. Dice Ester que las mujeres, que son quienes más andan detrás de estas ilusiones, se

creen cualquier cosa que uno les diga. “Porque vienen desesperadas, que el marido se fue con otra, que les pega, que no les da plata...”

Como el papá de Ester era gitano, aun sin que ella anunciara sus falaces dotes de adivina, más de una en el barrio había dado por hecho que tales destrezas existían. La primera mujer que le vino con un pedido fue, precisamente, la mujer de un policía. Ester no había pensado que pudiera ganar plata tirando las cartas, así que el pedido le cayó de sorpresa. “Ayúdeme, señora —pidió la mujer—: mi marido se fue con otra”. “Y qué más quiere —le contestó Ester—, póngase contenta, disfrute, si era un pelotudo su marido”. Pero la mujer insistió. Quería que el tipo volviera, no podía vivir sin él. Juró que le pagaría bien.

Ester ya se había decidido, pero igual consultó con Andrés. “Mejor no —le aconsejó él—, mirá si te descubren. Te van a meter presa”. Ella le dijo que claro, que tenía razón, pero después se hizo de un mazo de naipes, dos velas y se mandó a casa de la mujer. La pobre tipa estaba tan entregada, que se hubiera tomado como verdad absoluta cualquier cosa que Ester le dijera. Pero Ester tampoco la tenía fácil: era su primera vez.

Hizo lo que indica la convención —o lo que ella suponía que indicaba—; encendió las velas y fue soltando las cartas, haciendo de cuenta que las estudiaba. Improvisó también un par de gestos arabescos, cualquier cosa que se sintiera impresionante. Cuando culminó con el rito, por más que había completado a rajatabla cada paso, sentía que faltaba algo. La cara de ansiedad de la mujer le insinuaba lo mismo. Entonces improvisó otra vez: le pidió a la mujer una camisa, la más nueva, y un pañuelo, ambos de su marido. Una vez que la mujer se los puso delante, Ester tocó las prendas y balbuceó algo ininteligible, incluso para ella. Por último, le dijo a la mujer que las pusiera en la cama matrimonial, bajo las sábanas, del lado de su marido. Con este último procedimiento, la mujer pareció satisfecha. Antes de que pudiera irse, la mujer le pagó lo estipulado y, a modo de despedida, le dio un abrazo.

Más que culpa, Ester sintió miedo. Y probablemente el miedo haya sido lo que le empujó a decir: “Si todo va bien, su marido vuelve esta noche”.

Volvió a su casa pensando que mejor hubiese sido darse más tiempo, una semana por lo menos, así podría inventarle una excusa a la mujer cuando su marido policía no apareciera. Andrés la vio entrar y se dio cuenta: “Fuiste nomás...”, le dijo. “Y sí...”, contestó ella. Pasaron la noche preocupados, aunque también un poco divertidos, nunca se habían imaginado que Ester andaría tirando las cartas.

A la mañana siguiente se levantaron temprano. Hacía calor y se sentaron con unos mates en la vereda. No pasó mucho rato hasta que vieron acercarse a la mujer. Por su cara, uno no sabía qué pensar. Recién cuando estuvo bien delante de ellos, se agachó sobre Ester y se le fundió en

otro intenso y un poco caluroso abrazo. El marido había vuelto. “Gracias, gracias”, fue lo único que dijo la mujer antes de irse. Ester y Andrés se quedaron pensando que tal vez sí Ester contaba con algún tipo de don; tal vez no se trataba de una simple mentira. Un poco por eso es que, a partir de ese momento, ya no tuvo tantos pruritos al momento de ejercer. Mujer que reclamaba sus servicios, mujer que —una vez que pagaba— los recibía.

Pero la duda volvió a instalarse el día que se le apareció el policía marido de su primera clienta. Era un hombre joven, mucho más saludable y entero que su mujer; pero había algo, probablemente esas ojeras, que lo hacía lucir desmejorado. Se había enterado, el policía, de la injerencia de Ester en su vuelta al hogar. Ahora le apuntaba con un dedo índice y le decía que por su culpa, por culpa de Ester, tenía que vivir con una bruja. Ester no le contestó. Dejó que se fuera y se aferró a una máxima que le salvó la conciencia y, por qué no, la salud mental: “Una no puede andar haciéndose cargo de las estupideces de los demás”.

Es verdad lo del perfume de los aromos. Una vez que se lo identifica, ya se hace difícil quitárselo de la nariz. Pero es Fabián el único que habla de los aromos. El tema recurrente aquí en Villa Libertad es el barro. La molestia que supone. O la salvación, como en el caso de Aldo Sotelo. La coincidencia general —quizá por mera corrección, por decir lo que los demás esperan que uno diga— es que si hay que elegir, todos vuelven a elegir Villa Libertad, que no hay barrio más bello, más apacible y amable.

Ester pone un reparo: dice que le quitaría la cárcel; le horrorizan esas murallas, imaginar la vida que hay del otro lado. Pero sin la U7 Villa Libertad no sería Villa Libertad. Si hasta el nombre le debe. Igual, dice Ester, que saquen esa cárcel de acá.

Pero con cárcel y todo, Villa Libertad se convirtió en su refugio, su lugar en el mundo. Cuando Andrés murió, hace ya un cuarto de siglo, pensó que ella se moriría con él. Como no habían podido tener hijos —lo más cercano había sido Nancy, la llama que le vendieron a Stroessner— se habían dedicado a adoptar perros. Perras, en realidad, porque son más limpias. Llegaron a tener sesenta y cinco. Sí, repite Ester, sesenta y cinco. Y se sabía el nombre de todas. Que piense en ellas, en las chicas, le reclamaba Andrés desde su lecho, mientras Ester lloraba como una desahuciada. También le propuso casamiento. Hasta entonces, ninguno de los dos le había dado mayor importancia a la iglesia. “Por respeto”, dice Ester. Su hermana, que sí era una mujer muy religiosa, les llevó el cura hasta la casa. Se casaron ahí, rodeados por la jauría.

Fueron, en total, dieciocho años juntos y dieciocho días de casados. “A veces —dice Ester— entro a la casa y lo veo: está sentado ahí, leyendo sus libros”.

Ahora que Andrés no está, Ester vive con (apenas) siete perras. No puede invitar a nadie a su casa porque las perras no dejan hablar, se excitan con las visitas, les ladran, se les trepan. A todas les puso nombres de diva: la Chiqui, la Chicholina, la Shakira... los ladridos de las divas se oyen desde la vereda. Y si se camina hasta la cuadra siguiente, también se los oye. Ester dice que son un suplicio, que para hablar con Don Vicente, su vecino, no tienen más remedio que gritarse a través del muro. “Educá mejor a tus bichos”, le dice él, asomando la cabeza. Pero también admite, Ester, que sin esas perras no podría vivir.

Lo único que nunca jamás admitirá, es que su barrio tenga semejante cárcel haciéndole las veces de portal.

Cecilia lis García. *Mujer encarnada en Gaia, argentina, nacida en 1981, en Resistencia, Chaco. Cocreadora. Poeta. Licenciada en Filosofía (Universidad Nacional del Nordeste- UNNE). Docente en la Facultad de Artes, Diseño y Ciencias de la Cultura - UNNE. Lleva publicados un libro de poesía: Pasaporte (2009); y dos libros-álbum para niños: Juegos de Sol (2009) y Amigos Búhos (2010). Tiene un libro de poesías para niños que permanece inédito. Colabora en distintos medios de difusión cultural a través de artículos y ensayos estéticos. Actualmente desarrolla distintos proyectos colectivos de experimentación, combinando lenguajes desde lo poético, lo audiovisual y las artes plásticas, entre otras, utilizando diversos soportes desde lo lúdico como eje multisensorial.*

Resistero

*Panta rhei: todo fluye
Namasté*

Para empezar debemos saludarnos, de infinito a infinito, con un beso en cada mejilla, que es el modo en que nos acariciamos y conocemos en estas tierras. Como cuando éramos niños y esa presencia entrañable nos acercaba al umbral de los sueños, con un beso en cada mejilla se abrían los otros mundos y se cerraban nuestras pestañas. Ya en confianza nos disponemos a recorrer este páramo de siesta, abismal como su nombre: Resistencia. Lo haremos en pausa, lenta e intensa, como esa ofrenda a los días que esta ciudad inventa al dormir.

Soltar una crónica de Resistencia supone abrir un sendero de intuiciones recogidas a lo largo de una vida en este solar del mundo. Saborear esas intuiciones, sentir las en su perfume y color, en sus esquinas.

Asumimos nuestro estado sonámbulo de siesta, tal como la palabra Resistero y sus sentidos.

Esta es una crónica del sueño de siesta chaqueña que sueña y sigue creando a la Resistencia que vivimos. La Resistencia que imaginamos y soñamos y realizamos. Ciudad gemela y refleja como paradoja. Arrebujada en viento norte.

Resistimos todo menos el origen. Podemos llegar a cualquier lugar y sentir la Resistencia, a veces fuera y a veces dentro. Paradoja que en cualquier momento nos sorprende hablando en chaqueño: decir de ñeris que así nomá é y qué se le va a hacer.

Ese designio del origen, infancia de tribu áspera y obraje forestal. Desde entonces para muchos fue el lugar de paso, la tierra en Resistencia es adolescencia extendida. Ciudad joven *ad eternum*, de hormonas pujantes y bulliciosas. Lugar marginal de dudoso porvenir pastoril. Aquí no se cultivaba casi la tierra. De eso ya tendremos ocasión de contar. Y siempre está todo por hacerse, por brotarse.

Nuestro vínculo con la tierra es de incómoda resonancia. La tierra se esparce hecha polvo y embebe cada arista de realidad. Denso lienzo marrón que cubre desde los parabrisas hasta los cardos monteses, las enredaderas y los mosaicos de galería.

La inercia reiterativa de la cotidianeidad agría sus perfiles de artificio, su arquitectura moderna de fachadas de fin de siglo y pasado, sus carteles posmodernos, exorbitantes de color entumecido por el sol.

Nuestra médula son los otros. Nuestras señales cardinales son las personas. Montañas, arroyos, cascadas u orillas, todo fue removido de este lugar. Y fue puesto el monte.

Nos miramos todo el tiempo entre nosotros. Nos vamos conociendo con la mirada. Y nos vamos volviendo transparentes con el paso de las personas. Cada impulso no tarda en ser anunciado, en pregonarse para cumplirse.

Ese otro a su vez nos devuelve el reflejo y su desvío. Su mirada de reojo, su visión periférica. Las pupilas tienden a dilatarse, como los sucedidos. En ese intervalo entre la mirada y el reojo, las imágenes se trasfiguran dando lugar a otra imagen que surge desde ahí. El enfoque se ensancha y contrae en cada respiración. Y si se cierran los ojos se puede sentir ese mismo palpar de expansión y contracción desde el monte y su corazón.

Hacia ese otro acudo para continuar con esto, cumplir la crónica de esta ciudad con una mirada insular no nos llevaría muy lejos. El otro respira y se mueve en Resistencia, y es ahí que tomamos conciencia de nuestro mover, nuestro vivir. Necesitar una mano y ofrecerla es uno de nuestros legados. Somos proclives a dar. Hacia ese otro, entonces acudo, para que me cuente lo que contar, para que me atraviese y yo vuelva a expandir mis ovillos de palabras, nidos sin asperezas. Hacia otro también, del otro extremo, se dirige la obra y su cometido. Hacia otro el amor, antes que a uno mismo.

Busco quien reconozca esta ciudad y sus elementos cardinales, sus itinerarios de inmovilidad expandida. Y es entonces que aparece la voz de Osvaldo Gómez, amigo e inmensidad de ser, quien con sus pasos y visiones da cuerpo a esta crónica. Reunimos las voces en este ancestral lugar de encuentro. Y para hacerlo elegimos acudir al *I Ching* como fuente esencial para configurar nuestro texto y lenguaje vivido. El *I Ching* es un antiguo texto oriental utilizado para consultar su oráculo y como obra moral, filosófica y cosmológica. Se basa en 64 hexagramas simbólicos, cada uno compuesto a su vez por un par de trigramas que están formados por tres líneas paralelas. Las líneas pueden ser continuas (representando el yang o principio activo) o discontinuas (representando el yin o principio pasivo) siguiendo la cosmología primitiva china, que explicaba todos los fenómenos en términos de alternancia del yin y el yang. Existen ocho trigramas básicos, cada uno denominado según un fenómeno natural: **agua, lago, fuego, trueno, montaña, madera, tierra y cielo**. Representan las fuerzas primordiales del universo, las que ordenan y trasmutan toda realidad y sus ciclos.

Este libro oriental utiliza un lenguaje de imágenes que despliega una comprensión que nunca acaba de expandirse. A través de sus oraculares páginas accedemos a las distintas manifestaciones del cambio en lo contemplado: mundo físico, natural y humano, que en su transformación

constante nos revela la dinámica de nuestro interior trasmutando al unísono con lo que se observa.

En la superficie de lo revelado se ocultan todas las respuestas a cualquier pregunta, como si fuéramos a preguntarle a Resistencia ¿quien sos?, y ella nos ofreciera cuatro trigramas elementales de su ser presente y su mutación. Una respuesta, una puerta hacia la ciudad que fue, hacia la que es, y hacia la que podría ser.

Otra de las conexiones que reconozco entre Resistencia y el *I Ching* es la asiduidad que ambos provocan. Cada vez que se los visita aumenta nuestra capacidad de interpretar los juegos entre espíritu y materia, plasmados en una realidad vital y dinámica. Hay viajeros indómitos que después de largo tiempo regresan a esta tierra para releerla y recorrerla una y otra vez.

Transitaremos Resistencia a través de ocho fenómenos naturales que conforman cuatro pares de puertas, vale decir ocho accesos infinitos y siempre abiertos. Asimismo, sincronizaremos en cada caso cuál es el significado que estos trigramas asumen en el *I Ching*, y ya veremos en qué ochava terminamos.

Agua :: Lago¹

Accedemos a esta ciudad y sus perfiles a partir del agua y su simbología según el *I Ching*. En uno de sus recodos, este libro nos muestra la relación entre el elemento líquido y la silueta delineada de un pozo, desde donde el agua brota o en donde encuentra su cauce. Allí, en esos relieves de depresión y humedales encontramos la primera entrada a Resistencia.

Asociamos el agua con el peligro. El primer ingreso a Resistencia fue por el río Paraná. Cuando en el siglo XVI los conquistadores acceden a este lugar, atravesando el peligro del mar, atravesando ese río desconocido que es el Río Paraná, eligen quedarse en la orilla menos peligrosa, que

1 El trígama del Agua nos recibe desde su simbología de lo abismal, lo inestable, lo oculto y perturbador. Se le atribuyen cualidades de trabajo, flexibilidad, melancolía o tristeza. Simbólicamente, y según la aspectación general del hexagrama, en una lectura puede representar situaciones de ardua dificultad, trabajo denodado, obra recién comenzada, ansiedad, flexibilidad, penetración; o bien tristeza, depresión, peligro, adversidad, infiltración ajena. Se lo asocia al pozo o la fosa de donde se obtiene el líquido vital, o al agua brotando y corriendo en forma de lluvia. En general su presencia en un hexagrama lo matiza de aspectos riesgosos o de cuidado. Supone una actividad que cesa, principio del estancamiento.

Relacionamos en este texto en particular, al trígama del agua con el trígama del lago. A éste se le atribuye sensualidad, placer, bienestar, placidez. Simbólicamente traduce situaciones de estímulo sensual, goce, placidez, alegría, satisfacción jubilosa y hasta un tanto pendenciera. El lago nos relaciona con el principio del placer y su satisfacción por medio de lo feliz o, al menos, de lo agradable.

parece ser la de Corrientes. Para que esta parte del mundo, para que este lado del río fuera colonizado tuvieron que pasar unos doscientos años. Y esto ya comienza a darnos un motivo para reflexionar y escuchar a la ciudad que nos llama para hablar de ella.

El Chaco Austral, Chacú, o como quieran llamarlo, continúa siendo, por razones de fidelidad geológica, un lugar del agua, una tierra del agua, un territorio del agua. Que es precipitadamente cambiado por la acción civilizadora. Todo lo que es Resistencia, lo que consideramos su ejido municipal, estaba originalmente lleno de lagunas. Tal vez la casa en la que vivimos en este momento haya sido laguna hace 150 años. Lo curioso es que asentaran una ciudad, pensada desde un primer momento para ser capital, en este lugar. Es decir: no nos importan las lagunas, las rellenamos, las desecamos, las eliminamos, y sobre ellas construimos casas como si el terreno hubiera sido firme desde siempre. Y en ese forzamiento de la naturaleza, en esa voluntad ficcional sobre el territorio, hay también un vínculo con la historia. Porque, seguramente, podían haberla fundado en otra parte, pero ese “seguramente” estaba a mayor distancia de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, lejos de la gran cuenca paranaense. Tal vez se temiera que, de haberlo hecho en Capitán Solari, una zona bien alta y no inundable, como parece que fue la idea en un principio, hubieran quedado muy lejos de Corrientes, y las razones económicas de ese momento quedaban supeditadas a una idea de futuro que, aunque más sólida, era más lejana, y tal vez menos rentable, desde el punto de vista de la explotación. Porque no nos olvidemos que aquí, si no se venía a cazar, se venía a explotar, a derribar y deforestar bosques, a eliminar la selva y los bosques. Como se hace aún hoy en día. Se eliminaron las lagunas, se modificó la tierra, se cambió el paisaje, en fin, se impuso algo que antes no estaba, que naturalmente no se desarrollaba.

El agua es la caída, lo adverso, la adaptación. El agua es también lo emocional y por ende lo velado. El agua es una forma de la materia sin la cual la vida en la Tierra no es posible. Genera vitalidad y nutrición, pero también puede generar muerte y catástrofe. De todas maneras es curioso volver a pensar todo este territorio civilizado, civilizado a golpes de pala, tapando agujeros, asentados sobre un pozo, sobre un gran cuenco donde el Paraná, el señor de las aguas dulces, usaba cuando su cauce así lo disponía. Este lugar es parte del sistema del Río Paraná, que algunos pensaron soslayar. Pero el Paraná está, y el Paraná vuelve e insiste, no atiende razones. Y cuando las lluvias se precipitan, verticales nimbos que arrullan la plegaria paranaense y sus ciclos, el agua nos sorprende e invade. Cubre los lugares que alguna vez fueron humedales, esteros, santuarios de camalotes hechos lagunas. En ciertas esquinas, sobre todo entre avenidas, esos reemplazos aturdidos de los senderos, se aparecen en pleno aguacero

las antiguas lagunas y sus emanaciones. Su presencia, aunque fugaz, nos retorna a aquel tiempo de nenúfares al ras de la tierra.

Las inundaciones dejan indicadores de su paso temerario en anécdotas, en sellos pintados en las paredes de las casas y en los imaginarios, indicadores que parecen señalar que *hasta acá llegó el agua*. Lo primero que nos llega a estos días como dato recabado son los registros históricos de la marca del agua en las inundaciones. ¿No resulta descabellado? Fundar un territorio, sacarlo de la nada, hacer una ciudad, diseñarle un futuro, y a partir de allí empezar a medir cuáles son las cotas y marcas que el agua va dejando, cada tanto, según los ciclos del río, como si las marcas o las referencias o las inscripciones que la memoria va dejando en las cosas, mejor en las casas, sean el *leiv motiv* de la vida en esta ciudad.

Este devenir pluvial, se presenta como un eje de conflictos. El agua asume así el lugar de lo opuesto a la ciudad y su actividad. Es aquello que frena o posterga el desarrollo de cierto perfil de Resistencia, que suponemos alejado de aquel origen primigenio de monte vasto, imprevisible y exuberante. Cierta perfil proclive al hormigón armado y sus catastróficas secreciones, hechas barrios mediocres, edificios obtusos y parques, shoppings lerdos y autopistas sin objeción. A las inundaciones tampoco se las vaticina, aunque repitan su incidencia año tras año, en temporadas similares. Se las maldice, como caóticas expresiones de aquel principio que sostiene que la vida es movimiento y jaleo entre opuestos. Sin embargo podemos coincidir aquí con otro mandato expresado por el *I Ching*: el éxito que alcancemos no se verá detenido si se persevera en el peligro y en el esfuerzo. De esta manera aquello que se nos muestra como una contrariedad puede contener al mismo tiempo la posibilidad de su resolución o sus potenciales logros.

Como salida de la ciudad hacia el agua, el puerto de Barranqueras fue una ruta para bienes de intercambio como el algodón, el tanino, y el quebracho. Allí decantaban las vías de los trenes de trocha angosta, las dos vías que todavía perviven como costales, como perfiles de la ciudad: uno en la vieja estación ahora Museo de Ciencias Naturales Augusto Schultz, y el otro en la intersección de las avenidas Alberdi y Marconi. Aquella prosaica salida hacia el río, bocetó con el tren y sus vías afiladas la forma que la ciudad posee hasta hoy.

Las lagunas sobre las que se construyó Resistencia se alimentaban de las lluvias, el régimen de precipitaciones las iba manteniendo. Esto hacía que aquí hubiera una vegetación prominente, de tipo lacustre, que era refugio de los animales. Los primitivos habitantes de este territorio provocaban incendios en los alrededores de esas lagunas, rodeándolas con fuego y dejando un camino sin encender, a modo de salida, por el que salían los animales y entonces los cazaban. La incitación a la cacería estaba dada por el fuego, y el espacio de cacería estaba dado por el agua, pero asumida ya

en su forma de laguna. Aquí daremos paso al trigrama del lago y a sus disposiciones, que ya pueden intuirse como espacio para lograr el sustento. Vemos, entonces, que nuevamente la paradoja abre su juego si tenemos en cuenta que, en otras partes del mundo, el sector social más adinerado, más rico, sitúa su vivienda en las zonas más altas. Sin embargo esto no sucede aquí. Las zonas menos inundables, las del oeste y suroeste, son las más densamente pobladas, y por ende las más pobres. Y las zonas del este y del sudeste, que se comunican con el río, son las que van a propender a fijar residencias de edificios más suntuosos de clases más altas. Podemos ver entonces cómo los espacios de sustento, o de su segura adquisición, están ubicados en lugares inundables, o sea antiguas lagunas o humedales. Estas comunas laguneras manifiestan una clase social que goza y se regocija en banquetes dúctiles, de acotado donaire y despabilados convites, donde la premisa es compartir alegremente, aunque sea entre ariscos. Con esa cadencia transmitida por la simbología del lago, expresamos que el exceso de alegría también nos acarrea sus nebulosas de confusa placidez sonámbula, sus encuentros arrítmicos y su raudal de señuelos atolondrados.

Fuego :: Trueno²

En Resistencia existe una insignia, áureo saludo que cubre tus ojos. Es entonces cuando el reflejo indemne desciende sobre todos y todo: el disco solar se revela cálido, encendiendo las sombras más ovilladas. El sol de Resistencia extiende auroras de naturaleza nítida, nimbos y verdores simples y calmos. Cada día despunta rayos de solaridad ilimitada, que humedecen los rincones angulosos de nuestras prendas. En días de verano los segundos rondan deshidratados, la desnudez cubre los barrios y las noches. Ardiente itinerario de preludios espontáneos, una ronda y su brindis pueden nacer en todo espacio y en todo tiempo.

El fuego lleva la imagen del sol y de lo adherente, de aquello que reúne a todas las criaturas por igual y hace que se perciban entre sí. Este lugar es prisma de mediodía, de milagros abrasadores, arrebujados en viento

2 El segundo par de trigramas estará dado por el fuego y el trueno. El fuego, y su trigrama radiante, trae consigo la dedicación y la pasión. Se le atribuyen caracteres de luminosidad, calor, claridad, brillo, comunicación, belleza. Simbólicamente se lo encontrará representando situaciones de encumbramiento, distinción, comunicación, apertura, cambio, obra ya consumada; y mal aspectado: de frustración, aislamiento y ocultamiento. Sin embargo, su presencia en un hexagrama generalmente conlleva una evocación favorable, luminosa. El trigrama del trueno nos acerca cualidades relativas al movimiento, a la actividad, entusiasmo, éxito, crecimiento. Sus atributos son la impetuosidad e impulsividad, la provocación, la exploración, la experimentación, la apertura de nuevos rumbos, el arrastre. Simbólicamente traduce situaciones de comando, liderazgo, impetuosidad, toma de riesgos, influencia y conducción vicarias, reemplazos, sustitución en el mando, abundancia, cambio operante, aumento o incremento.

norte. ¿Cómo sobrevivir y amar a este páramo de simiente solar incógnita y continua?

En la relación entre el agua y el fuego podemos dar nueva cuenta de cuando los habitantes originarios utilizaban ambos elementos para realizar sus cacerías. Éstas, a su vez, eran consumadas en época de sequía, de intenso calor, cuando los pastos estaban secos y de esa manera el fuego pudiera propagarse con facilidad. Ante la escasez de agua, los animales se acercaban a las lagunas, y esta antagonía, este contraste, era precisamente lo que organizaba el éxito de la cacería.

Observando más allá del fuego, podemos encaramarnos hacia sus asociaciones con el rayo, con la serpiente, y la relación de la tierra y el fuego a través del rayo, que se establece al afrontar el miedo a la naturaleza corporeizado, percibido en la figura del reptil, asociando todo esto al rayo. Los dos representando nuevamente el peligro, por similitudes morfológicas, también pueden darnos algunas pistas que nos conduzcan a ciertas conclusiones sobre nuestro vivir en Resistencia.

Los cables de la luz, la energía eléctrica que pasa por ahí, el rayo canalizado artificialmente a través de ellos. La energía dominada, pero siguiendo a Barbour, sólo la energía material que el hombre burgués se propone dominar como materialista, como dominador de la naturaleza, pero sin dominar la fuerza espiritual que subyace en el rayo. Estos terrores han sido aparentemente dominados, este burgués cree que ha podido manejar sus miedos a través de estos métodos ineficaces, pero el pavor real sigue yaciendo por debajo. Si podemos manejar la serpiente o el rayo podemos manejar las energías, porque ellos son formas de energías. Energéticamente la serpiente dibuja un 8, el ocho es la energía. Matemáticamente el ocho recostado es el símbolo del infinito. Pensemos entonces cómo estos elementos funcionan entre nosotros, en nuestra ciudad.

Otro de los estados permanentes de Resistencia es el de crisis energética. Nuestro sistema energético no da abasto, colapsa en días de excesivo calor o de tormentas ingobernables. De esto también estamos hechos. Y si de energía calórica nos habla el fuego, tenemos que decir que vivimos con temperaturas de 40 grados, en aumento en estos últimos veranos, y sensaciones térmicas mayores. Tenemos fuego en las calles y nos refugiamos en las habitaciones con aire acondicionado. El calor y la electricidad son una parte esencial de nuestra vida. El simbolismo del fuego acaba por quemar literalmente a los aparatos eléctricos cuando se produce una demanda desmesurada, cuando se pierde el supuesto dominio.

El fuego es lo adherente. El fuego para existir necesita un combustible. Aquí crecía abundantemente el combustible primordial: el quebracho. Madera que ardía en las canteras de los trenes y en los fogones nacionales, en forma de carbón. Por mantener su calor, por su llama resistente.

El fuego mantiene unido. Desde la cosmovisión china la llama y el combustible se necesitan el uno al otro. La llama para existir necesita de un combustible, y viceversa. Eso puede llevarnos a reflexionar acerca de una ligazón social que trasciende la división del trabajo pero la incluye. De qué manera nosotros nos vinculamos en ese orden de mutua dependencia o de interdependencia. O de propuesta de acción colectiva, de la que somos claros exponentes, y alcanzar a distinguir cómo se alimenta esa reciprocidad entre nosotros.

El fuego tiene que ver también con el brillo. Y con el calor. El perfil calórico del fuego es quizás el que más reconocemos, el que más percibimos, el que más nos moldea. Cada vez son más necesarios los aires acondicionados. El calor aumenta y también nuestras necesidades. Nos vamos haciendo dependientes, más sumisos al precio que la naturaleza nos reclama. Y, a su vez, la naturaleza está respondiendo a esa arrogante voluntad del hombre de dominarla. Hace más calor y somos más dependientes.

El fuego es el símbolo de la belleza. Aquí se nos aparece la sensación de que las cosas serían mejor, y distinta nuestra historia, si los planificadores de esta ciudad se hubieran amparado en una voluntad de belleza. Creemos que si hubiéramos buscado la belleza como valor determinante para convivir con el paisaje, para enaltecerlo, para mejorarlo, nuestro lugar hubiera sido hasta económicamente más rentable. Porque el agua hubiera tenido su cauce natural, las lagunas posiblemente hubieran subsistido y tal vez hubieran sido mejoradas, mientras que las especies que crecen aquí hubieran prosperado y aumentado.

Hagamos un mundo bello y después veamos cómo distribuimos la riqueza. ¿Suena loco? Bueno, eso es lo que traerá la riqueza. Las casas adaptadas a lo natural en la forma, prescindiendo de las propuestas arquitectónicas de catálogos académicos, seudoeuropeos. ¿Cómo sería una casa en este paisaje? Aquí subyace la necesidad de una propuesta que ante todo sea una alternativa forma orgánica de cultura, la cual también está arquétipicamente ligada con el fuego y su maestría. Aquí la cultura no es orgánica, esto es, integrada en una realidad conjugada entre lo natural y lo artificial. Aún no se considera la opción de que nosotros seamos quienes nos adaptemos al hábitat de Resistencia, respetando sus ciclos vitales sin alterarlos. Y también exigimos reformular aquellas tendencias que se ofrecen como recursos y soporte de un estilo de vida donde el confort y los valores mercantiles sean los índices a valorar.

Si hubiéramos tenido un criterio estético entonces hubiéramos tenido un criterio orgánico. Si aquí tenemos esta laguna, en vez de tapparla veamos qué podemos hacer con ella, cómo podemos embellecerla. Todo sería distinto. Hubiéramos tenido sin duda una arquitectura singular, y a nuestras casas conviviendo con el paisaje y adaptándose mutuamente, amándose

mutuamente, y estaríamos entonces ante la existencia de un paisaje. La gente conviviría con la belleza, la construiría, la viviría, la estaría produciendo. Y no se quitarían los árboles, como ocurre diariamente, para construir edificios o montar carteles, sin demostrar el menor respeto por nada.

El problema de Resistencia no es que le falte historia o le falte pasado, el problema es que estaba hecha para el futuro, y debieron haber pensado ese futuro desde un punto de vista más vanguardista. En el Chaco siempre prendió el vanguardismo, cuando lo hubo. El vanguardismo fue un momento también de occidente que abarcó las primeras tres décadas del siglo XX. La vanguardia desaparece cuando aparece el fascismo y quiere absorber el arte, ahí se termina el proyecto vanguardista y moderno. En ese momento en que estamos desguarnecidos de Estado, como territorio, ahí prende una llamita vanguardista. Cuando el Estado se organiza, con la forma en que se organiza, la vanguardia no se permite, por antonomasia. Ni con el fascismo ni con el populismo la vanguardia puede convivir. La vanguardia se termina cuando el Estado interviene. Achata y aplanan los perfiles de la vanguardia. Porque la vanguardia es crítica, es discusión, es poner en tela de juicio, es joder, es romper los esquemas y crear, y el Estado persigue todo lo contrario, si no no sería lo que es, un Estado. Por lo tanto es una contradicción total que el Estado asuma el proyecto de la vanguardia, no puede hacerlo nunca. Su razón de ser no es esa.

Hay una especie de organicidad con lo inmediato. Somos orgánicos para zafar. Nada dura, pero no importa, mientras se sigan cortando las cintas de inauguración. Y así vamos sumando una mediocridad y otra mediocridad y otra. Para eso sí somos orgánicos, nos acomodamos rápido. Al pensar en lo orgánico pensamos a una voluntad que tenga en cuenta lo que sigue, los tiempos venideros, cómo vivirán nuestros nietos, en qué calle, cómo serán los árboles. Como si la falta original de esta tierra fuera el amor. Al parecer nadie vino enamorado de este lugar, nadie vino amando este lugar, y nadie vino pensando en quedarse aquí. Muchos vinieron a hacer su América para después irse, y no se fueron. Se quedaron. Y entonces hubo que aprender a amarla. Y no sabemos si lo estamos logrando. Si sentimos amor por ella. La gente vive pensando en irse a otro lado. Nuestro horizonte no está aquí. Vivimos como si la vida estuviera en otra parte. Y esperamos obtener algo de la vida pero que sea en otra parte. Vivimos acá porque no nos queda otra. No tenemos ese afecto al lugar, para descansar vamos a otra parte, porque aquí no encontramos ni la belleza, ni el amor, acá zafamos.

Esta es la ciudad que tenemos adelante. Amémosla, construyámosla, hagámosla, porque esta es la vida para nosotros, para nuestros hijos y nietos. Miremos lo que tenemos, lo que somos. Acá se está jugando nuestra vida, y si no entendemos esto, no entendemos nada. Y eso ha pasado, no entendimos nada, o apenas, hasta ahora.

El Trueno arremete. Moviliza, como el primer hijo. En su repetición surge la conmoción. El trueno es la fuerza eléctrica. Los rayos y centellas, que aquí amedrentan y alucinan. En cada tormenta de Resistencia la luz y el sonido se apoderan del cielo. Como las alarmas de circuitos que se cortan o alternan, en los automóviles inmóviles y cerrados como puños, hasta que amaine.

Por encima nos irradian sinuosos movimiento de culebras, purgando las conciencias a pesar de tantas kundalinis en crónico dormir. Esas serpientes están en las grietas del pavimento, quebrando la regular marcha del conductor distraído. Esos lindes ofídicos habitan en las grietas rotundas que nos propicia el azar en las casas más vetustas y vaporosas, en la persistencia de ciertas enredaderas que asfixian los árboles y muros. En la amenaza de las cloacas y su serpenteo rebosado, oprobio para el cual nuestra vigilia abre un exiguo paraguas de indiferencia.

Ondas zigzagueantes nos irrumpen cada tanto. Como los meandros y curvas del Río Negro, y su serpiente de agua marrón y dulce, y salerosa. Como cuando un terremoto lejano resquebrajó las paredes de Casa de Gobierno. Como el mural de Petorutti en el Fogón de los Arrieros. El mural se llama “Empuje” y nos cede una herencia futurista, de líneas quebradas en aristas celestes, azules, blancos, verdosos, puntiagudos, aguijonados como las espinas del monte a la defensiva. Vivir aquí es reconocer el atavismo en lo cotidiano, seguir con sigilo y labia a la ciudad y su superficie solana, de jirones agudos. Saber consolar a las lagunas y sus aparecidos en las grietas de las casas. Si el trueno y el rayo hablan de la presencia de Dios, ¿hay alguien que entienda lo que dice?

Montaña :: Madera³

La vida contemplativa religiosa, la vida contemplativa del artista, la vida contemplativa del espectador. La vida contemplativa de las personas cuando reflexionan sobre sus cosas. La quietud, el aplacamiento. Estos

3 El tercer par de trigramas extiende sus trayectos entre la montaña y la madera. La montaña es el símbolo de la inmovilidad, unido al sentarse y a la meditación. Significa reflexión, detenerse o protegerse contra el peligro de la invasión, contra los obstáculos que impiden nuestro avance. Se le atribuyen cualidades de humildad y prudencia, inercia, estabilidad y sometimiento al control. Simbólicamente traduce situaciones de quietamiento, restricción o limitación. A la madera, también tomada como viento en el *I Ching*, se le atribuyen caracteres de sumisión y sabiduría, reserva, inercia. Simbólicamente, y en un sentido positivo, indica permanencia, conservación, flexibilidad, apacibilidad, perseverancia, arraigo, suavidad. En sentido negativo indica disimulo, ligereza y volubilidad, inconsecuencia, desarraigo, dispersión. Es la fuerza gentil que penetra en todas partes, pero que puede también ser causa de desesperación. Algunas veces es inestable y puede desperdiciar su propia energía.

elementos pueden asociarse a la montaña, que casualmente en esta llanura no existe en su forma geológica, aunque lo aplacado y apagado sea una manera de experimentar una siesta o una noche de fin de feriado largo. Esta vocación por lo extinguido que tenemos, por lo que en una tarde de primavera o verano ablanda sincrónicamente toda Resistencia, y nos coloca en un bienestar inmune. En un instante, cúmulo de limitaciones, en el que intuimos una existencia ilimitada. Esas tardes traen consigo una iluminación de ciénaga, prodigiosa de ver en lugares como el Domo del Centenario, el Aeropuerto, o cualquier plaza de la ciudad.

Desde el punto de vista del taoísmo, nada es permanente, hay movimiento constante pero, paradójicamente, éste está polarizado por la quietud. Si hay movimiento hay quietud, y si hay quietud hay movimiento. Ahora, cuando nos detenemos y fijamos la lente sobre la quietud, y lo que ella implica, nos encontramos con la pregunta: ¿está debidamente compensado el movimiento que percibimos en esta ciudad?

Desde la relación entre quietud y actividad, encontramos que hay una actividad exagerada, que se percibe a través del tráfico de la ciudad: el tránsito aturdido de las motos, la gente que sale a correr por la Av. Sarmiento. Son todas actividades, no acciones. La actividad consiste en mantenerse en movimiento sin saber muy bien para qué. Si se tratara de una acción, si fuéramos realmente activos, los proyectos productivos, creativos, sociales, hubieran alcanzado un fuerte impacto y desarrollo. Sin embargo lo que observamos que tenemos es un estado de cosas que se conservan. Hay una propensión a mantener el estado de cosas tal como viene, sosteniéndolo, conservándolo. Si anda todavía, metéle nomás.

En esta ciudad otra de las manifestaciones del aquietamiento es la siesta. Sin embargo, esta quietud no es productiva, ni espiritualmente, ni materialmente. Tal vez los niños son los más agraciados de ese momento en que la ciudad se inmoviliza y ellos salen a jugar. Con condiciones, ciertamente: no se puede hacer mucho barullo. Hay que cabezudear con lo que hay. Y lo que falta, a imaginarlo. En el momento solaz de la siesta se vislumbran mundos posibles.

A la hora de la siesta se intima con el entorno, se juega con los árboles, con el patio, se inician lecturas y lectores. Brota el ocio creativo, a pesar del ocio consumidor con el que la tecnología también se introduce y tienta. Es fructífera la siesta para los niños, de todas las edades. La siesta favorece a la niñez. El resto descansa de su nulidad, un rato, para luego despertar y proseguir con la misma abolición. Ése es un descanso forzado, el clima lo impone y ejecuta. El calor de Resistencia puede resultar una intensa experiencia de restricción, física incluso.

Otro estado de lo quieto es lo estático, lo congelado, lo concreto. Ciudad socia de cierta catatonía, aquí no se muestra demasiada acción. Hay

también una quietud que es restauradora, para poder continuar con pasos prudentes, o cautelosos, de baja presión.

Hay un elemento en nuestra ciudad que está aquietado, con voluntad de aquietamiento desde el principio, porque nos inspira solidez y satisface nuestro deseo de permanencia. Las esculturas. Emplazadas, fijas, estáticamente dispuestas para su perenne contemplación. Sin embargo ellas parecen más bien consumir un rol fuertemente simbólico, muy por sobre su entidad como objetos estéticos, siendo percibidas como íconos que refuerzan una identidad con la ciudad, y el desarrollo y reproducción de diversos vínculos sociales.

Como intuición de una elite deseosa de que aquí hubiera algo en lugar de nada, el proyecto es válido. Sin embargo aún no ha permeado en el sentido de una reflexión sobre el resto de la sociedad. Es muy poca la gente que sabe los nombres de los árboles, asimismo como parte del paisaje instalado de nuestra ciudad es todavía menor la cantidad de personas que conoce los nombres de las esculturas. O que se detenga a contemplarlas, a indagar, a investigar sobre sus sentidos.

La mayoría de las esculturas pertenecen a escultores que vinieron de otros lugares. Todas ellas son producto de algún pensamiento, sobre algo, expresado desde la escultura, pero que nosotros livianamente ignoramos. Entonces, hasta aquí, tenemos reflexiones foráneas potenciales, congeladas, detenidas, a veces ignoradas, esparcidas por las veredas y bulevares. Allí hay una fuente de saber potencial que aún no ha sido aprovechada, en cuanto a la investigación y propagación de su sentido, a lo que nos dice cada escultura desde el espacio, desde el entorno en donde se encuentra detenida. Necesitamos rebasar el lenguaje de las formas, recuperar el móvil, el motivo de estas esculturas. No conformarnos con percibir las como lindas, bellas o feas, sino preguntarnos qué es esto, qué me está diciendo esta piedra, este mármol, esta madera, este bronce. Por otra parte creemos que se podría hacer una semiología de la ciudad tomando las esculturas y los lugares en donde están emplazadas, en este museo abierto al aire libre. Colocadas por un curador tan intrépido como irreflexivo: el azar. Deleuze nos susurra por lo bajo, fumando en un sillón: “La danza trasmuta lo pesado en ligero, la risa trasmuta los sufrimientos en alegría, el juego de lanzar los dados trasmuta lo bajo en alto.”

Recordando una frase formulada por Nietzsche: “Cada piedra tiene su imagen”, pensamos que cada imagen de piedra que hay en Resistencia guarda imágenes distintas para cada habitante de la ciudad. Y así como hay que descubrir la imagen que hay en cada piedra en el sentido en que lo dice Nietzsche, también es posible hacernos cargo del patrimonio cultural que tenemos. Hacernos cargo de la imagen que tenemos.

Los habitantes de Resistencia serían buenos receptores de una información que les comunicara los sentidos que tienen las esculturas. La gente

es receptiva a la creación de algo estático. Esa receptividad no ha sido valorada ni tenida en cuenta hasta el momento; no obstante, la Bienal de Esculturas es tomada como una gran oportunidad de mercado y feria. La gente acude en familia, con termos, silletas, niños, perros. Va a ese lugar “porque pasa algo”. Cabría preguntarnos por qué van, qué se capta de esa experiencia que nos reúne cada dos años, y por qué volvemos a ir con la insensibilidad de una polilla frente a la luz.

Podemos ver otro perfil de lo quieto, que no es tal, en nuestros árboles, y comenzar a descubrir al otro trigrama de este par: la madera. Nuestros árboles, a pesar de estar fijados en el suelo, no están quietos. Los mueve el viento, se mueve su savia, los mueve el tiempo, en el sentido de su crecimiento, cuando están vivos y todavía no fueron amenazados por una vereda nueva o una vidriera cobarde por lo que sustenta. Ellos nunca están quietos y sin embargo no se mueven. Y también podríamos pensar que es un elemento resistido, porque a los árboles, los más originarios seres arraigados aquí, se los ha cortado, talado, sus bosques han sido sustituidos. Esa memoria del árbol ha sido cegada. Su permanencia y conservación depende de la perseverancia en acciones humanas que reconozcan su rol primordial y vital. Estas acciones se realizan desde las esferas más esenciales, a través del estrecho vínculo que creamos con los árboles en nuestra infancia, hasta las esferas más sociales, a través de reclamos y pedidos cabales de resoluciones políticas que garanticen, al menos, el respeto por el hábitat que nos ampara.

El Cebil, el Lapacho, el Timbó, el Ambaí, el Chivato, y otras especies, extienden su sombra redentora. Son genuinos anfiteatros de chicharras en los veranos, palcos perennes de pitogüés y su canto que grita. Los árboles se escuchan, y lo que suena no siempre está a la vista. Lo invisible reverbera en Resistencia en lo que el viento trasmite. Pájaros, murciélagos, perros, gatos; y alarmas, estruendos, sirenas, bocinas. Los vientos suenan en Resistencia, discurren música en el effluvio de las esperas prosaicas de nuestros días. Y es el viento norte el más asiduo, hondo mandala marrón amodorrado. Viento disonante e irritador, provocador de lapsos de letargo incandescente, al que los heladeros barriales desafían, alucinados y fervidos, ofreciendo un helado de antídoto.

Tierra :: Cielo⁴

En este sitio la tierra es llana. Una ciudad de llanura, inicialmente igualitaria, de casas chatas. Una planicie en la que nadie sobresale. Y con el correr del tiempo, hace muy poco evidenciando un incremento notable, la elevación del hábitat residencial mediante la construcción de torres o complejos habitacionales. Y una tendencia a ir juntándose a vivir en espacios estrechos.

La competencia, esto es, el medirse con los otros, lejos de caracterizarse por la suntuosidad de las casas, que mucho nunca lo hubo, ahora se está dando por la calidad o particularidades de estos edificios. Terrazas compartidas, con piscinas y livings, con pisos de madera y grandes espacios vidriados, con hogares en la azotea. Entonces, sigue habiendo tierra, sigue habiendo campos alrededor, pero la tendencia está en evitar la relación con la tierra. Tenemos muchísimas casas con un ínfimo patio, la mayor parte alquiladas. Somos absortos inquilinos y este desarraigo va matizando nuestra manera de relacionarnos con nuestra tierra.

Vamos hacia la fatalidad de tener una maceta en un balcón, o un simbólico parterre considerado un lujo. El metro cuadrado surge como una ostentación. Y, como un indicador pulsado por lo económico, las familias pudientes reservan su espacio de conexión con la tierra en terrenos o casas de fin de semana ubicadas en la periferia, en otro lugar que no es la ciudad. En otra tierra.

Posiblemente el nomadismo que practicaban los originarios pobladores de este suelo sea la manera más inmediata de explicar este desarraigo. Porque al ser asentamientos que se procuraban en el aire, el afincamiento y conexión con la tierra y con lo que ella implica no se produce. Y es

4 El cuarto y último par de trigramas cierra este conjunto de memorias iridiscentes, en un abrazo entre tierra y cielo. El trígama que corresponde a la tierra representa genéricamente lo femenino, y por ende se vincula con la idea de fidelidad, seguimiento, amoldamiento, protección, fecundidad, compasión, afectividad. Simbólicamente puede representar, según la estructura general del hexagrama, situaciones de amoldamiento a las circunstancias, espera, secundamiento, gestación; o bien oscurecimiento, deterioro, disgregación. Es el lado maternal del vacío creador.

Tal como la tierra genera, nutre, y reconstituye, también disgrega y descompone. Ella es el inicio, el origen y la renuncia, la entrega. Es receptiva y protectora. Simboliza la forma que entraña la tierra lista para ser fertilizada por el cielo. El trígama del cielo muestra el principio creador, representa genéricamente la masculinidad, y como tal se vincula con la fuerza, el poder, la voluntad, la agresividad. Simbólicamente puede representar, según la estructura general del hexagrama, la fuerza, la creatividad, la ascensión, la solidez, la majestad, o bien la rigidez, la pesadez, la tozudez o empecinamiento, la consolidación, la inamovilidad, el exceso.

claramente una forma de habitar en un no lugar, como lo es la forma en la que coexisten las plantas rizomáticas, de raíces aéreas y trasladables. Como el clavel del aire y sus raíces provisionalmente asociadas a una rama, a una cornisa, a un cable. Ello nos habla de que para sobrevivir en esta época, en esta ciudad, cual rizomas deleuzianos no debemos ser raigales, inmovilistas, quietistas, sino adaptarnos a y con lo que el viento traiga. Y el viento trae ideas, modas, modos de vida, y las hace transitar como efímeros, provisionarios, temporales, dispuestos a ser alterados o revisados. Otra expresión de Resistencia como páramo paradójico, es lo homogéneo y semejante de las casas, o al menos de la organización de los espacios que se perciben, a simple vista, como la consumación de un no lugar, por la recurrencia de formas que se perciben, o la realización de ese espíritu nómada, disponiendo los espacios según la calidad de lo efímero, para salir del paso.

Tenemos entonces una tierra de llanura, de la cual emergió al ras una ciudad regular. Donde para lograrlo se taparon la mayoría de lagunas que existían, con más tierra. Donde el recorte territorial, urbano y comercial, cubre ahora esa tierra con hormigón armado y baldosas. En esta tierra en la que se levantaban árboles, bosques de quebrachales, algarrobos, ahora crecen torres. Árboles o edificios, como estambres erguidos, levantados hacia el cielo.

La tierra sigue siendo pasiva, pasible de ser transformada a voluntad según hipotéticas necesidades inventadas. La significación, el sentido de esta tierra no es dado, hay que otorgárselo. A su vez, en esta ciudad la tierra es vivida como polvo, que invade y afecta, como alergia, a no poca gente. Aquí el viento puede plegarte una segunda piel terrosa y parda. Y hacemos un intento de refutar ese polvo, tal es así que el nivel socioeconómico puede medirse a través de la posibilidad de evitar ese polvo, en sus espacios internos, en sus automóviles, en sus veredas, en sus balcones. Por supuesto que es algo que no se manifiesta, más bien se supone como algo consensuado socialmente, prolongando esa negación de la atmósfera de esta tierra.

Así llegamos al otro trigramma que complementa este par: el cielo y su expresión en el vivir en Resistencia. Y de la tierra, desde abajo, nos vamos hacia arriba. Buscando lograr la asepsia, alcanzar el estatus, el confort. Un pretendido minimalismo, despojado, viviendo con lo esencial según tendencias de comodidad originadas por vanguardias multinacionales. Casi un estado de limbo virtual tan radiante como obediente. Y desencantado del estilo de vida local, de cumbia, cigarrillo paraguayo y una moto para quince.

El cielo queda lejos desde aquí. Hay pedacitos celestes, sólidos fragmentos planetarios que en alguna diáfana noche cayeron cerca de aquí, en un oxímoron llamado Campo del Cielo. Allí se han sembrado unos meteoritos y desde entonces las tribus peregrinan para cumplir un culto solar, porque creen, según el mito, que son pedazos de sol. Uno de ellos convive y resiste en el hall de entrada a la Facultad de Humanidades, ojalá alumbrando.

Estas líneas pueden ser puertas hacia esa Resistencia, parabólica y silente. Mientras tanto seguimos acercándonos al itinerario de tendales de patio y terrazas con una intimidad de ronda. Las pulsaciones solares nos crean vínculos salvajes y claros. Absorbemos la energía solar con la intensidad de un clan. Elegimos nacer en esta mácula solar del planeta. Nuestro calor es un multiverso. Ligados al sol de una manera intuitivamente feroz, cada una de nuestras extremidades se vuelve un amparo singular, y la percepción del espacio y tiempo parece milagrosa. Estas capacidades extraordinarias se incrementan notablemente durante el verano. Logramos levitar sin movernos con mucha facilidad y con una frecuencia tersa y continua. Los sucesos nos suceden y nos atraviesan con una levedad de resolana, y sin darnos cuenta ya hemos olvidado la mayor parte de todo. Y nada de todo ese ciclo y su efluvio supone una carga, más bien todo se desliza en intuiciones dilatadas o duplicadas, de las que repentinamente brota la risa. Seres solazados, hijos del recreo, infiltramos el ocio en cada vereda, en cada habitación o balcón terraza, en cada barrio o entre zanjas.

Esta es nuestra experiencia Resistero y sus calles portales. En ellas está la esencia de los símbolos que construyen, hasta hoy, una ciudad ordinaria y políticamente imaginada alguna vez, con esculturas implantadas en las calles, y un perro, criado y nutrido por la calle, que se llamaba Fernando y que toda la ciudad recuerda, cordial como un saludo. Calles en cuadrícula intimidad, mapas fácilmente visualizados y entendidos. En sus arácnidos y tiernos trayectos laten la gresca, la gramilla y el malcriado. Lo abismal no espera afuera, duerme una siesta y sueña con el ventilador prendido, si no está lloviendo. No hay como escuchar la respiración de las calles cuando amaina la lluvia. Esta ciudad ungida de calor limpia y refresca sus fachadas, y nacen colores verdescentes. Tornasolan cada pigmento.

Nuestro calor trae vértigo. Los árboles albergan pájaros de coraje. Todo asume una dimensión condensada, arrítmica. La noche revela doble faz: el apaciguarse y el bullir, a veces simultáneos. La siesta seca el aire. Las calles fulgurantes abren bocas hacia el sol, desmesuradas.

Resistencia es un nimbo dorado y su presencia múltiple. Todo lo que flourece bajo su sol muere y renace, para seguir con el sendero del día. Estos párrafos trataron de transitar nuestra ciudad y sus calidades, aquello que modela nuestra manera de ser resistencianos o resistentes. Que estos pares de fuerzas arquetípicas y lo que parieron en nuestros encuentros puedan ser acaso modestos intentos por confesar a esta ciudad nuestra falta de amor de la que adolece desde siempre. Que nos perdone y libere. Y nos amemos al fin.

Infinita gratitud.

Guido Moussa. Escritor. Abogado. Periodista de rock. DJ. Su relato "Tren a la muerte" formó parte de *Cuentos del Solar* del diario Norte. Fue distinguido en certámenes de la SADE - Chaco, de la biblioteca popular Jones Berwyn de Gayman, Chubut. Como columnista colaboró en el diario Primera Línea y en la revista cultural Cuna, donde destacaron sus crónicas periodísticas y sus relatos de ficción. Su *doppelgänger* literario es Alberto Litter, "un fachonazi clase media alta, muy bruto". En colaboración con el narrador Alfredo Germignani, escriben *Ladrón de cadáveres* y *Biografía apócrifa de Fernando Funes* (Notas desde el futuro).

Algo se prende fuego

Yo creí que iba a llorar. Es lo que se supone. La nenita tendrá seis o siete años, ojos rasgados, pelo lacio. Vestida como lo que se ve: una nenita. Es un callejón oscuro, en una noche oscura. El agua brota de las paredes, del piso. Flota en el aire. Caliente. Trabajadores vestidos de blanco entran y salen por puertas que son sólo puertas sin aberturas. Adentro no se ve: desde la oscuridad la luz blanca rabiosa, de carnicería, encandila. Parecen carniceros o repositorios de verdulería de mercado central. No parecen humanos; parecen trabajadores carniceros, baldíos de sentimientos, de emociones. Invisibles a la compasión. Entran. Salen. La nenita camina perdida, llorando en silencio. Erra, no camina. Zigzaguea. No hay veredas; no se distingue el final de la vereda y el principio de la calle, pero pasan autos viejos, motos con acoplado de carga y tres ruedas, utilitarios, viejas furgonetas, todos conducidos por trabajadores. La nena zigzaguea y algo le llama la atención en uno de los negocios. Se da vuelta y mira una de esas puertas sin abertura y se detiene. Una Fiorino blanca (o el vehículo que en Japón o Corea o China o Taiwán haga las veces de Fiorino) le pega con el espejo retrovisor directo en la cabeza y la nena se cae al piso. Se retuerce, pero está bien, es sólo el golpe. Los trabajadores siguen entrando y saliendo, cargando animales muertos y despellejados y decapitados, mancos y paralíticos. Otra Fiorino, minutos después, como si la nena no estuviera ahí —y juro que está ahí y pueden verla todos—, le pasa por arriba de las piernas. Piernitas. Nadie escucha el horrible sonido que hacen los huesos crujiendo: ahora la nenita se retuerce más. Agita los bracitos y se sacude como una babosa a la que un puñado de sal gruesa le está quemando el lomo. Así se retuerce la nena. Pasan incontables minutos y los trabajadores, que siguen entrando y saliendo y alguno que otro que, se ve, anda al pedo, caminando por ese callejón sin sentido, pasan al lado de la nenita y la esquivan. Ni siquiera bajan la vista: la visión radar les alcanza para esquivarla, como se esquivo la caca de perro sin bajar la mirada. Esto es Alicia en el País de las Maravillas. Minutos después una de esas motitos que tienen caja de carga y tres ruedas pasa raudamente por encima del torso de la nenita. Como un lomo de burro; un micro lomo. Porque no cruza, como un lomo común, todo el ancho de la calzada. Pasará mucha más gente caminando, todas esquivando a la nenita que cada vez se retuerce menos o lo hace con mayor lentitud. Otra Fiorino le pasará por arriba a la nena. Transcurrirán cuarenta minutos hasta que alguien —que no vemos, que

tenemos que imaginar— dé aviso a una ambulancia, y en total algo más de cincuenta y cinco minutos hasta que la ambulancia llegue para darle los primeros auxilios y —acaso esto sea lo más sorprendente de la historia— se lleve a la nenita al hospital de Japón, China o Corea o Taiwán —qué mierda sé yo—, CONVIDA. Sí, todavía CONVIDA.

Pasará cuatro días agonizando. La nena, de seis años —ahora lo sabemos a ciencia cierta—, se había perdido de sus padres y deambulaba extrañada en aquel callejón. La pasaron por arriba tres furgonetas y una moto. La esquivaron cientos de personas. No la miró nadie. Y encima tendrá que soportar cuatro días de agonía para, finalmente, morir. No sin antes ser amplia, generosamente, fotografiada por los periódicos de todo el mundo —de papel y digital— postrada en su cama de hospital de China, Corea, Taiwán o Japón, completamente entubada, cableada, enchufada a no sé cuántos aparatos que se mueven rítmica, mecánicamente, y a pantallas que, en definitiva, indican si uno está vivo o muerto, todos esos aparatos con que ellos, en caso de que uno esté muerto, te mantienen vivo.

La nenita se murió. Me parece que no pasó nada. Se habló del tema durante algunos días, todos dijeron sentirse preocupados y consternados por la indiferencia de los que pasaban por ahí, y pim, pum, pam, fush fush. Frrrrrrr. Y listo: no se habló más.

Apago la tele. No sé si me siento mejor o peor o bien o mal. Salgo de casa (Mitre y Santa Fe). Necesito caminar, necesito salir, necesito no estar acá, necesito no ser yo, necesito dejar de necesitar. Aire y olvido. Necesito eso. Bajo cien metros y en Sarmiento doblo a la derecha. Sesenta metros adelante, me paro justo al lado de la mancha de sangre que quedó en la vereda del edificio cuando se tiró una chica desde no sé qué piso y, lógicamente, reventó, segundos después de que yo pasara por ahí. Fue una mañana. El ruido fue terrible; pensé que el 5 había chocado en la esquina. Pero no: fue el ruido, ruidazo, del cuerpo pegando contra las baldosas. Lo que explotó fue la cabeza; el resto del cuerpo no quedó tan mal. Un montón de gente filmó y sacó fotos hasta que taparon el cuerpo con un plástico azul y establecieron un perímetro de seguridad para que nadie se acercara demasiado. Miro hacia arriba y atisbo el caos: flota en el aire, como la humedad en aquel callejón oscuro de China, Japón, Corea o Taiwán. El horror, en cambio, baja; el horror no flota: baja y aplasta.

Cruzo un cuarto de la Plaza 25 de Mayo en diagonal, en cortada, y a la altura del Zan-En cruzo la calle y camino en dirección a Güemes e Yrigoyen. Empiezo a recordar. El piso estaba suturado. Cosido con cables negros, naranja sobre naranja, uniendo la línea de puntos. Todo anaranjado-Aída,

anaranjado–Ayala. Ayala, una mujer anaranjada, acaso radioactiva. Y llovían pedazos de papel quemado, pedazos de sillas y sillones quemados, pedazos de computadoras quemadas, pedazos de muebles quemados, alfombras quemadas, paredes quemadas, libros (acaso libros también) y un montón de no sé qué más: todo quemado. Y nosotros mirábamos para arriba y allí no había nada, pero veíamos esas grandes lenguas de fuego agitándose rabiosamente libres a través de los agujeros de las ventanas. Y me miraste y me dijiste que te gustaban los incendios, que te parecían un espectáculo soberbio y que si lo que ardía era un banco, entonces mucho mejor. Y me dijiste que esa noche, la noche del incendio, querías coger.

Eso fue un 28 de mayo. Debió ser mayo de 2012, el año que se suponía iba a terminar el mundo (para mí casi se termina, de verdad). El día después aún se desconocían las causas que habrían generado el incendio en el quinto piso del edificio central del Nuevo Banco del Chaco, sito en la intersección de Yrigoyen y Güemes. Aparentemente, un cortocircuito en el edificio contiguo, donde funciona (¿funcionaba?) la Cámara de Diputados.

Me dijiste que si el banco estaba en llamas y yo podía lograr mostrártelo, entonces podría cogerte como un animal, como siempre había querido, siempre había imaginado cogerte. Me lo dijiste por teléfono y me incendiaste el marote —porque no podría decir: “la cabeza”, no sería creíble. La cabeza no te la quema una mina; una mina te quema el mate, te lima el marote—. Pero no puedo mostrarte el incendio: no puedo mostrarte cómo se derrumba el edificio del Banco, el polvo, el espanto y la gloria. Simplemente no puedo. *Según indicaron efectivos policiales el fuego se inició alrededor de las 21.30 (en las oficinas de Dumrauf y Acosta).* “Espero que hayan muerto muchos”, es lo último que te escucho decir antes de cortar. No, los diarios dicen —dirán mañana— que no le pasó nada a nadie (*salvo una persona que sufrió principio de asfixia*). ¿Vos sufrís la falta de muertos, no? Te acordás esa vez, ese día que te dije: “Soltá el dolor, no seas pelotuda: soltalo”).

Leí por ahí que *un empleado del banco manifestó que, durante la mañana, el quinto piso ya se encontraba sin electricidad*. Necesitaron tres dotaciones de Bomberos de la Policía Metropolitana, otra de Barranqueras y dos ambulancias para controlar el fuego. Y pudo haber empezado ahí mi amor, pero yo sé, mi amor, que el fuego empezó con el demonio atado a una silla en mi cabeza. Aunque yo, yo no quería muertos. Y todo ardió minutos después de que todos salieran de allí. Y se acercaron los tipos del Banco, tipos idiotas, tipos bigotudos, tipos de mierda, tipos de todo tipo, que se llevaron tu plata y se la dieron a sus amigos, aunque no sé, porque de eso no hablamos entre nosotros, y se acercaron los tipos del Banco, decía, creyendo que era el Banco lo que ardía.

Un montón de gente se apilaba abajo para ver subir el fuego —el fuego sube, sube, sube— y ver caer cosas —las cosas, todo lo que no sea fuego, caen, caen, caen— entre los autos de la policía, entre los camiones

de bomberos y entre las ambulancias. Recuerdo haberte dicho: “Borrá esa sonrisa de tu cara”. Y que vos me dijiste no, que ¿por qué?, “¿por qué, si los incendios me gustan?”. Y yo: “porque alguien puede escucharte y puede caerle mal tu disfrute”. Se estaba quemando el Banco del Chaco. Se estaba quemando un pedazo de la Cámara de Diputados. Silencio. Y agregó: “Puede que haya muertos”. Y te cagaste de risa. Y yo también. Hoy ya no queda nada, pero miro hacia arriba y ahí están, frente a mí, las lenguas de fuego flameando desaforadas, felices. Y todo quemándose, derritiéndose, viniéndose abajo, tornándose primero pedazos de nada y después polvo y después nada, cien por ciento nada. Y el piso cosido, suturado de cables negros: debió ser la esquina del Banco Nación. Ahí, donde algunas mañanas una esculturita de bronce sostenía en sus manos alfombritas de plástico. Y al recordarlo, el gris se vuelve negro.

No queda nada. Y queda eso: no pude cogerte como un animal. No pude decirte que no, que yo no quería muertos. Hoy no queda nada, excepto lo que no hice. No sabía lo que sé ayer. Tal vez te moriste. O tal vez sólo te fuiste. Qué carajo voy a saber yo. No te vi más y listo.

Rodeo la Plaza 25 de Mayo. Es de noche. La gente coge en la plaza a la noche. Y yo no quiero pasar por ahí. Porque no quiero llegar rápido. Recuerdo eso; y recuerdo haber cruzado esa plaza un millón de veces. La recuerdo vieja, la recuerdo tapiada y la recuerdo nueva. Y vieja de nuevo. Recuerdo el monumento a La Loba. Gigantesco y estimulante de pequeño. Peligroso. Abandonado después. Solía pensar, ya crecido, que a nadie le interesaba la loba. Recuerdo la cabeza de Yrigoyen y recuerdo al general Obligado de cuerpo entero. Pero hoy bordeo la plaza, perdido. Está todo mal. O no. Soy una mierda. O no. Estoy acá y cae papel quemado del cielo y sólo dios sabe qué más cae —acaso sean pedazos de cuerpos vueltos polvo por el fuego— y da lo mismo si bien o mal, si bueno o mierda. Ella se llamaba Astrid. Astrid Lips. Y el incendio fue ayer. Astrid, hace un montón. De hecho: fue la primera.

Me gustan todas. Sobre todo cuando abren las piernas. Pero cuando se agachó Astrid, me gustaba ella.

Solía tener una pesadilla: me soñaba hoy, me soñaba el de ahora pero por alguna razón en aquel sueño no me había recibido. Pensaba en tantos años de ejercicio profesional sin título. Si se descubriera, el escándalo. Y tenía que rendir un último examen final. Y me parecía algo verdaderamente insuperable. Entonces, me despertaba. Sobrecogido, sobre todo sobre pasado, sobre pisado, sobre mojado. Y estaba de nuevo acá, en Resistencia. Como si nunca hubiese vivido algo más de seis 6 años en Rosario. Completamente ausente.

Enrique se me acerca y, susurrando, me dice: “Es todo mentira. No es verdad”. Lleva su uniforme y está parado en la esquina del Banco del

Chaco, justo debajo del cartel que informa la cotización de las monedas extranjeras. Dólar, Real, Euro. Anaranjadas. Las letras son anaranjadas. Todo se ha vuelto anaranjado. Incluso el atardecer. Pero ahora Enrique está en la esquina del Banco del Chaco, el Nuevo viejo Banco del Chaco, y lleva su uniforme de gala. Es policía. Eso dice el mito. Para mí, falso policía. Podía pegarte con su tonfa. De todos modos podía pegarte, podía romperte el auto si tenías uno. Nunca supe si era realmente peligroso. Asumo que no. Enrique Jesús Neme me brinda esa valiosa información (“Es toda mentira. No es verdad”) y, claro, debo pagar por ella. Pago con monedas y dejo atrás a Enrique o a Abel, como suelen decirle. Se queda parado en la ochava, con dos conos anaranjados, un silbato colgado y una linterna, anaranjada, claro. Abel se estaba muriendo; me lo contaron amigos que solían atenderlo cuando caía al Hospital aquejado nunca supe bien de qué. “Está hecho mierda. Pobre”. Eso es todo lo que sé. También sé que murió un 6 de agosto de 2011. Fue antes del incendio. Siempre creo que voy a verlo en los lugares en que solía encontrarlo. Acaso esté ahí y no sea yo el que cree verlo. Una vez, en un aeropuerto, en la sala de pre-embarque, en una de esas charlas casuales que se tiene con extraños en las salas de pre-embarque de los aeropuertos internacionales, alguien me dijo que conocía la historia de Abel, el falso policía. Me lo dijo, claro, porque yo me confesé chaqueño y resistenciano. Me preguntó cómo murió Abel. “Cayó del piso siete de Casa de Gobierno. Voló hacia abajo y destrozó el techo de un taxi. La explosión se escuchó varias cuadras a la redonda, aunque en el momento nadie adivinó que se trataba de Abel explotando. Pudo coadyuvar a la falta de adivinación el ruido del taxi destruyéndose. El taxista no murió porque Abel pegó del lado del acompañante. Pero se sabe que nunca pudo recuperarse del shock. El taxista. Abel tampoco. El susto le arruinó la vida. Al taxista. Y a Abel también. Quedó inmobilizado —el taxista; y Abel también—, en ese instante trágico, por el resto de su vida. Una vida, claro, muy triste”. Y el tipo me miró, sentado exactamente al lado mío, o sea, imposibilitado de huir sin incurrir en descortesía, me miró atónito y me dijo —en realidad no necesita decirlo, porque ya me lo está diciendo con su rictus facial— que no me cree nada de lo que conté, y entonces yo aprovecho su incredulidad para rematar de este modo mi fantástico relato: “Fernando, que parece de cascote, de cemento o mezcla, pero que en verdad es de bronce, lo vio todo. Único testigo. Duro, petrificado en la esquina de Casa de Gobierno con su mirada nórdica. Thrashera. Tremendo hijo de puta era Fernando. Yo lo conocí al padre. Se llamaba Fernando Ortiz”. Y ya no hablamos más, ni de Abel ni de Fernando ni de Aledo ni de nada. Eso también fue antes del incendio. El incendio no existía, no era posible.

Por mi cabeza dan vuelta monos. Monos insensibles. Y giran las ruedas y vuela en remolinos negros el maldito papel quemado (¡eso que pasa ahí

debió ser una resolución o un contrato de servicios!). Los monos, cuando sólo sienten la imposibilidad de sentir algo distinto a esa imposibilidad, son un camino irremontable. No hay marcha atrás. La Schutz Staffel montando Operación Ja-Ja.

Me gustaría poder decir: “En aquélla época, hijo, este edificio no estaba”, señalando la moderna sede de los Tribunales Federales, sobre calle Cangallo. Pero mis hijos no se sienten mis hijos y a mí eso no me importa. De alguna manera, no sé cómo, no nos conocemos. Entonces, al pasar por el edificio de los Tribunales Federales me nace cruzar la calle, avanzar unos metros, y escupir a la cara de don Hipólito Yrigoyen, que está ahí, semiblanco, semiabandonado, frente al viejo edificio del Correo, como una cumbia vieja y grasa que nadie quiere recordar si no está en pedo. Nadie me ve. A nadie le interesa el busto ese, colocado casi frente a la cabeza de Domingo Faustino Sarmiento. Cabeza de bronce, cabeza pesada. Y recuerdo al pibe que bailaba sobre la cabeza de Sarmiento, volcando su bandera —cerveza caliente en botella de plástico cortada al medio— sobre el rostro sarmientino. Y el pibe zapateaba sobre la jeta de Sarmiento y reía y reía y su sonrisa iluminaba todo. Yo lo denuncié; con mi teléfono llamo a no sé quién de la Municipalidad, llamo a ese No sé Quién de la Municipalidad y al ratito llega con su camioneta anaranjada y la felicidad se termina. Y yo digo —le digo a alguien que está conmigo en ese momento— “¿para qué carajo lo denunciarnos, no? Era tan lindo verlo zapatearle la cara a Sarmiento”. Es Avenida Sarmiento y Correo Argentino, y los funcionarios municipales, anaranjados, que son como Tiger Lillies sin autoconciencia, se agachan y tratan de levantar la cabeza de Sarmiento y no pueden porque es pesada y tienen que pedir ayuda a otros Tiger Lillies no-autoconcientes que no se han bajado de la camioneta porque el Manual de Funciones dice que no, que no tienen que bajarse y entonces no se bajan, porque nadie les paga por bajarse —*¡carajo, demasiado que estamos acá!*—. Y se escucha un grito aterrador; alguien grita: “¡Tienen ratas en el culo!”. Y sí, hijo, la ciudad se estaba viniendo abajo. No todos los días llueve papel quemado. No todos los días alguien sutura el piso. No todos los días tu compañera de inglés lee un cuento tuyo y se tira desde el techo de Casa de Gobierno y explota contra la tapa del pozo séptico. “¡Ratas en el culo! ¡Ratas en el culo!”. Una parejita, que miraba todo al lado mío, dice: “Mierda, qué tipo inteligente este Sarmiento: mirá nomás lo que pesa su cabeza...”. “Ojalá incendien el Correo Argentino y la Secretaría de Empleo y la oficina de la Comisión Nacional de Comunicaciones. Ojalá se quemé todo. Se derrumbe. Desaparezca. Y nosotros también”. Mientras, se llevan la cabeza de Sarmiento y al pasar por la recova del edificio del Correo Argentino, una puta me mira. Yo le deseo un incendio.

Se llama Mariana. Dice tener dieciocho. No creo que tenga más de quince. Tiene el pelo enrulado, negro. Yo cogí con muchas de estas putas. Gratis. Cuando te acercás, es hostil. Y ahí está, recostada contra la columna de la recova del edificio del Correo Argentino, esperando subir al auto de algún viejo asqueroso al que pueda chuparle la pija a cambio de unos pesos más que interesantes. “No salgo con pibes jóvenes”, me dice. Y yo le digo que no, que no soy joven, que soy un viejo de mierda —incluso le digo: “Cómo será que no puedo ni imaginar un hijo mío” —. Y no se lo digo, pero tengo ganas de agregar: “Un viejo tan de mierda que si pudiera te patearía la cabeza hasta acalambrarme”. Del pasado no queda nada. Nunca existió. Este lugar es siempre para siempre.

Existió Astrid Lips. Agachándose, dándome dos besos en la vereda de la casa de mis viejos. Astrid se agacha —algo que en ese momento no soy capaz de notar— y me da dos besos. La primera en mi catálogo. Colorada. Dos enormes tetas para mis pequeños ojos. Ojos de doce o trece años. Todas las tetas son más grandes a esa edad. O acaso hayan sido tetas gigantes nomás. Ayer y hoy.

Estoy a la vuelta de casa. Llego y duermo un par de horas después de todo lo que se incendió. Dos horas más tarde empieza a salir el sol. Amanece. Dormí poco y tengo que llegar temprano a Vélez Sarsfield 243. Firmar papeles. Buscar papeles firmados. Camino la avenida Paraguay y llego hasta Vélez Sarsfield. Mano derecha, viniendo desde la Sarmiento. No sé por qué pienso en calles, por qué carajo pienso como un taxista, como un remisero. Es feo y no suena bien.

La ciudad avanza a velocidad asesina. Extrañamente. Puede que sea la resaca. Puede que no. Puede que sólo se esté volviendo insoportable el asco, el sinsentido. Justo acá. Acá enfrente los mataron a Néstor Vivo y Amanda Encaje. El crimen perfecto. Fue un 8 de abril, 1992. *Uno de los crímenes que conmocionó a toda la comunidad chaqueña: (...) el doble homicidio de la Avenida Paraguay.* Dicen que fue a la siesta; Paraguay 787. A la noche sabíamos en casa (Vélez Sarsfield 243) que algo terrible había ocurrido. Antes, cuando chiquito, en pleno proceso de ablandamiento cerebral a cargo de nuestros generosos, bondadosos y desinteresados amigos, los salesianos del colegio Don Bosco, todavía me parecía terrible un doble crimen; ahora no: es una posibilidad más, sólo eso. Las crónicas cuentan que “en la siesta del 8 de abril de 1992, el ingeniero Néstor Vivo y Amanda Encaje se encontraron en la casa ubicada en avenida Paraguay

787 para inspeccionar las refacciones que se hacían en la vivienda en la que funcionarían las oficinas de Superceemento. Esa actividad culminó con el brutal asesinato a golpes”. Supimos, después claro, que en esa casa había vivido Vivo — *y vivo vos*, me susurra algo, o alguien— pero unos días antes de que se iniciaran las refacciones, había sido sorteado y había conseguido una vivienda FONAVI. “La felicidad era total: 25 días antes había nacido su hijo (...). El rompecabezas de la vida parecía, para él, estar completo. Justo cuando, sin embargo, se aproximaba el peor de los finales. En la inspección de los trabajos en Paraguay 787 se encontró con su secretaria, Amanda Encaje, que tenía la cabeza en otros menesteres. Ella debía sostener un hogar de tres hijos (...) y las incómodas cuotas de un Chevette que se había animado a comprar para reemplazar a su viejo vehículo. Por la tarde pensaba recorrer amistades ofreciendo sábanas, venta con la que mejoraba sus ingresos. A partir de allí, casi todo es misterio. La parte conocida de la historia se retoma recién a las tres de la tarde, cuando los albañiles, que regresaban a la obra, se encontraron con los cuerpos de Vivo y Encaje, maniatados y ensangrentados, ubicados en dos cuartos diferentes de la casa. Entre el misterio y las poquísimas certezas, un montón de cosas difíciles de explicar: los albañiles no avisaron de inmediato a la policía sobre el hallazgo sino que buscaron a un directivo de Superceemento para contarle que en la casa alquilada por la empresa había dos personas asesinadas. Lo encontraron jugando al golf. Él tampoco hizo lo que cualquier empleado normal hubiera hecho (llamar a la policía), sino que recién acudió a una comisaría después de comunicarse y encontrarse con su abogado. Los uniformados llegaron al lugar y al rato lo hizo el juez de turno, Carlos Alvarenga. Como si esto no fuera poco, no fuera suficiente para garantizar la absoluta inutilidad de toda investigación, en un hecho insólito, dicen las crónicas, los policías en lugar de bloquear el acceso de curiosos a la casa, lo único que hicieron fue ordenar el ingreso y salida de quienes querían alimentar su morbo observando las dantescas escenas dentro de la vivienda. Es decir, una contaminación total de la escena del crimen, que volvió prácticamente inútil el trabajo de los peritos en criminalística.

”Los vecinos de la Paraguay declararon no haber escuchado nada. Las familias de Vivo y Encaje pedían que se investigara la posibilidad de que el crimen estuviera vinculado con cuestiones internas de Superceemento, pero esa posibilidad se exploró poco y nada. En la empresa no querían hablar del tema. (...) Las hipótesis (...) sobraron: los equipos policiales encargados de las pesquisas cambiaban de tanto en tanto, y cada vez era comenzar casi desde cero. Los familiares debían responder las mismas preguntas, brindar los mismos datos, encontrarse con las mismas decepciones. Se llegó a suponer (...) que el asesinato del ingeniero y su secretario fue

un mensaje mafioso a terceros, en tiempos menemistas para que se pagaran compromisos vinculados al negocio de las concesiones viales por el sistema de peaje.

”Alvarenga se inhibió de manejar la causa y pasó a manos de (...) Zanazzo, que en 2007 decidió el archivo de las actuaciones. La frase que la mayoría de los chaqueños repitió tan pronto se supo del doble crimen, el nefasto ‘no va a pasar nada’, terminó siendo sentencia firme. El caso quedó impune”.

Creo que estoy pasado de rosca. Tiene que ser la merca. O la mezcla. O no sé. O demasiada impunidad. Demasiado ego. Demasiado yo. Demasiado todo. Demasiada resistencia. ¿Pero resistencia a qué? Me siento mal. Hace unas cuantas cuabras que me siento mal.

Hinco las rodillas en la tierra vidriosa de la cancha de fútbol de la gruta y abrazo mi estómago, me abrazo yo, para salvarme de mí, como si un abrazo mío pudiera salvarme de mí o de lo que se gestó dentro de mí. Hasta aquí llego. Lo que sigue es lo siguiente, según lo recuerdo: sentí dolor. Mucho, como nunca antes. Ahora me parece que no, que no era tanto, pero así somos: así nos olvidamos y así retomamos el sendero luminoso de la inmortalidad. Síntomas. Y dolor. Y nada más. Entonces viene uno, viene un tipo de blanco y me destapa la cabeza y mete una enorme cuchara ahí dentro, donde se supone que se cuece ese guiso que soy, y revuelve todo. Revuelve todo, no te dice por qué, no te dice para qué, pero revuelve todo y no hay nada para preguntar al respecto. No hay nada que puedas decir; sólo escuchar, mirar para todas partes buscando algo que no se puede encontrar. Y el tipo de blanco que revolvió todo lo que creías —estabas seguro— que eras, farfulla un montón de cosas que no entendés, cosas que son cucharitas que mete después de la gran cuchara, y con todo eso pareciera estar preparando un cóctel que desplaza al dolor con algo peor. No dura mucho porque el dolor es tenaz y es práctico y rápidamente reclama lo que le pertenece. Y al dolor le pertenece todo: es pura praxis cuando logra meterse dentro tuyo. Lo podés planchar, pero eventualmente, se vuelve más fuerte que vos y tus amigos propoxifeno y nalbufina. Y todos los demás también. Es cuestión de tiempo. El dolor no es como Erasure. Erasure no sabe lo que es dolor —yo sí, por eso destruyo todo esto, no crean que es casual.

Alguien se acerca a la cama, mueve unos cables, abre, cierra, mira, acomoda y manipula cosas, asume un gesto de preocupación —cada rostro adusto, cada ceño fruncido frente a eso que me siento y me doy cuenta que soy en ese estado, en ese lugar, es una cuchara más revolviendo

el guiso horrible que, por ahora y durante quince minutos al principio, luego con intermitencias y finalmente en paralelo, coexistiendo con el dolor, ha desplazado al dolor, porque sí, claro, todo quedó abierto, todo al descubierto— que lo vuelve todo más importante y no puedo menos que preguntar si es que acaso pasa algo, si es que acaso puede pasar algo más, si es que a todo esto puede sumarse algún elemento incluso peor, si es que lo peor ya no ha llegado. Y el tipo abandona el gesto que tanto me mortifica, disminuye la frecuencia de goteo de propoxifeno y de la dipirona y me dice —desde arriba, que es desde donde te hablan todos cuando vos estás acostado—: “Hay gente que se vuelve adicto a esto. Es fácil volverse adicto a esto. A los adictos les hacemos una mezcla amarillenta de vitaminas y fisio —y no se qué más, no lo recuerdo— y les decimos que es propoxi; miran el goteo y se quedan tranquilos”. No me aporta un carajo, excepto sumarme un problema. Yo no quiero ser adicto a nada. Menos a esta mierda.

Entonces deciden —alguien siempre decide estas cosas— meterme diclofenac —en adelante y cariñosamente, como todo diminutivo, diclo— y parece que la alternancia da resultados porque al poco rato me duermo.

¿Han pasado horas? ¿Muchas horas? A duras penas casi una hora durmiendo —no sé cómo hago para confirmar esto—, que es lo mismo que un montón de nada, que es lo mismo que la puta madre que me re mil parió. Pero no estoy enojado. Es que simplemente no sé hacia dónde mirar, por dónde marcharme. Es que así, con la cabeza destapada, no puedo ir a ninguna parte. Cierro los ojos y me reduzco. Un poco más. Porque es posible. Siempre es posible. Quedo reducido a la máxima expresión de impotencia, de indefensión, de tristeza, de pequeñez: el llanto. Y así, vuelvo a dormirme mientras el diclo sigue goteando.

No sueño nada. No hay nada en sueños, no hay nada mientras duermo. Es off versus on y sólo eso mientras estoy acostado en el sector Pastilla 6 del Hospital Perrando. Aislamiento, enfermedades infectocontagiosas. Quieren pincharme la espalda y chequear mi líquido cefalorraquídeo. Me sacan barriles de sangre. Están buscando un virus que no van a encontrar. Saben que está ahí, pero no lo van a encontrar. Igual buscan. Es su obligación, supongo.

Hay una rutina. Una rutina según la cual a cada hora prenden las luces y si estoy durmiendo me despiertan para obtener información estadística acerca del funcionamiento de mi cuerpo. Mi cuerpo, que no lo he dicho aún y ya es tiempo de decirlo, ahora que sufre dolor es más mío

que nunca, muy mío, demasiado mío, algo que jamás había sospechado y que ahora me encuentro experimentado. Esa rutina, que en mi imposibilidad vuelta posible, es lo único que me distrae de la tristeza desesperada y del dolor, mientras intento deducirla de mis impuestos, reconstruirla con precisión en mi cabeza, esa rutina me da seguridad —porque sí, aun desahuciado por mi propia debilidad, todo el tiempo, en alguna parte, algo que no puedo identificar, permanece vivo, algo que no duda de que todo esto terminará y terminará bien, terminará con uno olvidado de todo el trance, porque así somos: olvidamos rápido— y me hace sentir bien; pero al mismo tiempo me destruye pedazo a pedazo, hora a hora, irrevocablemente. Y todo empeora a las seis o siete de la mañana cuando, al pie de la cama, tres o cuatro o cinco o más tipos de blanco, gris y verde, intercambiarán descripciones de toda índole acerca de lo mal que estoy —aunque nadie me confirme nada y sólo me revuelvan el guiso; nadie vuelve a ponerme la tapa de la cabeza en su lugar; y es que nadie puede hacerlo, según estoy aprendiendo.

El dolor vuelve rabioso, buscando venganza. Entonces lo atacan con dos ampollas de nalbufina, una intramuscular una intravenosa. Y el cuerpo se hunde y arrastra a la cabeza. La cabeza no puede resistir: la nalbufina la barre. Y se desliza al limbo, pero la cabeza, la mía, se desliza despierta, invencible, putamente invencible, hacia las profundidades del espeso conjuro con el que pretenden ganarme, con el que pretende apoderarse de mí la nalbufina, el propoxi, algo de ketorolac y el diclo, que andan dando vueltas dentro mío. Y yo quiero que cualquiera de esas cosas o todas juntas se apoderen de mí, porque —no voy a eludirlo más— sólo una palabra es exacta para explicar en qué condiciones ha entrado en mí la nubaína, y esa palabra no tiene nada de literaria ni de heroica, más bien es una mierda, pero una mierda también ineludible; esa palabra, que de tan exacta, de tan precisa es contundente e irreversible como una castración, esa palabra es: “Entregado”. Así es que el denso, el gomoso conjuro del diclofenac, el propoxifeno, el ketorolac y la nalbufina, llega a entrar y a recorrerme. Sólo así es posible: entregado.

Pero la cabeza es putamente invencible. No se entrega. Ya tendrá, dentro de unos días, oportunidad de dar nuevas y aun más poderosas muestras de ello. Yo, el martes por la noche, ni siquiera lo sospecho. El martes por la noche sólo hay dolor, sólo hay tristeza desesperada, sólo hay noche. Y ella. Y nada más.

Y putamente invencible como es, barranca abajo, despierta, mantiene el dolor a flote. Sólo el dolor. Todo lo demás se ha hundido. Todo lo

demás me ha abandonado. Todo lo demás navega por ríos subterráneos vacíos de todo y desbordados de negra imposibilidad vuelta real (los adjetivos flotan, como la caca, como los cuentos de Borges). Recubierto de un montón de nada, mi cuerpo deja de ser mio por un rato —acaso una hora, porque pareciera que en este lugar todo ocurriese de a horas, única medida de posibilidad vigente aquí—, excepto donde late el dolor, que no acepta hundirse bajo ningún concepto. Se reduce, se reagrupa en una fortaleza, en un pequeño rincón acorazado de mi abdomen y ya no se irradia a todas partes, pero late en su refugio con enorme convicción. Y dice al latir que sólo es cuestión de tiempo, que no hay caso, que volverá y recuperará todo el espacio que por ahora le han quitado la nalbufina, y todo lo demás. Se lo dice a la cabeza, que no puede hacerle decir a la lengua que las dos ampollas de nubaína no han funcionado, que sólo han eliminado la irradiación del dolor pero no el dolor. Hace rato que la cabeza grita en silencio. Hace rato que me acecha esa palabra hasta hoy indecible: entregado. Silenciosamente entregado. No a que todo salga mal, a que todo termine mal. No, sino entregado a que todo esto, que no está funcionando, finalmente funcione. De alguna manera, si tiene que ser milagrosa, que sea milagrosa y a-científica, no me importa, pero que de alguna manera todo esto deje de no funcionar y funcione de una vez.

Epílogo

Pasarán algunos meses. Retomaré mi vida normal. Nunca me voy a olvidar de mi near death experience; nunca voy a decirlo en castellano, porque es cursi, es new age. Pero no voy a olvidarla jamás. Y en el decurso de mis actividades voy a cruzarme con Pablo, justo al pie del monumento al General San Martín en la Plaza 25 de Mayo. Me invitará a participar de este proyecto, me explicará las reglas, las condiciones, que yo diré aceptar pero que no voy a respetar, como siempre hago. Y yo me voy a drogar para pensar en Resistencia. Y mientras pienso drogado en Resistencia, a doscientos metros o quizás menos, veré desde el balcón de mi casa unas enormes lenguas de fuego saliendo del edificio del Banco del Chaco. El incendio.

Y cuando lo pienso me doy cuenta de que hace rato estoy en llamas.

Bruno Martínez es periodista. Nació en 1984, en Resistencia. Cursó sus estudios superiores en la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional del Nordeste. Realizó colaboraciones para distintas publicaciones gráficas y digitales, entre las que se cuentan las revistas culturales Cuna y Chacú, la Agencia Noticias Argentinas y el libro de antología de relatos y crónicas *Chaque tu lengua*, editado por Cospel y Eloísa La Cartonera. Desde 2007 a 2010 formó parte de la redacción de El DIARIO de la Región. En 2011, ganó el Premio Periodístico Felix Roberto Wandelow que entrega el Sindicato de Prensa del Chaco. Escribe todos los días para el portal COCHACO DIA POR DIA.COM.

El hombre de la carpa

No hay sonrisas, globos, ni clima de fiesta.

En esta fotografía hay cuatro personas con gesto adusto. Desde el fondo, el piquetero Tito López, con la camisa arremangada, abre la boca como si cantara algo. A su derecha una mujer de cuarenta y largos, rotunda, lo acompaña. Más allá un joven mira lejos. La torta con dulce de leche está en el centro de la mesa. Sobre ella, un par de velitas encendidas. Atrás, se lee una pancarta con el nombre del cuarto integrante de la escena que ahora está en el centro de la imagen, vestido con la ropa de trabajo color camel de Secheep, la empresa de energía eléctrica estatal del Chaco. Mira fijo a la cámara, con una ligera sonrisa, casi imperceptible. La piel curtida de intemperie, la nariz filosa, la gorra marrón. Es el 12 de julio de 2012 y Miguel Benito Conde Olgado, el homenajead, conmemora los 12 años de la instalación de su búnker de protesta, La Carpa de Secheep, desde la cual reclama la devolución de su puesto trabajo, arrebatado en un trámite muy irregular.

La convocatoria fue escasa en comparación a años anteriores, me dirá después. Según él, ese día el gobierno organizó una fuerte agenda de inauguraciones de viviendas sociales, reuniones con sindicatos y movimientos sociales, con el único motivo de desinflarle el acto. “El año pasado llené la cuadra completa y también adentro de Secheep. Estaba lleno de gente. Te voy a mostrar las fotos. *La Voz del Chaco* tituló ‘Acto multitudinario del aniversario de Conde Olgado’. ¡Titulazo en la contratapa! Fenomenal”, recuerda.

Veinticuatro horas después de esa foto, el propio gobernador Jorge Capitanich hizo pública la propuesta que le había hecho en privado. Molesto por lo que consideró una serie de agravios por parte de Conde hacia su persona (no especificó cuáles) dijo que el gobierno ofreció devolverle su empleo a cambio de que desista de continuar con la demanda judicial millonaria que hasta ahora impulsa contra el Estado, donde reclama que se le abonen los 156 meses de salarios caídos, propuesta que el exoperario no aceptó.

“Me parece que es momento de aclarar una cuestión”, dice ahora el gobernador en conferencia de prensa, con el rictus tenso. “He puesto un equipo de abogados y expertos de nuestro gobierno precisamente para resolver el problema, pero él mantiene una posición de carácter irreducible. Una negociación entre partes implica también que cada una debe ceder y ajustarse a derecho”, enfatiza.

Asegura que todos los organismos consultados plantearon lo mismo: que la devolución de su puesto de trabajo debería ordenarse garantizando al Estado provincial la solución “integral y finiquito” de todas las cuestiones judiciales pendientes, “entre las que deberían desistirse, “en especial la Acción Autónoma de Nulidad —expediente 1170/08 en el Juzgado de Trabajo 1”, señala. “Los dictámenes de la Fiscalía de Estado y el Tribunal de Cuentas”, destaca Capitanich, “impiden al Poder Ejecutivo y a Secheep mantener cualquier tipo de negociación sin que el señor Conde Olgado desista de proseguir con las acciones judiciales contra el Estado provincial que derivarían en pérdidas millonarias”.

Antes de ser gobernador, en la campaña electoral de 2007, había prometido reincorporarlo. Esto, hasta hoy, no ocurrió.

El celular se ilumina en el bolsillo izquierdo de su camisa.

Está parado justo al lado de La Carpa. El cigarrillo con boquilla de plástico en sus labios le da cierto aire distinguido. Tiene la vestimenta oficial de Secheep: un camperón verde oliva, pantalón de grafa y zapatos de seguridad. Un Quijote post revolución industrial.

A Conde le llegó un mensaje de texto. Lo invitan a participar de una marcha en reclamo de justicia convocada tras la muerte de la maestra jardinera Silvia Fernández, quien falleció el 15 de agosto de 2012 luego de caer de su moto en un intento de asalto. Como siempre, como en todas las movilizaciones en las que le piden que esté, él estará.

En estos doce años desde que instaló su trinchera y trece desde que lo echaron, hizo una innumerable cantidad de presentaciones, protestas, marchas y reclamos. La mayoría, para otros. En una lo detuvieron por varias horas, sin motivo aparente. Las movidas vinculadas con su reclamo personal, con su reincorporación, fueron las menos. Entre ellas, hizo varias “matteadas de protesta” frente a la casa del exgobernador Ángel Rozas, realizó presentaciones ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT), ante el Instituto contra la Discriminación, el Racismo y la Xenofobia (Inadi) y hasta se inscribió para el Récord Guinness, para ser oficialmente considerado como la persona que más años lleva instalado en la calle reclamando la devolución de su puesto de trabajo.

Ahora vamos hacia la manifestación frente a Casa de Gobierno. Por la marcha, el tránsito es un caos. En el camino, Conde aprovecha para llamar a un contacto en Secheep. Sucede que hace tiempo se le complica pagar la luz, y cada tanto amenazan con cortársela y hasta sacarle el medidor. La empresa que lo echó ahora lo deja a oscuras. Habla con un operario, le pide que lo aguanten hasta el lunes. Dos cuadras después parece que llegó a un acuerdo.

Desde Güemes e Yrigoyen, frente al Nuevo Banco del Chaco, se ven algunas luces en el centro de la calle, como luciérnagas. Cerca de Casa de Gobierno, a una cuadra de donde estamos, marcha un grupo de unas doscientas personas. Varias llevan velas, algunas sostienen carteles, otras tienen remeras con rostros de familiares fallecidos en episodios de inseguridad. La palabra “Justicia” se repite en los cánticos. Gran parte de los que integran las columnas son maestra jardineras, con sus uniformes azules. Con los ojos llorosos pero entero, encabeza el grupo el marido de la víctima, Ricardo Fernández.

La cobertura que hace la prensa local es exigua. Justo cuando se enciende el reflector de una cámara de la televisión local, Conde aprovecha para sacar su pequeña camarita. Mientras filma, habla con los familiares de la mujer asesinada, con sus compañeras de trabajo, con maestras que vinieron a apoyar y con otras personas que fueron víctimas de la inseguridad.

“Quiero agradecer a todos los que están acá”, dice ahora el viudo de la docente. Es retacón, muy gringo. “A Silvia la acompañó buena gente y es la que estoy viendo en este momento que es tan duro para nosotros. Simplemente decirle gracias. Silvia desde el cielo estará viendo a toda la buena gente que estuvo a su lado. Gracias”, dice, mientras lo aplauden y abrazan.

En un momento dado aparece el contador José Luis Cabral, asiduo asistente a La Carpa de Secheep y uno de los más fervientes defensores de Conde y su lucha. Está vestido totalmente de negro. Es menudo y sus pobladas cejas negras contrastan con sus escasos cabellos blancos. Al igual que Conde, fue despojado injustamente de su trabajo como docente durante la última dictadura en el Chaco. Ahora es presidente del MOCOUT (Movimiento Cooperativo Unido por Trabajo) que dice nuclear a los carreros de Resistencia. Le pregunto si ahora trabajad de carrero. Me cuenta que no. Le pregunto si alguna vez se subió a un carro. Me reconoce que tampoco. Nada me queda muy en claro.

En este instante, Cabral se convierte en el productor de exteriores de Conde. El contador le indica al oído a quien entrevistar, quien es el entrevistado y cuál es su historia. Luego organiza a un grupo de seis maestras jardineras para que se coloquen junto a las rejas que rodean a la Casa de Gobierno y que ahora tienen varios listones negros con detalles violetas. La idea es que las registre.

Después me dirá que esta cobertura es una colaboración que hace para los periodistas Roberto Espinoza y Antonio Guinter, con quienes mantiene una relación de amistad. (En el programa de radio del primero —“Palabras Encontradas”— hace habituales apariciones a través de informales flashes de noticias donde realiza denuncias varias. A veces hasta pide “Placa Roja” y el operador ya sabe que tiene que poner la música

de Crónica TV. Con Guinter tiene una relación más estrecha y antigua: cuando La Carpa cumplió 12 años, el periodista le dedicó una emisión especial de “Péndulo” (que se emite por Canal 6, de Cablevisión) donde transmitió desde su búnker de protesta.

“La prensa si quiere Justicia, si quiere un buen Gobierno, es la que tiene la autoridad para hacerlo”, reflexiona. “Yo manejo mucho la estrategia. Por eso el que se va conmigo a alguna protesta quiero que me cuide la espalda. Yo les digo que tiene que tener prendida la cámara permanentemente. Es lo mejor que podés hacer. A todos los que vienen y se arriman andá grabándolos. Pasa algo y él ya sabe que está grabado. Te llega a meter un tiro, un cuchillazo, algo, el tipo sabe que está registrado. Y después los actos, los vocabularios, todo hay que tener grabado. La grabación no es para esgracharlo, sino para defensa. La prensa es la mejor defensa”.

Nació el 30 de julio de 1958, en el paraje Punta Riel, jurisdicción de la localidad chaqueña de Margarita Belén. Tiene cuatro hermanos: dos varones y dos mujeres. Su papá, Manuel Benito, se dedicaba a la siembra de algodón, tabaco y hacía algo, muy poco, de ganadería. Su mamá, Jacinta Fernández, era ama de casa. En tanto, sus abuelos paternos tenían un buen pasar como joyeros en un gran local en donde ahora funciona el Banco Hipotecario, en Juan B. Justo y Alberdi, en Resistencia.

La vida en el campo era dura, pero marchaba. El papá hacía las labores campestres, los chicos jugaban y la mamá los cuidaba. Hasta que un día todo se derrumbó. Manuel Benito, su papá, enfermó de gravedad. Pasaron los días y la situación no mejoraba. Hasta hoy ninguno de los hermanos tiene idea de qué le pasó realmente. Sospechan de un cáncer en la sangre. Dicen que se alimentaba mal. Falleció a los 34 años.

Pasó el tiempo y al dolor que sentía Jacinta por la pérdida del marido se sumaron los problemas económicos. Graves. En el medio del campo, con tantos hijos sin edad para trabajar, no tenía idea de cómo hacer para sobrevivir, hasta que una tía le dio un consejo: enviar a los chicos varones a un orfanato donde pudieran darles de comer y vestirlos y a sus hijas dejarlas al cuidado de su abuela materna. Sólo así podría trabajar de empleada doméstica cama adentro y algún día, cuando las cosas mejoren, contar con el dinero necesario para vivir bien, todos juntos, como antes.

Rodolfo, Horacio y Miguel, de tres, cinco y seis años, llegaron al Patronato de la Infancia, por San Lorenzo al 190, en Resistencia. Meses después, los trasladaron al IPAS (Instituto Provincial de Acción Social), en Marcelo T. de Alvear casi Wilde, y luego a una guardería para niños de calle Pellegrini al 700.

Su mamá los iba a ver periódicamente y hasta había fines de semana que los retiraba. Tiempo después, cuando los hermanos ya eran preadolescentes, Jacinta logró comprar una mejora en Echeverría al 1500 y volvieron a vivir juntos.

—¿Cómo fue el trato en el internado?

—Tengo una capacidad que es la de no recordar. No podés recordar esos tiempos. Si, recuerdo que yo no pensaba. Me adaptaba. Esperaba siempre el momento de ir a la escuela. Los tres éramos así. Yo no faltaba nunca a la escuela, tenía excelentes notas. Vivía jugando, corriendo, me divertía. Era la mejor manera de sobrellevar todo eso. ¿Sabés como me definió una celadora? Me dijo: “Vos parecías un tigre agazapado cuidando a tus hermanos”. Ahí se arman grupos, tribus, había jefes de grupos. La mejor manera de no meterte con la gente era no hablar. Yo no hablaba: jugaba, me reía, pero evitaba meterme en los conflictos. Creo que me respetaban.

A los 11 años empezó a trabajar en el campo de su tío. Llegó a cosechar algodón. Luego comenzó como cadete en una casa de viandas. El trabajo lo obligó a cambiarse al colegio nocturno. “¿Vos sabés lo que fue inscribirme a la noche? Uno es criatura y piensa: qué jodido. Igual yo no me resiento, nunca fui resentido porque lo tomé como una circunstancia, ni siquiera me daba cuenta”.

Además de haberse recibido de martillero público y de maestro, trabajó en un taller electromecánico, un lavadero de autos, fue mozo, seguridad de boliches, obrero de la textil Abraham, compró y vendió motos y hasta vendió publicidad para diario Norte y Canal 9. “Trabajo, trabajo, trabajo. Toda mi vida fue trabajar y trabajar. Gracias a Dios me adaptaba a todo. Por ahí me pregunto ¿qué pasó con mi vida?”.

Roberto Omar Zapata, abogado de Luz y Fuerza, fue quien impulsó en el año 2000 la primera demanda judicial reclamando que a Conde se le pague la indemnización por despido injustificado. Cuatro años después, la Justicia le dio la razón y ordenó a la empresa que le pague a su cliente \$37.157, más honorarios y costas. El fallo lo dictó la jueza del Trabajo N°2, Nora Fernández de Vecchietti en la causa caratulada “Conde Olga-do, Miguel Benito c/Servicios Energéticos del Chaco Empresa del Estado Provincial (Secheep) s/ Despido”, expediente 15825/2000.

En esa sentencia no se analizó si estuvo bien o mal efectuado el sumario con el cual lo despidieron, si lo persiguieron, o lo discriminaron, sino que simplemente se resolvió que, al momento de echarlo, aún tenía ocho meses más de fueros gremiales ya que si bien dejó de ser delegado un año

atrás, la legislación laboral mantiene dicha protección por 12 meses más. Para despedirlo legalmente, Secheep tendría que haberle iniciado, en primer lugar, una causa judicial para quitarle sus fueros y luego, con orden de un juez en mano, accionar.

Conde no quedó conforme con esta resolución y apeló para que se le abone un plus por daño moral. En 2007, los jueces Martha Rodríguez de Dib y Osvaldo Verón, de la Sala Segunda de la Cámara de Apelaciones del Trabajo, hicieron lugar a su demanda y ordenaron que se le pague \$22 mil más en la causa caratulada “Conde Olgado, Miguel Benito c/Servicios Energéticos del Chaco Empresa del Estado Provincial (Secheep) s/ Despido, etcétera”, expediente 74/2005”. Este fallo fue más allá de lo dictaminado en el juicio de primera instancia y demostró que el sumario que le realizó la empresa a Conde para justificar su despido fue totalmente parcial y arbitrario.

¿Con qué argumentos, entonces, Secheep lo despidió? De acuerdo a la sentencia, la patronal lo imputó de irregularidades consistentes en ilícitos para favorecer a terceros, al dividir el consumo de energía eléctrica sin autorización, omitiendo cargar dicho consumo en la cuenta del cliente, entre ellos un local de video póker. Esto, según los argumentos que dio la empresa, había ocasionado un daño patrimonial a Secheep. Con esta acusación, el Directorio, a través de la Resolución N° 5091, resolvió el 15 de abril de 1999 dar de baja a Conde acusándolo de “haber cometido una falta grave en el desempeño de sus funciones” y afirmando que “dicha conducta fue violatoria de los principios de confianza, lealtad y buena fe (...) tornando imposible la continuidad del vínculo laboral de trabajo; por pérdida de confianza”.

Los jueces Rodríguez de Dib y Osvaldo Verón pudieron comprobar que la división de consumo estaba autorizada y era de conocimiento de los funcionarios de línea debido al régimen caótico de la empresa en su funcionamiento interno, procedimiento que no estaba reglado y estaba vinculado, según los jueces, con las serias deficiencias administrativas de la empresa que emitía sobrefacturaciones o facturas con consumos cero.

Por otra parte, los magistrados hicieron mención a las actitudes persecutorias que los directivos de la empresa tenían con él por su condición de delegado gremial, obligándolo a cumplir, por ejemplo, mayores cargas laborales y responsabilidades de las que les correspondía. Precisamente, Saúl Medero, uno de los que fue echado y luego reincorporado, declaró que Secheep tenía “una persecución personal” contra Conde. “Le sacaron las cortinas de su sector y le hacían hacer trabajo en otro”, dijo en la causa.

La Secretaria Seccional del sindicato de Luz y Fuerza, Graciela Cusigh, en tanto, afirmó que Conde “era sometido a controles que no se hacían con el resto de los trabajadores y cumplía funciones de mayor

responsabilidad a la categoría que tenía”. Las mayores cargas laborales (remarcaron los magistrados) lo obligaron, tiempo atrás, a solicitar judicialmente su recategorización. Esto agudizó el pensamiento de los jueces en cuanto a la existencia de una persecución.

Ambos fallos, el de primera y segunda instancia, fueron victorias para Conde, pero no iban al quid de la cuestión. Buscando concretar la restitución de su puesto de trabajo, presentó a fines de 2005 una medida autosatisfactiva. Pero no tuvo la misma suerte. Fue rechazada “in límine” por la titular del Juzgado del Trabajo 1, Martha De la Vega, fallo que fue confirmado posteriormente por la Cámara de Apelaciones y luego por el Superior Tribunal de Justicia. Su reclamo, por el que tanto peleaba, no era avalado por los jueces chaqueños.

Conde salió a repudiar este revés judicial y puso en tela de juicio a los magistrados De la Vega y a su par Eduardo Antonio Siri (de la Cámara de Apelaciones) por considerar que eran personas vinculadas a la Alianza Frente de Todos, partido que gobernaba por la provincia por ese entonces.

Siri salió a responderle. A través de una carta de lectores, publicada en diario Norte, el 8 de enero de 2010, explicó que la Ley 23.551 de Asociaciones Profesionales, en su artículo 52, otorga al delegado gremial que fuera objeto de un despido injustificado, dos opciones: considerarse despedido y reclamar las indemnizaciones agravadas; o demandar el reintegro a sus tareas por nulidad del despido y que se condene a la empresa al pago de los salarios caídos. “En este caso, Conde Olgado no reclamó el reintegro, sino que hizo uso de la primera opción, de modo que una vez elegida una vía, no hay retorno; máxime, cuando después de elegida, se consciente todo el procedimiento, pasando así la sentencia en autoridad de cosa juzgada, criterio que es unánime en la jurisprudencia”, señaló Siri.

Conde no veía una solución. Había logrado que se le considerara la indemnización y el daño moral por despido (un hecho inédito en la justicia laboral argentina) pero no lograba que le devolvieran su trabajo. En 2008, tras ocho años de estar instalado frente a Secheep, y sin una luz al final del túnel, conoció al abogado Jorge Antonio Gait. “Conde”, le dijo Gait, “yo sé lo que te va a devolver tu puesto de trabajo. Dejame a mí”. Fue así que el letrado promovió ante el Juzgado del Trabajo N°1, a cargo de la jueza Ana María Fernández una “acción autónoma de nulidad”, que solicitaba anular las sentencias anteriores, donde se rechazó el pedido de Conde para volver a su trabajo y pedía que se dicte un nuevo fallo en el cual se tenga en cuenta una serie de normativas, leyes y jurisprudencias que, según Gait, no se consideraron en esas decisiones.

Entre tantas, se destacan dos: el respeto al artículo 14 bis de la Constitución Nacional, donde se establece la protección contra el despido arbitrario, estabilidad del empleado público y respeto irrestricto a la tutela

sindical. Y, por otra parte, el cumplimiento del denominado Caso Madorrán, fallo de la Corte Suprema que sentó jurisprudencia en cuanto a la estabilidad absoluta del trabajador estatal y que, ante un despido arbitrario, se debe restituir al trabajador en su puesto y, además, pagarle los salarios que dejó de cobrar.

Justamente el Caso Madorrán tiene similitudes notables con el de Conde. La historia es así: Martha Madorrán se desempeñaba desde los setentas en la Dirección de Aduanas de Buenos Aires, hasta que en 1996 fue echada porque el organismo “perdió la confianza en ella”. Casualmente la misma consideración que utilizó el Directorio de Secheep. La mujer, que contaba con un legajo intachable, fue acusada de cometer una serie de irregularidades que nunca se comprobaron.

Ni bien la echaron, Madorrán inició acciones legales solicitando la reincorporación a su puesto de trabajo en razón de la estabilidad absoluta que goza el empleado público. La Sala VI de la Cámara Nacional de Apelaciones del Trabajo hizo lugar a esa demanda al considerar que no se había probado ninguna falta grave que justificara la decisión de prescindir de sus servicios y también se remarcaba que en la Aduana había una situación caótica, sobre la que Madorrán no tenía posibilidad alguna de modificar. Casualmente lo que ocurría en Secheep cuando despidieron a Conde.

Asimismo, el artículo 7° del Convenio Colectivo de Trabajo 56/92 “E” que permite despedir a un trabajador aduanero por parte de la Administración sin expresión de causas fue considerado inconstitucional por no respetar la estabilidad absoluta del empleado público. Ese convenio había sido pergeñado en pleno menemismo cuando la flexibilización laboral era vendida como la panacea del desarrollo del país, pero, en los hechos, era el desamparo absoluto del trabajador.

La Aduana apeló este fallo ante la Corte Suprema. Finalmente, en 2007, los jueces Ricardo Lorenzetti, Elena Highton de Nolasco, Carlos Fayt, Enrique Petracchi, Juan Maqueda y Cármen Argibay rechazaron el pedido de la Aduana y dejaron en claro que hay razones histórico-jurídicas que impiden el despido arbitrario de un trabajador estatal.

Consideraron que el permitir el despido sin razones válidas no sólo genera el problema de manipulación política de los puestos de trabajo estatales, sino que recarga las obligaciones patrimoniales del Estado al tener que solventar la totalidad de los despidos. Por esta razón confirmaron la sentencia recurrida y reafirmaron que el Estado solamente puede despedir a su personal en caso de faltas graves y justificadas. Así, en 2007, once años después de que la despidieran (Conde lleva trece de despedido), Madorrán pudo volver a su puesto de trabajo.

“Ya me había acostumbrado a mis vacaciones”, se ríe ahora, del otro lado del teléfono desde su casa de Temperley, provincia de Buenos Aires.

Hoy, ya retirada, Martha recuerda su padecimiento con orgullo. “Mi caso fue algo muy particular, muy injusto porque yo ni siquiera tenía faltas sin aviso. Las únicas veces que falté fue cuando tuve a mis hijos”, cuenta.

“Yo luché durante todo este tiempo, más que nada por la reivindicación. Me echaron, así porque sí, y eso no podía ser. Porque si eso hubiera sido así a cuánta gente hubieran echado por que sí. Esas cosas se hacen en una empresa privada. Acá no: acá la administración pública no ‘tiene pérdida de confianza’, porque no hay un dueño”, dice.

Si se concretara una sentencia favorable a Conde, si el Juzgado del Trabajo N°1 le diera la razón, y el gobierno no apelara, recién ahí se abrirá la posibilidad para que le devuelvan su puesto de trabajo, además de pagarle los trece años de salarios que dejó de cobrar. Así, el pago de una indemnización, más el agravante por daño moral, más la restitución de su puesto de trabajo sumado al pago de los salarios caídos sentaría un nuevo precedente en la jurisprudencia argentina respecto de cómo la Justicia podría accionar en casos de despidos arbitrarios por parte del Estado. Esta causa, la madre de todas las batallas, hace cuatro años está parada. Por el momento, Conde sólo logró una serie de dictámenes del Tribunal de Cuentas, la Subsecretaría de Derechos Humanos y la Defensoría del Pueblo que exigen que se le devuelvan su empleo. De todos modos ninguno de estos escritos son vinculantes y, en los hechos, no sirven de mucho.

Después de tantos años, hoy La Carpa ya es parte del paisaje. Todos la ven pero nadie la mira. La gente pasa y ya no le sorprende que, por ejemplo, haya una edificación a un costado de la vereda, sobre un cantero, o que dos veces por semana se organicen asados o rondas de guiso carrero, o que a la tarde, se despliegue una mesa de madera y comience una encendida ronda de truco.

La Carpa versión 2012 no se parece en nada a la de 2000. Ahora, es un habitáculo de dos metros por dos metros y medio. La estructura y el piso son de madera y las paredes están recubiertas por plásticos negros. Desde lejos parece más resistentes que cuando uno se acerca y la toca. Afuera la sostienen hilos reforzados que se tensan en días de tormenta. “Resiste mucho y no le entra agua, eh”, me ilustra Conde.

Adentro parece una biblioteca antigua. Hay innumerables carpetas de color amarillo y marrón y papeles apilados en estantes precarios. Tiene una suerte de azotea donde hay más documentos. Son los expedientes que tiene Conde de sus causas, sus presentaciones, sus cartas de lectores y algunas denuncias presentadas, entre otros. La sensación es de agobio. También se ve una cama bien puesta, una silla, algunas ropas colgadas para secar.

Héctor Aguirre es quien actualmente se queda la mayor parte del tiempo dentro de la carpa, propiamente dicha. Tiene cuarenta y largos, bigotes prolijos entrecanos, pelada avanzada y colita larga atrás. Conde me contará que un día se acercó y le pidió quedarse porque no tenía otro lugar a donde ir. Hace y vende muebles y artesanías en madera a los vecinos del centro. Esto explica por qué dentro y fuera de La Carpa haya tamaña cantidad de maderas y postes apilados. “Se vende bien”, me dice Héctor, quien me explica que efectivamente está todo el día ahí pero aclara que por las noches cierra con candado y se va a dormir a su casa por Edison y calle 24.

“En La Carpa, antes había un hombre que lo echaron del hospital Pediátrico y vino a quedarse acá con su mujer”, me cuenta Conde. “Era muy prolijo, muy limpio. Me acuerdo que La Carpa siempre tenía olor a velas aromáticas. Después se fue. Así como él hay una lista larga de gente que me pide para quedarse”.

“La Justicia chaqueña: esa prostituta VIP que coquetea y pavonea con el poder”, reza uno de los carteles que cubre La Carpa. Lo grafica un dibujo de una mujer en ropa interior. Junto a ella dos edificios: el de Secheep y el del Tribunal de Cuentas, el organismo de contralor provincial. El otro costado del búnker, el que da hacia la vereda, tiene una tela arpillera blanca donde hay mensajes de aliento hacia Conde escritos con fibras y birome. “Sólo los que viven de rodillas ven a sus enemigos gigantes”, se lee en uno.

El otro “ambiente” de La Carpa, donde se realizan las rondas de mate, las cenas y el truco, está unos metros más allá, siempre sobre el cordón, para no molestar. Hay sillas plásticas remachadas, puede estar o no una mesa. El cielo raso son las estrellas y las ramas de un árbol añoso.

“A mí me intentaron sacar, tengo un proceso judicial y todo”, recuerda. “Gracias a Dios la Justicia determinó que yo no molestaba, porque La Carpa no molesta al tráfico”. Conde explica su estratégica posición: “Lo puse justo en el cantero. Todo eso lo planifiqué. Yo podría haberla puesto en la esquina (de Illia y Sáenz Peña). Pero en la esquina tenés el efecto de dos calles que se encuentran. Vos tenés que pensar en la gente, en el tráfico. Hay que tener cuidado”.

—¿Juegan hoy?

Es sábado y hace frío en Resistencia. Cae una tímida llovizna.

—Sí, a las dos de la tarde arrancamos. Venite a las cuatro y después vamos para casa y seguimos charlando. ¿Tè gusta el cocido con torta frita?

Ahora, en una cancha de pádel techada de calle Necochea, está sentado viendo el partido que disputan cuatro de sus amigos. Tiene chomba blanca,

cuello hacia delante, medias y zapatillas al tono. Los pantalones cortos negros, las pantorrillas gruesas, llenas. Veo algunas manchas oscuras en ambas piernas, recuerdo de una psoriasis generalizada que irrumpió en su cuerpo debido al estrés de estar tanto tiempo en La Carpa. Más adelante me dirá que el médico le recomendó no permanecer las 24 horas en la calle y le recetó Alplax, médicamente indicado para los trastornos por ansiedad generalizada y para el tratamiento del trastorno de angustia (ataques de pánico).

Tiene un estilo grácil para jugar, elegante. Tiran un smash y logra devolverlo. Lo hace moviendo ligeramente la muñeca, el esfuerzo leve. La pelota regresa de donde vino impulsada sólo por la potencia del remate del oponente. Hay un segundo smash. Lo devuelve de un modo similar, casi sin inmutarse. Logra golpear la pelota pero ésta se resiste. La pelota hace una curva y cae. Queda en la red. Conde hace un leve gesto de malestar, es mínimo. Al final, perderá la misma cantidad de partidos que ganará.

Al parecer, Conde encontró una relación entre el pádel y su lucha. “¿Sabés por qué hago esto? Esto para mí es una descarga de emociones. Otras cosas, como el gimnasio, por ejemplo, gastás energía pero no emociones”, me dice.

Sobre su faz deportiva, Conde me contará que siempre fue amante del cuidado del cuerpo. “Antes no fumaba. Hacía boxeo, karate, judo, levantaba pesas, corría. Vivía corriendo. Es la mejor protección que tenés en este mundo: el poder defenderte. Es más, con el deporte te volvés más pacífico. Menos peligroso ¿En qué sentido? Te controlás más y reaccionás menos. Es más: cuando te ven se te animan menos. Porque cuando uno vive así tenés que cuidarte que no te molesten. Para mí es un mérito estar donde estoy hoy porque nosotros estamos luchando contra un poder que ni siquiera lo vemos”.

El juego terminó. Se sube a su moto Suzuki AX100. Vamos a su casa. Arriba de su vehículo, el equilibrio es imposible: sobre el tablero lleva una campera, un pantalón, sobre el manubrio izquierdo está colgado un pequeño bolso donde carga termo, mate y yerba. Para hacer espacio, maneja con las piernas muy abiertas. Una riñonera le cruza la espalda y mientras conduce trata de encender un cigarrillo en una maniobra bastante incómoda. No sé cómo lo hace, pero lo hace.

Estamos sobre avenida Hernandarias, en diagonal al cementerio municipal San Francisco Solano. Desde la calle, su casa es imperceptible. Varios árboles, algunos canteros y la falta de luz la tapan completa. Más cerca, se ve la fachada negra y gris del paso del tiempo. En la entrada, a un lado, hay un cúmulo de arena cubierto por algunos ladrillos, restos de algún proyecto trunco. Desde adentro, un perro nos ladra.

Conde vive solo. Tiene un pequeño recibidor, con algunos papeles desordenados y una puerta de madera sobre la pared. La cocina es así:

placard, heladera petisa, alacena, mesa mínima, tres sillas, la cocina. En la pared sólo hay una repisa encorvada de humedad, con una lámpara de kerosene. Un poco más allá, colgando de un hilo, una pequeña hada rosa. De fondo, se escucha un goteo persistente. El ambiente es de una digna austeridad.

Desde la cocina escucho que alguien golpea las manos. Conde va y vuelve con torta frita. Dice que las recibe todos los días antes de las 18. “Yo colaboro con esta gente, a mí me gusta colaborar. Después viene otro y le compro por lo menos dos. Y en La Carpa le compro al que hace pan casero, porque mi sistema es colaborar. No quiero decir que soy bueno, yo soy común como todos. Con mis errores”, me dice.

En un recipiente de metal pone agua y yerba. Como me adelantó, la idea es tomar cocido con leche y torta frita. Le digo que mejor tomo unos mates, pero él insiste y me dice que a esta hora siempre merienda. No lo contradigo.

Me cuenta que un papel bastó para que su destino diera un vuelco. Recuerda que el 15 de abril de 1999 estaba de licencia cuando alguien golpeó su puerta. Era el telegrama de su despido. Secheep, a la que la que le había entregado dieciséis años de su vida, le informaba que tras realizar un sumario administrativo lo había encontrado culpable de cometer irregularidades en el sector comercial tornando “imposible la continuidad del vínculo laboral”. Había sido delegado gremial durante varios años y sabía que esto era una sanción ejemplificadora. Algo así como colocar su cabeza en una estaca en el hall de entrada de la empresa para que todos sus compañeros vieran lo que le sucede a quienes alguna vez intenten decir que no.

Había ingresado a Secheep (Servicios Energéticos del Chaco Empresa del Estado Provincial) por concurso el 28 de abril de 1983. Pasó por casi todas las áreas: Alumbrado Público, Redes, Secretaría de Gerencia y por último el sector de Toma Estado donde tenía a su cargo diecinueve personas a quienes controlaba y organizaba en las tareas de lectura de medidores de luz en el Gran Resistencia. Posteriormente fue elegido por sus compañeros como delegado gremial ante Luz y Fuerza.

Todo estaba más o menos encaminado en su vida. Tenía un buen sueldo, estabilidad laboral y las tardes libres para seguir estudiando, al punto tal que se recibió de martillero público. Un tiempo después comenzó a escuchar rumores de que lo iban a despedir por las “sugerencias internas” que la empresa mejore su servicio y, sobre todo, por las demandas judiciales que había ganado para que lo recategorizaran.

El rumor se concretó, pero Conde no se quedará quieto. Se inclinará por dos medidas de fuerza en simultáneo: el inicio de una huelga de hambre y la instalación de una carpa de protesta frente a la sede de la Gerencia del Área Metropolitana en Roque Sáenz Peña 170, de Resistencia.

A las seis de la mañana del día siguiente, llegará con la intención de instalarse en la vereda. Ahí se enteró de que no había sido el único despedido: Roberto Salas, Raúl Umeres y Saúl Medero, también de Luz y Fuerza, fueron expulsados como él.

¿Por qué ellos? Conde tiene dos teorías. Una apunta a que la cúpula de Secheep se quería sacar de encima a algunos empleados “problemáticos”, que reclamaban mejoras en las condiciones laborales, criticaban el funcionamiento interno de la empresa o, como Conde, exigían y ganaban juicios donde la empresa debía abonar un retroactivo por el salario que le correspondía de acuerdo a la tarea que desarrollaba (le pagaban un sueldo de categoría 8 cuando hacía tareas de la 11). La otra teoría se basa en que dentro de Secheep había una política de paulatino vaciamiento, algo así como una privatización encubierta. Ambas eran muy verosímiles para la época.

Se aprestaba a instalar una carpa tipo iglú en la vereda de la empresa, cuando a último momento la Secretaria Seccional del sindicato de Luz y Fuerza, Graciela Cussigh, logró persuadirlo. Le prometió que se encargaría de que todos volvieran a sus respectivos puestos de trabajo advirtiéndole que la instalación de una precaria morada de protesta en la vía pública, en este momento, sería un elemento inoportuno en las negociaciones con el difícil Directorio de la empresa. Conde apretó los dientes y accedió. Incluso el sindicato hizo varias presentaciones al Directorio repudiando lo sucedido y respaldando a los trabajadores.

Al ver lo que sucedía con quienes tenían fueros gremiales, la mayoría de los empleados de Secheep resolvieron respaldar a sus compañeros y decretaron un paro de actividades. Sin embargo, la Dirección Provincial de Trabajo frenó la medida de fuerza convocando a una conciliación obligatoria. El conflicto se dilataba.

En el medio, el por ese entonces subsecretario de Trabajo provincial, Eduardo Luque dictó la resolución N° 261/99 ordenando la reincorporación de Conde y de los demás cesanteados. El pedido no le movió un pelo al Directorio, que estaba conformado por el presidente, Benicio Szymula y los vocales, Raúl Padilla y Carlos Camargo.

Otra asamblea fue convocada por el gremio. Nuevamente le pidieron que no instale la carpa, que todo se soluciona con diálogo, que sí o sí volvían todos, que espere. El pedido se lo hicieron esta vez Medero y Salas, despedidos junto a él. Aceptó pero empezó a sentir cómo el sindicato dilataba y diluía la lucha que lo llevaría de regreso a la empresa. (Tiempo después, me contará Conde, de los cuatro despedidos el único que logró

volver fue Medero, dirigente de Luz y Fuerza, hoy concejal de Resistencia por el justicialismo).

El diputado nacional del PJ, Juan Carlos Ayala se interesó por el conflicto y logró que el Congreso aprobara una declaración en donde instaba al Ministerio de Trabajo de la Nación a ser de mediador entre las partes. Conde participó de esa reunión, donde estuvieron representantes de Luz y Fuerza y de Secheep. “Lo que aducía la empresa es que no podían tener un personal reclamante y que para ellos era un tema terminado”, cuenta ahora.

Ese fue el primer momento en que se sintió solo. Sentía que el sindicato dilataba el conflicto, los organismos laborales parecían cartón pintado y los directivos de Secheep, dueños absolutos de la empresa. Para sortear esa soledad, decidió levantar firmas entre sus compañeros en apoyo a un petitorio de reincorporación de los cesanteados que luego le presentaría a la empresa. Llegó a juntar 300.

Desde que lo echaron, cada mañana iba al sindicato. Hasta que se chocó contra una pared. “Uno que trabajaba de la estructura me dice: Conde, vos ya no sos empleado de Secheep, ya no pertenecés a Luz y Fuerza. No vengas más”. Su gremio le daba la espalda. Para completar su indignación, este mismo sujeto se excusó diciendo que en su momento no fueron al paro en solidaridad de los compañeros despedidos porque podían “perder la personería gremial”.

Un año después, agotado de tanto caminar, recorrer pasillos, hacer presentaciones a la Cámara de Diputados provincial, ir a los diarios y hablar con cuanta persona quisiera escucharlo, algo lo empujó a instalar, finalmente, su carpa de protesta, aquella que el sindicato y sus propios compañeros despedidos aconsejaba no levantar para negociar sin escollos.

Fue en el medio de un intento de paro convocado por Luz y Fuerza cuando los trabajadores se negaron a adherir a esa medida de fuerza ante la falta de confianza que le generaba el sindicato. El recuerdo de lo que le sucedió a Conde estaba aún muy fresco. Si le soltó la mano a uno, ¿por qué no se la soltaría a todos?

Para envalentonar a los trabajadores y que se animaran a parar, el sindicato habría recurrido a una mentira: dijeron que Conde no quiso que lo defendieran. Esa falacia lo indignó a tal punto que volvió a su casa decidido a armar su búnker de protesta.

El primer habitáculo que construyó tenía dos metros de largo, por uno de alto y uno de ancho. “Y me costó... no te imaginás. No tenía plata para hacerla y no iba a molestar a la gente para eso”.

Ayudado con un carro de mudanzas, llegó a la vereda de Secheep. Eran las siete de la mañana del 12 de julio de 2000. Con ayuda del que manejaba el flete, bajó el búnker y lo colocó justo en frente del sector comercial, sobre la vereda.

A partir de ese momento, todos los que entraban y salían de la empresa lo veían. Trabajadores, usuarios, proveedores y transeúntes. Era el espejo deforme en el que nadie quería mirarse. El ejemplo vivo de lo que representaban los fríos números de desocupación del ocaso menemista. “La idea era quedarme permanentemente. Estar un día, cien, mil, pero estar”.

—¿Se equivocó al despedir a Conde Olgado?

En 1999, Benicio Szymbula era subsecretario de Obras Públicas y presidente de Secheep. Hoy, trece años después, está alejado de la administración pública. Sigue militando en el radicalismo chaqueño, pero con un perfil mucho más bajo del que tenía por ese entonces. Del otro lado del teléfono, me da su versión de lo que sucedió.

—El sumario aconsejaba que se tomen medidas de esta naturaleza y así procedió el Directorio. Además lo que hay que saber es que Secheep es una empresa del Estado, por lo tanto actúa igual que una empresa privada. Puede inclusive sin causa justificada, solamente por falta de confianza, dejar sin efecto la designación y se paga la indemnización, como cualquier actividad privada. Y esto fue lo que hizo la empresa Secheep.

—¿Y cómo se establece la falta de confianza de un empleado? Es un término bastante difuso.

—Y por ejemplo, yo soy dueño de una empresa, o de un negocio, no tengo confianza en un empleado y lo dejo afuera. Lo puedo despedir sin causa, porque las circunstancias así lo merecen. Sería bueno que usted mire el expediente porque por esa razón ni este gobierno, que es de signo político diferente, lo incorporó de vuelta a la empresa.

—En ese momento, ¿cómo funcionaba la empresa Secheep? ¿Había problemas administrativos o en las facturaciones?

—Había cuestiones pero no las voy a decir públicamente a esta altura. Hace doce años dejé la empresa y volver a remover esta cuestión a mí no me interesa. Lea el expediente completo, no los fallos de la justicia solamente.

—¿Lo conocía a Conde Olgado antes de su despido?

—Es imposible conocer a los casi mil empleados.

—Él plantea que el principal impulsor de su despido fue Carlos Camargo. ¿Esto es así?

—Camargo era el gerente de la empresa, y era obviamente quien más se abocaba a la cuestión administrativa y el que más tiempo tenía. Yo si quiere le comento qué ha pasado, pero fuera de micrófono. Seguro que me va a dar la razón. Hay cuestiones que inclusive no se pueden probar, que son difíciles de probar.

—En la época en que usted era presidente de la empresa, ¿se estaba iniciando un proceso de tercerización?

—No sé a qué llaman un proceso de tercerización. Nosotros contratamos a una firma para mantener el sistema. Esto no creo que sea una tercerización.

—Además de Conde Olgado se despidió a otros empleados de Secheep en esa época. ¿Por qué?

—Había cuestiones administrativas que no nos cerraban. A lo sumo, nos podemos haber equivocado. Pero si me equivoqué hubo un expediente que así lo determinaba.

—Usted sabe que no se puede echar a una persona que tiene fueros gremiales, como era el caso de Conde Olgado.

—Creo que usted no tiene conocimiento de cómo son estas cosas. En el municipio (*de Resistencia, del cual fue intendente entre 1999 y 2003*) por ejemplo había dos mil ochocientos empleados. Si en algún área se empezaba un sumario y a mí me llegaba el expediente terminado, y si el área legal aconseja que el empleado debe ser sancionado o echado yo no puedo cajonear eso. No es que yo me dedique a armar sumarios.

—Ni bien lo echaron, el ex subsecretario, Eduardo Luque pidió que se lo reincorpore y se lo desoyó. ¿Por qué?

—Puede pedir, obvio, pero eso no significa que corresponda o que el Directorio entienda que eso deba ser así. Sino estamos sonados, sino después no nos quejemos cuando escuchamos las cosas que suceden en cada área. Dejemos entonces que cada uno haga lo que quiera, no hagamos más sumarios, total para qué vamos a estar perdiendo tiempo. Por eso yo le pido que mire todo el expediente.

—Además del fuero gremial, Conde Olgado tenía estabilidad absoluta por ser empleado público. ¿Sabía eso?

—Estás equivocado, y vamos a cortar acá porque creo que estamos discutiendo en el aire. Ningún empleado tiene estabilidad porque si el tipo es un chorro, por ejemplo, la estabilidad se le termina, y si es un delincuente, la estabilidad se le termina. Hay cosas que no se pueden probar directamente. Yo puedo echar a una empleada porque me desaparecen cosas y tengo la presunción de que ella se las lleva.

—Pero no tiene pruebas para echarla.

—No tengo pruebas, pero no voy a dejar se siga llevando cosas de mi casa. ¿Me entendés o no? Ese es un ejemplo de cómo se toma una decisión.

—Pero la estabilidad absoluta apunta a que a un empleado del Estado no se lo puede despedir sin causa.

—Perfecto. Secheep es Servicios Energéticos Empresa ¡EM-PRE-SA! del Estado Provincial. Sino cambiémosle el nombre. Fijate vos que en un momento los aportes iban a una Afjp, inclusive. Y en una empresa al igual

que en un negocio o en una industria, lo que sea, el que ejerce la función, en este caso el Directorio, puede despedir a las personas pagando la indemnización que corra por ley. Sino estamos en el horno. Después no pidan eficiencia a los organismos del Estado. Ustedes como ciudadanos por un lado piden y por otro se quiere proteger a alguien que, bueno... Vuelvo a insistir, y acá terminamos la entrevista, lea el expediente y después hablamos.

—En resumen, y como ex presidente de Secheep, ¿cree que se equivocó al despedir a Conde Olgado?

—No, en función del expediente.

—Y más allá del expediente, usted ¿qué piensa?

—No, yo creo que no. Si es cierto lo que está en el expediente, no.

Miércoles.

Cae la noche tibia y Conde no está en La Carpa. Hay una mesa de madera larga plegable. Un poco más atrás, un pequeño cúmulo de brasas ardiendo y algunas tiras de costilla en una fuente. Se viene un asado. Más allá, donde usualmente pernoctan los visitantes, hay tres hombres sentados. En la punta está Julio César Cristóbal, de setenta y largos. Bastón, anteojos profundos, la espalda cansada. Es un ex empleado judicial y ex director del periódico La Hoja, que sacó treinta ediciones durante la década del 90 denunciando diversos actos de corrupción sucedidos en la provincia. Junto a él está Horacio, de poco más de treinta, mandíbula contundente, remera azul gastada. Frente a él, con la mirada apretada tras los lentes, está Héctor Moors. Moors trabajó durante mucho tiempo en el Banco del Chaco, hasta que la firma quebró en los noventa. La banca estatal indemnizó a algunos trabajadores, Moors entre ellos.

—No está. Fue a verlo a Lanata— me dice el ex bancario.

Al parecer, corrió el rumor de que el periodista Jorge Lanata andaba husmeado por Resistencia junto a su equipo de producción. La versión decía que el fundador de *Página/12* estaba en el coqueto hotel Amerian. “Estoy yendo”, me avisa Conde desde su celular.

Cinco minutos más tarde llega con Lito Almirón, un ex dirigente de Luz y Fuerza, actual integrante de la CTA disidente. La noche es veraniega. Me dice que al final no encontró a Lanata, pero que debe andar en otro hotel y que si lo llega a ver le va a contar varias cosas que pasan en el Chaco, todas negativas, por supuesto. Nos sentamos frente a frente y aprovecho para charlar con él sobre el origen de La Carpa. Hablamos casi media hora, pero me surge una cuestión familiar y tengo que irme. Conde me invita a comer igual. Otro día será. Ya son alrededor de quince

personas las que se juntaron a picar algo. Conde me dice que los miércoles son tranquilos, se invita a poca gente porque hay poca comida. No así los viernes donde hay guiso carrero en abundancia.

Si bien da la impresión de que La Carpa es un lugar improvisado, Conde tiene un cronograma muy estricto de actividades.

—¿A qué hora llegás a La Carpa?

—Arranco a las seis y media. De ahí me manejo con el cyber. Saco todo, voy actualizando algunas cositas, mando comunicados a ustedes los periodistas.

—¿Y después?

—Después vuelvo a La Carpa, vienen, me llaman, me reclaman.

—¿Volvés a tu casa al mediodía?

—Así es.

—Me contaste que a la tarde se hace una ronda de truco.

—Sí, yo soy el que generó eso. Para descomprimir, más que nada.

—¿Siempre hay gente en La Carpa?

—Siempre. Cuando yo no estoy no hay gente. Cuando vuelvo, ahí se llena. En serio, es la pura verdad. Te decía, soy muy estructurado en todo esto. Pasa que al principio me quedaba las 24 horas. Vivía con un estrés tan elevado que me quería agarrar un ACV. No sé si era el exceso de presión. Me temblaba esto, esto, esto (*se toca varias partes de la cara y los brazos*). Después tuve que tomar Alplax.

—¿Cuándo fue eso?

—En 2001. Fue después que me denunciaron por terrorista. Salí sobreseído y le inicié acciones legales. En los casos de (los ingenieros, Pedro) Kozak y (Mario) Busemi les inicié juicio porque me venían atacando sistemáticamente. Cuando me denuncian yo estaba estudiando y ellos adujeron que había armas y explosivos en La Carpa. Toda una fantasía. Yo estaba estudiando Ciencias Económicas y la Tecnicatura en Informática Aplicada. Dejé todo por eso.

—¿Cuánto tiempo estuviste durante las 24 horas?

—Habrán sido cuatro años.

—¿Cómo fueron las primeras noches en La Carpa?

—En el centro tenés que ir adaptándote. Había una temporada en que me quedaba hasta la una de la mañana en la esquina, controlando.

—Pero en realidad no descansabas nada.

—No, imposible. Tenés que estar atento por los ruidos.

—Y ahora, ¿ya no te quedás a la noche?

—Ya no.

—¿Eso fue por consejo médico?

—El médico me dijo que eso era muy estresante y desgastante en lo físico. Esto no es falso (*me muestra su pierna con erupciones por la alergia nerviosa*). Esto es real y concreto. Cuando me denuncian (por supuesto terrorismo) me agarró un estado que parecía que estaba en una nube.

—¿Tanto te afectó eso?

—Sí, porque me denunciaron por subversivo, por terrorista. Si eso llega a trascender... También me puse así por el temor, porque te llevan preso y fuiste. Además no lo tenía a (*su actual abogado, Jorge*) Gait conmigo. Incluso tenía dos cámaras que filmaban a La Carpa.

—Cuando vos no estás, ¿queda alguien cuidando tu búnker?

—Las 24 horas hay gente.

—¿Se queda cualquiera?

—Hay gente que se halla. Las personas rotan.

—Esa noche cuando estaban por comer un asado en La Carpa, me sorprendió que me hayas dicho que era algo discreto, con poca gente y terminó siendo mucha.

—Vos llegaste antes de que lleguen todos. Los miércoles hay veinte, más o menos, y los viernes, treinta o cuarenta. Pero no quiero más gente, porque no soporto no poder atenderlos.

—¿Y la comida? ¿Quién paga?

—Yo no pido nada a nadie, por eso tuve que desprenderme de un montón de cuestiones. La comida es parte de mi lucha. Corre por mi cuenta, a través de un familiar que me ayuda, que me subsidia. Pero no puedo decir su nombre porque su familia no está de acuerdo.

—¿Hasta qué hora te quedás en La Carpa?

—En general estoy hasta las diez u once de la noche. Depende de muchos factores, porque a veces estoy por ahí en alguna reunión o en charlas como en la biblioteca Rivadavia. Siempre estamos en algo, siempre hay algo. Pasa que no quiero abandonar mucho porque sino me dicen: “Che, Conde, siempre voy a La Carpa y nunca estás”. La gente me reclama porque quiere estar conmigo.

—¿Y por qué crees que la gente quiere estar con vos?

—Yo soy una persona que no va a hablar de temas que no tengan nada que ver. Por ejemplo, cuando me pegan en Secheep en 2001 o 2002, Moors vino a La Carpa y se halló conmigo. Vino y me dijo: “Conde, a vos te molesta que yo te acompañe”. Él entendía exactamente lo que me pasó, se sentía identificado. Por eso no le cuesta estar conmigo. Hay gente, bancarios, que se suicidaron después de que quebró el Banco. Hay muchos bancarios a los que fui a visitarlos a su casa. Vos no te imaginás la ayuda mínima de tratar con esa gente. De ir, escucharlos... El contador Cabral, por ejemplo, es un hombre que pelea por mí. Esta mañana casi se agarró con uno.

—¿Tu tío estuvo desde el comienzo con vos, no?

—Sí, el hermano de mi papá, Don Conde. Fue mi columna, mi protector. Él estaba atento, cuidándome siempre, relojeando mientras yo hacía mi actividad de reclamo. Su naturaleza era protegerme. (*El escritor y cantautor chaqueño*) Bosquín Ortega lo describe como un hombre de ojos azules profundos. Son gente de campo, rudimentaria. Don Conde era grandote, sus padres eran europeos. Además era peronista fanático. Con el único que se sintió defraudado fue con Menem.

—¿Faltaste alguna vez a La Carpa?

—Nunca, jamás.

—¿Ni enfermo?

—Ni enfermo.

—¿Cómo hacés?

—Voy igual. Gracias a Dios creo que una o dos veces me enfermé. Yo ahora, mirá, tengo dos camperas puestas, tres pares de medias, dos buzos. Ahí aprendí a abrigarme porque los primeros días me iba con una remerita.

—Tus zapatos también son muy abrigados.

—Sí. En La Carpa no te pongas mocasín ni nada de eso porque te vas a congelar. Estos son zapatos de seguridad. Yo sigo usando ropa de la empresa desde que me despidieron, nunca la dejé de usar. Siempre me sentí identificado con la empresa.

—¿Qué le recomendarías a una persona que quiere hacer una protesta como la tuya?

—Tratar de estar lo más humilde, pero no croto. Tenés que tener una presencia que no de una actitud de mendicidad. A mí me decían: “Che, dejate barbudo, roto”. No: yo no fui a mendigar. No fui a dar lástima. Hay que estar lo más normal, como una persona de clase trabajadora y no salirte de ese encuadre. Siempre afeitado, siempre bien. Eso es parte importante de esto. Y uso lo verde porque son colores que me gustan y porque soy naturista. Todo tiene que ver. Por mi alergia, si yo no me abrigara como estoy ahora se me comenzaría a tapar la nariz. Ahí hace un frío, bajo el árbol, el viento sur. Antes tenía bracero. Me ofrecieron grupo electrógeno y todo, pero es un compromiso. Una vez nos robaron todas las mesas y sillas. Tenía todo, hasta luces artificiales y nos sacaron todo. Entonces dije que no más, vamos a estar con lo que tengamos. Cuando recién me instalé no tenía nada. Estaba con lo puesto. Pero el hecho de no tener nada no significa que no esté con prestancia. Después uno se va acomodando.

—¿Qué se aprende de la calle?

—Yo trato de aplicar el síndrome de Estocolmo, siempre. Hay que agradecer lo poco que te dan, porque por ahí es mucho realmente y uno no se da cuenta. Tenés que agradecer que no te agredan, que te saluden.

Todos los niveles están conmigo: el piquetero, el sindicalista, el médico, el empresario. Todos. De ahí en más, nunca sabré si me acompañarán, pero todos se quedan a hablar conmigo.

—Hay alguna forma de estar en La Carpa? ¿De sentarse, por ejemplo?

—Tenés que estar sentado y siempre en posiciones... —dice, mientras comienza a sentarse erguido— Lo máximo que podés hacer es hacer esto— explica y relaja la postura, sólo un poco.

—¿No podés sentarte así? —le digo y me desparramo en la silla, demasiado relajado.

—(*Con cara y tono de escandalizado*) Noooo. No podés estar así. Nooo. Uyyy, noooo. A la gente tenés que respetarla porque no interpreta este tipo de lucha totalmente.

—¿Sentís ese prejuicio? ¿De lo que pueden llegar a pensar de vos? ¿De lo que hacés?

—Yo observo todo. Pero como ya me crié de determinada manera, me cuido de la posición en que tengo que estar sentado, los comentarios que se hacen... Hay que tener mucho cuidado. Siempre les digo (*en referencia a los visitantes de La Carpa*) que a las mujeres no hay que decirles nada. A todos nos gustan las mujeres pero...

—O sea que si pasa una mujer no se le puede decir nada.

—(*Otra vez el mismo tono*) Noooooo.

—¿Y si alguien lo hace?

—Le digo que se vaya a la esquina y levante todas las minas que quiera pero que no lo haga en ahí. A mí me gusta mirar a las mujeres, encima en el Chaco tenemos las mujeres más bellas del mundo. Ves chicas hermosas, uno las mira pero me contengo de decirle “qué hermosa chica”.

—¿Alguna vez echaste a alguien de La Carpa?

—No, nunca. Traté de controlar, hablándole.

—¿En qué circunstancias?

—Especialmente cuando por ahí quieren decir algunas cosas. Yo siempre les digo que acá hay diversos colores políticos, pero hay que tratar de no ponerse a discutir que uno es azul y el otro es rojo. Hay que buscar la calma.

—¿Descomprimir?

—Claro. Por eso yo implemento el truco. El truco es la mejor herramienta. Hay gente que se enoja y dice: “Che, nosotros venimos a hablar acá y juegan al truco”. Sé que vienen a hablar, pero también sé que se llega a veces a niveles de discusión muy fuertes. Lo trato de manejar, pero por ahí no puedo.

Elio Montivero es un ex gendarme que fue cesantado de manera injusta hace doce años. Mientras sigue con su juicio laboral, se gana la vida

vendiendo panchos en la plaza central de Resistencia. Cuando Conde se instaló en la vereda de Secheep, inmediatamente se sintió identificado y hasta entabló una relación de amistad con él. Allí, surgió la idea de crear una asociación civil. La intención era tener una herramienta legal con la cual hacer reclamos colectivos y enviar cartas de lectores a los diarios sin el temor de sufrir represalias que pudieran terminar en demandas judiciales que complicarían la economía de cada uno de ellos.

Así nació la Asociación Civil en Defensa del Derecho de la Ciudadanía (ACDDC), cuya presidencia la detenta hoy Héctor Moors. Fue una de las principales organizaciones que estuvo en las marchas por una “Justicia Independiente” que derivaron en un foro que nucleó a una gran cantidad de organizaciones sociales, políticas y movimientos piqueteros que pedían principalmente la remoción de tres jueces del Superior Tribunal de Justicia (Ramón Ávalos, Ricardo Franco y Rolando Toledo), elegidos a dedo por los gobiernos radicales de Ángel Rozas primero, y Roy Nikisch después. Ya en la gestión de Capitanich, también participó de varias marchas en contra del desalojo de un grupo de familias que residían en el Lote 16, jurisdicción de General Vedia, quienes finalmente fueron expulsadas por Gendarmería Nacional debido a que había un orden judicial para despejar la zona y así concretar el tramo final del Electroducto NEA – NOA. Además evitaron varios desalojos de personas carenciadas, denunciaron maniobras irregulares en Secheep, fueron fuertes impulsores de la creación de la Defensoría del Pueblo de la provincia y siempre comunican a los periodistas locales, vía mensaje de texto o mail, denuncias de todo tipo.

—¿Qué reclamos te llegan?

—De todo. Gente que es mal atendida en algún negocio, desalojos, lo que sea. Nosotros vamos y la acompañamos a hacer la denuncia.

—¿Qué resultados tienen en general?

—Gracias a Dios, casi todas salieron positivas.

Sólo en una ocasión la ACDDC tuvo un serio derrape. Fue en agosto de 2010 cuando la Justicia Federal desestimó una denuncia penal que presentó esta asociación civil contra nada más y nada menos que la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner; el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández; el ministro de Justicia, Julio Alak, y varios diputados y senadores nacionales. ¿El motivo? Haber impulsado y sancionado la Ley de Matrimonio Igualitario.

La curiosa presentación que llegó a los tribunales de Comodoro Py se fundaba en que “el pueblo argentino es esencialmente católico, y en la norma fundacional se expresa claramente este aspecto”. “En el Preámbulo (de la Constitución) invocamos a Dios fuente de toda razón y justicia, y en la ley de matrimonio homosexual insultaron la ley de Dios, y tenemos

por nada sus preceptos”, añadía la demanda. De acuerdo con la ACDDC, las normas constitucionales “protegen el modelo de familia biológica-natural, la familia heterosexual” y el reconocimiento a otros modelos de familia sólo significa que “la Nación se enfrenta a un plan sistemático de terrorismo de Estado en lo cultural, constitucional, institucional, social y familiar”. El diario *Página/12*, que dio a conocer esta noticia, tildó al grupo de denunciantes chaqueños de “bizarros”.

Le pregunto a Conde si siente que fue un error haber impulsado semejante denuncia. Su respuesta me da una idea del sistema de lealtades que se maneja en La Carpa.

—No sé si fue un error, porque hay gente que piensa así. Y eso es un poco el componente de La Carpa. Pero también nosotros salimos en apoyo de “ellos” (*en referencia a la comunidad homosexual*) en algún momento. Por eso se pone un poco contradictorio el tema.

—Bastante, diría yo.

—Por eso mandé ese tema al silencio. Hubo un componente de personas que participaron de eso y como Gait escuchó que hubo un semiacuerdo, lo impulsó.

—¿Y vos estuviste de acuerdo también?

—Yo no es que estoy de acuerdo. Si vos estas en mi grupo, yo te voy a acompañar, siempre y cuando no haya que matar a alguien, ahí cambia la cosa. Igual no tiene modificación esta situación.

—¿Y se puede vivir con esa contradicción?

—Lo que pasa es que La Carpa te lleva a niveles... Vos ni te imaginás a los niveles que te lleva. Te lleva a niveles en que tenés que moverte muy lentamente (*mueve las manos como si caminará con pies de plomo*). Yo soy solo, siempre lo digo, pero ese grupo y componente es lo que me sostiene también. Entonces vos tenés que acompañar a la gente en lo que se pueda.

Se repite. Cada vez que menciono el tema, la mirada se le pone nerviosa, pega una pitada a su cigarrillo y me elude con un amable: “Después te cuento”.

Conde estuvo casado casi veinte años con la docente Lucía Codutti, con quien tuvo dos hijos: Ayelén, de diecinueve, y Arel, de nueve. Si bien en un primer momento apoyaron la protesta, el desgaste familiar pudo más. Los días y noches en La Carpa, el llegar agotado, el nerviosismo, las ausencias y el estrés acumulado hicieron que paulatinamente se creara un abismo. Hoy, hace cinco años está divorciado de Lucía y hace cuatro que no ve a sus hijos.

Ahora, del otro lado de Facebook está su hija, Ayelén.

Estudia Diseño de Indumentaria y Textiles en la Universidad Popular y dice que ahora le va “bastante bien”. Cuando le pregunto por su papá, reconoce que los recuerdos que tiene no son los mejores. “Tenía 6 años cuando me recibió en casa con la noticia triste de que lo habían despedido. Yo llegaba del colegio y me recibió con un abrazo y la noticia... No entendía nada, hasta que después vi una movilización en casa y se hablaba de ‘La Carpa, La Carpa’ y no sabía bien a que se referían con eso”, cuenta.

Pasaron días, meses, años, y su papá seguía en la calle reclamando por su trabajo. Cada vez con más personas que se acercaban para apoyar su causa, que veían en él a un símbolo de la resistencia. Pero también, cada vez más lejos de su familia. “Ahí comprendí que algo estaba mal. Papá no volvía a casa, ya no estaba casi nunca y lo único que sabía era que la lucha seguía, que no lo habían reincorporado. Él venía a veces únicamente a bañarse y descansar unas horas. O sea, a partir de los seis años yo ya no tuve más papá y me sentía por un lado triste y por otro orgullosa porque él estaba luchando por algo que le correspondía”.

“Mi mamá se la bancó mejor que todos, pienso yo. Sacó adelante la familia, hoy en día paga mis estudios y a mi viejo le dio su aguante incondicional”, valora. Le comento que su papá no suele hablar de ellos. “No te va a hablar de nosotros porque, ya te digo, no tenemos una buena relación ahora. Yo se que en el fondo le duele pero la verdad que no hizo las cosas bien, no nos demostró que le importábamos, lo digo por mí y por mi hermano. Tampoco intentó llamarnos, ni arreglar horarios para vernos. Igual ahora lo veo y te digo la verdad entro en pánico. Es una mezcla de sentimientos, pero no estoy enojada con él”.

—Si él quisiera encontrarse con vos, ¿aceptarías verlo?

—No sé, porque no sé cómo reaccionar. No sé como reaccionaría él. Las últimas veces que me crucé con él no fueron momentos muy lindos... la pasé mal.

—¿Se habla de él en tu casa?

—No se suele hablar mucho. Es muy raro porque de todas las cosas que hace mi papá me las entero por otros.

Dos días después de esta charla, Conde me llama por teléfono. No sé cómo, pero sabe que hablé con su hija (“sé que hablaste con la Ayelen”) y me hace saber que eso no le cae muy en gracia. Me pedirá que no indague más sobre sus problemas familiares, que es algo doloroso y que lo obligará a revolver cosas que hoy no quiere.

Esta negación lo llevó incluso a borrar de su memoria algunos episodios de su pasado. Cuando le pregunté sobre su infancia, su padre o el orfanato, muchas veces repitió que no se acordaba o que no estaba seguro. Olvidar, para Conde, es otra forma de sobrevivir.

No le gusta hablar de plata. Cree que tocar el tema genera resquemores y acrecienta los prejuicios de la gente en general. Estamos sentados cerca de La Carpa, alrededor de una mesa plástica redonda. Es una noche de agosto que parece de noviembre. Insisto en tratar la cuestión monetaria. ¿Cuánto dinero le tendrían que pagar si ganara la demanda contra el Estado? Conde da vueltas. Pero el contador Cabral, que está con nosotros en ese momento, no tiene problemas en contestar. Dice que según sus cálculos ese monto sería millonario.

Para él, son 10 millones de pesos. Para Conde es una exageración. Para mí también. Saco la cuenta en voz alta, calculadora del celular mediante. De acuerdo a los datos que me pasan ambos son trece años, lo que serían 156 meses de sueldo, de un salario promedio de 10 mil pesos. La cuenta me da 1.560.000 pesos, sin intereses, honorarios ni costas. Lo comento. Ninguno me responde.

—¿Cómo hiciste todo este tiempo para vivir?— le pregunto a Conde.

—Cuando me instalé en La Carpa y vi que no podía aguantarme económicamente y le dije a un familiar que me ayude. Dame un subsidio no reintegrable, le pedí, porque si pierdo esta pelea no te voy a poder devolver, pero si gano te devuelvo. Y cuando pasó un tiempo le entregué un terreno, que es lo que corresponde, es lo justo. Lo económico para mí es importante pero no es lo trascendente.

—Si ganás el juicio, ¿qué vas a hacer con esa plata?

—Quiero tener una casa pequeña con un buen terreno que tenga muchos árboles. Me gusta la parrilla, el disco de arado para hacer paella. Me gusta invitar a la gente y yo atenderla. Creo que no voy a cambiar eso porque ya lo hice antes y hoy lo hago acá.

—Y si sale esa sentencia, ¿levantás La Carpa?

—Es lógico que si la utilicé como una herramienta después la tengo que retirar. El problema es la simbología, es la cuestión que hoy me plantean todos. Eso es muy fuerte. Creo que ya escapa a mí esa decisión. Es más, los mismos gobernantes del momento tendrían que apoyar para hacer una oficina laboral acá. Siempre que hago algo quiero que quede para los demás. Hasta ahora estoy preocupado después de doce años que la gente entienda que esto no es una cuestión ni económica ni personal. Porque si vos analizás lo personal queda como que todo lo que hago es por mí. Si fuera por mí ni me hubiera metido en nada.

—¿Soñaste cómo sería el día en que volvés a Secheep?

—No. Yo soy práctico en ese sentido.

—¿Por qué crees que estás acá? ¿Por qué hiciste una lucha como esta, durante tantos años?

Conde piensa unos segundos. El viento ilumina su cigarrillo. Alrededor nuestro algunos amigos de La Carpa lo escuchan atentamente.

—Cuando me instalé en La Carpa fue un proceso mental que capaz no pueda explicarlo estrictamente. Algunos creerán que yo estoy peleando por la plata. Si yo quería la plata, hacía el juicio y me iba a trabajar de docente, de martillero. Mirá, justo hoy estábamos hablando con mi hermano Horacio y yo me preguntaba: ¿Por qué hice una lucha como esta? ¿Por qué me planté y me mantuve firme? La verdad que no sé. Debe ser por lo que soy, por cómo soy.

No creo que vuelva.

A sus 54 años, pienso que él tampoco lo cree.

La resistencia de los funcionarios de Secheep, el silencio actual de Luz y Fuerza y el pedido claro de Capitanich para que frene su millonaria causa judicial contra el Estado —la que él mantiene como su fuerza vital— hacen de su regreso casi una utopía. Por eso, una tarde de septiembre de 2012, me confesó que hace un tiempo está analizando la posibilidad de negociar un retiro.

Tampoco dirá en voz alta que su primer abogado erró, y feo, al impulsar una demanda pidiendo la indemnización en lugar de solicitar su urgente reincorporación a la empresa. Y que hoy, a más de una década de vivir en torno a una carpa, sigue sin saber cuál es exactamente el motor que lo empujó y lo mantiene en esta protesta extrema.

En un futuro, pienso que Conde será reconocido como uno de los grandes personajes de la ciudad de Resistencia. Estoy seguro de que cuando muera, La Carpa de Secheep, ese reducto de tablones, bolsas de consorcio y carpetas rellenas de documentos, lo sobrevivirá y se convertirá en un lugar sagrado, una suerte de meca para quienes alguna vez, en cualquier lugar del Chaco, se sientan excluidos, explotados o avasallados por cualquier poder.

En un texto especialmente dedicado, el cantautor, Bosquín Ortega bautizó su lucha como una “épica de la paciencia”. “El cuerpo de Miguel Benito Conde Olgado es el mapa vivo de su credo”, escribió Bosquín. “Triunfó sobre la calumnia y la diatriba, la persecución de los patrones y la indiferencia de sus compañeros, la desconfianza y el prejuicio de muchos ciudadanos, distantes de la constancia de su lucha. Un obrero que asumió el mandato de unir su causa personal a las demandas de otros

pares, ofendidos en su dignidad laboral. Sin quiebre o renuncia, bajo amenaza física y promesas incumplidas por todos los gobiernos. Su deterioro físico, su docencia cívica y su decencia ética, son las condecoraciones que luce con el primer sol de cada día”.

Marcelo Alejandro Caparra. Profesor en Enseñanza Media y Superior en Letras (UNNE). Cursó materias del Profesorado de Filosofía. En 2007 publicó el ensayo Garabatos/Walsh. Cuerpo, letra, porvenir (ediciones Ananga Ranga) que va por su 3ª edición. Colabora en numerosas revistas culturales como columnista. Ha dictado talleres sobre Literatura Argentina y producción de ensayos en innumerables Institutos Terciarios de la provincia. Conduce su programa en la radio del CECUAL) y toca el bajo en una banda de rock.

Fervores de Resistencia

30 calcomanías de la ciudad en que nació, que probablemente ya no exista pero que, curiosamente o no, viaja conmigo

“Para mí es fácil hablar de otras ciudades, porque estoy seguro de que es mi ciudad quien habla. La siento crecer en mí, en ese mirar va haciéndome y me hace amarla. Cuando hablo de Resistencia, en cambio, no estoy seguro de estar acá. Pienso que estoy en otros sitios que no son sino las sobras de esa resistencia derrotada. Cuando hablo de resistencia, cuando escribo estas líneas, siento que ese lugar soy yo.”
Mario Caparra, *Último tango en parir*

“En el centro del cuarto, sobre una mesa de arena, vi la réplica de la ciudad y lo que vi era más real que la realidad, menos indefinido y más puro.”
Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*.

1. *Del gemido de un gorrión*. No sé si el primer recuerdo, pero sí el menos indefinido y más puro que conservo de la ciudad, está en la esquina de Pellegrini y Brown —haciendo cruz con diario *El Territorio*, actual Museo de Medios. Allí estaba el viejo bazar de mi papá. Algunos memoriosos todavía lo recuerdan. Conviene decir alguna línea sobre él, alguna semblanza muy sumaria y salir rajando de ese lugar para no empantanarnos. El viejo era una suerte de Papá Noel entre bonachón o irascible según los días, una mezcla entrañable o aborrecible de Cantinflas y Tandarica. Recitaba una y otra vez los *Sonetos medicinales* de Almafuerte y fatigaba las páginas de *El hombre mediocre*, de José Ingenieros. En noches de vino tinto todo ese Chaco le fermentaba en la garganta, y algunos poemas de mi hermano creo que lo recuerdan más o menos así.

En aquella época o en aquella casa —para la memoria, las dos circunstancias expresan lo mismo—, los hijos debían trabajar en el negocio con su padre, por el sólo hecho de ser sus hijos.

Un buen día, el primogénito creció. Y quiso comenzar a noviar. Pero resultó que ninguna novia le caía del todo bien (es curioso, lo escribo y sucede otra vez) al Tandarica de pocas pulgas. “No” significaba no (en

aquellas años no se exigía diálogo argumentativo, Habermas no era lectura de cabecera de ningún papá). Entonces, las visitas de las noviecitas se hacían en la puerta del bazar, las muchachas no podían pasar. “Cuando se labura se labura”. Así que entre cliente y cliente (dicen que la atención del primogénito a los clientes iba mutando de lamentable a repelente), en el umbral del bazar florecían los amores furtivos y los besos más torpes: gemían con una música atrasada y diagonal como gorriones pachorrientos, traspasados por el imposible sol de la mañana chaqueña.

En Pellegrini esquina Brown todavía está ese umbral y los zócalos con el nombre, apenas legible ahora, del Tandarica irascible y bonachón. La cal pudo ganarle al tiempo; pero nadie se acuerda de aquellos besos primerizos. Ni del gemido de un gorrión.

2. *Alto en la torre.* Mil años después el primogénito se hizo adolescente, y llegó a sus manos la *Carta al padre* de Kafka y comprendió. El chasquido del cinto en la noche, la ley que se escribe con sangre sobre el cuerpo del condenado.

Los años de la infancia pasaron, pasaron. El padre de Kafka un buen día se murió y el Tandarica que leía a Ingenieros, también. Luz devino, Tandarica. Tótem y tabú.

3. *Para ser un pequeño burgués.* Lo más lindo de la Escuela N° 1 Benjamín Zorrilla era escaparse por la ventana. Saltaba, recibía el aplauso caluroso de los otros pequeños crápulas y luego de hacer las monerías de rigor, pegaba la vuelta y volvía a entrar a la escuela, por la puerta de la Biblioteca (que estaba y está en Av. 25 de mayo esquina Santa María de Oro. Mi primera biblioteca, mi Babilonia feliz). Resumiendo: el piel de Judas se escapaba de la Escuela para, minutos después, volver a entrar.

Ya de grandecito, mis compañeros, militantes duros, me reprocharían amargamente esa *tibieza revolucionaria*, esa repudiable tendencia mía a *la moderación*.

4. *La calle que le falta a mi ciudad.* Uno podría ir enhebrando el relato orientándose con el mapa de la ciudad, a condición de no olvidar las cuadras que le faltan (pero el rompecabezas siempre está incompleto, siempre se narra un *vacío*). A mí me falta la cuadra de mi video club histórico. ¿Pueden creer? Sí: me doy cuenta de la aparente banalidad de este comentario. Pero resulta que las primeras, pudorósísimas, películas condicionadas de la adolescencia, fueron minuciosamente escogidas, manipuladas y, finalmente, alquiladas allí. No hace falta profundizar aquí en la importancia que tiene la pornografía en los años de nuestra educación sentimental. Hay cosas que no se discuten ya.

Por lo demás, hay una historia muy conocida. A un ciego célebre le ofrecen un libro que parece constar de páginas infinitas, el ciego lo compra y el libro se vuelve su único tesoro. Pero pasan las noches de su vejez, y el tesoro deviene monstruoso, hasta sentir que ese objeto monstruoso corrompe y envenena su realidad (es notoria la similitud que ostenta aquí el codicioso Borges con el Gollum de *El señor de los anillos*. Incluso física). Entonces, el ciego célebre decide sacarse el libro de encima extraviándolo en algún anaquel de la Biblioteca Nacional. Nunca más volví a pasar por la cuadra de esa biblioteca, asegura.

Tampoco yo volví a cruzar por la cuadra de ese video club. Ya no soporto a su dueña y los VHS calenturientos de aquellos años de educación sentimental ya no me interesan. Ahora Internet es el libro de arena, más expeditivo y anónimo, más barato y sensual. Sin embargo, como la arena en la hoja de aquel libro condenado, a mi cuadra le falta una ciudad.

5. *Graffiti*. Durante la adolescencia, creíamos que era super-cool dejar constancia de nuestro amor en las paredes de Resistencia. O sea: pintarrapearlas (el calitecno había *estilizado* mi caligrafía y el aerosol no era caro: costaba chirolas). Ahora, en 2013, existe “Acción Poética”: gente que interviene paredes urbanas con fragmentos de poesía, previa autorización de los propietarios. Lo nuestro no tenía un pito que ver con aquello. Debía llamarse mejor “Acción criminal”, “Delinquent Habits” o “Pichones de canallas”.

Figuritas de aquellos amores ochentosos, muchas veces pensé que sería perfectamente posible completar el álbum examinando las paredes de la ciudad, para leer atrás hay que rasquetear la pintura vigente. No faltará el poeta que nos diagnostique que en el fondo, todos somos arqueólogos frustrados intentando desenterrar enunciados nuestros tan antiguos que ya ni siquiera parecen nuestros.

La Escuela Normal (Santiago del Estero y Dónovan) y sus inmediaciones se vieron alegremente decoradas por los exabruptos de nuestro amor. Ay, desbordado corazón, inscribiendo públicamente su deseo 4000 años antes de Facebook y Fotolog con la estilizada caligrafía de Satán.

Muchos años después —luego de cierta edad comenzamos a dejar de llevar la cuenta— me tocó dar clases de Lengua y Literatura en ese mismo Colegio. A voz en pecho, tal vez acogotando una picardía cínica en el pecho, exhortaba a mis alumnos a cuidar las paredes de la ciudad. Con la espada, con la pluma y la palabra.

¿Doble moral u obediencia debida? ¿Otro incendiario que se volvió bombero?

“Resistencia es los mundos paralelos”, escribió la poeta y periodista Rocío Navarro en alguna ocasión. Las ciudades saben lo que la crónica calla. Sin embargo, por las noches los cuarentones y cirujas escanean la

ciudad y la van descascarando con los ojos. Como se descascara el deseo de la penedjada: como el aerosol en una vieja pared.

6. Paralelos y esquizoides. El cronista ¿interpela a la ciudad? La ciudad, ¿se le encarna al cronista? “En Resistencia —escribe Rocío Navarro con precisión milimétrica—, mi cama está a mitad de camino, en el centro de la manzana. Cuando duermo tengo a los pies una avenida de tres carriles y a la cabeza, una calle de tierra, perros y focos amarillos que cuelgan” (*Inhalar, resistir, expirar*, página 77).

Y después, como si este oráculo fuera una noticia de ayer: “Resistencia es una ciudad esquizofrénica donde soñar que nadamos y, al despertar, morir ahogados por la inundación”.

7. Smells like teen spirit. Hice toda la secundaria en la vieja escuela de Comercio (por calle Obligado) y no conservo de esa circunstancia ningún recuerdo entrañable. Excepto, tal vez, el autoritarismo de mis profesores, esa matriz amarga que habrían heredado de la última Dictadura Militar (estábamos en 1986). De eso me acuerdo bien. Y también, del olor a pis —toda la escuela estaba atravesada por canaletas del año de ñaupá, así que teníamos nuestra Venecia ahí, en nuestras propias narices. La matriz autoritaria. El olor a pis. Y la calentura del primer amor.

8. Los lanzallamas. Algo más descubrimos en la vieja escuela de Comercio de la calle Obligado. Descubrimos la necesidad de escribir.

La rebelión consistía en mirar la rosa hasta pulverizarse los ojos: escribíamos, escribíamos todo el tiempo —en la Olivetti línea 98 u 88, la profesora de Mecanografía a la que cariñosamente habíamos bautizado “La Osobuco” ya nos había enseñado a tipear sin mirar el teclado. Tampoco lo estoy mirando ahora—. Escribíamos como quien gatilla (o expectora). Los personajes de *Ciudad espectral*, la novela del periodista Alfredo Germignani, tienen un “Cuaderno de broncas”. Nosotros escribíamos porque era menos complicado que matar.

9. Juventud sin rebeldía, servidumbre precoz. 1990. Desde el centro de estudiantes (ese año nuestra lista ganó las elecciones en nuestra Venecia con olor a pis), decidimos, con otros adolescentes cabezudos, “vigorizar” el periódico estudiantil: sacamos cinco números en un solo año, ¡una cifra sin precedentes! (desde entonces, las revistas culturales fueron una adición perdurable: *La Rata*, *Dibujarnos de nuevo*, *Laberinto*, *Subsuelo*, *Waykhuli*, *Cuna*... Ya nunca pudimos dejar de escribir).

Ese centro de estudiantes y ese periódico estudiantil fueron nuestra excusa para conocer a Corina Silva de Pittau (escritora, docente, amiga).

“El sueño totalitario es acallar las voces juveniles”, nos explicaba pacientemente. Ya quisieran ellos “disciplinar” a los cabezudos, ya quisieran que vuelva a tronar el escarmiento. El sueño milico —ella lo sabía bien: lo supo para siempre cuando *desaparecieron* a su hijo Valentín Pittau—, el sueño de un país de “voces acalladas”.

Sabia, lúcida, tremendamente generosa, Corina, que ya era, en 1990, una señora mayor, no paraba de caminar la ciudad. Militaba andando —y así la recuerda mi madre: caminando, siempre caminando, como si la Resistencia real tuviera gustito a poco y necesitara mapear otra ciudad arriba. Como Aledo Meloni, nuestro poeta mayor.

El periódico estudiantil que ese año dirigimos tenía como lema —allá arriba, centralizada y con letras enormes—, una frase de José Ingenieros. De *El hombre mediocre*.

10. *Nadie nos avisó que no éramos eternos.*

11. *Un hada, un cisne. “Me parece que me estás apretando mucho”*. Eso me dice la jovencita (Alejandra, muy delgada, los ojos desmesuradamente verdes, un hada con naricita de cóndor), en ese baile de matiné que se hacía en la Sociedad Italiana Dante Alighieri (por calle Yrigoyen entre Pellegrini y López y Planes). Tremendo esfuerzo me había costado vestirme medianamente bien (cuando uno era heavy-metal tenía licencia para no bañarse tan seguido), infinito coraje había invertido en apretarla un poquitito. Si yo hubiese leído a César Fernández Moreno, posiblemente le hubiese dicho

permiso señorita
me permite atropellarla romperme contra su límite
me disculpará los inevitables gestos obscenos
nos encontraremos en el bar del último piso

aquí te espero empapado de vino y angustia
abrirás aquella puerta coparás el recinto
te veré natural correlato de mis ojos
avanzarás nadando por el ruido
dispuesta a estrangularme con los labios

Pero ¡estábamos en tercer año, en cuarto a lo sumo! En esa época, los lentos eran el pretexto para que las Alejandras de este mundo nos dijeran “me parece que me estás apretando mucho” y para que uno, avergonzado de vino y angustia, sintiera versos que no sabrá cómo decir. No sé, digo.

12. *Orillas*. España, Güiraldes, San Cayetano, Santa Inés y alguno que otro más. Los límites eran esos, los contornos eran claros: más allá, el Aeropuerto, paralelo 28, Reconquista. Resistencia era una estrofa de versificación cuidada. Todos mis compinches de la secundaria vivían en “los barrios”. Así que bastaba con subirse al Línea 3 para que comenzara la aventura. La noche con sus rituales. La estrategia del secreto. La luna de los piratas —que después abriría una sucursal en Barranqueras. La seducción de “la barbarie”. El Bachillerato nocturno de avenida Rivadavia al 200 y las mujeres del Bachillerato nocturno. Cómo olvidarte en esta queja, bandoneón de las orillas, si sos lo único en la vieja que se pareció a una vida. En esas orillas de Resistencia nací —muchos nacimos— por segunda vez, pero quizás no sea necesario declarar mucho más. El resto es silencio.

Ah, tiempos.

13. *Qué se puede hacer salvo ver películas*. La última película que proyectaron en el Cine Marconi (calle Tucumán, actualmente Juan D. Perón) era un documental de la banda U2. Se llama *Rattle and Hum*. Tenía una estética vintage, la música sonaba —deliberadamente— un tanto retro y la mayoría de su metraje estaba en blanco y negro (yo no sabía que esos eran signos, señales que pronosticaban lo que iba a venir). La última película del Cine Marconi era un oráculo invertido, había que leerla al revés.

Ahora hay un templo allí. Sus fieles lucen colores discretos en la paleta del marrón, como en la película, y cantan y saltan eufóricos mientras prestan testimonio a un Cristo en technicolor, algo parecido a Bono Vox.

14. *Imágenes retro*. Teníamos Kripton para bailar, Pampers para comer y toda la noche para caretear. Teníamos “El ritual de la banana”, “Mi novia se cayó en un pozo ciego” y los lentos de los Enanitos Verdes. Teníamos lentos. Nadie decía “tirar los perros”, decíamos “declarar”. No teníamos auto para cruzarnos a Corrientes. No teníamos iPod, twitter ni celular (los más sofisticados llegábamos al TDK de cromo que era una paquetería digna de ver). No teníamos danza kuduro, “cosplayers” o gangnam style. Pero teníamos *Anteojito* y *Billiken*, *Pelopincho* y *Cachirula*, Canal 13 y Canal 9 (y ni un solo canal más). No teníamos apuro ni pánico escénico, no teníamos militancia ni preservativos, ni queríamos tener. No teníamos conciencia ni temporalidad. No teníamos peatonal. Teníamos, eso sí, un cine por Güemes (entre Don Bosco y Brown), sombrío, asqueroso, irresistible, que se inundaba todo el año aunque no lloviera, que asilaba a un montón de manos inquietas, genitales impacientes y corazones llenos de orfandad.

15. *“Resistencia no es una ciudad bella, mentiría si dijera lo contrario”*. Eso leemos en la página 49 de la novela *Robles*, del periodista y escritor Mariano Quirós: “Una vez entrevisté al humorista gráfico Miguel Rep, creador de unos cuantos personajes memorables y revolucionarios en más de un sentido, durante una visita que el tipo hiciera a la ciudad, promocionando alguno de sus tantos libros. Entonces Rep dijo que le gustaba venir a Resistencia porque aquí tenía muchos amigos, pero que jamás podría vivir en semejante ciudad, plagada de mugre y miseria, en el colmo de la fealdad”.

16. *La grasa de las capitales*. Nunca seremos Corrientes. Ni Córdoba, ni Rosario, pero por lo menos ahora tenemos peatonal. Un naranja estridente y chillón como de tarjeta de crédito te encandila todo el tiempo. Y el corazón pueblerino salta en el pecho y ya no parece tan lejano el barrilete aquel que prometió la Posmodernidad.

17. *El hecho maldito de la escandalosa fealdad*. “Aquellas palabras el dibujante (Rep) las había dicho dentro de un centro cultural llamado ‘El Fogón de los Arrieros’, creado a fines de la década del 40 por un grupo de intelectuales muy antiperonista y muy progresista, inclinado a la vida bohemia; un lugar que además de convertirse en refugio exótico de la pobre aristocracia resistenciana supo convertirse también en toda una institución cultural de la provincia, un espacio ciertamente indiscutible e irreprochable.

”Fue en el Fogón de los Arrieros donde Rep dijo que Resistencia era una ciudad portadora de una fealdad escandalosa. Pobre Rep. Tan acostumbrado a Buenos Aires. Resistencia es horrible, eso está claro, pero pobre Rep, cuanta ignorancia. Cuánta ignorancia acumulada en ese Fogón de los Arrieros”. (Mariano Quirós, *Robles*, páginas 49 y 50).

18. *Tango en segunda*. Mi hermano Mario escribió alguna vez que podríamos pensar esta ciudad como un rompecabezas delirante, construido sobre *sobras de otra resistencia derrotada*. “Existen otras resistencias. Miles de resistencias desaparecieron para que ésta sea posible (...) Esas sobras, esas ciudades, interrumpidas como un tallo, reposan en un punto desconocido donde se forja lentamente otra Resistencia”.

Una crónica que no puede/no quiere curarse de autorreferencialidad. Cuando escribís sobre Resistencia sentís que ese lugar sos vos.

19. *La ciudad ausente*. “Recién entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño”. Posta, Ricardo Piglia. Resistencia

está clavada en mí, como en un tango. La siento en el latir abrasador de mis sienes.

Igual que en un sueño:

lejana y nítida.

Ardiente,

pasional.

20. *Quiere trampearle el alma.* “¿Para qué vamos a hablar de cosas que ya no existen?”, gime la zamba. Sin embargo, por aquí y por allá, la experiencia psicoanalítica, los estudios de mitologías y religiones comparadas, buena parte de la poesía, toda la hermenéutica y la fenomenología, de Mircea Eliade a C. G. Jung, de Ricoeur a Bachelard, vienen a contradecir esa intuición. Eterna y vieja juventud: somos lo que fuimos, retazo que añora, *pais que fue será*. Entonces, “¿para qué vamos a hablar de cosas que ya no existen?” Tramposa la zambita, en la pregunta esconde la respuesta. Precisamente para eso: hablamos para que existan.

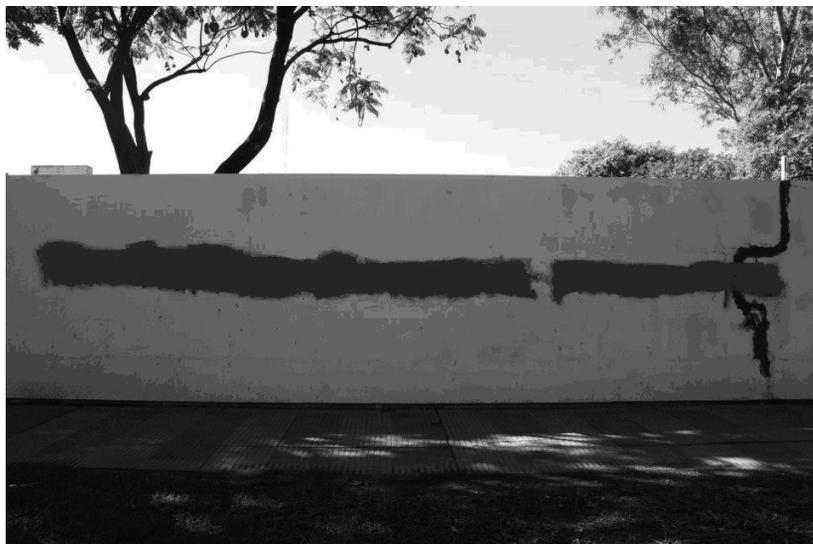
21. *A los jóvenes de ayer.* Los “perseguidores”, los cronistas, los viajeros. Los tres buscan un centro invisible, una terminal polvorienta y fea, se fugan, se evaden, se formatean a sí mismos. A varios de los que vivieron la Resistencia de aquellos años (el escritor Guido Moussa condensó esa experiencia en una sola frase: “Nosotros, Marcelo, somos sobrevivientes”), se los puede ver dando vueltas en la plaza central, cada delirante con su recorrido: de la Catedral a las tetas de la loba romana, de los insaciables Rómulo y Remo al monumento de Eva Perón, van como rumiando la nostalgia (yo los vi) como si algo en esa saliva de los ochentas les devolviera el Paraíso. No sé si lloran el pasado “como vieja en matiné”. Pero sí sé que los veo ir y venir, trabajados por el *pathos* de una melancolía pudorosa y secreta.

Hoy, sin ir más lejos. Hoy, que es 20 de marzo y llueve muchísimo en Resistencia —hace una semana que es 20 de marzo y la ciudad es una palangana anaranjada, una palangana con peatonal—. Pero no parecen pasparse, los jóvenes de ayer. Ni servicio meteorológico ni pilotines ni claridad: nadie se ahoga del todo en la memoria, pero el que se queda quietito se muere para siempre y de verdad.

22. *Yo soy un loco que se dio cuenta.* No hace falta chaleco de fuerza ni fatigar sin rumbo preciso las inmediateces del Hospital Perrando para estar loco de atar. Loco es el que recorta y pega con plasticola sobre una ciudad presente la réplica de las réplicas de un recuerdo, la soledad es un amigo que no está, loco es el que babea las calles y los nombres propios de una Resistencia que ya no existe.

23. *Cuatro o cinco días a la semana Resistencia te parece una ciudad horrenda.* Definición de horrenda: cumbiera, pegajosa, vulgar. Una mezcla pantagruélica de Comala con Silent Hill, un Tlón que cuelga de una enciclopedia inexistente toda chorreada de reggaetón: llueven 27 milímetros y media ciudad se inunda, llega el verano y se corta la luz. Cuatro o cinco días a la semana pensás que deberías irte. Pero no podés. Todavía te interesa conocer el final de tu vida.

24. *Diálogo no del todo imaginario sobre pared de Resistencia no del todo irreal.*



Fotografía: gentileza de Nuria Fleita Zaín.

rO —Me gusta pensar que siempre que tapan algo, el manchón llama mucho más la atención.

Nuria —¡¡We, sí!! Una gestión que se encarga de tachar escraches con la pintura emblemática...

Tomás —O icónica...

Nuria —O icónica, sí, de la gestión. No me digan que no está exento de cierta ironía dramática.

Tomás —Es como dice rO: llama más la atención. Y sin embargo, se lee.

rO —Es que, para colmo, la pintura suele ser tan berreta que de todos modos se puede (se logra) ver lo que decía *abajo*.

Nuria —*Abajo, antes*. Escritura sobreimpresa, para leer bien hay que raspar. También las ciudades son palimpsestos.

rO —Exacto. Resistencia del significante (que sin embargo *dice*), arteria de la alusión (que sin embargo *se ve*). ¿Cómo era aquello del *Tractatus* con lo que jodía siempre Marcelo?

Tomás —Aquello que no se puede manchar, mejor tapar. Wittgenstein aplicado a la fisonomía urbana de Resistencia.

Blanchot —Sin embargo hay otra lectura.

Tomás —Ay, cuando no, Blanchot.

Blanchot —Aprendan, ñeris. Las paredes de una ciudad podrían leerse así: hay una estratagema del secreto que, en tanto tal, sólo admite dos posibilidades. La primera: hacerse tan visible que ya no se ve.

Nuria —Como en “La Carta Robada”.

Tomás —Claro, pero en ese caso el secreto se extingue como secreto.

Blanchot —Exacto.

Nuria —¿Y la otra posibilidad, Cerebritito?

Blanchot —Elemental, mis queridos guasos: la otra posibilidad de la estratagema consiste en dar a entender que el secreto es secreto tan sólo allí donde *falta* todo secreto o apariencia de sentido.

rO —¡We, qué loco! Los síntomas de la naturalización son similares. Si *todo* es signo, *nada* es signo. Nada excitaría la pupila del cronista, porque todo es (o se le presenta como) *natural*.

Nuria —Pero, no sé, se me hace que una crónica de la ciudad debería ser todo lo contrario.

rO —Efectivamente: la crónica hace estallar la supuesta monotonía del signo. Marco Polo es el primer cronista urbano: descubre que la ciudad es un lugar de trueque.

Tomás —Pero no sólo de mercancías.

Nuria —Claro que no: la ciudad como intercambio de palabras y recuerdos, de memorias, signos y deseos. La conferencia de Calvino de 1983.

rO —Eso mismo. Marco Polo, Traveler, el turista, el cronista, el perseguidor. Es como aterrizar en una terminal fea, sucia, polvorienta, y verla (es decir, imaginarla) como a una miniatura obvia de la ciudad.

Nuria —¡Uy! Pobre Marcelo.

rO —¿Por?

Nuria —Porque me había comentado que estaba obsesionado con escribir una crónica que pudiera leerse como una variante de la ficción, en la medida en que pudiera abrir una interferencia de otro tiempo, una huella del recuerdo. Colarse por una... *grieta*, hasta confundirse con ella.

rO —¿Y vos qué le respondiste?

Nuria —Que cambie de medicación. O que se ponga a estudiar.

rO —¡¡¡Jaaa!!! Pero eso es normal en la gente de su edad. Caminan por la ciudad y pisan despacito para no lastimar la Resistencia que extraviaron.

Leen el pasado como las hojas de un relato perdido. “Podemos recordarlo todo por usted”, la sombra de Philip K. Dick.

Nuria —Podrías dictar un taller con eso, ¿no? Ponele así: “La crónica después de la andropausia”. El cronista es el Marco Polo de Calvino, pero cruzado con Seru Giran: la ciudad que ya no existe lo aturde de *paranoia y soledad*.

rO —¿Sabés que no es mala idea?

Tomás —Me quedé pensando en tu foto, Nuria. Y en lo que dijiste al principio, rO. Creo que yo tenía razón. Incluso más que Blanchot.

rO —Zarpado en humilde. ¿A ver?

Tomás —Hay que mirar despacio (o leer dos veces) para percibir lo que de tenue tiene el mundo. Los señores de la brocha anaranjada no *ta-paron* lo que decía la pared.

rO —¿No?

Tomás —No. Le pusieron resaltador naranja al mensaje original.

25. *La llama doble*. En 2007 fui papá dos veces: de mi primer libro y de mi primera hija. Me publicaron el libro, me crecieron hijas, me enterraron los muertos. La ciudad chantajea y hace trampas. Y sabe hacerlo bien.

26. *Gris de ausencia*. En alguna página de *La ciudad ausente*, Macedonio Fernández lamenta que los filósofos se interesen por las tautologías y las evidencias, pero nunca por “la realidad ausente”.

Mientras escribe estas líneas, el cronista camina sobre los restos de la ciudad en la ciudad y todos los signos parecen desafiarlo: si quiere escribir, recuerde, compadre. Pero recuerde con precaución. Escribir es comprender que lo real está definido por lo posible (y no por el ser). “La ausencia es una realidad material, explicaba Macedonio, como un pozo en el pasto”.

27. *Animamos tu fiestita*. Cuarenta años acaba de cumplir el cronista. La ciudad que lleva adentro algún día se irá con él.

28. *El tiempo está después*. Noviembre de 2012: termino “Monstruario”, mi programa en la radio del Cecual, y entre brindis y fuegos artificiales lo veo a mi amigo, el escritor y psicólogo Pablo Black. No caben dudas: me está persiguiendo. Intento escabullirme, pero no lo logro. Más vertiginoso que un buscapié, Pablo me cuenta que está planeando un libro de crónicas. “Un libro de crónicas sobre Resistencia”. Y me dice que pensó en mí, que “va a estar buenísimo” y que yo “no puedo no estar en la compilación”.

Lo miro con ternura, pero también con piadosa conmiseración. Pobre Pablito, enloqueció por completo, pienso yo.

29. *Ni muerto has perdido tu nombre.* En algún lugar, Octavio Paz señalaba que el poema es como un caracol en la arena: te lo ponés en la oreja y escuchás otras voces que hablan en él, a través de él. Por la boca del poema se expresan la lengua y la tradición, los ancestros y todos nuestros muertos. Tremenda polifonía espectral.

La semana pasada, discutiendo conmigo mismo cómo debían terminar estos garabatos, caminé por Marcelo T. de Alvear al 30 (pasando el correo, enfrente a la plaza central). Es una vereda célebre, tristemente célebre (hay veredas así en todas las ciudades del país). Me agaché (esperé a que nadie me viera) y apoyé la oreja en la vereda. Los gritos estaban ahí: donde los había dejado la última vez.

A esa vereda de Resistencia también le florecen los gritos de los fusilados —parecen margaritas tristes del último verano—, pero cada palabra que los nombra recupera, como decía Juan Gelman, la *presencia ausente* de lo que amamos, y ojalá que algo de eso pueda latir acá. Libre como el viento.

30. *Tierra ceñida a mi costado.* Aterrizás en la terminal (fea, opaca, polvorienta: una miniatura previsible de la ciudad) y comprendés que nunca te vas a ir de acá. Caminás tres pasos y Lucifer se frota —vaya uno a saber qué parte— enérgicamente todo por tu jeta, pero *te endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto*. Y ya no hace falta esconder las eLLes (como en ‘cabaLLo’, ‘LLuvia’ o ‘LLoLLÓ’, que era un juguetito que tenía Diana Maggi cuando niña). Te mimetizás con los ranchos pintarrajeados de naranja, los graffittis horrorosamente escritos, la pintoresca fonética del Guasman o los estribillos idiotas del Pacalo (tienen parlantes que cuelgan del cielo con hilos invisibles: son y serán la música funcional de nuestras vidas).

Aggiornados (“tuneados”) por el barniz de los modernos vientos progresistas, los chaqueños somos todos bien *derechos* y bien *humanos*... a pesar de que cuando otro chaqueño cruza, pongamos por caso, un semáforo en rojo, el primer insulto que se nos venga a los labios sea “¿¿¿Dónde aprendiste a manejar, indio de mierda???” —y otras delicadezas por el estilo. “Siempre me ha llamado la atención la capacidad argentina de crear soledades”, escribió hace muy poquito el poeta y periodista Juan Gelman: “la Argentina es un país de antropófagos. De sí mismos.” ¡Juas! Entonces del Chaco, mejor ni hablar. Todos estudiamos con el *Consultor Chaqueño*, todos podemos recitar de memoria la etimología del vocablo “Chacú”, algunos hasta somos fanáticos de *Tonolec*, pero no nos engañemos: pasarán décadas, siglos, hasta que se muera adentro nuestro el yuyo malo del Torquemada interior, el tánatos de la propia antropofagia, tan tilinga, tan mediopelo y tan nuestra como la sangre en el algodonal.

Y sin embargo, hay otras determinaciones que forman parte del encanto del chaqueño. Sólo nosotros conocemos las casi infinitas inflexiones

de la frase “¡¡¡Uuuuuuu, taaaaa!!!”, o las diferentes curvas melódicas del “¡¡Güeee!!” (en facebook: “Wee!!!”). Sólo nosotros entendemos la palabra “ñeri” y nadie como nosotros tiene la autoridad lingüística o la pertenencia espiritual para decirla (por eso repudiamos enfáticamente que la utilice Andrés Calamaro en una canción, porque en su boca lo ñeri destila tanta “verdad” como en la nuestra palabras como “flanêur”, “halloween”, “happy hour” o “glamour”). El lenguaje es la patria del ser: he aquí el prepotente, pintoresco determinismo del chaqueño, ¡Ante Garmaz no era “cool”! ¡Florencia de la V no tiene “glamour”! ¡Mucho menos lo tiene Betiana Blum! Por la sencilla y metafísica razón de que son chaqueños — como yo, como vos, lector—. Por la sencilla y metafísica razón de que *lo ñeri* lo llevás tatuado en los huesos y cada vez que el viento norte te sopla por dentro, ese fuego te define como un tumor enamorado. Sólo nosotros sabemos lo que es no gastar plata en pulóveres (un chaqueño jamás diría “sweater”), sólo nosotros sabemos lo que es resbarnos todo el año en nuestro propio sudor. Sólo nosotros sabemos cómo duele el ojeo, lo feo que es estar ojeado. Sólo a nosotros nos curan el empacho por teléfono, nos tiran el cuerito.

La filósofa Martha Bardaro —amiga del alma mía, luz de estas crueles provincias— me dijo alguna vez: la felicidad es un zigzag.

El Chaco es territorio poroso y cada vez que vuelvo a Resistencia comprendo que soy un poro más. Que un destino no es mejor que otro, pero que *todo hombre debe acatar el que lleva adentro*. Acá nací, acá me froto y soy frotado (porque la felicidad no está en la *mirada*, sino en el *parpadear*), acá enterré a Tandarica, acá me abrazaron mis alumnos y mi música, acá nacieron mis palabras y mis hijas, acá me pienso morir.

Germán Parmetler, Resistencia, 1981. Escritor y docente. Publicó *Los paraísos* (novela corta) y *Lagunas* (cuentos). Cantor y letrista de Cortina de humo, banda de rock. Trabaja como profesor de lengua en escuelas secundarias públicas de Buenos Aires y La Plata.

*A mis compañeros de equipo.
A Boris Doval, in memoriam.*

Tentados por la derrota

“Me preguntó si ya no hacía deporte. Le confesé que nunca más volví a jugar desde tercero. Los libros y la literatura desplazaron al fútbol.

Ella también había dejado de cantar, pero estaba empezando a tomar clases con un grupo de muchachos en un club de jazz...”

Iván Thays. *El orden de las cosas*.

“Quien redacta este informe quisiera reseñar un par de detalles menores que corresponden a la vida cotidiana...”

María Teresa Andruetto. *La mujer en cuestión*.

Roberto Fontanarrosa, entre otros escritores del siglo pasado, trabajó con la imaginación del fútbol en nuestro país. Si su prosa fue *blanca*, teatral, excesiva o desapareja, no le cabe a esta reseña. Amén lo escrito previamente, en 1997 seleccionó, integró y prologó una antología de cuentos de fútbol que aún hoy goza de éxito editorial¹. Abre ésta con una narración de fina ironía, idealista —desapasionada— de Bustos Domecq, y esconde otra profética, más extensa y mejor de Juan Sasturain, en donde, conforme corre el relato, entendemos que el fútbol del país no sólo es la ilusión masiva (“mediática”) de la que Borges y Bioy se mofaban, sino, más precisamente, una esférica sucesión de siembras, cosechas y negociados que crea a diario —de domingo a domingo— el fútbol argentino con sus jugadores, desde las divisiones inferiores².

1 Cierta vez, en la ciudad balnearia de Los Ángeles, Argentina, un joven editor de doble apellido que, curiosamente, estaba trabajando sobre un libro de crónicas de fútbol, comentó que Elvio Gandolfo, uno de los integrantes de la antología de Fontanarrosa (la contracara perfecta de éste, por cierto, no sólo por ser simpatizante de Newell's Old Boys de Rosario, sino porque poco y nada le interesa el fútbol), dijo “no sé, no le doy bola al fútbol ni a la literatura de fútbol. Lo que sí, desde que se publicó esa antología, nunca dejé de cobrar”. Afortunado de él, y de su editor, que pueden contarlo.

2 “Esse est percipi”, de Bustos Domecq y “Campitos”, de Juan Sasturain. En éste, el *Papa* Torres sostiene que no hay que llamarlas divisiones “inferiores”, sino “menores”, porque “es una simple cuestión de edad, no de aptitud”. Hay también entrambos cuentos diferentes percepciones del problema de la *extensión* (tema tan caro a Sarmiento, como cita Sasturain). Una extensión positiva (siempre que, como con todo recurso, se proteja y controle su usufructo) en el caso de Sasturain; y una perversa ilusión de complicidad con los clubes (sus dirigentes, su territorio, y las imaginaciones de los hinchas) en el caso de Bustos Domecq. En la actualidad ya se convive con ese espectador de fútbol psicótico y cómplice diseñado por la máquina chicata y yogurtera de Borges-Bioy Casares. Siguen siendo misteriosos el juego y la “heterotopía de crisis” (Foucault) que aún son las divisiones menores (“las inferiores”) en el universo del fútbol.

En el libro, el seleccionador y prologuista advierte a los “aficionados viriles” que en la antología habrá tres mujeres: Valenzuela, Heker, Fernández Moreno. La elección de los editores fue quizá contra la simple idea de que el fútbol es “deporte de hombres” (¿o suenan los apellidos de las escritoras, dichos así de corrido, a una buena delantera o mediocampo, en un esquema 4-3-3?). En la última década del siglo pasado nuestra ciudad vivió, para muchos, sus mejores y sus peores años, al menos en lo que afecta al fútbol³. Principalmente, por el ascenso y caída de Chaco For Ever de la Primera “A” y del Nacional “B”. Entonces hubo aquí, en nuestra ciudad, como en la susodicha antología, tres escritoras que adscribieron en aquella década a la literatura de fútbol, si tal género literario tiene lugar⁴.

No era lo más novedoso del trío que fueran mujeres las que escribían relatos y poesías “futboleras”, ni que lo hicieran desde una ciudad como ésta que, si bien capital de provincias, se halla en la denominada periferia del litoral argentino (ni que sea Corrientes). El hecho “original” tampoco residió en la calidad de sus escritos. La crítica y sus pocos lectores coincidieron: las tres, cada una con su estilo —se formularon ellas mismas—, eran “malas escritoras menores”. Lo inédito —capcioso vocablo para referirnos a ellas— fue que esa generación de literatas trina y fugaz supo (à la popular y desde la platea misma del más popular de los deportes) cómo crear dudas y hacer dos preguntas incómodas, no sólo a escritores

3 Aunque la nota llegue tarde y tal vez sea redundante, nos referimos en esta reseña al deporte conocido como *soccer* en los Estados Unidos, también *balompie* en España, o *calcio* en Italia. *Football* para los ingleses, que fueron, según la Historia, los creadores o inventores. Aquí, donde hablaremos para siempre una variedad del inglés (Chaco For Ever), lo llamamos fútbol, o fulbo. En *Evaristo Carriego*, recordando un año también mítico para el nacimiento del fútbol en nuestra ciudad (la protohistoria de la rivalidad entre For Ever y Sarmiento, la lid entre hermanos), Borges escribe: “Mil novecientos doce... Ya la gimnasia interesaba más que la muerte: los chicos ignoraban el visteo por atender al football, rebautizado por desidia vernácula ‘el foba’. Palermo se apuraba hacia la sonsera...” ¿Quién hubiera podido decirle que el bardo vendría cuando, so pretexto de la gimnasia, regresaran los intereses por las muertes?

4 Aunque para Martín Caparrós el género de la literatura futbolística no resulte atractivo, porque no tiene nada que hacer frente al “relato” que es de por sí el fútbol (“frente al relato del fútbol, lo demás es un metarrelato menor”), Alejandro Dolina sintetizó en un párrafo de contratapa, a modo de prospecto barrial, ciertos pormenores del género: “Falta muy poco para que los más reacios terminemos de admitir el nacimiento de un nuevo género literario: el cuento futbolístico. No se trata simplemente de la elección del tema. Con firmeza, se van perfilando regularidades que, si tenemos suerte, se van a convertir en rigores ineludibles. Señalo algunas. El lenguaje realista, que mezcla los mejores hallazgos del periodismo cachador con las desmesuras de la tribuna. Los personajes son siempre muchachos jóvenes, urbanos, deseosos de encontrar destino para unos fervores y unas lágrimas que están atrancados en la frialdad de la sociedad industrial. El ansia de algo sagrado en un mundo profano y banal los arroja en brazos del fútbol. Y el fútbol, con su despliegue chillón de metáforas heroicas, les permite soñar que aún existen cuestiones de honor. Como en las novelas de caballería, el conflicto principal se resuelve en triunfo o derrota. Nuestro goce de lector se entevera con la ansiosa emoción del hincha.” Esta reseña, desde la mirada pícaro y saltona de Dolina, contaría con ciertas regularidades del género (sobre todo por las “lágrimas atrancadas” que cada tanto se sueltan), dudosamente el heroísmo. Meta relato y meta relato, decimos, con Caparrós.

y artistas de la ciudad, sino a la gente del fútbol e, indistintamente, a la comunidad toda. ¿Qué era, en primer lugar, ser un “buen escritor” (por consecuencia qué serlo malo) en la ciudad?; ¿y qué era, en un segundo tiempo, también aquí, ser jugador de fútbol?

Las tres leyeron al mismo tiempo la antología de Fontanarrosa. Años antes ya se habían aplicado al género. Afirieron, con Dolina, su existencia y “por ser hijas de su tiempo”, tal como explicaron en el manifiesto “Canchera” (del que no hay copias, pues hicieron sólo una, manuscrita, que leyeron en el entretiempo de un Regional - Central Norte, en Villa Libertad, desde unos altavoces montados en la tribuna visitante del estadio del Expreso —la que da a Lisandro de la Torre—, un año antes de que Central Norte descendiera, en el 94. Por entonces, el Ferroviario tenía suspendida su cancha, el viejo estadio de tablonos en Franklin y Colón. Allí las escritoras quemaron las hojas, fumando en chala, horas después de su lectura en el partido, en el centro mismo del campo suspendido) como recuerda con otras palabras una de ellas: “Por ser el tiempo del fútbol televisado, a nosotras no nos interesaba la clandestinidad, pero tampoco le pedimos nada a nadie. Nosotras hacíamos literatura de fútbol, como una compañera futbolista entrena y muchas veces trabaja de otra cosa o, sencillamente es mantenida por sus padres o por su pareja. ‘Nosotras escribiremos como sea’, esto es literal, así lo dijimos en “Canchera” en Regional, por la literatura regional: ‘escribiremos poesías y relatos cuyos dramas y personajes tengan que ver con el fútbol en la ciudad (y la *ciudad* es también Barranqueras, el Tirol, Fontana y Vilela) y los amores de todo tipo que despierta, que despierta luego de un sueño en el que uno, como hincha, hace un gol y abraza al hombre de sus sueños, o sea su jugador favorito, y se siente invertida y desesperada. No evadiremos los problemas. Pero gritaremos los goles, aunque hayamos jugado previamente en el equipo contrario. Como el que escucha las dos campanas, patearemos para los dos lados. Tomaremos por caso los vicios del fútbol. Investigaremos sus miserias a nivel local, para enfocar, como en “El Matadero”, este simulacro en pequeño del fútbol nacional y la sociedad argentinos de hoy”. Como sucedió entonces, las tres supieron recoger aplausos entre el público, en actos, recitales y reuniones.

Quien recuerda las palabras del manifiesto es Ana K. Soria (seudónimo para Aliana Carmen Canasori), “la Soriana”, como le decían sus compañeras de equipo. De las tres, es con quien más veces dialogó quien reseña —la única que le concedió una entrevista. Ésta tuvo lugar el año 2010, en Olivos, provincia de Buenos Aires, donde actualmente reside. Desde ésas, sus palabras, surge lo que aquí se escribe.

En 1991, Aliana era una estudiante avanzada de medicina. Por entonces, luego de leer los cuentos de Chejov y una biografía de Chejov, quiso

ser médico y escritora como Chejov (“todavía no era residente en la estética clínica de William Carlos Williams”). Decidió firmar como Ana K. Soria y se lanzó a escribir chejoviana. Pronto, sin embargo, comprendió la magnitud de su anhelo, pero no se desanimó, sino que tuvo paciencia y supo conformarse con aprender a curar y escribir ficción, como pudiera hacer cada una de esas cosas. Aún era joven, pero ya le inquietaba no tener definida la rama de la medicina en la que se especializaría. Todavía era, como dice ella, “poco avispada, ni siquiera romántica”. No hubiese creído, por ejemplo, que el arte podía enfermar a alguien. Tampoco piensa así hoy. “Perseverar la mayor cantidad de tiempo con salud, sin desconocer lo otro”, es para ella la tarea del artista. De su personalidad, como Almafuerte, halaga —modestia aparte— su “obcecación asnal”. “No está lejos la obsesión anal”, bromea.

En aquel 1991, como se dijo, Ana quería estudiar, escribir, trabajar. Tenía fe en los buenos resultados. Así que tentó la búsqueda de lo nuevo y aprovechó las letras de su apellido para elegir un seudónimo que, dicho al revés era, salvo por la letra final (morfología del género), el apellido de uno de los narradores más importantes de la literatura de fútbol en nuestro país: Osvaldo Soriano. Así —por un juego de palabras y otro de pelota— Ana K. Soria tuvo sus primeros acercamientos a la literatura y al fútbol (más tarde sacaría la “K” del seudónimo porque “sonaba ‘casoria’ y me volvía matrimonial”). Por entonces, Ana también comenzó a visitar el club Central Norte Argentino, por ser éste cercano a su domicilio paterno, ubicado en la calle Leandro N. Alem, de Villa Centenario. Quien reseña la conoció en el club. Por ese entonces, él tenía once años y jugaba en la séptima división, bajo la dirección técnica de don Gutiérrez.

Hombre nacido en 1926, año de la fundación del club, jubilado del ferrocarril y, para la década que nos convoca, con panza, testa calva y bigotito blanco, don Gutiérrez tenía a su cargo en 1991 la séptima división de Central Norte. Vivía en Villa Don Enrique, cerca del polideportivo del Club Municipales, donde también se jugaban partidos de inferiores y donde comenzó a brillar quien para tantos (como para quien reseña) es la máxima gloria de nuestro fútbol: Cristian “Pipi” Giménez. Podrán decirle: “No, señor, no es así. Si ahí están Mingo Roger, Nelson Martínez, Valussi, Pepe Lestani, Ñeco Murguía, Tronco Gamarra, Mussimessi (el arquero cantor), o Nonín (mejor cantor que Mussimessi), Richi Soto, Cacho Stabile, Víctor López, o su hija, la Gringa...”. A estos otros se les puede responder con una pregunta provocadora y exitista, ¿fue alguno de ellos, o la Gringa, campeón del mundo? Pipi Giménez sí. Con el Boca Juniors de Carlos Bianchi. Cierto que Bianchi —como el DT— no es garantía de todo (aunque, como hacen algunos rockeros pudientes, él habría practicado transfusiones de sangre en sus jugadores para darles vigor, lo que no

disto del vampirismo futbolístico). Quizá Pipi (o su división) sea vampiro, pero hoy es orgullo del fútbol ciudadano por constancia en el entrenamiento, por respeto a sus comienzos y por saber cambiar de posición en la cancha —comprender no sólo su función sino la de todos en el conjunto.

A sus once años, Pipi ya era de esos jugadores que llaman “distintos”. Era el delantero central de la séptima del club Municipales y tenía una gran potencia con la pelota dominada, en el remate y el cabezazo. Dejaba a los rivales, como lo había perfeccionado Maradona (y hoy Messi), “clavados como un poste” (sólo Nonín, cuentan, era algo parecido en velocidad y en el patadón, pero no le gustaba cabecear). Además, cuando a todos los chicos les cortaban el pelo —el káiser Pasarella ya dirigía River Plate y promovía públicamente el corte de pelo al jugador de fútbol, porque, decía, era “molesto y el jugador se la pasa tocándose” — Pipi, en cambio, lucía flequillo y una melenita rubia que le tapaba la nuca. Caminaba en puntas de pie y había algo equino en su prestancia (quizá las crines de alazán). Así llevaba a su equipo a la victoria, como un pequeño capitán con experiencia. La séptima división del club Municipales de las temporadas 91 y 92, por Pipi Giménez, ya entró en la historia de la Liga Chaqueña de fútbol (no sabemos si otra séptima división lo hará). Luego vendrían para él For Ever, Boca Juniors, Independiente. Hoy trabaja en México, en el Cruz Azul. Pero a esta reseña sólo le incumbe el niño que dejaba de serlo (el Pipi de Municipales). Y don Gutiérrez, Central Norte y, más adelante, Ana Soria...

Don Gutiérrez era un entrenador de la vieja escuela⁵. Esos que creen, no sin lógica, que para jugar al fútbol sólo hay que jugar y jugar partidos de fútbol. No le daba a la preparación física la importancia que tenía para los entrenadores más jóvenes de esos años (la preparación física para don Gutiérrez era jugar, justamente). Primero se daban tres, cuatro vueltas a la cancha, después se formaban dos grupos enfrentados, en hileras, a treinta metros uno del otro, con don Gutiérrez en el medio. Cuando hacía sonar un pito que llevaba colgado al cuello, había que avanzar hacia él, ora levantando los muslos, ora llevando talones a los glúteos. Según se daba vuelta don Gutiérrez, el grupo que quedaba a sus espaldas aprovechaba para avanzar sin el ejercicio, o aplaudir, para simular el choque de las palmas de las manos contra las piernitas. Luego, por fin, venía el partido. Don Gutiérrez encendía un cigarrillo —fumaba Colorado—, se secaba el sudor de la calva y daba una larga pitada. Entonces quedaba mirando un

5 Quien hubiera practicado con otros entrenadores de la vieja escuela también podría escribir sobre ellos como aquí se hace con don Gutiérrez, por emotivo conocimiento de quien reseña. Nicomedes Parra, en Regional; Puchito Báez (tipógrafo) o Valenzuela, en For Ever; o Ramón “Candado” Sánchez, en Don Orione, todos entrañables de la vieja escuela.

punto fijo. No siempre el mismo punto. A veces era el suelo, otras el horizonte, o perdía la vista entre sus jugadores. Se quedaba como traspuesto, más o menos veinte segundos. Muchos se hacían los tontos, o hablaban entre ellos, para no estar atentos al viejo y ver qué le sucedía en esos segundos. No era el caso de quien reseña, que lo miraba con atención. Un instante larguísimo. Hasta que llevaba la mano con el cigarrillo a la frente (la cabeza le echaba humo) y recién entonces daba el equipo.

Primero mandaba a los arqueros, uno a cada arco. Luego armaba las defensas y las delanteras. Último el mediocampo. A quien reseña lo hacía jugar de stopper o lateral izquierdo, pero a veces también lo ponía de cinco, así que lo elegía siempre entre los primeros o los últimos, y esto, un poco, le daba ansiedad. Todos en su familia —abuelo, padre, tíos y hermano— han jugado al fútbol en la Liga Chaqueña, y él quiso parecerse en algo a ellos. La ilusión, los nervios y la alegría que sintió al entrar por primera vez a un partido oficial (en la cancha de Vélez, en Fontana), no volvió a sentirla hasta que volvió a entrar a la semana siguiente, en la misma cancha, y luego semana tras semana, en todas las otras canchas de la Liga, por mucho tiempo. Perdió cancha después, y también la ilusión, pero ésta y aquéllas volverían a seguirlo. Esto, en su vida, se debe en parte a don Gutierrez, que confió en él. Luego llegaría un momento en que don Gutierrez dejaría de confiar en sí mismo para estar solo frente a esa séptima división. Entonces llamó a otra persona para que lo ayudara en los entrenamientos.

Se entrenaba a la siesta, de dos a cuatro. Es decir, quien iba turno tarde a la escuela, lamentablemente, no podía jugar en la séptima de Central Norte. Por el clima que aquí tenemos, lo más frecuente era correr al rayo del sol, rojos de calor, pero dando al cuerpo una docilidad para la resistencia —los músculos y la respiración— que los jugadores de fútbol de esta ciudad deben tener. A quienquiera jugar al fútbol aquí (en el mundo) le conviene entrenar constantemente de dos a cuatro de la tarde. Soportar los cuarenta grados promedio (40°C) y aprender a darle y no cansarse. Saber cómo correr y cómo pensar con la pelota, en medio de una masa de agua y aire calientes que no permite avanzar con normalidad (y a nivel del mar). No hay otra manera de lograrlo que acostumbrar el cuerpo, desde chicos, a dominar esa barrera de calor húmedo.

Sin embargo, la siesta en que don Gutiérrez presentó a Pichón —tal el alias del que lo acompañaría en los entrenamientos— el cielo estaba nublado y hacía frío. Era otoño y en la ciudad suele haber años que hace más frío en otoño que en invierno. Algunos estaban vestidos con joggings y Pichón les pidió que se pusieran pantalones cortos. “Al fútbol,” agregó, “no se juega con pantalón largo.” Su voz, chillona, fuerte y pulmonar, no era la voz ahogada, dulce y rasposa de don Gutiérrez. En un oficio que, como el

de cantor o docente, despliega potencias inesperadas en la voz, Pichón era otro tipo de técnico. Si don Gutiérrez era un técnico cantor, Pichón sería un técnico docente. Antes de empezar a jugar con él —porque con él también se jugaría— había que conocer normas, como la del pantalón largo, para que “la enseñanza-aprendizaje” del deporte diera buenos resultados.

El cambio más notorio en los entrenamientos no tuvo que ver con lo físico específicamente (correr, hacer abdominales, piques, etc.), sino con algo más básico para la práctica, pero, hasta ese momento, también más escaso o desconocido. Pichón había traído consigo dos grandes sacos de lona atados en la punta con cuerdas que, quien reseña, antes solamente había visto usar a los marineros que esperaban abordar sus barcos en los muelles (y a éstos en las ilustraciones de sus libros). En esas dos lonas acordonadas que descansaban a un costado, Pichón traía el fútbol. Allí las están viendo, abajo, redondas —el fútbol. Hasta que llegó él, la mayor cantidad de pelotas juntas que había visto nuestra séptima eran dos: una para cada equipo, para probar al arquero antes de comenzar el partido. Eran además pelotas viejas, desgajadas, con protuberancias en el cuero. Con Pichón llegaron, en cada bolso marinero, cinco nuevas *Nassau*. Diez en total, más los dos bofes que tenía don Gutiérrez bajo los brazos, hacían doce pelotas: casi una por cada dos de los veintisiete chicos que entrenábamos en esa séptima división. Así comenzó el “trabajo con pelota”: anticipos, cabezazos, centros, tiros al arco, dominio, ejercicios diferentes para los arqueros, además de una preparación física en general más rigurosa y la atención puesta, particularmente, en la elongación de los músculos luego del ejercicio. Por primera vez nos sucedía la experiencia —la imaginación— de lo que podría ser un entrenamiento de primera, de las tareas de los jugadores, las fuerzas del cuerpo y las posibilidades con su principal herramienta de trabajo: la pelota.

En poco tiempo (un mes), el equipo comenzó a funcionar como una maquinita. También empezamos a juntarnos en el club de noche, una vez por semana, para comer un guiso entre todos. Así se afianzaron las amistades y el compañerismo que ya había en el grupo con don Gutiérrez, y es sabido que sin ese lazo humano un equipo puede ganar, incluso gustar, pero algo falta. Amistad y compañerismo, en efecto —o con comba. Y, de paso, se gambetea la costumbre deportiva de la “camarilla”. Ahora, pensándolo a la distancia: si don Gutiérrez tenía una forma de entrenar y Pichón otra, ¿no hubiese sido normal que algunos jugadores nos hayamos inclinado hacia uno y otros hacia el otro, y comenzar entonces con las escisiones en el plantel? Podría ser, pero a los once años uno sólo quiere jugar y aún no se fija demasiado en las actitudes de los adultos ni en la forma de juego que proponen los técnicos, ni en derrocar a nadie. Ni hablemos del dinero. Pero sí de fama. Pichón y don Gutiérrez no

trabajaban en esa séptima para desacreditarse. Por más que a uno, tal vez, no le gustasen las formas de conducirse del otro. O viceversa. Trabajaban juntos con un grupo de chicos que se hacían amigos, y querían ganar. Por eso, hablemos de la fama.

No obstante esa falta de reparo en las conductas de los grandes, una actitud de Pichón sí convocaba cierta simpatía en el equipo. Para la época en que se hizo ayudante de don Gutierrez, Pichón era un hombre de cuarenta y tantos años. Era empleado de Correos, pero había sido pasado a retiro (o sea que ya no era empleado). El Estado prefería indemnizar a asumir la protección social, y comenzaba a justificar —como siempre— el trabajo en negro. De joven, en la época en que los clubes de la Liga daban trabajo y buenos premios, Pichón había sido goleador en Central Norte. También había jugado en For Ever. Siempre había vivido, como la mayoría de los jugadores de su generación y la generación anterior, dentro de la llamada “cultura del trabajo”. A comienzos de la última década del siglo, Pichón, como tantos en esos años, se había quedado sin su “cultura”, y, visto desde el aquí y ahora, quizá llegó a Central Norte para mostrarnos el “trabajo” en el fútbol. O quizá sea esta una imagen hartó sublime. Más verosímil es creer que, al estar desocupado, tenía que *hacer* algo, salir de su casa, y qué mejor que hacer algo relacionado con lo que más le gustaba en la vida: el fútbol. Entre los veteranos de Hindú (con quienes Pichón también había jugado) decían, con sarcasmo, que más que el buen juego, promovía el amor propio, pero con un carácter podrido.

Pichón tenía un hijo que se llamaba Bernardo y que también jugaba en la séptima de don Gutierrez cuando éste trajo a su padre para que lo ayudase en los entrenamientos. Debe ser difícil ser el hijo del entrenador. Es cierto que Pichón no era el entrenador de la séptima, pero pronto se ganó el respeto del grupo y se lo estimaba como si lo fuera. Don Gutierrez, mientras tanto, aprovechaba para quedarse por más tiempo como se quedaba antes de dar la formación de los equipos, traspuesto, pitando, con la vista en un punto fijo. Al encargarse Pichón de los entrenamientos, don Gutierrez tuvo mayor libertad para pensar, ¿pensar en qué?, en el juego que quería. Bernardo, como era de esperarse, no tenía el puesto asegurado ni ningún tipo de privilegios en el equipo. Es más, siempre iba al banco de suplentes. Aún así, Pichón marcaba una diferencia con él. Y esto, paradójicamente, nos hacía sentir a todos iguales. Con todos era riguroso y también sabía cómo arengar a cada uno para que diera lo mejor de sí. Tenía, asimismo, el carácter podrido que decían los veteranos de Hindú. Paciencia corta y puteada fácil. Pero con Bernardo se ensañaba particularmente. En los entrenamientos le decía cosas como: “¡Corré, croto!”; “¡Marcá, inútil!”; o “¡Andá a patear las bolas de tu viejo!”; y a todos en el plantel —tal la actitud que convocaba nuestra simpatía— nos hacía

reír. A Bernardo, aparentemente, tampoco le caía mal, y también se reía y seguía yendo a entrenar y se esforzaba. Hoy se puede decir que ha sido un verdadero hijo del rigor, o de la “cultura del trabajo”: por más que le haya costado el estudio, de esa séptima fue el único que llegó a jugar en primera y, como su padre, se ha convertido en ídolo de Central Norte. Lo contó Mojarra Montenegro, durante el último partido de Central Norte que fue a ver quien reseña⁶.

Ya avanzado el campeonato de aquellos años 91/92, nuestra séptima peleaba el título con la de For Ever y con el Municipales de Cristian “Pipi” Giménez. Para sorpresa del equipo, al promediar la segunda ronda, en los entrenamientos el trabajo con pelota fue menguando y regresaron las prácticas de don Gutiérrez. Aunque de modo distinto. Media hora de ejercicio físico con Pichón (de acuerdo con la decisión del técnico) y luego don Gutiérrez volvía armar los equipos como antes (arqueros, defensa, delanteros, mediocampo) con dos pelotas (no los bofes, por suerte, sino las *Nassau*) bajo los brazos.

Un día explicó el nuevo ejercicio: jugaríamos, por primera vez en nuestras cortas vidas, a dos toques. Si podíamos, de primera. Hubo protestas. Se le pidió que volvieran las doce pelotas, sobre todo por el buen resultado que esto nos daba con pelotas detenidas (ya aparecía, para algunos, la especulación táctica en nuestra reciente vida futbolística), pero Pichón llamó a silencio, y don Gutiérrez supo cómo echar por tierra el reclamo. Dijo: “¿Con cuántas pelotas jugamos los partidos? Al fútbol se juega de muchas maneras, pero con una sola pelota nomás. La pelota tiene que correr más que ustedes. Si no, jugamos a los centros, al pelotazo, a los tiros libres. Ya sabemos cómo dominarla, cómo recuperarla, cómo correr y cambiar el aire. Ahora hay que llevarla a los pases hasta el otro arco y meterla. A dos toques nomás. O uno. Seguro el pase, al pie del compañero. No tirarla a la bartola. Eso no. Vamos a probar a ver qué sale. Y cuando suene el pito, comenzamos desde donde deja Pichón la otra pelota, y cuando vuelve a sonar comenzamos con la mía de vuelta, y así.”

Costó los primeros minutos, pero a la media hora los dos equipos, titulares y suplentes, sabíamos qué hacer. Pichón ordenaba las marcas y les mostraba a los delanteros cómo poner el cuerpo; don Gutiérrez explicaba cómo usar el amague y cómo jugar sin la pelota para marcarle el pase al que la tenía (lo que se dice, desmarcarse). Después de dos o tres entrenamientos no se quería jugar de otra manera (así jugábamos todos y nadie se quedaba con la pelota más tiempo del necesario; los defensores no resumían su juego en rechazos, ni los virtuosos en la gambeta, ni los veloces en los desbordes), pues todos en el equipo cooperábamos: aprendimos a jugar

6 Central Norte 3 – SAMEEP 3, año 2011, cancha de Central Norte.

“a los toques”. Le ganamos 3 a 0 a Defensores de Vilela, en su cancha; a San Fernando ¡12 a 0!; a SOITA 5 a 1, en Tirol.

Contra For Ever, en el primer tiempo, las cosas no salían (encima nos habían ganado 2- 0 en la primera ronda, y llegábamos esperanzados con eso de que “el fútbol siempre da revancha”), ellos la jugaban con más claridad y a nosotros no nos salían los pases como en los entrenamientos ni encontrábamos la forma de entrarles con el pelotazo (faltaban un par de años, más fuerza en las piernas y maña en la cabeza, para que aprendiéramos a jugar al pelotazo o al *off side*). Nos abatamos. No sabíamos qué hacer —como si tuviéramos calzados bloques de cemento en vez de pies en los botines. En el entretiempo, a los gritos, Pichón le pegó una piña a la puerta de chapa del vestuario. Quedamos callados. “¡Podemos perder porque las cosas no salgan, o porque no metamos los goles o no tengamos suerte, pero no por maricones! ¡Hay que meter la pierna, hay que correr, anticipen, no hay que dejarlos moverse, porque si jugamos como hasta ahora nos meten treinta! Agradezcan que ya no nos metieron.”

¿Por qué Pichón dijo “nos metieron”? ¿Por qué no dijo “agradezcan que ya no les metieron”, si, en fin, éramos nosotros los que jugábamos, los que estábamos en la cancha? No era difícil de entender. Don Gutiérrez no amonestaba ni gritaba como Pichón. No por eso lo mejor y lo peor sigue siendo relativo, más para un equipo. Don Gutiérrez se sentía tan parte del equipo y trabajaba tanto como le era posible, como Pichón y los padres y los dirigentes y cada uno de los jugadores. Un equipo es todo eso, y hoy sigue siendo la forma más óptima de conseguir la victoria. “Vamos chicos, metan goles”, sintetizó don Gutiérrez antes de entrar al segundo tiempo. Éste tampoco lo jugamos bien. Pero lo dimos vuelta: ganamos 2 a 1, con dos goles del Zurdo Gómez, el mejor del equipo. Dos cosas se comprendieron entonces: que siempre es bueno tener un crack (como el Zurdo) en el equipo, y que, como dicen en Achával, “cuando la técnica no sale, tiene que salir el temperamento”. A la semana siguiente jugaríamos contra Municipales, el equipo de Pipi Giménez. Llegábamos “motivados”, valga el lugar común. El Zurdo Gómez vendía diarios y la madrugada del domingo, al día siguiente del partido con For Ever, se cayó de la bicicleta y se quebró un brazo. Las lenguas malas dijeron que el sábado no había dormido y que al momento del accidente estaba borracho. Lo único cierto es que era un jugadorazo (llegó hasta la tercera de Estudiantes, y aún creo que podemos verlo en la canchita del Obrero, en Villa del Carmen), pero a sus doce años no iba seguido a la escuela y vendía diarios para ayudar en la casa.

Contra Municipales jugamos un gran partido. Como siempre, fue un sábado de mañana. Éramos visitantes y hacía mucho frío. Don Gutiérrez fue en su *Siambretta* al club (tan cerca que estaba su casa del polideportivo de Villa Don Enrique). Tomó mate cocido con Pisisé y Cementerio en la

casilla de chapa bajo la tribuna. Hablaron de Menem y de los ramales que paraban y cerraban. Ese día, quien reseña había ido en bici, más temprano, y esperó ahí con ellos mientras llegaban sus compañeros. Rechazó la invitación de Pisisé a mate cocido. Ya había desayunado en casa. Luego fue llegando el equipo y Don Gutierrez estuvo en el vestuario mientras sus jugadores se equipaban. Dio las camisetas, hablaron con Pichón cuando llegó. Una vez listos, nos ubicaron en los autos de los padres y salimos hacia el polideportivo de Villa Don Enrique (aún no alquilaban el camión volcador para los traslados de todas las divisiones). Don Gutiérrez volvió a salir en su *Siambretta* hacia allá, pues, pensaba, se quedaría en su casa luego del partido. La cancha del poli de Villa Don Enrique, como de costumbre, estaba dura y poceada, con tocones de pasto (tacurús) en las áreas. Además había caído la helada y el pasto en los costados tenía escarcha. Estuvo resbaladizo al principio, hasta que lo fue secando el sol. Perdimos 1-0 sobre la hora. El gol, por supuesto, lo hizo Pipi Giménez. Quien reseña venía jugando de stopper, así que fue el encargado de marcarlo. Habíamos trabajado la marca personal toda la semana previa al partido. De tan atentos que estábamos a esto, nos olvidamos del juego con la pelota. Éste, sin embargo —inconscientemente, o por educación física y técnica— salió mejor que nunca. No los dejamos jugar (además del celoso marcaje al hombre, confieso haber apelado a históricos y sucios recursos: el insulto al oído del rival, por ejemplo, el dedo al culo, o bajar los pantalones cuando el árbitro no ve —por suerte se jugaba sin linemen). Cuando la teníamos nosotros, la movíamos por toda la cancha casi como en un entrenamiento, a dos toques. En el primer tiempo erramos dos mano a mano. Rulfino —un wing suplente cuyo padre, flaquito como él, lo alentaba con voz de pito y corría por la línea junto a su hijo, para fastidio de éste— entró de titular y tiró dos centros que por poco terminan en gol. El segundo pegó en el travesaño. Entonces su padre sufrió un desmayo. Llamaron a Emergencias. Esto no le importó al hijo, que siguió jugando mucho más tranquilo. En el entretiempo, contarían luego, Pipi lagrimeaba de bronca. No quería entrar al segundo tiempo. Pero entró. Sobre el final del partido subimos a buscar el triunfo —aunque nos servía el empate— y en un contraataque confuso, entre el picadero que era el mediocampo y una carambola de rebotes afortunados para ellos, Oveja, su lateral izquierdo, se hizo con la pelota. Libre, por esa franja, la llevó hasta el fondo. Tiró un centro malo, pero nosotros volvíamos a contrapierna. Le quedó mal a Pipi, y le pegó, mal también, pero con dirección. La pelota fue de rastrón y dio contra un tacurú del área chica. Suficiente para desviársela a la Flaca López, nuestro arquero, que gritó como loca cuando la pelota le pasó por el costado y se le metió despacito en la red. Con esa única llegada consiguieron la victoria —“¿así es el fútbol?”, se preguntó quien reseña por primera vez. “Así

también”, se respondería luego. No siempre gana el mejor, sino el que hace los goles. Nos entristecimos, algunos (como quien reseña) hasta las lágrimas, pero comprendimos. A la semana siguiente, en caída, perdimos contra Sarmiento. Municipales ganó su partido y se consagró campeón. For Ever también hizo lo propio y se alzó con el subcampeonato. Terminamos en el tercer puesto. Fue lo más cerca que estuvimos aquellos jugadores, como equipo, de ganar un título de la Liga.

Ana Soria se inspiró en la gesta trunca de esta séptima (la única en el club que por esa época peleaba un campeonato) para escribir su primer relato de fútbol, en los primeros días de verano de 1992. Solía ver los finales de nuestros entrenamientos, antes de que entrara la primera división al suyo. Casi no nos vio jugar en partidos oficiales (pero conocía de la campaña y fue al partido contra Municipales y eso ya fue suficiente para su creación). De historias del fracaso —sabía por sus lecturas de Chejov— está hecha la literatura. Esta primera narración de Ana Soria era una falsa crónica del campeonato de un equipo imaginario llamado, sin demasiada imaginación, Central Ferroviario. El equipo jugaba en la primera división de la “Liga Chaqueña” y formaba con jugadores que llevaban nuestros mismos apellidos (hasta fotocopió planillas e informes de los árbitros de la séptima). El cuento se titulaba “Tentados por la derrota” (quien reseña lo leyó mecanografiado) y contaba, a grandes rasgos y con personajes mayores de edad, lo que se contó en esta reseña sobre la séptima división de Central Norte, la de Pipi, etc. Sólo que al final, ya de vuelta del partido contra Municipales, sentados en el acoplado del camión volcador, uno de los jugadores cuenta un chiste (el chiste no se cuenta en el relato) y los demás se ríen y se ríen y no pueden parar de reírse. Así termina. Con los jugadores tentados de risa luego de haber perdido el partido más importante de sus vidas. La metáfora y la fábula se lograban al final, pero estaba escrita con una cadencia un poco sosa, que invitaba a dejar la lectura a los primeros dos párrafos. Comenzaba, sin suspenso: “La mañana en que perdieron, perdieron por uno a cero. Uno de ellos, Berna Canavessio, que era hijo del entrenador, tenía un agujero en la camiseta. Se le veían la tetilla y las costillas, y reía luego de la derrota. Destetado (de su padre) y descostillado (de risa), ¿cómo puede ser?, ¿riéndose luego de la derrota? Mejor contémoslo en orden y lo entenderemos mejor... El primer equipo de Central Ferroviario había mejorado, eso es seguro...”.

Luego del partido contra Municipales, quien reseña ha contado que lloró con algunos de sus compañeros. Omitió referir que más tarde hubo choripaneada en el club y la burla venía de quienes no habían llorado para con los llorones. Admito que me gustaría no haber llorado, pero al mismo tiempo sabía —sentía— que el que lloró por la derrota era yo mismo (quien reseña). El fútbol era más que un juego, y los otros, pese a que había

llorado, igual me respetaban y querían. Esa vez, don Gutiérrez no se quedó en su casa de Villa Don Enrique. Volvió nuevamente a Franklin y Colón en la *Siambretta*. En el asiento de atrás lo trajo, pálido pero reanimado, al padre de Rulfino (él se lo pidió, quería que le diera el aire en la cara).

Don Gutiérrez sentado a una mesa con Pichón, Pisisé, Hormiga y Cementerio, tomando vino (mi padre compartió unas copas), a punto de empezar una mano de truco, es la última imagen que tiene quien reseña de ese campeonato. Ya era del club, hincha y jugador; con el club jugaría los campeonatos, al club alentaría, del club defendería los colores, en la victoria y la derrota. Siempre.

Dos años después, en el 94, cuando algunos jugábamos en sexta y otros en quinta (a ambas las entrenaba José Ojeda y ninguna andaba mal), Pichón ya era técnico de la primera división. La sexta entrenaba de seis a ocho, así que comenzábamos con luz natural y en los meses de invierno terminábamos con los reflectores eléctricos. Ahora podían entrenar los que iban a la escuela de tarde⁷. Después de los entrenamientos alzábamos cuatro pesados arcos de hierro con red de alambre que estaban en los laterales (nos dividíamos en grupos de seis u ocho) y dejábamos armadas las dos canchas de siete que se alquilaban de noche, con lo que el club juntaba plata. Después nos cambiábamos y quedábamos charlando en los tablonés de la platea baja. Una noche de invierno apareció Pichón antes de que termináramos el entrenamiento (estábamos trabajando remate en velocidad; hacíamos una fila, nos llegaba una pelota, se la pasábamos a Ojeda que, con su chuequera, recibía de espaldas al arco y daba pases precisos a derecha e izquierda, para que nosotros, que veníamos de frente, acomodáramos el cuerpo y rematáramos al arco). Pichón llamó a Ojeda y éste dejó a quien reseña encargado de su función: recibir la pelota y tocarla, aquí y allá, (tiki, tiki). En una se la empalé al Zurdo para que la agarrara de aire. Hizo un golazo. Festejamos en montonera. Ojeda y Pichón hablaban aparte. Después volvieron y nos llamaron. Hicimos un círculo y Pichón dijo que don Gutiérrez había fallecido. Ojeda contó, para los que se habían incorporado ese año, quién era don Gutiérrez. Lo velaban en De Bonis, en la 9 de Julio, y nos invitaron a que fuéramos a despedirlo luego del entrenamiento, en representación del club. Nos dijeron que no moviéramos los arcos. Nos cambiamos y salimos en procesión hacia la sala velatoria. Quisimos comprar una gaseosa (como cuando nos quedábamos hablando en la platea baja), pero Ojeda dijo que no podíamos llegar con gaseosas al velorio, como si fuera un festejo.

⁷ Hoy en día hay una escuela secundaria (la Escuela de Comercio) en la vieja cancha de Central Norte. Si la escuela secundaria fuese un lugar en el que se entrena principalmente —no donde se estudia nomás— la educación del país cambiaría.

Entrando desde la calle a la sala donde velaban a don Gutiérrez, en una de las primeras sillas, estaba Ana K. Soria. Abrió los ojos al ver entrar a los jugadores del difunto. Se relamía, contaría luego: pues le había llegado, allí, en el velorio, la idea. Intuyó cómo terminaría el último cuento del libro de relatos de fútbol que estaba preparando (y que nunca editó). Incluso llegó a pensarlo como título del libro: “El velorio del fútbol”. “Sus chicos lo lloran...”, iniciaba la narración.

A fines de esa campaña, el primer equipo de Central Norte —que dirigía Pichón— descendió a la B. Fue en cancha de Regional también, como el manifiesto “Canchera”. Para entonces, como hizo Platón con los Poetas en la República, Pichón (que ya suena un poco a Platón) había echado a Ana Soria (y sus amigas) del club por una serie de episodios que aquí no vienen a cuento. Pasaría un tiempo hasta que quien reseña volviera a verla en una cancha. Lo importante —lo grave, lo inolvidable— es que Central Norte se fue a la B en el 94, ¿recuerdan, señores?

El día del descenso el que lloró fue Blasiotto, de la 5ta división. Se había probado en Vélez Sarsfield de Liniers hacía poco —era la época de Bianchi en Vélez, la gloria, campeón del mundo. Pipi aún no conocía al vampiro, pero ya entrenaba en Casa Amarilla, esperando su destino. A Blasiotto le agarró una pubialgia y decidió volverse de Capital, para terminar el secundario y comenzar aquí una carrera universitaria.

No al campeonato siguiente, sino en el que le siguió, también con Pichón como técnico, Central Norte volvió a la “A” (la hinchada entró a la vieja cancha, el Cabezón Pérez le dio el shorcito a Molar, después Molar se lo vendió a Duré). Más tarde vendrían los años de la mudanza del club, las pretemporadas en las vías, en Plaza España y el regimiento, la serena conducción técnica de Pocholo Santos Oliveira, hasta la inauguración del nuevo estadio, “El coqueto de las avenidas”, en Las Heras y Castelli, frente a la Universidad, donde estaba el primer estadio de Regional y donde ahora entrena CUNE, club relativamente nuevo en la liga, y que pertenece a la UNNE. Todo se transforma, dicen. Pichón seguiría un tiempo más en el nuevo estadio —quien reseña mucho menos, Pichón lo haría debutar en la tercera— hasta que por salud a Pichón le hicieron optar por quedarse en casa —y quien reseña optó por recibirse enfrente, en la UNNE, y dejar la casa, la ciudad y el fútbol federado. Llegaría una buena época para Central Norte, apoyo político, Lagarto Visconti y Soruyo Núñez (que jugaron con Pichón), otros jugadores, y el aplicado trabajo en las menores: Insaurralde, por ejemplo, campeón con Boca, como Pipi, y hoy en Rusia. El club y su gente siguen estando, gracias a los que ponen, a los que juegan en todas las divisiones, a los que siempre acompañan y a los que —como quien reseña— emotivamente, pasamos sin más.

Índice

- Prólogo**
No es ciudad para turistas 3
Pablo Black
- Usarla todos los días,
celebrarlo una vez al mes** 11
Mercedes Alegre
- Resistencia es decadente
y depravada** 27
Alfredo Germignani
- En tren de Resistencia a Cote Lai:
idioma para iniciados** 57
Lucas Brito Sánchez
- Gente tras los muros** 61
Mariano Quirós
- Resistero** 83
Cecilia Iis García
- Algo se prende fuego** 101
Guido Moussa
- El hombre de la carpa** 115
Bruno Martínez
- Fervores de Resistencia
30 calcomanías de la
ciudad en que nací,
que probablemente ya
no exista pero que,
curiosamente o no,
viaja conmigo** 143
Marcelo Alejandro Caparra
- Tentados por la derrota** 157
Germán Parmetler

Se terminó de imprimir,
en Editorial Contexto, Yrigoyen 399
en el mes de Diciembre de 2013.